



Lo que

No

te dije

~Sofía~

Sildhara



Sildhara

Cambiapieles Literaria

©Sildhara 2018

Título original: Lo que no te dije (Sofía).

ISBN: 9781976978265

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

~Sofia~

En la mierda. Estoy en la mierda, se dijo frustrada. Intentó avanzar hacia la salida del aeropuerto con el bolso colgando del antebrazo, la maleta de mano con la cremallera rota, atada con un cinturón para que no se saliera todo, y un maletón que pesaba más que ella a rastras con una rueda rota.

Tal y como suena, en la mierda, se repitió cabreada después de ver el único taxi de la parada alejándose. ¡Sabía que era mala idea, lo sabía! Volver atrás, a la ciudad donde había crecido, era una de las peores ideas que podría haber tenido jamás. ¿Y por qué? Por la dichosa reunión de exalumnos en la que tenía que estar esa misma noche, aunque su equipaje al completo hubiera decidido claudicar. Debía ir a pesar de las trabas que se estuviera encontrando a cada paso que daba en dirección a la parada de autobús más cercana. Le quedaban solo dos horas para llegar a casa de Elena, ducharse, arreglarse y presentarse en la reunión de antiguos alumnos de su instituto y... ¡No puede ser! ¡Me ha mirado un tuerto, maldita sea! Se chilló mentalmente, desesperada, cuando un tacón se le quedó atascado en la rejilla por la que iba caminando, a punto de irse al suelo de boca. ¡Esto se acaba aquí y ahora! Proclamó a su mala suerte con determinación antes de quitarse los zapatos y soltar lo que llevaba auestas en la acera para tomar un par de respiraciones muy profundas.

Puso cara de asco al olor de ciudad que le invadió los pulmones, pero tuvo una idea grandiosa que le provocó una sonrisa. ¡Nina tenía coche! Y sabía que Nina no se alejaba de Elena nunca, desde el instituto no se habían separado ni para ir al baño. Nina y Nena, las solían llamar entonces, eran como siamesas y lo seguían siendo después de doce años. Hasta se habían ido a vivir juntas. Seguro que si llamaba a Elena y le contaba lo que le había pasado hoy se apiadaban de ella e iban a buscarla, a pesar de que ella misma hubiera insistido, por cortesía, en que no hacía ninguna falta. Ahora mismo era una necesidad imperiosa para la supervivencia de su dignidad, que sollozó de pura pena cuando, tras el mérito de encontrar su móvil entre las mil cosas que había metido en el bolso, este tuvo la poca decencia de apagarse mientras lo desbloqueaba.

—¡Pero si te he cargado durante el vuelo! —le reprochó a gritos al aparato, furibunda.

Agobiada, cansada, descalza y con el ánimo por los suelos, se sentó sobre su maleta coja intentando por todos los medios no pagar su mal día con ninguna de las personas que la pasaron de largo, observándola de reojo como a una paria. Tanto mirar, tanto mirar... ¡Ya podrían echar una mano!

Dio un suspiro que le supo a contaminación. Iba a necesitar un baño con sales, un helado de nueces y tirarse en la hamaca de su terraza a leer con los pies en alto y con el sonido del mar de fondo para recuperarse de ese desastre de viaje. Tendría que haberse quedado en la que ahora era su casa, en Palermo, su maravillosa isla. Allí, donde se había olvidado la buena suerte, todo era naturaleza y tranquilidad. Sin prisas ni coches. Sin vuelos que se retrasan y maletas que se rompen. Sin ruidos ni gente. Por no tener, no tenía ni vecinos cerca en la casa que acababa de terminar de reformar. La primera que había elegido para sí misma y no para un cliente. Su proyecto personal, su remanso de paz.

Justo lo que no encontraría en una ciudad atestada de gente y polución.

Un fugaz pensamiento le recordó sus ojos verdes, su sonrisa perpetua, su voz... El por qué había volado de vuelta a Madrid para reencontrarse con un grupo de compañeros de clase a los que hacía doce años que no veía: Bruno iba a ir a la reunión. Elena se había enterado porque la prima de Bruno trabajaba en la misma oficina que Nina y, por lo que Elena le había dicho para convencerla de hacer el viaje, había preguntado si ella iría a la reunión para la que no había hecho planes hasta saber ese detalle. ¿Bruno preguntando por ella? ¡Si ni podía saberse su nombre! ¡No la conocía! Ni él ni nadie, le dijo esa vocecita interna cargada de ironía que de vez en cuando le echaba en cara lo retraída que había sido desde niña. En el instituto, rara vez había abierto la boca si no era para hablar con la pandilla de siempre; Nina y Nena, Rocío, María, Carla, Laura y Sara. Y ahora, según Elena, Bruno se las había apañado para conseguir el teléfono de Nina y mandarle un mensaje preguntando por ella.

No era verdad o, más bien, no se lo podía creer, pero ahí estaba; en Madrid, tras el peor viaje de su vida, sentada en su equipaje y tirando a la basura doce años de autoconvencimiento. Doce años creyendo que nadie aparte de las siamesas se acordaban de que, una vez, hubo una chica desgreñada, sin estilo para vestir, callada a más no poder y demasiado introvertida, incluso con sus propias amigas, como para que nadie se diese cuenta siquiera de que se había mudado de país a mitad del último curso de instituto. Una chica del montón, sin gracia ni carácter, simplona y bastante torpe llamada...

—¡Sofía!

Levantó la vista y, sin dar crédito a lo que veía, se encontró con la amplísima sonrisa de Elena, que la miraba desde el asiento del copiloto de un todoterreno celeste con las luces de emergencia palpitando tan rápido como sintió latir su corazón. Sustituyó todo lo malo que le había pasado hoy por la sonrisa de su amiga. No pudo evitar contagiarse, aunque su mala suerte tuviera una última puntillita que darle; La parada de taxis, con al menos veinte disponibles, estaba a la vuelta de la esquina. Pero eso ya no importaba. Por fin estaba en casa.



De todo lo que había pensado que pasaría cuando al fin volviese a la ciudad donde creció, después de doce años soñando en secreto con ese regreso, ni en lo más recóndito de su mente habría imaginado ver a Nina y Nena, sus inseparables amigas de instituto, besándose. ¡No se lo esperaba en absoluto! Aunque mucho menos podía creer que Elena no le hubiese dicho una sola palabra y que, por su cara desencajada al verlas portarse como una pareja, Nina se hubiera dado cuenta de su desconocimiento total sobre el tema.

El silencio de Elena en el trayecto hasta la casa de ambas, con lo parlanchina que era siempre, ya había sido una pista muy grande de lo que ahora estaba en pleno apogeo en la habitación contigua al salón, donde Elena le había dicho que iba a dormir en su sofá-cama. Nina tenía un enfado de aúpa, y no solo porque Elena le hubiera ocultado a su supuesta mejor amiga desde párvulos que fuesen pareja, sino también que estaban a cinco días de la boda y que ella iba a ser la puñetera madrina de la boda.

¡Yo tendría que estar cabreada! Se dijo a sí misma mientras escuchaba la discusión entre ellas. Aún estaba demasiado impactada. ¿Desde cuándo eran pareja, desde el instituto? ¿Y Elena? ¿No había tenido tiempo de decirle nada en doce años? ¿Cada vez que había ido con ella a Francia o a Italia para pasar un par de días al año? ¡Elena, por amor de Dios! Le gritó mentalmente.

Vale que hablaban poco y que la distancia las separaba, o que ella no fuese en absoluto una amante de las redes sociales como Elena para mantener el contacto y le gustase más la intimidad y personalidad de las cartas. Incluso de las eventuales llamadas que solían durar poco porque estaba demasiado ocupada con su trabajo. Pero esto... Esto se pasa de la raya, se dijo al ver la cantidad de revistas de boda e invitaciones de sobra esparcidas en la mesa baja del salón del que no se había movido de lo petrificada que se había quedado.

¡La boda era el sábado y estaban a lunes! ¡No faltaba ni una semana entera! ¡Por eso le había suplicado que fuese y la había hecho viajar con la excusa de que Bruno iba a ir a la cena de esa noche!

Tengo que salir de aquí, pensó por un momento, más incómoda y triste que enfadada, sentada en el sofá en el que supuestamente iba a dormir. Sentía que, en el fondo, Elena acababa de hacerla quedar como a una extraña con la idea de esconderle su homosexualidad. Y además, con su estúpida idea de no contarle algo tan importante como su boda, también había etiquetado a su amiga de siempre, su siamesa e inseparable Nina, la pareja con la que iba a aceptar compartir el resto de su vida en menos de una semana, como algo malo que debiese esconder.

—¡CÓMO QUE NO SE LO HAS DICHO A TU PADRE!

El siguiente grito de Nina le desencajó la mandíbula. La liaste, Elena, le dijo mentalmente al oír los gritos de Nina y los balbuceos ininteligibles y sollozos de Elena a través de la pared que las separaba. Ya no aguantaba más esa situación tan desastrosa. Se decidió a ponerse en pie y a organizar sus cosas para ir en busca de un hotel. Todavía tenía que ducharse y arreglarse para ir la cena de exalumnos que empezaría en hora y media, aunque se le hubieran quitado las ganas. Aunque Bruno estuviera presente, si es que Elena le había dicho la verdad... Ya lo dudaba.

¿Por qué? ¿Por qué lo había hecho? Elena era la única persona que sabía algo de su atracción hacia Bruno cuando estaban en el instituto. Nunca había confesado a nadie más ese secreto, y lo había hecho porque la consideraba su mejor amiga. Llevaban juntas desde que tenía memoria, el resto del

grupo se había formado a lo largo de los años. Nina fue la última en unirse al grupo de amigas al repetir el último curso de instituto en el que ella se había marchado, se recordó. Apenas la conocería si no fuese por lo que Elena le contaba de ella. ¿Y no se le ocurre decirte que se casan? Increíble.

Durante doce años, de las siete amigas que había dejado atrás, solo había mantenido el contacto con Elena. Ella era la portavoz de las demás, su amiga desde la infancia... ¿Y así había usado su más íntimo secreto? Seguro que decirle que Bruno asistiría había sido una estrategia para hacer que volviese a Madrid justo para la boda sin tener que darle los detalles hasta tenerla delante, pensó, colocándose el bolso en el hombro y disponiéndose a salir por la puerta hacia el descansillo. Tiró de su maletón cojo y su maleta de mano maltrecha, cerrando la puerta del piso tras ella con todo el sigilo que pudo. Y, aun así, las seguía escuchando discutir a través de la ventana que daba al patio interior del edificio mientras el ascensor llegaba hasta el quinto piso. Vaya plan...

—¡HE DICHO QUE ME VOY! —oyó gritar a Nina una vez más, solo que tan cerca que se asomó al recodo del pasillo viéndola salir de la casa con una bolsa en la mano y Elena tras ella, sollozando algo—. ¡NO, TÚ TE QUEDAS Y PIENSAS EN CÓMO SOLUCIONAR ESTA CAGADA POR LA QUE VOY A CANCELAR NUESTRA BODA SI SOFÍA O TU PADRE NO ESTÁ ALLÍ EL SÁBADO! ¡PUNTO!

El portazo que Nina dio, dejando a Elena en ese pisito tan ideal del que tanto le había hablado en sus cartas y llamadas, le dolió hasta a ella. No se atrevió a mirar a Nina ni un instante entretanto que esperaban el ascensor. Acababa de escabullirse sin decir nada, y menos lo hizo durante el trayecto del ascensor hasta la planta baja. Ambas recorrieron el pasillo del portal hacia la salida, atravesando la tensión del momento a zancadas. Ella en tacones, cargada de maletas rotas, y Nina con su tremendo cabreo a cuestas.

—Te llevo —declaró Nina una vez estuvieron en la calle.

—No pasa nada, voy a un hotel y...

—Vamos —la corrigió Nina, quitándole el asa de su maleta más grande de la mano—. Vamos a buscarnos un hotel, a cenar, a pasarlo en grande y punto.

Su decisión, por el tono en el que la expresó y por cómo se marchó con su maleta a paso firme hacia su todoterreno celeste aparcado a pocos metros del portal, no le dejó alternativa. Los puntos de Nina no eran para tomárselos a la ligera, pues con ellos quería decir que si discutía una sola palabra más sobre el tema reventaría y, que ella recordase, eso no traía nada bueno. Por lo que veía ahora seguía igual pero con una excepción; ahora era una mujer adulta que no tiraría a nadie por las escaleras del instituto con una certera zancadilla por meterse con la escasa estatura de Elena o por sus rasgos ecuatorianos. ¿O sí? Tampoco la conocía tanto como para asegurarlo después de doce años por mucho que Elena le hubiera hablado de ella. Además, ahora la que la había enfadado tantísimo era la misma Elena, con la que se iba a casar en menos de una semana. ¿O no? Ya no sabía qué pensar, estaba totalmente descolocada. La situación era tan inverosímil que jamás podría haber imaginado que su regreso a Madrid pudiera ser peor aún de lo que había supuesto nunca.

Miró a Nina de reojo cuando salió del barrio donde vivía con Nena con los labios fruncidos, el pelo corto y oscuro que no se había dejado crecer desde el instituto, y el semblante serio que tampoco parecía muy distinto al que recordaba. Siempre le había parecido que iba vestida de chico con sus camisas y vaqueros, y ahora que no le faltaba razón en haber pensado así no sabía cómo no lo había visto venir antes. En realidad, Nina solo parecía un poco más alta, pero igual de cabreada con el mundo. O puede que solo fuese que tenía tal enfado con Elena que no abrió la boca para decir nada hasta que salieron a una vía principal en dirección al centro de Madrid, tan colapsado de coches como recordaba.

—Perdona lo del numerito —dijo Nina entonces—. ¿Te invito a una birra y estamos en paz?

—No hace falta, no ha sido culpa tuya —murmuró, intentando quitarle importancia al tema.

—La misma Sofía de siempre, hablando hacia dentro —se carcajeó ella mientras bajaba el volumen a la radio—. Mucho más guapa, debo decir, pero igual de expresiva. Si te hubieras visto la cara que se te ha puesto al enterarte de lo nuestro...

Nina comenzó a reírse y, aunque algo avergonzada por el piropo y la situación que se había encontrado al llegar, ella también sonrió intentando imaginarse su propia cara desencajada al darse cuenta de que Nina y Nena ya no eran solo amigas. Lo que le borró la sonrisa fue no saber desde cuándo. ¿Elena le había ocultado el hecho de que eran lesbianas durante años? ¿Y lo de que se iban a casar desde cuándo? ¿Por qué, si ella no habría tenido ningún problema con ello? ¡Si casi era de lógica que estuvieran juntas! Siempre habían sido uña y carne, y estaba segura de que se habría alegrado mucho más si Elena, su mejor amiga, se lo hubiera dicho y no ocultado. ¿Cómo se le había ocurrido hacer algo así? No lo entendía y, en gran medida, le dolía. Sobre todo que hubiera usado un tema tan delicado como el de Bruno para hacerla volver.

Eso era lo que le molestaba en realidad, pues Elena sabía de sobra lo mal que lo había pasado teniendo que irse a vivir al extranjero por el trabajo de su padre de un día para otro, sin tiempo ni para asimilar que la que había sido su vida iba a cambiar por completo y para siempre.

Suspiró profundo pensando en los años que habían pasado y lo que ahora era su vida, aun estando tan cerca de lo que una vez había sido todo para ella: su ciudad, su casa, sus amigas, Bruno... Eso ya era pasado y no volvería a ser igual jamás. Ni siquiera ella seguía siendo la misma, como Nina acababa de decir erradamente.

Se recordó su todo en el presente para sentirse algo mejor. Ahora era una decoradora de interiores cuya firma tenía bastante éxito, con una empresa propia y más de doscientos empleados. Acababa de adquirir y remodelar su propio hogar en la costa noroeste de la isla de Sicilia, en Palermo: un idílico solar aislado en el que había ido trabajando en sus ratos libres y que, después de un año entre trabajos, viajes y clientes, ya era habitable. Su pequeño paraíso junto al mar.

No podía menospreciar sus logros, sus cambios a mejor desde esa chica llena de complejos estúpidos que había dejado Madrid a la mujer que había regresado. Eran tan importantes como el valor que había impulsado su regreso para ir a una cena de exalumnos de las muchas en las que Elena había intentado incluirla cada año. Algo a lo que la Sofía de entonces nunca se habría atrevido, para lo que la Sofía de ahora no tenía tiempo apenas y cuyo motivo final, el que la había terminado de convencer con la mentira de Elena, le estaba doliendo en lo más profundo.

Bruno seguía siendo un tema delicado para ella aun después de tantos años sin una sola noticia suya, aparte de lo poco que había podido averiguar Nina a través de la prima que trabajaba en su oficina, y Elena lo sabía de sobra.

—Si tienes alguna pregunta... —le ofreció Nina, rompiendo el tenso silencio que había vuelto a surgir entre ambas—. Seguro que la cabeza de chorlito no te ha comentado nada de los planes que había hecho para ti esta noche —dijo y ella negó, totalmente en blanco—. Bueno, pues que sea sorpresa, que me encanta tu carita de pasmo —declaró, riéndose de su gesto de absoluta sospecha—. Nada de lo que tengas que preocuparte, como con la boda y el discursito que debes hacer delante de los invitados como madrina.

—Pe... pero... si ni me dijo que... —balbuceó, muerta de vergüenza de solo pensarlo.

La risa a carcajada limpia de Nina le dijo que, como tantas otras veces en su juventud, le estaba tomando el pelo

Se cruzó de brazos, cagándose en ella mentalmente y sin poder ocultar la sonrisa al darse cuenta de que seguía siendo la misma provocadora de siempre. Y otra cosa no, pero la risa de Nina era de las contagiosas. Y ver que al menos tenía suficiente humor aún como para reírse así, después de la pelea que acababa de presenciar, la tranquilizó mucho.

Pensó en Elena por un momento, lo mal que estaría ahora mismo, con lo sentida que era y lo

trágica que se ponía a la mínima. Esto la estaría destrozando, seguro, pero se lo había ganado a pulso por no ser todo lo sincera que se suponía que debía ser. Y más con su padre, con ella y, ante todo, con Nina, que no volvió a mencionar nada de la boda ni de Elena hasta que llegaron a un hotel decente del centro. Se empeñó en pagar ella, con la tarjeta de crédito de Elena, la habitación doble en la que dejó su equipaje. Nina soltó su bolsa en una de las camas antes de señalarle el baño.

—Venga, date una duchita rápida mientras yo hago que los planes vengan a nosotras. —Descolgó el teléfono de la habitación y cogió de la neverita una cerveza y una lata de nueces de Macadamia a costa de la tarjeta de Elena—. No me mires así. Me lo debe. Y a ti también.

No se atrevió a decir nada, tampoco a preguntar de qué iban esos planes, pues el gesto serio de Nina y su tono de punto inminente habían vuelto. Cogió lo necesario de su maleta de mano y se metió en el baño, dándose una ducha que le supo a gloria después de un día tan largo que no había acabado. Ni mucho menos, se dijo con un suspiro, quitando el vaho del espejo para mirarse un instante. Con los bucles de su pelo castaño goteando sobre el hombro derecho desnudo, y la toalla del hotel ajustada al pecho, donde ya apenas se notaba la cantidad insuperable de pequitas que siempre le habían marcado la piel de mejillas para abajo. Con los años habían ido desapareciendo. Ahora apenas se notaba ese detalle tan odioso que su cuerpo siempre había tenido, sobre todo en la espalda. Por suerte vivía junto al mar y su moreno de playa perpetuo lo ocultaba en parte.

¿Y si los antiguos compañeros de su clase seguían igual? ¿La llamarían ‘la pecas’, aun siendo una mujer hecha y derecha de treinta años? Siempre lo había temido al pensar en volver y, en el fondo, ahora que estaba al fin allí, seguía siendo una ligera preocupación en segundo plano que podía ignorar sin problemas. Ya no tenía diecisiete años y una cantidad de complejos que entonces le parecían insuperables. La preocupación principal, desde que Elena se lo había dicho, era volver a encontrarse con Bruno. Aunque, después de lo visto, ya dudaba de que fuese a pasar.

Suspiró, decepcionada y bastante molesta al darse cuenta de que lo que había sentido por él en el instituto no lo superaba pasaran los años que pasasen. Sentía su corazón latir desbocado cuando pensaba en su imborrable sonrisa. La que siempre parecía estar preparada para encontrarse con ella cada vez que sus ojos, de un intenso verde, se cruzaban con los suyos. En su adolescencia había sido un motivo más de tantos para mantenerla en silencio y apartar la mirada con tal de que no viera el insano rubor que le provocaba. Ocultarse en el instituto era su especialidad, y doce años después no conseguía borrar la sensación que el recuerdo de su fulminante sonrisa provocaba aún en todo su ser. Ojalá Elena no le hubiera mentado también en eso, se dijo realmente dolida.



Dejó de mirar su reflejo en el espejo del baño, intentando recordarse a toda costa que ya no era una chica de diecisiete años y que Bruno, seguramente, no estaría en la cena, al oír un alboroto al otro lado de la puerta del baño llamó su atención. Había gente fuera, en la habitación de hotel en el que se había instalado con Nina, y por las voces parecían varias personas. Asomó la cabeza por la puerta entreabierta viendo a un comité de mujeres rodeando a Nina, dejando en su cama las bolsas que habían traído con ellas y charlando animadamente hasta que una de ellas se dio cuenta de que las estaba espiando: una chica de ojos pardos, con un moño de pelo rubio, gafas de montura cuadrada y una cara redonda tan familiar para ella que no tardó un instante en saber quién era en cuanto empezó a chillar, señalándola.

Carla, ‘la gritona’, la delató y corrió hacia ella como una exhalación, abrazándola sin dejar de dar saltitos de emoción y sacándola del baño con su entusiasmo a pesar de que siguiera envuelta con una simple toalla, descalza y con los rizos goteando. Las otras cuatro mujeres se abalanzaron sobre ella, chillando de igual manera, dándole un abrazo en grupo. Rocío, María, Sara y Laura dejaron de abrazarla, mirándola con una amplia sonrisa, pero Carla no la soltó.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué cabrona! ¡Si estás irreconocible! —gritó, pegada a ella como una lapa.

—Y qué alta, joder. Qué bien le sientan a algunas los años —comentó Sara con su característico buen humor de siempre.

—Lo que tiene es un moreno playero que ya te gustaría, Sara —dijo Nina a la chica más pálida de todas, la que en su día habían apodado ‘la fantasma’, y que le hizo un corte de mangas a Nina como respuesta—. Yo también te quiero.

—¡Nena nos ha contado mil cosas increíbles sobre ti! —chilló Carla, ignorando el mal humor perpetuo de Sara y sentándose con ella a los pies de la cama de Nina—. ¡Dice que ahora vives en una isla desierta, o algo así, y que trabajas de albañil!

—No das una, maja —se carcajeó otra de ellas.

Una mujer que era la clara versión adulta de Laura, por la extraña risa que le salió, a la que la pandilla de gamberros de su clase había apodado ‘la hiena’. Sin embargo, las risas cesaron pronto cuando Nina, seria a más no poder, carraspeó.

—Mira que te lo acaba de decir, tía... —le susurró Rocío a Carla, que se intentó ocultar tras ella de las inquisitivas miradas que todas le estaban dirigiendo.

—No nombrar a Elena, lo capto —murmuró Carla, bajando su tono a gritos que no había perdido con los años ante la clara llamada de atención de Nina.

—Recuérdalo el resto de la noche si no es demasiado para tu cerebro de guisante y esa bocina que tienes por boca, rubia —le recriminó Nina a su manera de borde empedernida que a Elena siempre la había hecho reír.

—Venga, que hay prisa —se apresuró a decir Laura, pues ella también notó la ausencia de esa risa que habría calmado la tensión del grupo—. Ya tendremos tiempo para que Sofi nos cuente sus aventuras de mujer de mundo.

—No creas, solo se queda diez días —espetó Sara a modo de pulla haciendo reír a todas, incluso a

ella.

—Las borderías para luego —le advirtió Nina—. Ahora toca sesión.

La declaración de Nina le abrió la boca, mas no fue capaz de articular palabra al pensar en la cantidad de sesiones de belleza en grupo que desde hacía doce años no sufría. Nunca le había entusiasmado vestirse y maquillarse para llamar la atención, menos en su juventud por la cantidad de complejos que tenía y que había dejado atrás en gran parte. Ni siquiera se había dado cuenta y ya estaba rodeada por las bolsas, las propuestas de estilo y los planes de las chicas de siempre convertidas en treintañeras. En realidad, ese hecho no cambia nada por muchos años que hayan pasado, se dijo incrédula.

Intentó recordarse una vez más que ya no era una chica de diecisiete años, tímida y acomplejada, aunque ahora mismo se sentía la misma Sofía de entonces. La que se dejaría vestir y maquillar como ellas quisieran para salir, pues lo único que habían intentado siempre con ello era que se valorase como mujer, que se viera tan guapa como ellas siempre la habían visto y que dejase los complejos de lado. Y, a pesar de que se sintiese otra vez una cría mientras ellas discutían cómo peinarla, vestirla y maquillarla, sonrió al recuerdo que volvía a la vida y a la sensación que esos momentos tan entrañables le traían.

—No has dicho nada aún, para variar. Sabes que puedes mandarnos a la mierda cuando te hartes de la sesión, ¿no? —le susurró Nina al oído entretanto que las demás debatían sobre su tono de piel y el color adecuado de pintalabios.

—Sé que luego me arrepentiré de dejaros, pero ahora solo me alegro de volver a veros —dijo en el mismo tono susurrado. Nina sonrió de oreja a oreja pasándole una cerveza y brindando con ella por el reencuentro.

—¡Me pido maquillarla! —exclamó Carla, echando mano a una de las cajitas que había ahora sobre la cama de Nina y con una emoción que le cambió el gesto—. ¡No frunzas así el ceño, Sofi, que te van a salir arrugas!

—Bienvenida.

Miró a Nina de reojo, la sonrisa maliciosa que le dejó muy claro que esta ‘bienvenida’ había sido cosa de Elena, y que iban a seguir el plan que había ideado esa noche para ella con el grupito de siempre con o sin ella.

Lo tendría que haber visto venir, que iban a hacerle una sesión de antes y después. Una idea que le parecía algo ridícula con la edad que ya tenían todas. Al menos físicamente pues Elena, la Nena del grupito, seguía teniendo diecisiete mentalmente para algunas cosas. Como la idea que daba al traste con sus propios planes para esa noche respecto a lo que había planeado que iba a ponerse, cómo iba a maquillarse y cómo iba a peinarse.

Igualmente seis contra una, siendo esa una casi la misma y silenciosa chica que en realidad seguía siendo, eran demasiadas. Y cada una tenía una opinión distinta a la suya para cada detalle, sobre todo en cuestión de lo corto y ceñido que debía ser su vestido. Habían traído varias opciones propias y ninguna le entusiasmaba lo más mínimo, no las consideraba de su estilo. O no tanto como el vestuario que Nina escogió por ella de entre las cosas de su maleta, la cual María ‘la cotilla’ vació por completo en su cama. A pesar de todo lo que pudiera decir para negarse a llevar un modelito tan provocativo, un vestido de fiesta verde botella con cuello barco que le hacía un escote tremendo. Lo había metido en la maleta por si salía con ellas alguna noche de locura, pero tuvo muy claro que se lo iba a poner ya cuando todas coincidieron con la elección de Nina. Acabó enfundada en él para ir a la cena de exalumnos a la que se dirigieron juntas, aunque sin Elena.

Y punto, se dijo al ver que Nina apagaba su móvil: el que no había dejado de sonar en todo el trayecto hasta el restaurante en las afueras de Madrid, donde entró del brazo de Nina a la cabeza de la comitiva, respirando profundamente a cada paso, atacada de los nervios. Sobre todo al darse cuenta de que lo que había creído una mentira de Elena para hacerla volver a Madrid, la presencia de Bruno en esa cena de exalumnos de su instituto, no era para nada mentira. Reconocería su voz a kilómetros, sus rizos de pelo negro, su sonrisa... ¡Estaba ahí! ¡Era él!

—No puedo... —murmuró para sí misma, sintiendo que le flaqueaban las piernas cuanto más se acercaban a la larguísima mesa a la que iban directas, donde Bruno ya estaba sentado—. ¡No puedo! —repitió en un grito, dando un quiebro hacia la zona de servicios y tirando del brazo de Nina tan fuerte que la hizo chillar.

—¡Que me vas a matar, loca! —exclamó ella, recuperando el equilibrio y mirándola sorprendida—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Miró a su izquierda, a las chicas que antes iban tras ellas y que la observaron con una ceja levantada hasta que Nina las echó con un solo gesto. Tanto María como Sara y Laura la miraron dudosas una última vez antes de irse, pero las sonrisitas de picardía de Carla y Rocío la terminaron de enervar.

—Maldita sea, lo saben —masculló, casi segura de ello.

—¿Qué saben? —preguntó Nina—. ¿Que has evitado volver a Madrid, y venir a estas cenas, por no encontrarte de nuevo con los que te hacían la vida imposible en el instituto? ¿Que ahora estás al borde del colapso? Eso lo ve cualquiera, Sofi —le aclaró con su risita burlona.

—Ellos no me importan —respondió rabiosa—. Me da igual quién más esté en esa mesa.

—¿Aparte de Bruno, no? —acertó a preguntar Nina con una sonrisa socarrona pintada en la cara—. Venga, Sofi, que ya tenemos una edad. No seas cobardica —le reprochó cuando no pudo decir nada a tan obvia verdad—. Estás aquí y no es por ellos, ni siquiera por nosotras, sino por él —dijo a las claras, sin rodeos—. Te lo debes, así que quiero verte desfilar hasta la mesa como la mujer independiente, lista y preciosa que eres, Sofía. Andando.

—Pe...

—Ni un pero —la cortó ella al instante—. Vas, saludas, te sientas y punto.

Bufó a su maldito punto, cerró los ojos para darse unos segundos y un par de respiraciones profundas antes de coger el brazo que Nina le tendía con una sonrisa. Era fácil, en realidad, aunque le costó un poco dar el primer paso para salir de la zona de servicios y ya no pudo frenar, llevada más por su propio ímpetu y firme decisión que por Nina hasta la cabecera de la mesa en la que Bruno ya no estaba presente. Le localizó en la barra, al fondo de la sala, dándole la espalda al grupo al que se dirigieron.

Suspiró aliviada hasta que las conversaciones cesaron y los asistentes a la cena la miraron. Sintió que volvían a temblarle las rodillas al reconocer a más de uno de esos sinvergüenzas que, en su momento, se metían con ella cada día de clase. En especial el que se levantó el primero para recibirla y se acercó a ellas.

—Hola, yo soy Luis, encantado —se presentó sonriente.

—¿Tú no estabas con Elena? —le preguntó a Nina otro de los que se habían acercado a saludar, al que reconoció por sus ojos—. ¿Ya le has dado puerta?

—Sofi, seguro que te acuerdas de Luís —comentó Nina, pasando de Héctor y petrificando al susodicho.

—¿Sofía, la que se mudó en último curso a Francia? Estás de coña... —dijo él, incrédulo, repasándola entera con la mirada.

—¡Joder! ¡Si es Sofi! —gritó otro, abrazándola, y todo el maldito restaurante centró su atención en ella.

—¡La hija pródiga ha vuelto! — vociferó Carla desde lejos.

—Pablo, ¿la sueltas ya o te denuncia por acoso? —preguntó Nina a la torre humana en la que Pablo se había convertido.

—Ya creía que no volveríamos a verte, pecas —comentó Pablo, soltándola al fin y recordándole demasiado bien con su antiguo mote la peor etapa de su vida como para quedarse callada.

—Si... Creo que voy a sentarme lejos de vosotros y a ignoraros el resto de la velada para revivir los viejos tiempos. Que aproveche —dijo alto y claro, tirando del brazo de Nina.

Riendo a carcajada limpia sin cortarse un pelo, Nina se dejó arrastrar por ella hasta el otro lado de la mesa, lo más lejos posible de Luis, Héctor y Pablo. Y continuó riendo sin cortarse un pelo mientras saludaba a las demás compañeras de clase que la rodearon. Cada vez que Nina miraba hacia el trío calavera, como solían llamarles entonces, se descojonaba de risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Rocío.

—La vena borde de Sofi, que es mucho mejor de lo que recordaba —respondió ella cediéndole un asiento.

—Venga ya... —murmuró Sara en cuanto Nina les repitió la escenita de bienvenida.

—¡Qué borde! —chilló Carla, riendo a carcajadas con al resto.

—Pues Luis ahora es un cacho de pan, ahí donde le ves. Padre de dos con el tercero en camino —le comentó Laura, sentada a su izquierda—. Y Pablo no hay año que no pregunte por ti. El único que sigue igual de insoportable es Héctor.

—Me da igual. Se lo debía a los tres —murmuró, dando un gran suspiro de alivio.

—Totalmente de acuerdo —dijo una voz ronca ante ella.

Levantó la vista teniendo por seguro los ojos verdes que la esperaban y que la recibieron con un brillo hipnotizador que se reflejó en la sonrisa que apareció con premeditada perfección para rematarla. Su corazón dejó de latir cuando su nombre se hizo eco en su mente, intentando por todos los medios no derretirse al verle tan mayor, tan arreglado con un traje color gris y una camisa negra debajo haciendo juego con sus rizos de siempre. Solo que, a diferencia del chico adolescente que había visto la última vez, ahora tenía delante a un apuesto hombre de treinta años.

—Hola, Sofía —dijo Bruno, pronunciando su nombre con el tono más seductor que había escuchado nunca—. Bienvenida.

—Gra... Gracias, Bruno —balbuceó, intentando imponer con un ligero carraspeo sus doce años de separación, y treinta de vida, por encima de sus nervios de colegiala histérica—. ¿Todo bien?

—Digamos que no puedo quejarme —respondió él sin dejar de sonreír de esa manera que acabaría por apartarle la mirada de pura vergüenza—. Has venido...

—Sí, eso parece —murmuró con una risita nerviosa que frenó en seco—. Y tú...

—Sí, eso parece —la apuñaló él, usando una sonrisa aún más amplia que la rindió por completo a la vergüenza.

—Vaya dos... —escuchó decir a Nina a su derecha, volviendo a reír a carcajadas hasta que la punta de su tacón le clavó una severa y punzante advertencia de silencio—. ¡Un brindis! —gritó ella para disimular el dolor.

—¡Por Sofi! —gritó Carla levantando su copa.

—Por Sofi —repitió Bruno frente a ella, adelantando la copa hacia la suya.

—¡Por la pecas! —exclamó Héctor desde el otro lado de la mesa, jodiéndole el momento más feliz de su vida.

Y por los capullos que nunca cambiarán, respondió mentalmente, adelantando su copa hasta chocarla con la de Bruno, evitando mirar sus hipnotizantes ojos verdes. Algo del todo imposible, pues los tuvo frente a ella el resto de la cena, así como su perpetua sonrisa pendiente a cada palabra que salía de su boca. Aunque no quisiera ser el centro de atención de toda la mesa, las preguntas del resto de

compañeros que tenía alrededor sobre qué había hecho y dónde había estado esos años eran interminables, así como los brindis que Nina proponía una y otra vez: por sus éxitos como directora de una famosa firma italiana de decoración de interiores, por su nueva casa, por su cuerpazo moreno de playa... Y así hasta que las copas de más le jugaron una mala pasada y brindó por la boda que no iba a celebrarse porque Elena había decidido volver al armario.



Lo que me faltaba hoy, se dijo mientras mojaba una toalla en el lavabo del servicio al que se había llevado a Nina antes de que sus brindis acabasen peor. Tan mal como escuchó, mirando hacia la puerta tras la que Nina lo estaba soltando todo. ¡Si no bebe nunca! Al menos eso le decía siempre Elena. Haciendo cuentas llevaba tres cervezas, las que se había tomado en el hotel, y cinco copas de lambrusco seguidas antes del postre que habían dejado sin tocar en la mesa. Además, por lo que había oído en la mesa antes de tener que llevarse a Nina, ahora querían ir a un pub. Nina no iba a poder y, por consiguiente, ella tampoco.

—Ey... Toma... —susurró, pasándole la toalla mojada por debajo de la puerta.

—Gracias... —musitó Nina sin voz apenas de tanto vomitar.

—¿Necesitas algo más? —preguntó, pues le pareció escucharla llorar.

—Una novia, a poder ser mi Nena, y no esa farsante que acaba de joder nuestra boda a la que no reconozco —respondió ella en un claro sollozo.

Empezó a sentirse realmente mal por Nina al darse cuenta de lo afectada que estaba por lo que había pasado con Elena esa noche. No supo qué decirle. Nada de lo que a ella se le pudiera ocurrir ahora mismo mejoraría el estado de ánimo de Nina si, siendo una persona ajena al alcohol, había tomado copa tras copa de lambrusco entre brindis para amortiguar la puñalada. ¿Y cuántas se tenía que beber ella entonces? Se preguntó con sarcasmo, aunque dejó de pensar en tonterías al oír que llamaban a la puerta del servicio.

—Entrad, está abierto —dijo a las demás, pues iba a necesitar ayuda para sacar a Nina de ese baño—. ¡Podéis pasar! —gritó cuando volvieron a llamar.

—Puedo, pero no creo que deba —se carcajeó una voz que le paralizó el pensamiento. La voz de Bruno—. ¿Va todo bien?

—Bueno... Más o menos —contestó en un susurro, escuchando a Nina echar hasta el primer potito y acercándose a la puerta para ver qué quería—. ¿Ocurre algo?

—Ya se están yendo al pub a tomar la última —informó él desde el otro lado de la puerta junto a la que se quedó, cerrando los ojos con un profundo suspiro—. ¿Necesitáis un taxi?

—Nina ha traído su coche, gracias Bruno —respondió saboreando su nombre en un quedo murmullo, pues la cena se le había pasado volando.

—¿Y vas a conducirlo tú? También has bebido, Sofía —objetó él en el mismo tono. Se mordió el labio de pura rabia por su mala suerte, que hoy se había quedado a gusto con ella—. Pediré un taxi.

—¿Ese es Bruno? —preguntó Nina, tirando de la cisterna.

—Era Bruno —la corrigió dando un profundísimo suspiro por lo poco que había podido disfrutar del reencuentro—. Va a pedirnos un taxi, mañana volvemos a por tu coche y...

—Vete, estoy bien —la cortó ella—. Es tu noche, ni se te ocurra jodértela por mí.

—No puedo dejarte aquí tirada, y no creo que irnos de copas ahora sea lo mejor.

—Puedo vomitar sin ayuda —le aseguró Nina.

—Entonces vomita y vámonos —decidió.

—¡Joder, Sofi, que quiero estar sola! —exclamó Nina.

—¡Vale, como quieras! —le gritó, dándose por vencida con esa borde, saliendo del baño cabreada

—. ¡AH! —chilló cuando vio a Bruno a medio metro de ella, mirándola sin pestañear—. Pe... perdona, creía que habías ido a por un taxi.

—Hay uno esperando en la puerta —respondió él—. ¿Nina está bien?

—Perfectamente bien —le aseguró, cerrando el baño tras ella para que no la escuchase vomitar y cruzándose de brazos con un corto resoplido de cabreo.

Seguía siendo una borde orgullosa que odiaba que la vieses mal, que se acababa de emborrachar y que la había echado de malas maneras de ese baño. Dentro de lo que cabía lo estaba soltando todo. En especial la mala leche que debía tener por lo de Elena, solo que con la persona equivocada.

—Ya... —dijo él con cierto retintín—. Se le pasará pronto. Vamos.

La risita de Bruno le levantó la vista hacia el brillo de sus ojos verdes y su gesto, cediéndole el paso. Y para colmo es un caballero, se dijo ofuscada, echando a andar hacia la salida del restaurante pensando en la soberana bronca que le iba a echar a Nina en cuanto estuviera sobria.

¡Ni siquiera había llegado a tomarse el postre, maldita sea, y ahora tenía que irse con ella al hotel! Iba a matar a Elena por mentirosa, por mala amiga, por hacerle viajar en su peor día de suerte del año... Aunque no hubiera mentido respecto a lo importante y volviera a tener a Bruno al lado, pudiendo averiguar un poquito más sobre él. Ahora trabajaba como gestor de una empresa familiar, algo que había deseado saber durante doce años y era insuficiente para tantas preguntas como tenía en mente. Para tanto tiempo como llevaba soñando e idealizando ese momento.

¡No había derecho a que por culpa de la mentirosa de Elena, Nina estuviera así de mal y ella tuviera que mandar al garete su ansiado reencuentro! Aun así debía hacerlo, sino nunca se perdonaría haber dejado tirada a Nina en el baño de un restaurante de las afueras de Madrid, vomitando, con tal de tomarse una última copa con Bruno.

—Lo... lo siento, yo no voy a ir al pub —murmuró, dando un profundo suspiro de resignación—. La verdad es que Nina no está tan bien y tengo que cuidarla, quiera ella o no. Voy a pagar la cuenta.

—Yo tampoco voy a ir ahora, pero sé que me dará tiempo a hacer un par de cosas antes —respondió Bruno—. Por lo que dicen tus amigas, la noche va para largo, así que iré después. Y la cuenta ya está pagada, no te preocupes por eso, ya me invitarás a algo en el pub —añadió confundíendola, pues acababa de decirle que no iba a ir—. ¿No has traído abrigo?

—No, no hace frío —respondió, pero nada más salir del restaurante se le puso la piel de gallina por el cambio de temperatura.

Lo de no llevar sus abrigos porque estorbaban, como decía Rocío, nunca había sido buena idea para nadie. La ley de “carne al descubierto” ya era una tontería cuando eran unas crías. Ahora era una soberana gilipollez que le iba a costar un resfriado. El colmo de su mal día, vamos.

—Bueno, haremos una cosa —propuso él, sonriéndole de tal manera mientras se quitaba su chaqueta que tragó despacio—. Te la presto hasta que volvamos a vernos luego, así me aseguro de que me esperas en el pub. Todavía tenemos que hablar tú y yo —declaró, petrificándola con ese tú y yo.

—Pe... pero si... —balbuceó, con la voz tan cortada como ella al ver que Bruno no dejaba de sonreírle de esa manera tan picarona a la que apartó la mirada con tal de poder volver a decirlo—. No voy a ir al pub. No puedo. Nina me necesita.

—Sí vas a ir, lo sé muy bien —dijo él con una seguridad rotunda.

—¿Y... por qué lo sabes tan bien? —se esforzó en preguntar, y casi no se escuchó a sí misma.

Lo que sí oyó fue su corazón latir desbocado cuando Bruno se agachó, acercando su sonrisa de pillo y el brillo de sus ojos verdes a escasa distancia de los suyos para poner su chaqueta sobre sus hombros, rodeándola con el olor de una colonia tan intensa como el negro de sus rizos.

—Porque el taxi que tienes detrás ha traído a Elena, y dudo que vaya a irse de aquí sin Nina —le aclaró él en un susurro a su oído.

Tardó en reaccionar. Le tenía más cerca que nunca, pero terminó mirando tras ella al grupito de siempre rodeando a Elena, que había ido hasta allí ella sola en taxi, en bata y, evidentemente, aún no había dejado de llorar. Se le partió el alma al verla así, con lo coqueta y risueña que era siempre, y se acercó al grupo de chicas que intentaban calmarla hasta que Elena la vio y corrió hacia ella, abrazándola con fuerza.

No tuvo que decir nada a todos los que se habían parado a observar a Elena deshaciéndose en lágrimas sin soltarla. Con una sola mirada a Sara, la única opción que le quedaba dado que Nina la borde no estaba disponible, ella se encargó de que se largasen y se metieran en sus propios asuntos.

Se centró en Elena y suspiró muy profundo al oírla balbucear disculpas entre sollozos. Al final acabaría por hacerla llorar a ella por la pena que denotaba en su voz. Levantó su carita congestionada por el llanto, secando las lágrimas que no dejaban de salir a borbotones de sus ojos oscuros, enrojecidos e inflamados.

—Ya está, ¿vale? No llores —dijo, soltando el moño de pelo negro que se habría hecho aprisa, peinando su largo cabello lacio con las manos.

—De verdad que lo siento, no quería mentirte... —sollozó Elena—. He intentado decírtelo mil veces, solo que nunca me atrevía al final y... Luego fue demasiado tarde y... Quería que me acompañaras a decírselo a mi padre, sin ti no puedo hacerlo porque Nina nunca le ha caído bien y... Lo siento... Lo siento mucho, Sofi...

—Te perdono, pero deja ya de llorar así y respira, por favor, que te vas a acabar ahogando —le suplicó, haciéndola reír, volviendo a levantarle la carita y a secarla de lágrimas, esperando a que se tranquilizara un poco—. Nina está dentro, en los baños. Ha bebido más de la cuenta y no se encuentra bien. ¿Seguro que quieres entrar ahora a hablar con ella?

—¿Ha bebido mucho? —preguntó Elena, calmando su llanto y frunciendo el ceño mientras la miraba—. ¿Qué llevas puesto?

Su segunda pregunta la obligó a mirar atrás, donde Bruno debería estar y ya no estaba. No había rastro de él y, a pesar de que si fuese por ella no habría dicho de quién era la chaqueta que llevaba sobre los hombros, no había secreto a salvo del grupo que la rodeaba.

—¿Es la americana de Bruno! —exclamó Carla riendo, y Elena la miró tan sorprendida como las demás.

—¿Ya te has liado con Bruno? —preguntó Elena, avergonzándola a más no poder—. Joder, Sofi, qué rapidez.

—¿No me he liado con nadie! —chilló, acorralada por las risitas de todas—. Nina borracha —le recordó a Elena, que cambió el gesto pidiéndole ayuda con una sola mirada a la que negó—. Esto lo tienes que solucionar tú solita.

—Vale —admitió ella dando un largo suspiro—. Luego me cuentas lo de Bruno.

—Si no hay nada que contar —musitó.

Elena no la escuchó. Fue directa hacia el restaurante al que deberían estar mirando las otras cinco en lugar de a ella.

—No hay nada —repitió a esas miradas fijas en la americana de Bruno.

—¿Se ha empeñado en pagar tu cena, te ha ido a buscar al baño y te ha regalado su chaqueta por nada? —inquirió Sara—. Eso no hay quien se lo crea, Sofi.

—No me la ha regalado, me la ha prestado —puntualizó.

—Regalado o prestado da igual, ese quiere algo seguro —opinó María, la muy cotilla—. ¿No habéis visto cómo miraba a Sofi durante la cena? Y cuando Luis y Pablo han dicho que ellos pagaban tu cuenta, se ha puesto...

—¿Esos dos iban a pagarme la cena? —preguntó perpleja.

Sí, y les ha dicho que para compensar lo que te hicieron en el instituto tendrían que comprarte el

restaurante como mínimo —añadió Laura. Su corazón empezó a latir como loco ante tal declaración—. Yo creo que no fue para tanto. Lo único que hacían era burlarse de tus pecas.

—No fue solo eso —masculló entre dientes.

—Iban diciendo por ahí que ‘la pecas’ se acostaba con cualquiera, que se había tirado al profesor de gimnasia en los baños del instituto —les recordó María, aunque a ella no le hiciera falta que se lo recordara nadie—. Me enteré de que habían despedido al pobre hombre por nada.

—Nada no, sí que se tiraba a una alumna —musitó Laura, y todas se giraron hacia Rocío a la vez.

—A mí no me miréis, yo estaba con Guille —se defendió ella.

—Y con Sergio, con Jose y con Diego el de Getafe —añadió María.

Rocío rio a carcajadas con cara de culpable encogiéndose de hombros, dándole un codacito a ella.

—Oye, que si no te gusta Bruno me lo pasas —le propuso la muy descarada, a la que observó con una ceja levantada—. ¿Qué? Está para comérselo, no me digas que no.

—Sí, no como en el instituto, con esa pinta de rarito que tenía persiguiéndonos por todas partes —se mofó Sara, haciendo alarde de su vena critica de siempre.

—No nos seguía, paranoica —le respondió por enésima vez en su vida.

—Decid lo que queráis. Nos perseguía —aseguró Sara—. Y sigue teniendo un aspecto de psicópata que tira para atrás. No me fío de él.

—Ni de nadie —le reprocharon Rocío, Laura, María y Carla a la vez, y Carla lo hizo a gritos.

Empezaron a recordarle a Sara su época de emo del instituto y dejaron de centrarse en hablar de Bruno. Aun así, no pudo evitar pensar lo mismo que María sobre las intenciones de Bruno al defenderla así, encarando a los que un día habían sido su peor pesadilla, pagando su cena y prestándole esa chaqueta que la rodeaba con el olor de su colonia. Quizá solo estaba siendo amable, porque una cena y una chaqueta eran lo de menos si tenía en cuenta que acababa de irse sin decirle nada. Lo que sí había dicho es que tenían que hablar, que luego la vería en el pub. Dudaba de que pudiera ir, y más lo dudó cuando Elena salió a pedirles ayuda porque ella sola no podía con Nina.

Entre todas consiguieron montarla en la parte de atrás de su coche, aunque ella siguiera diciendo que estaba bien mientras se dejaba llevar, medio inconsciente. Por lo que Elena le dijo de camino en el trayecto a su casa, con Nina K.O apoyada en ella, ni siquiera habían podido hablar de nada. Para cuando había llegado al baño, le dijo Elena, ella ya estaba durmiendo la mona tan ancha como ahora.



Con la chaqueta de Bruno doblada en su regazo, y sentada de copiloto en el coche de Laura, se puso el cinturón de mala gana por la discusión que acababa de perder contra ellas sobre lo que iba a hacer esa noche. Por muy cansada que les hubiera dicho que estaba y las ganas de tirarse en una cama a descansar que tenía, ellas estaban empeñadas en que no podía dejar pasar la oportunidad con Bruno. Si Nina no se hubiera despertado mientras la metían en la cama a lo mejor habría conseguido escaparse al hotel, pero la puñetera había abierto los ojos y la boca para decir, a su manera de borde empedernida, que iba a ir a ese pub y punto. Elena, cómo no, la había apoyado, y Laura le había quitado la llave del hotel con tal de persuadirla de que se montara en su coche. Y no es que no tuviera ganas de verle otra vez para devolverle la chaqueta, quería saber de qué tenían que hablar los dos, pero en el fondo tenía un miedo que se moría.

—Parece que vayas a un funeral, Sofi, tampoco es para tanto —le dijo Laura, a la que miró de reojo dando un suspiro—. Nunca te ha gustado mucho salir de fiesta. ¿Tampoco sales ahora con tus amigas de Italia?

—No tengo amigas en Italia —respondió cruzándose de brazos.

—Qué raro... —comentó Sara desde el asiento trasero con toda la ironía posible, y a punto estuvo de contestarle.

No, se dijo. No entres al trapo con Sara, siempre tiene ganas de discutir y no le apetecía después del día que llevaba. Sobre todo si en esa discusión acababan hablando de Bruno, como había pasado en el piso de Elena, que no se había cortado un pelo en decirles a María, Sara y a Laura su secreto. Al menos Carla y Rocío no lo habían oído porque habían decidido irse al pub antes, pero ya daba igual. María sí y, por tanto, para cuando llegasen al pub, lo sabrían todas a las que seguía llamando amigas. Por no decir entrometidas vestidas de amigas, se quejó mentalmente.

No le gustaba que la estuvieran obligando a ir. Podría haber quedado con él cualquier otro día de los diez que iba a estar en Madrid, a solas, y no con ellas pendientes de ellos ahora que lo sabían. Empujándola a cada momento como si fuese otra vez la Sofía de diecisiete años que no abría la boca, que no se atrevía a nada sola y que, por miedo a lo que pudieran decir de ella, nunca saldría de juerga. Las conocía demasiado bien para saber lo mucho que iban a atosigarla esa noche. Ya no tenía alternativa.

Hasta Sara se había apuntado a salir, algo que jamás hacía, con tal de ser su guardiana, aunque en otro sentido. A ella no le gustaba Bruno en absoluto. No como a Rocío, que se había ofrecido a llevarle ella la chaqueta al pub. ¡Ni loca dejaba que Rocío se acercara a Bruno! Todas sabían el mote que se había ganado con los años y sus miles de rolletes, solo que ninguna de ellas lo decía en voz alta.

—¿Y qué haces con tu tiempo libre? —preguntó Sara rompiendo el silencio.

—Trabajo —respondió secamente, enfadada de saber la noche que le esperaba.

—Nena nos dijo que habías conocido a alguien, a un italiano —comentó Sara tras ella—. Ten cuidado, que son unos sobones.

—¿Tiene pasta? —preguntó Laura, descolocándola por completo.

—Pues más cuidado todavía, porque será mafioso —contestó Sara en su lugar.

—Ni mafioso ni sobón —le aclaró a ambas—. Y no es ‘alguien’ en ese sentido, es solo el hijo de

una clienta al que le gusta mi trabajo porque se dedica a la arquitectura. Así que Elena se equivoca y vosotras os metéis donde no os llaman.

—Vale, tranquila —dijo Sara a la defensiva—. Vaya humos...

—Yo me lie con el hijo de una clienta de la peluquería —comentó Laura con su risa de hiena sin dejar de mirar la carretera—. Fue un desastre.

—¿Ese era el que te robaba? —preguntó Sara.

—El casado —respondió Laura riendo aún.

—Mira que te lo dije...

Dejó de prestarles atención a las dos cuando empezaron a hablar de los tíos con los que Laura se había enrollado y de los que Sara le había advertido. Ella siempre tenía algo negativo que sacarle a los demás, así que dejó de escucharla al instante. No tenía ganas de contagiarse de su negatividad, hoy no. Le había costado años ver que gente como Sara era el peor complemento de la paz mental que tanto le había costado conseguir. Y, ahora que lo veía tan claro, le parecía ridículo que criticara la negatividad de su entorno y no la suya propia.

El hijo de la señora Giovani no era ningún sobón, era un respetado arquitecto de Palermo cuya empresa de construcción sostenible estaba revolucionando el mercado en Europa. Y habría quedado con él ese mismo jueves, en tres días, de no ser por Elena y su maravilloso plan secreto de boda para el fin de semana.

Su propia empresa de decoración de interiores necesitaba un aliado tan importante como él. Tenía muchísima suerte de haber tenido la oportunidad de trabajar para la señora Giovani, su madre, haciendo varias remodelaciones de sus múltiples propiedades, las cuales decía que tenían a su hijo entusiasmado. Solo había hablado con él una vez por teléfono y le había parecido una llamada de lo más profesional. Se había mostrado educado y encantador a la vez que había ido directo a lo importante para ambos: concretar la fecha de una reunión para hablar de los proyectos que podían planear en común ese mismo jueves. La que había tenido que cancelar con tal de estar ahora ahí, en el coche de Laura, recorriendo las calles de Madrid en busca de aparcamiento para su Hyundai Coupe y dirigiéndose al pub con peor pinta de la calle a devolverle una chaqueta a su amor platónico de la adolescencia. ¡Es de locos! Se gritó, frustrada por la oportunidad laboral perdida que no volvería a repetirse.

Ni siquiera había recibido una respuesta a su cancelación de la reunión por email, pues lo había tenido que escribir durante el vuelo de prisa y corriendo, y si se la había dado no se iba a enterar hasta que pudiera coger su móvil del hotel donde lo había dejado cargando. Si es que Laura le devolvía la llave hoy, se dijo, mirando con tan mala cara como Sara la entrada de puertas negras y luces fluorescentes del pub en el que entraron.

El nivel de la música la dejó medio sorda al cruzar el umbral, pero lo que vio la dejó tan petrificada que no se lo pudo creer. ¡No era un pub, era una discoteca! ¿Qué narices hacían allí? ¡Si ya tenían treinta años, por amor de Dios! Podrían haber ido a cualquier local decente, con música tranquila y vino a la carta, no al tugurio más pequeño de todo Madrid a beber de garrafón. No puede ser peor, se dijo mientras dejaba la chaqueta de Bruno en el guardarropa, metiendo el ticket en el bolso.

—¡Habéis venido! —les gritó Carla acercándose a abrazarla—. ¡Ya creíamos que pasarías de venir sin Elena! ¡Vamos a la barra!

Carla tiró de ella hacia un grupo de gente, entre ellos varios de los asistentes a la cena de exalumnos de esa noche, y le importó poco a quién empujar hasta llevarla al peor lugar del mundo: justo al lado de Pablo, que le ofreció el taburete donde estaba sentado en cuanto la vio. Intentó ignorarle, pero él se acercó más.

—¡No sabes lo mucho que lamento lo que pasó, Sofía, éramos unos niñatos sin cerebro! —le gritó al oído para hacerse oír por encima del estruendo de la música y de su barrera personal—. ¡Por favor, déjame que te invite al menos a una!

Tomó aire por la nariz y lo soltó muy despacio por la boca con los ojos cerrados pensando en los libros que había leído, en los cursos que había hecho sobre crecimiento personal que tanto la habían ayudado, y usó la herramienta que había aprendido tras años de práctica: perdonar y dejar pasar. Asintió y se sentó como pudo en el taburete bamboleante que le había cedido viendo la sonrisa de Pablo en respuesta.

Pidió vodka con tónica, y no cualquier vodka, pues esa copa de balón que le sirvieron se la iba a hacer pagar como estaba mandado. Se lo debía a esa Sofía que aún llevaba dentro y que seguía realmente dolida por lo que le habían hecho en el instituto. De ser por ella una copa sería insuficiente, pero para la adulta que ahora era podía ser un justo intercambio si eso significaba que zanjarían el tema de una vez. Lo que no esperó a cambio de esa copa fue que Pablo intentase iniciar una conversación con ella a gritos.

Le preguntó todas las cosas que le habían preguntado durante la cena, incluso más de una vez, ya que con la música tan alta apenas se escuchaban mutuamente. Aunque después de unas cuantas preguntas, y tantos otros silencios incómodos, le sugirió ir a un sitio tranquilo donde poder hablar. Empezó a sospechar un poco entretanto que se bebía su copón de vodka con tónica, el mismo que estuvo a punto de tirarle a la cara a Pablo cuando se atrevió a ponerle la mano en el hombro para decirle que su casa estaba muy cerca.

Dejó su copa en la barra y se deshizo de esa mano que había llegado demasiado lejos, como las intenciones de Pablo con ella, antes de alejarse de la penosa situación con la excusa de ir al servicio, en el que se metió con cuidado de no tocar nada. ¡Pero qué asco! ¡De sitio y de tío! Chilló en su mente, asomándose a uno de los cubículos donde se suponía que debía hacer sus necesidades.

Ni loca meo ahí, se dijo con el único rollo de papel en la mano de los tres que debería haber, uno en cada váter como mínimo, cubriendo hasta el suelo antes de apañárselas para mear de pie. Y fue más o menos bien hasta que escuchó el chirrido de la puerta del baño y la música a todo trapo que seguía sonando fuera, unos tacones, unas risas...

—¡Se ha pirado, qué fuerte! —escuchó gritar a Carla, pues seguro que era ella.

—A mí no me extraña nada, siempre ha sido una cobarde —dijo otra, Rocío por descontado—. No sé qué pinta aquí, la verdad.

—Va a ser la madrina de Elena —respondió María, con lo que terminó de darse por aludida y se quedó petrificada, en silencio de ultratumba.

—Yo paso de ir a la boda de esas tortilleras —comentó Rocío—. Además, nunca he tragado a Nina, es una marimacho —opinó, empezando a cabrearla—. Y que Elena ahora sea una comecoños me da asco, qué queréis que os diga.

—¡Si no vas pierdes la apuesta! —gritó Carla, frenando su salida por poco.

—Pues la pierdo, ya ves tú —declaró Rocío—. Paso de intentar liarme con un tío que lleva desde el instituto detrás de esa idiota, igual que Pablo. Ha sido verla y se les ha puesto dura pensando en que por fin se la iban a tirar, te lo digo yo. No he creído nunca que Pablo se la follase en el instituto, como siempre ha dicho.

—Ese rumor era mentira, igual que el otro, lo sabes mejor que nadie —dijo María, a cuya risa se quedó atenta apretando los puños de pura rabia—. Tú lo difundiste y al final resulta que eras tú quien se tiraba al profe de gimnasia.

—¿Y qué? Bien bueno que estaba —respondió Rocío.

Las otras dos rieron y ella no pudo aguantar un solo instante.

—¡Sofi! —chilló Carla con su timbre más agudo, mirándola tan pasmada como el resto cuando salió del apestoso cubículo del baño.

—Ni Sofi ni hostias —masculló sin dejar de atravesar a Rocío con la mirada—. A partir de ahora puedes llamarme idiota. La más idiota del planeta que creía que todavía erais mis amigas, que lo fuisteis

alguna vez. O mejor ni me llaméis, como en estos doce años —espetó, dejando de mirar a esa...—. Zorra de mierda —le dijo a Rocío antes de salir, porque eso no se lo iba a guardar.

Cerró el servicio de un portazo que apenas resonó con el estruendo de la música, así como el grito que dio al ver a Bruno ante ella. Igual que en el restaurante, a medio metro escaso de su cabreo en aumento por lo que acababa de averiguar. ¿No era suficiente con que Pablo hubiera intentado acostarse con ella? ¿Tendría que haberle tirado la copa a la cara! Y ahora que tenía a Bruno mirándola fijamente no pudo evitar pensar que su intención era la misma. ¡Todo por ese maldito rumor! ¡No se lo podía creer! ¡Él también no!

—¡Tu chaqueta está en el guardarropa, toma! —le chilló mientras buscaba el ticket en su bolso, a punto de echarse a llorar.

Y no solo al darse cuenta de lo realmente idiota que había sido todos los años en los que había considerado a Rocío, María y Carla sus amigas. Siempre había pensado en él de una forma completamente diferente. Le entregó el ticket, pero Bruno no se apartó de su camino cuando intentó salir.

—¡Qué más quieres ahora, Bruno! —gritó al ver que no se movía del sitio, que no dejaba de mirarla mientras intentaba contener las lágrimas a toda costa.

El gesto de Bruno, a la luz de esos alójenos tan tenues y parpadeantes, pareció ensombrecerse antes de que avanzara hacia ella, abrazándola contra él con una intensidad que la dejó sin respiración, así como el susurro que dejó caer en su oído.

—A ti, Sofía. Ahora y siempre.

No se pudo mover ni responder, pues Bruno se apartó de ella y cogió su mano, llevándola a zancadas por esa discoteca de mala muerte en dirección a la barra. Y se le abrió la boca de puro pasmo cuando vio, en vivo y en directo, cómo Bruno apartaba gente hasta llegar a Pablo, tirándole el contenido de su copa casi llena a la cara antes de dar media vuelta y continuar su camino, con ella aún de la mano, hacia la salida.



Demasiado perpleja para reaccionar a lo que estaba pasando, miró a Bruno mientras él abría la puerta del copiloto de un coche negro impoluto, de gama alta, que había parado frente a la puerta de la discoteca de la que acababan de salir de la mano. De la mano, se repitió, como esas palabras que había susurrado a su oído. ¡A ella! ¡Bruno la quería a ella! Le gritó su corazón enloquecido sin dejarla pensar en otra cosa. ¿Y qué quería Bruno de ella? Se preguntó enervada, mirando la puerta abierta, sus ojos verdes que la observaban sin pestañear esperando a que se montara sin dudarlo.

—No pienses mal, te juro que hoy solo vamos a hablar y puede que a tomar un helado —dijo él, sorprendiéndola un poco—. De ti dependerá si hay un mañana, Sofía, pero tenemos que irnos ya o no respondo de lo que pueda pasar.

Echó un vistazo a la cola de coches que se estaba formando en la calle porque Bruno había decidido parar su coche ahí. Él, sin embargo, miraba a la entrada de la discoteca de la que estaba saliendo gente. Pablo entre ellos, con la camisa empapada por la copa que Bruno acababa de tirarle encima. Su copa.

No tuvo que pensarlo dos veces, se metió en el coche y Bruno cerró la puerta del copiloto antes de dirigirse a paso rápido al otro lado, montarse y arrancar. Se quedó mirando al grupo que salía de la discoteca a través de la ventanilla tintada de ese coche con olor a nuevo en el que se alejó con Bruno al volante. Le observó de reojo un instante antes de intentar ponerse el cinturón, algo impactada todavía. ¡Le había tirado su copa a Pablo! Después de decirle que la quería y sacarla de ese antro, le dijo su vocecita interna dando brincos de alegría al ritmo al que aún le latía el corazón.

No sabía a dónde la llevaba, y con lo que le acababa de decir, más lo que le había dicho en la discoteca al oído, no era capaz de preguntar. Estaba tan nerviosa que no conseguía enganchar el maldito cinturón en su sitio, de lo que Bruno se dio cuenta y cogió su mano, ayudándola a acertar.

—Siento haber tardado tanto en venir a por ti —dijo entonces, soltando su mano para cambiar de marcha con una ligera caricia de su pulgar.

—Yo... Yo a... Acabo de llegar —musitó en un tono tan entrecortado que se obligó a girar la cara hacia la ventanilla con tal de no mirarle ahora a los ojos.

—¿Estás bien?

Asintió, aunque notaba las mejillas arder y el corazón a punto de estallarle en el pecho. No podía mirarle, si lo hacía se le derretiría todo, o eso sentía.

—Sofía —la llamó Bruno, al que se obligó a mirar de reojo, descubriendo la sonrisita pícara que le dirigía. Su estómago dio un ligero vuelco y sus ojos se quedaron atrapados en esa increíble sonrisa—. ¿Te sigue gustando el helado de nueces?

Frunció el ceño de forma inmediata y asintió de nuevo con lentitud ante el acierto que no se esperaba por su parte. ¿Y él eso cómo lo sabía? ¡Si jamás habían cruzado una sola palabra hasta ahora! Lo que le recordó lo que acababa de confesarle al oído y le dirigió la vista hacia la ventana otra vez.

—Sé que nunca hemos hablado mucho —comentó él sin dejar de vigilar el tráfico, acertando una vez más—. Si te soy sincero, contigo siempre he sentido algo que está por encima de las palabras. En el instituto fui un maldito cobarde al no decirte nada, ni siquiera lo que tus supuestas amigas te estaban haciendo, pero ahora estás aquí y tengo tanto que decirte que no sé ni por dónde empezar.

—Eso parece —murmuró, haciéndole reír a carcajadas.

—¿Tanto te ha sorprendido que te diga que te quiero? —preguntó él. Solo pudo responder con un rotundo asentimiento por cómo le latía el corazón. Tenía la impresión de que, si abría la boca, se le saldría botando como si fuese un dibujito animado—. Sé que después de estos años es un poco... Demasiado tarde, lo sé, ya lo sé —admitió—. Pero es lo que siento, y sé que tú también tienes muy presente lo que siempre hubo entre nosotros y lo que está pasando ahora, aunque hayan pasado tantos años.

—¿El... El qué? —preguntó, abochornadísima y algo perdida, mirando de soslayo el brillo insano de sus ojos verdes.

—Que nuestra conexión se ha hecho más fuerte —se limitó a decir él, sonriente.

Muda de la impresión durante unos largos minutos en los que solo pudo mirar hacia fuera con el corazón a mil por hora, y sin ser capaz de refutar esa lógica tan aplastante como disparatada, intentó por todos los medios acallar la voz de su mente que, frenética, se debatía entre los gritos de incredulidad y la absoluta incertidumbre. ¿Conexión? ¡Es algo especial y lo sabes! ¿Así llamaba él a doce años sin saber nada el uno del otro? ¡Y qué, más claro imposible, le gustas! ¿Y en el instituto qué, le gustabas tanto que nunca te lo dijo?

—A la mierda el instituto —dijo él de repente, acorde con su voz mental a gritos, aparcando ese cochazo y dejándola pasmada a la vez—. Sé que no tengo ningún derecho a pedirte que hagas borrón y cuenta nueva con lo referente a nosotros, Sofía, pues aún no sabes apenas nada. Pero te suplico que lo que voy a confesarte, en cuanto encuentre el valor necesario, no lo comentes con nadie. Nunca. Ni siquiera con Elena. Prométemelo, por favor.

Observó a Bruno con atención, pues denotó en su voz una seriedad y una tristeza poco acordes con él. Y su mirada esquivando la suya, así como su nerviosismo, la pilló desprevenida. Jamás le había visto tan serio, tan nervioso... Tragó despacio el nudo de vergüenza que no le permitía hablar y se atrevió a rozar la mano que él mantenía en el cambio de marchas. A pesar de que Bruno ancló su mirada en ella, dio un profundo suspiro y reunió todo su coraje para decirle las tres palabras que él necesitaba escuchar ahora mismo:

—Te lo prometo.

La sonrisa que apareció tras sus labios fue tan amplia, y el brillo en sus ojos tan hipnotizante, que dejó de respirar mientras él cogía su mano y le besaba los nudillos. Una oleada de escalofríos recorrió su brazo desde el roce de sus labios hasta sus mejillas, pasando por su corazón, haciéndolo latir como poseído por ese tierno beso. Solo cuando Bruno soltó su mano recuperó el aliento junto a la terrible vergüenza de saber que, esta vez, no habría escondite posible para los intensos ojos verdes que no se apartaban de los suyos.

—Gracias.

El guiño extra de Bruno la terminó de colapsar. Miró alrededor intentando centrarse en saber a dónde la había llevado. No conocía esa zona de Madrid.

Bruno se bajó del coche, dándole la vuelta y abriéndole la puerta. Se quitó el cinturón y aceptó la mano que le ofrecía y que él aferró con la suya, tirando de ella con tanta firmeza como suavidad. Caminaron uno junto al otro en silencio por una calle desierta, y por las siguientes a esa, hasta que a mitad de la quinta calle Bruno se acercó a la puerta de un restaurante chino y abrió la puerta, cediéndole el paso. Entró, a pesar de sus dudas, y siguió a Bruno hasta el asiento que retiró de una mesa, junto a la enorme pecera llena de langostas que decoraba el centro del restaurante vacío, en la que se sentaron a esperar a que alguien les atendiera.

Lo que no se esperó para nada, pero para nada, fue ver a Bruno saludando al camarero que se acercó a atenderles en su idioma. ¡Hablaban chino! ¡Qué fuerte! Y no solo eso, sino que parecía conocer a todos los trabajadores del restaurante, incluida la cocinera que salió a recibirles con el delantal blanco

lleno de manchas, dedicándole una sonrisa desde lejos a ella. Bruno se levantó y fue a saludarla, así que para cuando volvió a la mesa estaba tan sorprendida que no le apartó la mirada, intentando entender de qué iba todo eso.

—Mei es una vieja amiga —le explicó él nada más darse cuenta de su cara de pasmo—. Nunca cierra el restaurante sea la hora que sea, así que está encantada de que hayamos venido. He pedido un postre especial para dos, espero que no te importe.

Negó de forma automática. Si le hubieran dicho que ese día tan desastroso acabaría en Madrid, con Bruno frente a ella, hablando y compartiendo un helado, se habría reído a carcajadas de pura incredulidad. Se sentía una cenicienta a la que, en algún momento, se le acabaría la buena suerte. Y con ese ‘para dos’ ya la había convencido totalmente de que tenía que estar soñando. Entonces Bruno le cogió la mano.

—Nunca creí que me alegraría tanto de volver a Madrid —le confesó, sonriendo hasta que ella levantó una ceja, pues era lo mismo que pensaba en el fondo pero no lo encajaba con él—. Me fui al acabar el instituto, tuve que mudarme por asuntos familiares.

—Como yo —musitó mirando la mano que cogía la suya, que le acariciaba los nudillos con el pulgar.

—Siento que tuvieras que irte así, no... No quería que... —murmuró él. Frunció el entrecejo al ver que volvía a tener el mismo gesto triste y serio—. Fue por mí.

—A mi padre le ofrecieron un trabajo en París, no creo que tuvieras nada que ver con eso —dijo confusa.

—¿Y si te dijera que sí, me odiarías? —preguntó Bruno en el mismo tono taciturno.

Imposible, se respondió mentalmente. Y no porque no lo hubiera pasado mal en su momento, apartándose de Elena y de todo lo que conocía, sino porque un chico de diecisiete años no le había dado el trabajo a su padre.

Una empresa dedicada a la compra-venta de inmuebles situada en pleno París le había contratado como director ejecutivo. La ciudad en la que ella había terminado sus estudios antes de irse de Erasmus a Italia, donde se había enamorado del idioma, de los paisajes y de las influencias artísticas de las que se había empapado durante su carrera profesional como diseñadora de interiores hasta ahora. Su vida era mejor de lo que lo habría sido si se hubiera quedado en Madrid, eso lo tenía muy claro. Dejó de cavilar, pues Bruno seguía con el semblante serio esperando su respuesta sin mirarla.

—No —terminó por decir, con lo que Bruno levantó al fin la mirada de su plato vacío con la servilleta doblada en forma de cisne—. Pero te preguntaría por qué.

—Por qué... —repetió él en un susurro, sopesando esas dos palabras como si tuvieran la clave de su seriedad—. Para eso tendrás que esperar un poco más. No me gustaría asustarte antes de que te traigan el postre que no te has tomado en la cena —declaró entonces visiblemente enervado, soltándole la mano.

—¿Asustarme de ti? —inquirió, tan intrigada como perpleja—. ¿Por qué?

—Te lo diré, prometido —contestó él en apenas un murmullo—. Es solo que haces muchas preguntas que no puedo responderte ahora, Sofía, aunque quiera.

—Llevo demasiado guardándomelas, en algún momento tenían que salir, y ya que has empezado tú... —respondió, y Bruno se empezó a reír, asintiendo a su irrefutable lógica.

—Vale, hagamos una cosa —le propuso con una sonrisa de medio lado que hizo brillar sus ojos verdes—. Dame tres noches. Solo tres sin preguntas ni secretos escabrosos, hablando como personas normales y disfrutando de la oportunidad que tenemos ahora de volver a conocernos, y responderé todas las preguntas que quieras hacerme.

—¿Como dónde demonios has aprendido a hablar chino? —se vio obligada a preguntar, haciéndole reír a carcajadas esta vez.

—A eso sí puedo responderte —dijo sin dejar de reír, volviendo a coger su mano y dejándola pendiente de su sonrisa y de los segundos que se tomó para contestar—. Tú te mudaste a Francia. Yo a Corea.

—Tienes que estar de broma —musitó estupefacta. Bruno negó—. ¿Sur o...?

—Ambas —respondió él.

Sin soltar su mano en ningún momento, Bruno le contó cómo había sido crecer en un país dividido que, prácticamente, estaba viviendo una dictadura de las más cruentas de la historia. Ella había escuchado alguna que otra noticia preocupante por la televisión sobre el norte de Corea, pero los detalles de los que Bruno le habló eran el fiel testimonio de alguien que había visto de pleno la hambruna y la pobreza del pueblo norcoreano.

Desde un punto de vista externo, fue una respuesta totalmente plausible para la tristeza y la seriedad que volvieron a aparecer en su semblante. Había visto morir a gente, puede que a algún conocido, por lo que dijo cuando la cocinera vino a traerles el postre para dos personalmente: ella era una de los miles de refugiados a los que la empresa de su familia había buscado asilo en otro país.

La pregunta sobre la labor de la empresa de su familia, de la que él había dicho que era el gestor en la cena de exalumnos, brotó de su garganta sin que su cerebro tuviera que pensarla siquiera. Bruno la miró un par de segundos, soltó su mano y suspiró.

—Si quisiera mentirte, te diría que a relaciones internacionales —respondió.

—Y no quieres mentirme —dedujo, y algo en su mirada la obligó a dudar un instante—. ¿Verdad?

—No, a ti nunca te mentiría —dijo, sonrojándola con su amplia sonrisa—. Pero...

Bruno marcó un tres con su mano que entendió de inmediato. Esa era una de las preguntas escabrosas a las que respondería si le daba tres días de normalidad, a pesar de que no entendiese por qué, pues esa era otra pregunta que respondería si accedía. ¿Tres noches? Tenía más de tres aún, tenía ocho antes de volver a su casita de playa en Palermo, a su estresante día a día de trabajo, reuniones y viajes. A la vida real, ya que este era un reencuentro de ensueño que estaba dispuesta a disfrutar. Una oportunidad de conocerle de verdad que no dejaría pasar aunque, por ahora, tuviera que esperar un poco más.



Apenas podía dejar de reír mientras salían del restaurante en el que llevaban horas charlando sobre los lugares en los que habían estado, la gente a la que habían conocido y, lo que aún la tenía muerta de risa, los idiomas que habían aprendido. Bruno le había asegurado que sabía italiano. Lo cierto era que ni por asomo tenía idea del idioma que se había empeñado en hablar con ella aparte de las cinco palabras que sabía todo el mundo: Pizza, bella, bene, grazie y ciao. Además, verle intentar hacer una frase completa con ellas, con el tonillo que había puesto y el gesto de sus manos imitando al típico italiano, no tenía precio. Sobre todo escucharle cantar en coreano. Jamás había pensado que Bruno fuese tan divertido, pero lo era. E interesante, culto, inteligente y guapo a más no poder, se dijo, observándole de reojo. Cautivada por su amplia sonrisa y sus ojos verdes, aceptó coger el brazo que le ofreció en cuanto salieron por la puerta del restaurante a la fría madrugada de Madrid.

—Tu chaqueta —recordó entonces con la piel de gallina—. ¡Mi llave!

—¿Llave? —preguntó él cuando se echó las manos a la cabeza por el tremendo descuido.

—Laura me quitó la llave para que no me fuese a dormir al hotel —le explicó.

—¿Ibas a darme plantón? —inquirió Bruno, sonriendo con esa cara de pillo y poniendo un gesto de incredulidad que la obligó a decirle la verdad.

—¡No! Lo que no quería era que ellas estuvieran pendientes de todo, que son unas cotillas y unas entrometidas. Pensaba quedar contigo otro día —le explicó.

—¿Y cómo ibas a hacerlo? —quiso saber él.

—Ahhh... —respondió, encogiéndose de hombros y marcando un tres con la mano, como llevaba él haciendo casi toda la noche—. Tú tienes tus secretos, yo los míos.

—No hay secreto tuyo que yo no sepa, Sofía, siempre has sido como un libro abierto para mí —susurró Bruno, acercándose hasta darle un suave beso en la mejilla que le entrecortó la respiración—. Espera aquí, traeré el coche.

Vio a Bruno alejarse a paso rápido por la calle abrazándose a sí misma, frotándose los brazos desnudos, y dejó de observar su figura esbelta en cuanto se dio cuenta de que su mirada se había quedado anclada en su trasero. No podía creer aún que llevasen tantas horas hablando como para que su reloj marcase las cuatro de la mañana, ni lo cómoda que se sentía en realidad con él pasado el primer momento de pura timidez de siempre hasta el punto de acabar de mirarle el culo descaradamente.

Sonrió pensando en cada palabra y mirada suya, cada sonrisa que le había dedicado esa noche. Abrió el bolso para asegurarse de que las llaves del hotel no estaban dentro y sacó el paquetito de nueces caramelizadas que Bruno se había empeñado en que se llevase porque, tal y como ella había pensado, eran las mejores nueces caramelizadas que había probado nunca. Estaba que reventaba con la fuente de helado de nueces, nata y más nueces caramelizadas machacadas por encima que Mei, la cocinera, les había preparado. Aun así sacó una de la bolsita y la saboreó sin poder dejar de sonreír.

¿Y ahora qué iba a hacer, ir al hotel e intentar que la dejaran entrar sin llave? La reserva de la habitación no estaba a su nombre, aunque tenían una copia de su DNI en recepción, así que no le sería muy difícil que la dejaran entrar a pesar de lo de la llave. ¿Y si Laura y Sara habían ido al hotel a esperarla? No tenía móvil, estaba incomunicada, ni siquiera había tenido tiempo de decirles lo que había pasado en la discoteca o que se iba a ir con Bruno antes de estar montada en su coche. El mismo que vio

llegar y pararse frente al restaurante coreano, y no chino como había pensado en un principio, que dejó atrás a paso rápido para montarse. Para volver a ver su amplia sonrisa, coronada por el brillo de sus intensos ojos verdes, con la que Bruno la recibió. Lo único que podía pensar ahora, mientras él conducía hacia el hotel cuya dirección le dio, era en lo corta que se le había hecho esa primera noche tan increíble. Ojalá no tuviera que acabarse nunca.

—Todavía quedan un par de horas para que se haga de día —comentó Bruno, frenando en el semáforo y mirándola con esa sonrisa picarona—. No quiero que pienses mal, pero me encantaría que vinieras a dormir conmigo lo que queda de noche —le propuso sin vacilar, paralizándola—. A dormir —repitió cuando dejó de mirarle.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó en un susurro, obligándose a decirlo en voz alta—. Em... Quiero decir... Cada uno tiene su vida, incluso tú viajas más que yo. Ninguno de los dos tiene tiempo para... Para lo que sea que estemos haciendo ahora.

—Hablar, comer helado y puede que dormir juntos —resumió Bruno sin perder la sonrisa—. Es como si estuviéramos de campamento de verano.

—De campamento... —repitió ella sin poder contener la risa nerviosa.

—No será una cita si no hay, al menos, un baile lento —declaró él sin dejar de sonreír de esa manera que se le contagiaba—. Y velas, muchas velas.

—Y vino —se le ocurrió agregar.

—Flores... —sumó él.

—Bombones... —añadió a la lista de tópicos.

—Las mejores nueces caramelizadas del mundo... —dijo Bruno haciéndola reír.

—Música coreana de fondo... —incluyó riendo, recordando el repertorio que acababan de escuchar en el restaurante, sobre todo la que Bruno había cantado.

—Palabras románticas en italiano... —susurró él, de lo que se rio aún más.

—Un beso francés... —musitó ella, avergonzándose de sí misma por lo que acababa de decir sin pensarlo, siguiendo esa cadena que hizo reír a Bruno a carcajada limpia.

—Y un te quiero español —finalizó cogiendo su mano, besándole los nudillos.

—Eso...

—Sí, eso no me lo he podido callar, es verdad —se carcajeó él—. Aunque hoy solo estamos de campamento, así que puedes estar tranquila.

Asintió y se soltó de su mano, señalando con el dedo hacia el semáforo en verde que había cambiado hacía varios segundos. Su corazón calmó un poco su frenético palpar. Observó de reojo la contagiosa sonrisa que Bruno tenía pendiente de la carretera, incapaz de ocultar la suya cuando sus miradas se cruzaron un instante. Sentía que le era del todo imposible dejar de sonreír como una boba, repitiéndose una y otra vez con incredulidad el destino de ese trayecto en coche que acabó dentro de un garaje subterráneo de un edificio de las afueras, cerca del aeropuerto.

¡Iba a dormir con Bruno! Se había vuelto loca, definitivamente, pero cada paso que daba a su lado, hacia el ascensor del edificio por el que subieron hasta la quinceava planta, era un motivo más para hacer reaparecer la sonrisa que le provocaba su sola mirada, su gesto cogiéndole la mano, acariciándole los nudillos con el pulgar. ¡No podía dejar de sonreír! Y él tampoco, le dijo esa voccecita que la impulsó a morderse la punta de la lengua. La de esa Sofía adolescente que llevaba dentro y que, tan emocionada y nerviosa como ella, siguió a Bruno hasta la entrada de un apartamento que la dejó completamente confundida cuando Bruno encendió las luces.

Decir que su piso estaba vacío era quedarse corto, pues ni los apartamentos piloto que estaba harta de ver tenían una decoración tan escasa. ¡No había nada! Con lo que ahora había conseguido saber sobre Bruno se había imaginado algo bastante diferente a ese apartamento que, por no tener, no tenía ni cortinas. Solo unos estores verticales, como los de una sala de reuniones de los ochenta, entre los que se

podían entrever las luces de la ciudad bajo ellos como un manto.

—¿Quieres un pijama? —le preguntó Bruno, acercándose con una bolsita de tela como la de un hotel—. Hay un cepillo de dientes dentro.

Bruno abrió la bolsa, de la que sacó varias prendas dobladas tan grises como el pantalón de su traje. Como las paredes de su piso, tan amplio y vacío, por el que la guio hasta un baño terriblemente insulso para las posibilidades que se empezaron a amontonar en su mente sobre colores, materiales y muebles que dieran algo de vida a un apartamento tan lúgubre.

—Ya... Es deprimente, lo sé —suspiró Bruno pendiente de sus gestos.

—Todavía no me has dicho dónde vives —dijo entonces, cayendo en la cuenta.

—Porque no vivo en ninguna parte, viajo demasiado —respondió él, dándole la bolsita de tela—. Algún día no muy lejano dejaré de hacerlo. Sobre todo si tengo alguien esperándome en cualquier sitio al que llamar hogar —musitó.

Antes de que Bruno se diera la vuelta, indicándole que podía cambiarse ahí, pudo ver ese gesto tan triste que de vez en cuando emergía y le borraba la sonrisa incluso a ella. Se metió en el baño y empezó por quitarse los tacones, retorciéndose para quitarse el vestido que tenía la cremallera en la espalda y quedándose en ropa interior ante el espejo en el que se encontró con su propia mirada de ojos oscuros, acentuados por el maquillaje que Carla le había puesto y que se quitó con las toallitas desmaquillantes que siempre llevaba en el bolso.

Traidora mentirosa, dijo con rabia su voz mental antes de dejar de pensar en cualquiera de ellas. Pensó en Elena, en lo mucho que iba a flipar cuando le contase que había pasado la noche con... No, no se lo podía decir, se recordó. Si se lo decía, Elena querría saber cada detalle de esa increíble noche con Bruno, y le había prometido no decir nada.

Tenía todo el derecho a guardarse el secreto para ella después de lo de Nina, de lo de la boda. Lo que no se iba a callar era lo de esas tres falsas de mierda, eso seguro. María, Carla y Rocío iban a dejar de ser parte del grupo de siempre en menos tiempo de lo que ella tardó en ponerse la camisa del pijama, que le quedaba algo larga. Tanto que se planteó por un momento, mirándose en el espejo, si salir así o ponerse los pantalones del pijama.

No tardó en decidirse al ver que el borde de esa camisa de hombre para dormir apenas le llegaba a medio muslo. Salir sin el pantalón sería una declaración de que la época de campamentos se le había quedado demasiado pequeña y, aunque fuese así, no estaba dispuesta a que Bruno creyese que esa era su intención, tampoco su costumbre. De campamento, se repitió, poniéndose el pantalón y doblándole los bajos para no pisarlos. Igual que dobló varias veces las mangas de la camisa para lavarse los dientes con el cepillito de viaje que venía en la bolsa de tela antes de soltar el recogido que Laura le había hecho, peinándose los rizos castaños con las mano.

Salió del baño con su vestido doblado, sus tacones y su bolso en las manos, y se dirigió hacia la única luz que había encendida ahora en el apartamento, encontrándose con un pensativo Bruno vestido con el mismo modelo de pijama que ella y sentado a los pies de una cama de matrimonio. A él le quedaba perfecto.

Observó en silencio, desde la rendijita de la puerta, lo afligido que parecía ahora mismo. Era el mismo gesto que ponía cuando, entre risas y preguntas, topaban con un tema del que él no se atrevía a hablar aún con ella por miedo a asustarla. Algo que, por seguro, tenía que ver con su familia, con lo vacío que estaba ese piso y, por descontado, con los años que había pasado yendo de un país a otro con ciertas ‘necesidades’, como había dicho él.

—¿Se puede? —preguntó cuando no pudo soportar más su semblante serio.

Bruno se puso en pie y cambió su humor en rotundo con una amplia sonrisa buscando algo en el techo.

—¡Un momento! —dijo Bruno, que echó a correr hacia un lateral de la habitación, subiéndose a

la cama de un salto y engancho una sábana en la lámpara y dos de sus esquinas al cabecero de la cama—. ¡Ya puedes pasar!

Entró en la habitación con el ceño fruncido por su sonrisa de oreja a oreja hasta que se dio cuenta de lo que acababa de hacer. ¡Era una tienda de campaña! Se chilló atónita, riendo a carcajadas desde la puerta mientras él se bajaba del colchón de un saltito, sonriente.

—Bienvenida a mi campamento —anunció Bruno.

—Tu campamento se cae por momentos, Bruno —le dijo sin poder dejar de reír de esa manera que apenas podía parar, pues una de las esquinas se había soltado del cabecero—. No importa, de verdad, déjalo —se apresuró a decir al ver que se esforzaba en intentar solucionarlo—. Agradezco el detalle, pero ya no tenemos edad de campamentos.

—Entonces bienvenida a mi cama —respondió él, paralizándola—. Lo sabía, sigues pensando mal.

—¡No, lo prometo! —exclamó en un tono demasiado agudo. Dejó su vestido, sus tacones y su bolso en el suelo, junto a la puerta, antes de probarle que no pensaba mal para nada, a pesar de su chillona respuesta, metiéndose en la cama la primera—. ¿Ves? Estoy bien, no pienso nada raro.

Excepto que era la primera vez que iba a dormir con Bruno y que, aunque intentaba disimularlo, su pulso estaba disparado de solo pensar en que el siguiente en entrar en la cama sería él.

—Ya... —musitó Bruno riendo por lo bajo—. Estás como un tomate, Sofía —observó, y ella tuvo que apartar la mirada un instante sabiendo que era la pura verdad, ya que notaba sus mejillas arder—. ¿Si te digo que estás preciosa cuando te sonrojas así dejarás de hablarme?

—No me chinches —le advirtió antes de tumbarse dándole la espalda, acomodando la almohada y cerrando los ojos para obligarse a respirar profundo.

—De acuerdo, pues a dormir se ha dicho.

Abrió los ojos en el momento en el que Bruno apagó la luz y sintió el movimiento en la cama tras ella, el ligero tironcito de la sábana con la que se había tapado y un largo suspiro por su parte.

—Sofía —susurró Bruno a escasa distancia de su cogote—. Puedo dormir en el suelo, no me importa si así estás más cómoda.

Consiguió reaccionar al ofrecimiento que le pareció el colmo. Dio media vuelta y aferró la camisa de pijama de Bruno, acercándose un poco a él y negando en rotundo a esa descabellada idea que le alejaría de ella.

Por mucha vergüenza que sintiera ahora mismo mientras Bruno respondía a su acercamiento de igual manera, la oscuridad que les rodeaba le estaba dando una oportunidad de decirle lo que realmente sentía. Lo que llevaba pensando toda la noche.

—Gracias —musitó en un inaudible hilo de voz.

—¿Gracias por qué? —preguntó él en el mismo tono susurrado.

Ni se creyó la pregunta, y tampoco se atrevió a dar una respuesta tan larga como la lista realmente extensa de cosas que había hecho por ella esa noche. Empezando por pagar su cena y la de Nina, por defenderla, por prestarle su chaqueta, por ir a por ella a esa discoteca de mala muerte... Sobre todo por tirarle la copa encima al desgraciado de Pablo respondiendo a sus gritos con un te quiero, a su vergüenza con paciencia y a su timidez con humor. Acababa de pasar la mejor noche de su vida.

—Por todo —resumió.

—De eso nada —declaró él abrazándola con fuerza—. No lo hagas.

—¿Hacer qué? —preguntó oliendo su colonia, sintiendo su calor rodearla.

—Agradecerme llegar tarde y hacer lo que debería haber hecho hace años.

—No llegas tarde —murmuró pensando en voz alta—. Llegas justo a tiempo.

Estaba soltera, él también... Era encantador, culto, educado, gracioso, guapo hasta decir basta... El hombre más maravilloso que jamás había conocido y el único del que llevaba tantos años enamorada

que había perdido la cuenta.

—Mierda, Sofía —masculló él moviendo los pies por debajo de la sábana, enervado—. Nunca creí que te diría esto, pero no hables más.

—¿Por qué? —se vio obligada a preguntar, riéndose de la tensión de su voz y sabiendo de sobra que eso no se lo iba a responder. Pero lo hizo.

—Porque si dices algo más voy a besarte de una forma muy francesa y no voy a parar hasta que bese cada pecca de tu cuerpazo moreno de playa, como diría Nina —le advirtió él sin cortarse un pelo, enmudeciéndola por completo y robándole el aliento. No dejó de abrazarla con fuerza contra su pecho, besando su coronilla y riendo disimuladamente—. Hasta mañana, Sofía.

Permaneció callada y recuperó la respiración en el silencio que siguió a su última risa mientras él acariciaba su nuca con la punta de los dedos, produciéndole unas oleadas de escalofríos que, poco a poco, la relajaron. Bostezó llegado un momento en el que el cansancio de un día tan largo como ese consiguió vencer a la emoción que sentía por estar con él, entre sus brazos, en su cama. Solo había algo que no le permitía cerrar los ojos y dormirse de una vez: ¿En serio no iba a atreverse a besarle? Solo tenía que decirlo. ¡O ni siquiera eso! Podía dar el primer paso y sucumbir a la tremenda tentación. Lo único que la frenaba era el largo silencio por su parte. Era una evidencia de que el momento oportuno había pasado de largo.

—Buenas noches, Bruno —susurró cuando supuso que estaba dormido, pues sus dedos habían dejado de moverse.

Los mismos que volvieron a masajear su nuca, levantándole la mirada hacia donde debían estar los ojos de Bruno. La sonrisa que intuía en la oscuridad y que se moría por besar de una forma muy, muy francesa, aunque su vergüenza se lo impidiese a duras penas.

—Te lo advertí —musitó su voz.

El primer contacto con sus labios fue una ligera caricia y, aun así, se estremeció por completo y se dejó llevar por su propio impulso, besándole con una pasión que ni podía ni quería frenar. Mandó a freír espárragos a su vergüenza.



Despertó con el sonido de su móvil vibrando en la mesilla de noche junto a la cama individual de hotel donde estaba tumbada. En la que debería haber dormido Nina. Lo ignoró al ver que era Elena una vez más. No quería hablar con ella, no quería hablar con nadie. Necesitaba un día, solo un día de paz y Elena no estaba dispuesta a esperar ni cinco minutos para volver a llamarla y exigirle una explicación de qué había pasado la noche anterior. Seguro que le preguntaría por qué se había ido así de la discoteca en la que había dejado plantadas a Laura y a Sara, donde Pablo había intentado ligar con ella. Ese no había sido el motivo de que hubiera decidido irse con Bruno, ni siquiera la conversación entre Rocío, María y Carla que había escuchado en el baño.

Creía que, después de esa noche, le importaba un mínimo... Pues no. Se había despertado sola en ese piso vacío cerca del aeropuerto sin tener idea de dónde estaba Bruno. Ni una sola nota de despedida o un mensaje de por qué se iba así, sin despertarla. Nada. ¡No podía creer que hubiera sido tan estúpida! Y que, para colmo, Elena no dejase de llamarla para averiguar cada detalle del desastroso final que había tenido su reencuentro. ¡Ella era la que lo había orquestado todo! ¡Si no le hubiera hecho caso...!

—¡No tengo ganas de hablar contigo! —le gritó al móvil que vibraba otra vez, dando media vuelta en la cama y tapándose la cabeza con la sábana.

Le parecía imposible que Bruno fuese así, que tras acostarse con ella la hubiera dejado sola en su piso, pero lo había hecho. Y no podía autoconvencerse de que no le importaba nada. Apenas había dormido desde que había conseguido llegar al hotel, dándole vueltas, y seguía haciéndolo aunque ya fuesen las dos de la tarde. Cada vez que se recordaba lo maravilloso que había sido hasta que se había despertado sola no podía frenar las lágrimas. ¡Lo habían hecho, maldita sea! ¡Y no una ni dos, sino tres veces! ¿Y la dejaba sola en su piso a la mañana siguiente sin una sola explicación? ¿Tanto secretismo sobre su vida, sobre él, para que luego fuese una cruel mentira? Se había tenido que buscar un taxi para volver al hotel, donde había discutido con la recepcionista, que le había cobrado la pérdida de la llave a la tarjeta de Elena a pesar de que le hubiera intentado explicar varias veces que no estaba perdida, sino en manos de su amiga Laura.

A la mujer le había importado un comino el motivo, lo que acababa de pasarle para echarse a llorar en mitad del hall del hotel por una llave. No era por esa estúpida llave, sino por haber sido tan ingenua como para creer que Bruno sería muy diferente. ¡Había confiado en él! Estúpida, se dijo. Imbécil, sollozó.

—¡Sofi! —gritó Elena desde la puerta, aporreándola—. ¡Sé que estás ahí, abre!

—¡Estoy durmiendo! —chilló cabreada.

—¡Que abras! —respondió ella.

—¡Déjame en paz!

—¡Sofía Rodríguez Molina, abre a la de ya o entro yo y te saco a rastras!

Asomó la cabeza fuera de las sábanas y miró a la puerta que Elena ya no aporreaba con el ceño fruncido. ¿Podía entrar? No tenía llave y la recepcionista era una estúpida, así que... ¡Nina! ¡Nina tenía llave, mierda! ¡Podía entrar!

Saltó de la cama dispuesta a pararla a la carrera. Elena fue más rápida que ella y la pilló de pleno con la cara de haberse pasado horas llorando antes de que se diera media vuelta, esquivando su

inquisitiva mirada.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó de inmediato—. ¿Es por lo de Rocío? Laura me dijo que habíais discutido. María le contó lo que había pasado.

—Ni menciones a esas cabronas —masculló apretando los puños, yendo hacia el baño y cerrando la puerta con pestillo antes de que Elena se colara dentro.

—También me ha dicho que Bruno le tiró una copa encima a Pablo porque sí y que te fuiste con él —dijo ella desde el otro lado de la puerta—. ¿Es verdad?

—Porque sí no, por cerdo —respondió ella furibunda abriendo el grifo para lavarse la cara—. Y Bruno me trajo al hotel, punto y final —añadió sin ganas de hablar del tema.

—Vale, lo que tú digas, pero date prisa. Tenemos cita con la modista en media hora y está en la otra punta —la informó Elena.

No quiso saber para qué, podía suponerse perfectamente: su vestido de madrina. El que llevaría ese fin de semana en su boda.

—¿Qué tal fue? —preguntó entonces Elena.

—¿Has hablado ya con tu padre? —inquirió ella a su vez, pasando de responder por completo—. Porque paso de comerme el marrón de tener que decirle al Jefazo que eres lesbiana. Te recuerdo que yo me enteré ayer —espetó de mala manera—. No vamos a ir a tu casa hasta que no se lo digas, que te quede claro.

—¿Estás segura de que no te pasa nada? —intuyó Elena.

—¿Puedes parar de una vez? —preguntó enfadada—. He dicho punto. Punto.

—Como quieras. Toma, vístete. Ya me lo dirás cuando se te pase el cabreo.

Suspiró un instante y se secó con la toalla, abriendo el pestillo para coger la ropa que Elena había elegido por ella. Salió del baño en cuanto vio el pantalón corto y la camiseta de tirantes que ella usaba para dormir sin mirar a Elena, eligiendo por sí misma unos vaqueros largos y una camisa corta y arrugada por haber dejado que María revolviese su maleta la noche anterior, en la que ella había colocado y doblando cada prenda para que no se arrugase nada.

Masculló de camino al baño más que cabreada, sobre todo al ver que Elena ya la estaba esperando dentro y no dejaba de mirarla con sospecha mientras se arreglaba un poco. No iba a parar, lo sabía. Ella no era Nina. Su punto no serviría para nada si Elena intuía que le escondía el motivo de por qué tenía los ojos tan enrojecidos de llorar, aunque lo intentara disimular con maquillaje. Cogió su chaqueta, dispuesta a irse ya con tal de que Elena dejase de interrogarla a cada segundo y se centrase en su propia vida.

—Te vas a cocer —le advirtió antes de salir—. ¿No llevas bolso? —Negó, pues no tenía ganas de cargar con nada, así que se metió la llave de la habitación en el bolsillo trasero del vaquero y se dirigió a la puerta—. ¿Y el móvil que has pasado de coger toda la noche? Me tenías preocupada, ¿sabes? Luego soy yo la irresponsable —se quejó.

Bufó y empezó a arrepentirse de haberse vestido. No se movió de la puerta, de brazos cruzados, pero Elena fue hasta su mesilla de noche y desconectó el móvil de la corriente.

—¡Diecisiete llamadas perdidas! —exclamó, sacándola de quicio por cotilla—. Si yo solo te he llamado doce veces...

—¡Y te parecerán pocas, que eres una neurótica! —chilló, yendo a por su móvil y quitándoselo a Nena de las manos antes de apagarlo.

—¿Y esto? —le preguntó, sacando del bolso que había llevado la noche anterior el paquetito de nueces caramelizadas que no quiso ni mirar.

—Deja de curiosear ya, que pareces María —masculló de camino a la puerta.

—Dice Laura que ayer estaba hecha un mar de lágrimas —murmuró con lástima.

—Si las perdonas y las invitas, yo no voy a tu boda —le advirtió cortante—. Os insultaron a las

dos, a Nina y a ti, se rieron de vosotras. Y de mí se llevan riendo desde el instituto.

—Pues a la mierda —concluyó ella, cogiéndose a su brazo de camino al ascensor—. De todas formas no pensaba perdonar a Rocío. Puta...

Miró a Elena con una ceja levantada. Ella jamás decía una sola palabrota, pero esa la pilló tan desprevenida que le sacó una sonrisa de incredulidad. Y más sonrió cuando Elena le contó la resaca con la que Nina se había levantado esa mañana. Por bruta, por beber lo que no se había bebido nunca en una sola noche y por, como se atrevió a decir Nena con toda su cara dura, una tontería.

—De tontería nada. Te pasaste tres pueblos —le reprochó mientras se montaban en el todoterreno de Nina—. Y lo del Jefazo iba muy en serio.

A pesar de la cara de pena que Elena le puso, se negó a visitar a su padre sin que ella le hubiera dicho lo que le tenía que decir. No sabía cómo, desde el instituto Nena tenía un don para inmiscuirse en sus problemas y, casi siempre, había tenido que ser ella la que hablase con su padre: El Jefazo. El hombre del que Elena había heredado sus rasgos ecuatorianos y que, desde que eran unas niñas, les había inspirado un respeto tremendo por su fachada de seriedad y su tamaño. Luego le conocías de verdad y era un encanto, solo que a primeras El Jefazo daba pavor. Sobre todo a Elena por ser igual de cría que en el instituto.

Siempre que hablaba con él, a pesar de que su Nena tenía ya treinta años igual que ella, surgía el tema de la de veces que ella había intervenido en su favor ante su padre por temor a que la castigase sin salir, sobre todo cuando Elena suspendía algún examen en el instituto. Pero esto no era lo mismo y ya eran adultas. Esta vez lo iba a hacer solita y punto.

—No me lo puedo creer... —murmuró al mirar su móvil de camino a la modista de Elena.

—¿Qué?

—Giovani me ha llamado, mierda —masculló, viendo en el registro tres llamadas perdidas de un número con prefijo de Italia y dos de otro número privado.

—¿El arquitecto? —preguntó Elena con una emoción que la obligó a suspirar profundo—. ¡Llámale, a qué esperas!

—A no tenerte al lado figoneando —respondió sin pensarlo dos veces. Elena no cambió el gesto—. Es un asunto de negocios, así que para ya con la sonrisita. No tengo intención alguna de quedar con él en ese sentido.

—¿Qué sentido? —inquirió ella burlona. Puso los ojos en blanco y Elena se rio a carcajadas de su gesto—. Primero, es italiano, arquitecto y un bombonazo. Segundo, vienes recomendada por su madre, y eso te hace ganar puntos. Y tercero, está soltero y te ha llamado cinco veces supuestamente por trabajo aun sabiendo que estás de vacaciones. Qué quiere de verdad no lo puedes saber hasta que no hables con él, así que no pienso dejar de pincharte hasta que le llames.

—¿Cómo que...? —preguntó pasmada sin saber de qué manera Elena sabía más del hijo de la señora Giovani que ella. Hasta que cayó en la cuenta—. No me lo puedo creer... ¡Le has buscado en internet!

—Bueno, algo así —admitió ella, pasándole algo de su bolso con una mano y manejando el volante con la otra—. Treinta y dos, moreno, alto, pinta de elegante, le gustan las regatas y el alpinismo. Ten.

—No me lo puedo creer... —repitió, cogiendo el fajo de papeles que Elena le dio.

¡La muy cotilla había impreso su perfil de todas las redes sociales! Y sus datos con la información que Luciano, pues así se llamaba, había compartido en ellas: El mapa de lugares en los que había estado, los restaurantes en los que había comido en el último mes, fotos de él haciendo escalada con amigos o en bañador, en la playa, con un perro enorme, con su familia...

—¡Qué has hecho, Elena, esto no puede ser legal! —le gritó, tirando los papeles a la parte de atrás del coche para no verlos.

—¡Yo no he sido! —exclamó ella.

—¿A mí me vas a mentir después de lo de ayer? —preguntó cruzada de brazos.

—¡No te miento! Me lo envió alguien que conocí en una red social donde te hice un perfil, dado que tú nunca te tomas la molestia de hacerte uno, y gracias a él pude contactar con Bruno para decirle que ibas a venir a la cena de exalumnos este año —declaró, dejándola boquiabierta—. ¡No me mires así, qué querías que hiciera! ¡Él es el primer hombre del que me hablas desde ese misterioso chico de París del que ni te acuerdas de lo borracha que ibas, Sofi, y de eso hace ocho años! —le chilló Elena, petrificándola aún más—. ¡Lo he hecho por ti!

—¡Para aquí! —vociferó, realmente enfadada.

—Si ya estamos...

—¡He dicho que pares el coche, Elena! —le ordenó a voz en grito.

Salió del todoterreno dando un portazo en el momento en el que a Elena se le caló el motor, a punto de ser atropellada por un taxi al intentar cruzar la calle, impulsada por su monumental cabreo para alejarse de Elena. ¡Si no lo hacía, la mataba!

Se metió en la primera cafetería que encontró y se encerró en el baño, a pesar de que estuvieran sin luz, a punto de estallar a gritos en plena calle contra Elena y su forma de meter las narices en sus cosas hasta un punto que sobrepasaba por mucho el límite.

Tardó casi una hora en calmarse lo suficiente como para aclarar sus ideas. Lo mismo que tardó en volver la luz de ese baño y ella en encender su móvil, que definitivamente estaba estropeado Otro móvil a la basura. ¿Qué le había durado este, un mes? Tentada estaba de tirarlo ahora, pero Elena la había llamado 30 veces al menos y le había mandado mensajes a mansalva durante todo el tiempo que había pasado encerrada en ese baño casi a oscuras, pidiéndole perdón una y otra vez hasta hacerla salir.

Buscó la dirección que le había enviado para que fuese con ella, a dos calles de allí, hasta el local de la modista que le estaba probando el traje de novia. Ni siquiera al ver lo preciosa que estaba subida a una plataforma mientras la modista le daba varios pañuelos, y cómo lloró cuando la vio, se frenó un instante.

—Vas a borrar ese perfil —le advirtió. Elena asintió de inmediato—. Y no vas a volver a meterte en mi vida, ni a buscarme pareja o a hacerme quedar con un tío al que no le importo una mierda —sollozó ella también, y Elena dejó de llorar y la miró con lástima, pues no pudo contenerlo—. Bruno me ha dejado tirada sin una sola explicación después de acostarse conmigo. Ya lo he dicho. Ahora dónde está mi puñetero vestido para hacer de madrina de la novia más entrometida, mentirosa, liante y guapa de España.

—Sofi...

Se dejó abrazar por Elena que, subida a esa tarima con su traje de novia, tenía la misma altura que ella, y se deshizo en sollozos. La modista se quitó de en medio y Elena puso a Bruno de vuelta y media con todos los insultos habidos y por haber.



Eso era lo que necesitaba; comida. Y no cualquiera, como Elena había propuesto, ya que después del drama en la modista ambas necesitaban el mejor bocadillo de pizza del mundo: el que vendían cerca de su antiguo instituto y que llevaba años queriendo volver a probar. Vale que un bocadillo de pizza era una redundancia en sí, y que la cultura italiana de la que provenía la idea quedaba aplastada por el pan precocinado y la salsa de tomate frito industrial cargado de especias. Le daba igual todo. Ese bocadillo era algo indispensable para un día como hoy.

Le dio un gran bocado al suyo y puso los ojos en blanco de lo bien que le supo. ¡Después de doce años y estaba igual de bueno! Y el parquecito en el que solían quedar también parecía el mismo. Como si no hubiera pasado un solo minuto, se dijo, sentada en el banco en el que se habían puesto a comer, donde aún estaban grabados en la madera los nombres de las integrantes del grupo de amigas que se acababa de ir al garete.

—Aquí, este es —anunció Elena pasándole su móvil—. Eloctavosentido99.

—¿Eloctavosentido99? ¿Este es el tío que te pasó la información? —preguntó con la boca llena, mirando el perfil sin fotos del contacto, por seguro falso, que le había dado todos los datos del hijo de la señora Giovani—. ¿Y él de qué conoce a Bruno?

—En realidad no lo sé. Un día me lo encontré en la puerta de casa dentro de un sobre —dijo ella, tan pendiente de su propio bocadillo que ni se daba cuenta de lo que eso suponía.

—¿Me estás diciendo que alguien a quien no conoces, y que sabe tu dirección, ha fisgoneado cosas sobre Luciano Giovani y se ha puesto en contacto con Bruno a cambio de que me convenzas para venir a Madrid? —preguntó, exasperada, viendo a Elena con su carita de pasmo pensar en ello por primera vez—. ¡Tú lo ves normal! ¡Cómo se te ocurre! ¡Este tío sabe dónde vives y ha estado en tu casa, por el amor de Dios! ¡Podría saber hasta qué estamos haciendo ahora mismo! —la reprendió, mostrándole la foto que acababa de hacerle a su bocadillo antes de subirla a internet.

—Vuelves a gritarme otra vez —musitó ella con un gesto tristón. Intentó calmarse un poco con tal de no perder los nervios por completo—. Perdona, ya sé que estás enfadada y que tienes razones de sobra para estarlo, pero no creo que sea mala persona ni que nos esté espiando ahora mismo. Me dijo que quería hacerle un favor a Bruno y... —Elena se silenció de inmediato mientras ella apretaba los dientes de pura rabia—. Lo siento, Sofi.

—Bórralo ya —ordenó, devolviéndole el móvil y centrándose en su bocata.

—Ti... Tienes un mensaje —balbuceó Elena a los pocos segundos sin apartar la mirada de la pantalla—. Em...

—¿Qué?

—Que creo que es de Bruno —musitó ella, a la que le quitó el móvil de la mano antes de que lo leyera—. ¿Qué dice?

Ni siquiera tuvo que contestarle, solo la miró un instante y señaló su bocadillo. Elena hizo un gesto de cremallera y se puso a comer. Eso, calladita más guapa, le dijo mentalmente. Y quietecita ya ni te cuento, añadió esa voz mental suya que hoy estaba de los nervios porque Elena se había dedicado la última semana a suplantarla en internet.

—¿Cómo se borran los mensajes sin tener que verlos? —le preguntó, pues no pensaba pulsar el

aviso en rojo de nuevo mensaje.

—Trae, yo lo... —Miró a Elena otra vez y ella suspiró—. El icono de tuerca, luego en opciones de perfil y borrar historial de mensajes.

Siguió los pasos y respiró profundo al ver que el aviso desaparecía. Aunque cuando siguió ese mismo camino y eligió borrar el perfil al completo se sintió infinitamente mejor.

No tenía ni un mínimo interés en saber qué tenía que decirle Bruno para explicar por qué la había dejado tirada. Elena le preguntó si no tenía curiosidad por saber qué le había pasado para que, después de una noche mágica que había acabado en algo más que simple sexo, se hubiera ido así. Estaba de acuerdo en que había sido una experiencia inolvidable, a pesar de todo, pero eso no se lo iba a decir a Elena.

—No quiero saber nada de alguien que ha arruinado una noche perfecta con su poca decencia al largarse y dejarme sola en el hotel. Punto —sentenció.

—¿No dijiste que habías ido a su piso? —preguntó ella.

—Sí, claro. A eso me refería —respondió, algo confusa por su propia equivocación—. Da igual dónde, lo importante es el qué. Y para acostarte con alguien e irte sin más al día siguiente no hay excusa posible —dijo, dándole el último mordisco a su bocata con rabia y observando de reojo los nombres tallados dentro de un corazón en la madera del banco—. ¿Tienes tus llaves por ahí?

En cuanto Elena le dio las llaves de su casa, o el manajo de llaveros viejos, cadenitas y peluchitos en miniatura a los que ella llamaba llaves, empezó a rallar la madera para tachar los nombres de esas tres falsas. Solo que, cuando acabó de hacerlo, tuvo una idea mucho más creativa que le serviría para desquitarse de la rabia que todavía sentía, por ellas y por Bruno, carcomiéndole el buen karma.

—¿Pero qué haces? —preguntó Elena, riendo al darse cuenta de lo que se proponía.

—Enfocar mis emociones en el arte —respondió sin dejar de tallar sobre la madera lo que se le había ocurrido.

Se tomó su tiempo para los detalles y no le importó romperse una uña si con ello se deshacía de su mala leche. Sopló la talla y Elena se rio a carcajada limpia a su lado por la caricatura perfecta de Rocío en pompa, con Carla y María besándole el culo en forma de corazón. Firmó como punto y final de su lienzo antes de levantarse, sacudirse las manos y dar el tema por zanjado.

—Iros a besarle el culo a esa zorra. Con amor, Sofi —resumió Elena, pillando el concepto de pleno—. Tenemos que ir a por Nina al curro, vamos. Ya verás cuando lo vea —dijo, haciéndole una foto con su móvil.

—¿Qué te he dicho de compartir mis cosas en internet? —inquirió con los brazos en jarras. Elena dejó de sonreír, puso cara de pena y negó—. Estabas advertida. Dámelo.

—Ya no lo hago más, porfi... —suplicó ella, a la que solo tuvo que mirar fijamente hasta que se acercó haciendo pucheros y arrastrando los pies—. Eres mala.

—No. Soy tu mejor amiga, aparte de la madrina de tu boda, y tú tienes un problema muy serio con la privacidad —le echó en cara de camino a la tienda a comprarle un bocata de pizza a Nina.

—Esto es un delito, ¿sabes? Me estás robando —dijo Elena de morros en cuanto se guardó su móvil.

—También es un delito divulgar información personal y suplantar a gente en internet —le recordó—. Y mentir a tu mejor amiga, chantajearla y no dejarme avisar a mis padres de lo de tu boda es peor aún, así que es mío hasta que me digas los porqués.

—Acabas de tallar un banco con mis llaves en plan vandalismo obsceno, no me vengas ahora de madre superiora —se quejó ella de brazos cruzados, pasando de darle ninguna explicación.

—No es vandalismo, es arte. Y no he puesto en riesgo la integridad física de nadie con ello. Bueno, excepto la mía —objetó, mostrándole la uña que se había roto—. Además, no es comparable. Imagina que el tío ese que contactó contigo fuese un psicópata. Se podría presentar en tu casa en cualquier momento y fijo que tú le invitarías a un té. Como si lo viera —añadió despectiva.

—Hablas igual que Sara —respondió Nena, ofuscada por haber perdido su móvil.

—Pues mira por dónde llevaba razón con Bruno —murmuró ella al recordar lo que le había advertido la noche anterior.

—Yo también llevaba razón en algo.

Elena volvió hacia ella y la cogió del brazo aunque la estuviera mirando realmente mal. Como se le ocurriera decir que obligarla ir a la discoteca a devolverle la chaqueta había sido buena idea...

—¿No te dije que te ibas a cocer? —preguntó entonces, señalando la chaqueta que ahora llevaba anudada a la cintura.

—Tú miraste el tiempo esta mañana y Sara su agenda vudú del mal insondable. Sí, es lo mismo, tienes razón —contestó sarcástica mientras Elena iba directa al coche sin pasar por la tienda antes—. ¡El bocata de Nina, cabeza loca!

—Qué haría yo sin ti —dijo ella riendo, abrazándola de camino a la tienda.

—Nada bueno, que es lo que haces en cuanto no estoy yo para vigilarte —contestó por lo bajo, quedándose en la puerta de la tienda en la que Elena se metió.

—¡Te he oído! —gritó, sacándole la lengua desde lejos.

Y más que me vas a oír, le dijo mentalmente. Aún no se creía lo inconsciente que podía seguir siendo Elena a pesar de los años que habían pasado. Mira que poner su dirección en internet...

Habían tenido una tremenda charla de lo que no debía publicar en las redes sociales y, aun así, ella por instinto sacaba el móvil a cada oportunidad posible y hacía de cada diminuto e insignificante detalle algo público. Era de locos, incluso peligroso tratándose de Elena y su poca cabeza para entender que, en el mundo en el que vivían, no toda la gente tenía la misma alma cándida que ella. En el mundo pasaban cosas realmente importantes que la gente debería tener en cuenta antes que saber que Elena se había comido un bocadillo de pizza, pensó, sacando su móvil de su bolsillo trasero con un suspiro cuando lo sintió vibrar.

—¿Hola? —preguntó a ese número privado que la llamaba hasta caer en la cuenta de que, quizá, era Luciano Giovani—. ¿Ciao? ¿Señor Giovani?

—Ciao, señorita Rodríguez —respondió él con un tono más ronco de lo que recordaba, sin que ella pudiera dejar de pensar en el hombre alto, moreno y de ojos claros que acababa de ver en fotos—. ¿Tiene un momento libre?

—¡Por supuesto! —chilló, nerviosa perdida por la llamada, carraspeando un poco para disimularlo—. Deme un minuto, por favor, voy a pasar por un túnel —le pidió en su más correcto italiano, intentando respirar profundo y esconderse de Elena antes de que se pusiera en plan metomentodo—. ¿Señor Giovani, sigue ahí?

Sí, seguía, por suerte para ella. Y hablando un perfecto español, además. Algo que la última vez ni siquiera había comentado. Tampoco decía nada en sus redes sociales.

Lo desechó de su mente por completo, así como los datos personales, y empezó la charla profesional. La que tanto había esperado tener con él desde que se había visto obligada a cancelar su reunión por hacer ese viaje. ¡Y él decía que podía estar en Barcelona el viernes! Mejor suerte no podía tener. Puede que el viernes fuese un poco precipitado por la despedida de soltera de Elena, pero...

—Allí estaré —le aseguró cuando él propuso un sitio en el que comer y charlar.

—¡Cómo que te vas! —exclamó Elena de los nervios, pues acababa de contarle por encima lo que había acordado con Luciano sobre su reunión del viernes a mediodía en Barcelona—. ¡Si la boda es el sábado, no puedes irte! ¡Voy a casarme!

—Vuelvo el mismo viernes, no te pongas histérica —le advirtió antes de que entrase en pánico—. Iré a comer con él a Barcelona, hablaremos de negocios, te compraré un detallito en el aeropuerto y volveré para la noche de tu despedida.

—¿Estás intentando sobornarme? —inquirió ella haciéndose la ofendida.

—¿Te recuerdo por qué estoy durmiendo en un hotel, y no en tu sofá-cama, o por qué tengo tu móvil en mi bolsillo? —preguntó con una ceja levantada.

—Vaaaale —aceptó Elena con rapidez, antes de que volviera a sacar el tema de sus cagadas hasta el momento, que no eran pocas—. Y que sea algo azul.

—Ya tienes demasiado azul —se carcajeó en respuesta—. Mi vestido entero es azul, mis zapatos, tu ramo, las invitaciones... Hasta le has dicho a los del catering que vayan con delantales azules.

Elena se encogió de hombros, sonriente, pues era una fan incondicional del azul desde que eran unas niñas. Estaba segura de que el todoterreno con el que fueron a recoger a Nina del trabajo, su coche, era azul por ella. Igual que la cara seria que Nina continuaba teniendo, a pesar del bocadillo de pizza que Elena le había traído, también era porque seguía enfadada con ella.

—No seas petarda y deja de hacerme la pelota —espetó Nina sin andarse por las ramas, mirándola a ella—. ¿Te ha dicho ya la que se le viene encima, no?

—No he tenido tiempo de decirle nada —murmuró Elena, a la que miró con el ceño fruncido a su máximo exponente por su tono de culpable absoluta—. Es que el jueves...

—Repíte eso —exigió, ya que la voz de Elena dejó de ser audible para humanos.

—Que el jueves cenamos con El Jefazo —tradujo Nina con una amplia sonrisa, petrificándola.

—¡Ah, no! —declaró, negándose en rotundo—. De eso nada, vais vosotras.

—¿Y con quién voy a hablar yo mientras él le echa la bronca de su vida? —le preguntó Nina a la vez que Elena se hacía cada vez más pequeñita de solo pensarlo—. Al menos al principio será divertido, Sofi. Ya veremos cuando sepa lo de la boda cómo reacciona.

—Mal —musitó Elena.

—Va a ir bien, Sofi está aquí. Tu padre adora a Sofi —rebatía Nina intentando calmar a Elena.

—No me vais a usar de escudo contra El Jefazo —les advirtió a ambas—. ¡Y no va a ir bien, va a ir de pena porque le vas a decir que sois pareja y que os casáis a dos días de la boda! ¡Dos puñeteros días!

—No me grites, Sofi... —sollozó Elena, obligándola a tomar aire muy, muy profundo.

—La boda se puede retrasar. Esto no —aclaró Nina, mirándola por el espejo retrovisor—. Si tú no estás, da por sentado que saldrá mal, así que serás la culpable indirecta de que no nos casemos nunca —añadió con una amplia sonrisa en contrapunto a Elena, que la miraba con sus ojitos llorosos de cachorrito abandonado—. Tienes que venir y punto.

—Sois unas liantes...

Suspiró otra vez observando con rencor cómo Nina se comía su bocadillo de pizza sin dejar de sonreír y Elena conducía de camino a su casa, donde habían quedado con Sara y Laura. Pasarían la tarde, y muy posiblemente parte de la noche, revisando los últimos detalles que necesitaban comprar para la boda. La interminable lista que Elena había dejado en cosas pendientes, como decirle que era lesbiana, que se casaba con Nina, o que un misterioso psicópata en potencia había sido el motivo por el que ella ahora estaba en Madrid. No quiso pensar en la noche anterior con Bruno, y consiguió no hacerlo gracias a las chicas hasta que llegó al hotel.

La “simpática” de la recepcionista la avisó de que habían dejado un paquete para ella en cuanto entró por la puerta, pero no pudo esperar a abrir la caja antes de llegar a la habitación. Era un ramito de flores amarillas junto a una notita con un simple lo siento. Las mismas flores que le habían llamado la atención la noche anterior durante su paseo del brazo de Bruno. No pudo reprimir la sensación de rabia incontrolable que la llevó a pisotear ese ramo y a romper en mil pedazos la tarjetita que la acompañaba

hasta que se apagó la luz del pasillo y se metió a oscuras en la habitación, dejando el destrozo tras de sí de un portazo. ¡Si tanto lo sentía, que no la hubiera dejado tirada después de acostarse con ella! ¡Y punto!



Lo cierto es que, por mucho optimismo con el que hubiera intentado afrontar esa cena, nunca podría haber salido bien. O al menos no peor de lo que había salido, pensó dando un suspiro para controlar sus emociones con tal de conseguir consolar a Elena, igual que Nina. Solo que ella, más que consolar a nadie, estaba haciendo un gran esfuerzo por no volver a la casa del Jefazo a seguir gritándole de todo por llamar a su propia hija desviada.

Era de otra generación, incluso podía tener en cuenta que la cultura ecuatoriana con la que se había criado era muy tradicional y puede que no entendiera el concepto de amor libre. Sabía que adoraba a su hija, que siempre había sido y seguía siendo su princesita, como él la llamaba aún. Entendía que El Jefazo había cuidado prácticamente solo de Elena, pues la madre de Elena había muerto poco después de dar a luz y él no había vuelto a casarse. Pero, tal y como había reaccionado, parecía que Nina acabase de asesinar a su hija a sangre fría delante de sus narices. En cuanto Nena había tenido el inmenso valor de darle una invitación a su boda, El Jefazo había aparcado su buen humor para encararse a Nina directamente, culpándola a ella de haber desviado a su hija.

No se arrepentía de haberle dicho al Jefazo antes de irse que era gracias a Nina que su hija era feliz, aunque ahora mismo no lo fuese para nada.

—Se le pasará. Solo dale tiempo, Elena —le aconsejó mientras Nina las llevaba en su coche sin dejar de mascullar por lo bajo, cabreada—. Necesita asimilarlo.

—Lo que necesita es no ser un homófobo de mierda —replicó Nina desde su asiento, haciendo llorar con intensidad a Nena, abrazada a ella en la parte de atrás.

—Tranquila, respira —susurró a su amiga, apartándole el pelo de la cara con su llanto atragantado en el alma de lo triste que estaba—. Se les pasará, ya verás.

Escuchó a Nina farfullar algo ininteligible, pues Elena se deshacía en sollozos de pura pena, pegada a ella de tal manera que no pudo evitar contagiarse de su tristeza. Secó sus lágrimas aprisa, respirando profundo para calmarse, y frunció el ceño cuando Nina dio un inesperado giro al volante para salir de la M-30. No era el camino a su casa ni de lejos, pero Nina parecía muy segura de hacia dónde iban y, a la vez, seguía demasiado cabreada, así que no preguntó.

Nina frenó cerca del Campo de las Naciones, en la puerta de un club de golf, y el vigilante la dejó pasar con una sonrisa, empezó a mirar alrededor preguntándose qué narices estaba pasando.

Después de recorrer a una velocidad demasiado peligrosa el serpenteante camino desde la entrada hasta el único edificio del club de golf, Nina aparcó su todoterreno en la misma puerta. Antes de que pudiera abrir la boca, Nina salió del coche de un salto abriendo la puerta de atrás para coger a Elena, que no dejaba de llorar y ni se había dado cuenta de dónde estaban hasta ahora.

Las vio alejarse durante un segundo y reaccionó al siguiente, cogiendo las llaves del coche que Nina ni se había preocupado quitar del contacto. Cerró las puertas que se había dejado abiertas y siguió sus rápidas zancadas con Elena cogida en brazos hacia el interior del edificio. No sabía a dónde se llevaba a Nena, ni qué hacían en ese club de golf donde no había nadie a esas horas de la noche. Solo intentó alcanzar a Nina, que atravesó puerta tras puerta hasta salir al campo exterior. Algo que no fue nada sencillo dado que, al contrario que Nina, ella iba con unos tacones de aguja que le hicieron la vida imposible para seguir su ritmo por el terreno de césped cortado a ras por el que fue de puntillas, manteniendo el equilibrio hasta que lo dejó por imposible y se quitó los zapatos.

En el momento en el que Nina llegó a una zona iluminada y frenó el paso, dejando a Elena de pie en el suelo, se dio cuenta de que no estaban ahí por casualidad. Había una tarima en mitad del terreno, donde una treintena de personas vestidas de azul empezaron a aplaudir y vitorear la llegada de Nina y Nena. Se quedó pasmada viendo a todas esas personas acercarse, esquivando las mesas altas de las que colgaban infinidad de globos blancos y azules, y se miró a sí misma. ¡Por eso Nina se había empeñado en que se vistiera de azul para la cena! ¡Qué cabrona! ¡Cómo se lo había callado!

Ya le parecía raro que Nina se hubiera arreglado tanto solo para ir a cenar con El Jefazo, con ese conjunto de pantalones de pinza azul marino, camisa y mocasines blancos, cuando ella no pasaba de los vaqueros y las deportivas casi nunca, ni siquiera para ir a la agencia de eventos y comunicación donde trabajaba. Seguro que por eso estaban en un club de golf en plena noche.

Podría haberle dicho algo, aunque sabiendo que Elena no se había despegado de ella en días, y con la carita de sorpresa que ahora tenía pasando de llorar de pena a hacerlo de alegría, lo dejó estar. Se sumó al aplauso de la gente que comenzó a rodearlas y reconoció a Laura al verla acercarse para darle un micrófono a Nina. Aguantó la risa al ver a Sara con un vestido azul que de ser por ella, y por el gesto de fastidio que le notó desde lejos, jamás se habría puesto.

Todo el mundo empezó a quedarse en silencio cuando, a la señal de Nina, sonó una melodía proveniente de la tarima desde la que tocaba una banda que no había visto entre tantos como eran. No conocía a nadie, pero parecía que Elena sí, pues no dejaba de saludar a unos y a otros con emoción sin acordarse ahora mismo de lo que acababa de pasar con su padre.

—Nena, hace poco me echaste en cara que no te he propuesto matrimonio como es debido porque nunca tengo ningún detalle romántico contigo —dijo Nina a través del micrófono, silenciando hasta a los grillos con esa declaración tan rotunda—. Y no he organizado esto solo para llevarte la contraria, algo que ya sabes que me encanta —admitió haciendo reír a todos—. Sino para que veas que no hay nadie entre nuestros amigos, nuestra verdadera familia, que no se alegre de que vayamos a compartir el resto de nuestra vida juntas —añadió, haciéndola llorar mucho antes de arrodillarse a los pies de Nena, sacando una cajita de joyería del bolsillo y ofreciéndosela—. Elena Méndez Soria, ¿te casas conmigo?

No pudo aguantar más las lágrimas, pues Elena asintió sin tardanza tan emocionada como los que las rodeaban, aplaudiendo y vitoreando mientras ellas se besaban y abrazaban. Ambas sonrientes por las aclamaciones de los amigos que Nina había invitado a su fiesta de pedida sorpresa.

—Sofi —la llamó Nina a través del micro que le tendió en cuanto se acercó—. Aún falta algo. Ábrelo, venga.

—¿Yo? —preguntó confusa al ver que Nina le daba la cajita del anillo.

—Está claro que si me caso con Elena, por consiguiente, me caso contigo —se carcajeó ella—. Eres su mejor amiga y la madre que mi Nena no ha tenido. Además, sin tu idea de empujar a Elena a hablar conmigo cuando nadie se atrevía, todo esto no sería posible. Te debo una muy grande.

Sonrió al recuerdo de ese momento en el que, aun sabiendo la mala reputación que tenía Nina en el instituto por ser agresiva y repetidora, había convencido a Elena para ser sus amigas. Sabía lo mal que podía estar pasándolo por los malos rumores que corrían sobre ella, había vivido la misma experiencia. Verla tan sola, apartada del resto de la clase, cuando ella podía contar con Elena y a las demás, la había impulsado a actuar sin saber lo bien que iban a llevarse. Además, después de los años que habían permanecido juntas y el maravilloso resultado que estaban viviendo, era evidente que había merecido muchísimo la pena.

Soltó sus tacones en el césped dispuesta a abrir la cajita y a darle el anillo a Elena, que ya tenía la mano preparada sin perder la sonrisa hasta que se dieron cuenta de lo que había dentro. En lugar del anillo de pedida que Elena esperaba recibir, había un trocito de plástico triangular que le levantó una ceja a su máximo exponente, provocando las carcajadas de Nina por la cara que se les había quedado tanto a Elena como a ella.

—¿Es... una púa de guitarra? —preguntó Elena, abriendo los ojos con pasmo y tapándose la boca, sorprendida—. No es verdad...

—Sí, lo es —respondió Nina señalando hacia la banda.

Miró en esa dirección mientras la gente se apartaba y Nina le cogía el micro de la mano. No tuvo que ver siquiera de quién era la actuación sorpresa que Nina le había preparado a Nena en cuanto escuchó las primeras notas de la canción. ¡Ed Sheeran! ¡Era el puñetero Ed Sheeran!

Con un chillido agudo de Elena que la dejó sorda, se vio impulsada en esa dirección porque ella cogió su mano y tiró con un ímpetu imparable de su cuerpo. Corrió descalza por el césped del club de golf llevada por Elena. No miró atrás, a la gente que aplaudía, vitoreaba y se reía dejándolas pasar, solo a quien tuvo delante a escaso medio metro.

Elena se abrazó a él como si le conociese de toda la vida. Ella, en cambio, no fue capaz ni de respirar cuando él le hizo una señal hacia lo que todavía tenía en la mano. Sonrió como una boba al darse cuenta de que le estaba pidiendo la púa de guitarra, aunque Elena no le iba a soltar para que pudiera tocar la canción que el resto de la banda seguía interpretando en bucle. De ser por ella, y de no estar él felizmente enamorado de su pareja, tampoco lo haría. Era su cantante favorito, así como el de Elena. Habían ido juntas a un concierto suyo en Manchester hacía dos años, pero esto...

—¡Nena! ¡Suéltale ya y ven a bailar conmigo, que eres mi prometida! —gritó Nina por el micrófono, haciendo reír a Elena y sus invitados a carcajada limpia.

Tiró de Elena un poco, dándole espacio a ese pedazo de artista para que pudiera tocar y cantar la canción que empezó desde el principio y que, cuando Nina llegó hasta ellas para sacar a Elena de la pompa en la que se había quedado mirándole, empezaron a bailar las dos juntas. Ella, sin embargo, observó el espectáculo sin perder detalle hasta que la canción terminó y Elena, aún demasiado emocionada para refrenarse, volvió a abrazarse a él haciéndole gestos a ella para que les sacara una foto.

No le hicieron una foto, ni dos. Y empezó a sentirse realmente mal por él porque los invitados a la fiesta quisieron llevarse un recuerdo de ese momento, de por sí inolvidable, atosigándole con los flashes de sus móviles hasta que Nina puso orden y él pudo marcharse. Aunque no sin antes dedicarle a las futuras novias una última canción a petición de Elena, que casi se arrodilló para suplicarle que no se fuera.

Se retiró del gentío con solo escuchar las primeras notas de guitarra para ir en busca de sus zapatos sin dejar de sentir que esa canción le estaba abriendo una brecha en el corazón, pues era la que Bruno y ella habían bailado juntos, aun sin música. Descalzos sobre el césped del parque por el que habían paseado por la noche, hablando y riendo como dos personas que llevasen toda la vida juntas. Como la pareja que ahora sentía que le faltaba.

—¿Tengo que empezar a preocuparme? —le preguntó Nina de improviso, acercándose a ella.

Suspiró con una media sonrisa sin perder de vista a Elena, subida al escenario sin soltar el brazo

del pobre Ed Sheeran mientras tocaba.

—No me refiero a la loca de mi Nena, me refiero a ti —concretó Nina.

—¿A mí? —preguntó confundida.

—Sí, a ti —respondió ella—. Tienes delante a tu cantante favorito. Deberías estar en primera línea con ella suplicando un bis y sonriendo de oreja a oreja. ¿Tengo que ir a partirle la boca a ese desgraciado para que seas feliz o qué?

—No —contestó de inmediato, pues sabía que se refería a Bruno—. Déjalo estar.

—Pues hazme el puto favor y disfrútalo —dijo, empujándola por la espalda hacia la primera fila—. Me ha costado un infierno traerle hasta aquí esta noche para que tú estés de luto por un tío que no te merece.

—No estoy de luto —murmuró a modo de queja por los empujones.

—Eso no te lo crees ni tú —se carcajeó ella—. Lo único que veo desde hace cuatro días es que no hablas apenas y lloras cada vez que Elena se da la vuelta. Que nadie lo note sigue sin ser el problema, ya deberías saberlo.

—¡Bueno ya vale, Nina, deja de empujarme! —exclamó, dando media vuelta e intentando contener las lágrimas que no quería dejar salir—. Ni siquiera tendría que estar aquí. Tengo que irme al hotel, el vuelo a Barcelona es a primera hora.

—Ah, no, aún no te vas —declaró Nina cruzándose de brazos.

—Tengo que irme —repitió, empezando a enfadarse de verdad al ver que, cada vez que intentaba esquivarla, Nina se ponía en medio—. ¡Venga ya, Nina, quita!

—No te voy a dejar en paz hasta que no me digas qué te pasa —exigió ella muy seria—. Y no me refiero a que me grites hasta quedarte afónica por cualquier chorrada. Ya te has desahogado bastante con Elena esta semana, ¿no crees?

—Me suplantó en internet —masculló, cabreada todavía con el tema.

—Porque es preocupante que estés a una manada de gatos de convertirte en la típica soltera que, por falta de echarle narices a lo que de verdad importa, pone su trabajo como excusa para todo —se atrevió a decir ella.

—¡Habló la lesbiana de manual! —contestó, y Nina empezó a reírse a carcajadas de su respuesta—. Sí, tú ríete, pero me habéis mentido durante años.

—Por eso te hemos dejado decidir con nosotras cada detallito que Elena estaba tan contenta de poder elegir contigo: la tarta de la boda, la mantelería, los centros de mesa, el menú del convite...

Cada detalle que Nina fue enumerando la hizo sentir más culpable. Sabía que llevaba la semana entera con una actitud insoportable. Que a la mínima se cabreaba y la tomaba con Elena, mandando su ilusión por la boda al garete. Al principio lo había considerado un pago justo por haberle escondido su relación con Nina y tantas otras cosas, pero últimamente se sentía cada vez peor porque sabía, en el fondo, que Nena no lo había hecho en absoluto con la misma mala intención que ella estaba demostrando.

Elena, aun siendo una liante, jamás le había deseado nada malo a nadie en su vida. Era la persona más inocente del planeta y no se merecía que la madrina de su boda estuviera fastidiándola continuamente con su mal humor en lugar de apoyarla. Bastante tenía con la reacción que había tenido su padre respecto a la boda.

—Además, hablando de mentiras... —añadió Nina—. Sigues durmiendo en el hotel que te has empeñado en pagar tú misma, y no en nuestra casa, para que puedas llorar cada noche a tus anchas lo que no lloras delante de nadie como si no pasara nada —acertó a decir, a punto de sacarle las lágrimas, dejándola en silencio—. Y ambas sabemos que no es por el zorrón de Rocío ni por las cagadas de mi Nena. Es por lo que te ha hecho el cabrón de Bruno.

—¡Tú no le conoces! —chilló enrabiada, incapaz de quedarse callada esta vez.

—¿Ahora le defiendes? —inquirió ella incrédula—. Vamos, Sofi. Tú tampoco le conoces, porque dudo que hubieras caído de saber que te iba a dejar tirada.

—Cállate —le suplicó sin poder frenar las lágrimas—. Fue educado, divertido y respetuoso. El hombre más maravilloso que he conocido nunca. Y no le estoy defendiendo por dejarme tirada, es que... Es que no lo entiendo —confesó amargamente—. No es así, no puede ser así, y no... No consigo entender por qué lo hizo y por qué no le odio.

—No sé, así a voz de pronto suena a que le quieres —replicó Nina, acercándose a abrazarla—. ¿Te arrepientes ya de no haber leído su mensaje?

—Sí —sollozó, desesperada de solo pensar en ello—. Lo borré y no le di ni una sola oportunidad para explicarse. Me mandó flores al hotel, se intentó disculpar y yo... Yo no soy así, no sé qué me pasa, estoy como... —Bloqueada, pensó. Triste, arrepentida, nerviosa...—. Estoy...

—Jodidamente enamorada —completó Nina por ella—. Por suerte para ti, Elena te conoce mejor de lo que crees y sabía que te ibas a arrepentir, así que se mandó el mensaje a su perfil antes de que lo borrases del cabreo.

Dejó de llorar, incluso de respirar, y miró pasmada la sonrisa de Nina antes de buscar a Elena entre la gente. Allí estaba, despidiendo a su cantante favorito, siguiéndole hasta la misma puerta junto con Sara, Laura y la mayoría de invitados. Volvió la vista hacia Nina al sentir que le cogía el bolso, sacando el móvil de Elena.

—No tiene batería —murmuró, sorbiéndose la nariz y secándose la cara con las manos—. Y no me sé la clave, ya no es Sheeranloveu.

—Entonces dos puntos para mí —dijo ella sonriente mostrándole su propio móvil, el mismo modelo que el de Elena al que le quitó la batería—. La clave es 090209, la fecha de nuestro primer beso.

—¿Que lleváis nueve años...?

—Tienes cinco minutos —le advirtió, frenando en seco su inicio de bronca por ocultarle su relación tanto tiempo—. Lo lees, te quedas tranquila y vuelves a la fiesta a celebrar con nosotras que nos queremos, al menos hasta las doce. Y sin volver a cabrearte ni a gritar a nadie, sobre todo a Elena. ¿Trato hecho?

Observó el gesto serio de Nina con el móvil de Elena y su batería ante ella, en alto. No respondió, no hizo ninguna falta cuando cogió el móvil de su mano y se dio prisa en alejarse de allí en dirección opuesta a Elena y los invitados.

Solo al estar rodeada de oscuridad y silencio se atrevió a encender el móvil, poniendo la batería de Nina y sacando la de Elena, usando la nueva clave en la que no quiso ni pensar ahora mismo. Estaba demasiado impaciente por saber qué le había escrito Bruno, pues llevaba preguntádoselo cada noche que no había podido pegar ojo apenas porque, como bien había dicho Nina, en cuanto estaba a solas en el hotel no podía sino recordar esa noche mágica que habían pasado juntos y que no entendía cómo había acabado tan mal.

Consiguió acceder al perfil de Elena en la red social y, a pesar de sus ganas de saber los porqués, se dio un momento para tomar aire, enervada, antes de abrir el mensaje. ¿Y si había sido por su trabajo? Puede que hubiera tenido una urgencia familiar, o quizá... No, no podía seguir así. Le iba a estallar la cabeza de pensar en las posibilidades que llevaba imaginando cada día. ¡Ahora tenía la respuesta en la mano! ¡A qué estaba esperando! No podía ser tan cobarde, se reprendió, tocando la pantalla justo sobre el icono de mensajes. Buscó su foto en miniatura de ese perfil que ella misma había borrado y se decidió de una vez por todas a leer el mensaje de Bruno.



Abrió los ojos en cuanto el avión aterrizó en Barcelona con la misma y terrible sensación con la que se había levantado esa mañana: con una resaca de espanto mezclada con la falta de sueño que la obligó a taparse un tremendo bostezo antes de prepararse para salir del avión. No debería haberse quedado hasta tan tarde en la fiesta ni haber aceptado de buenas cada copa y brindis que Nina había propuesto a sus invitados con la excusa de la barra libre. Casi no había dormido apenas, y con la semana que llevaba esto había sido el remate. De todas formas, a pesar del mal cuerpo, estaba mucho más tranquila. Cada vez que recordaba las palabras del mensaje de Bruno no podía obviar un suspiro de alivio. Y pensar que ella sola había provocado su propio sufrimiento por no querer saber nada de su explicación antes...

En todo momento, desde que se había despertado tras esa noche de ensueño con él, se había preguntado el motivo de haberse ido así sin pensar que era más simple de lo que se podría haber llegado a imaginar. En su mensaje, Bruno decía que había sido la mejor noche de su vida. No olvidaría jamás ese momento ni a ella, la quería y lamentaba haber tenido que dejarla sola de esa manera. El motivo era que su familia le requería y, por desgracia, no podía negarse. Esperaba poder volver a verla, igual que ella a él. Lo único que no entendía aún era por qué decía que eso no sería posible si no quería inmiscuirse en sus problemas familiares, algo que no merecía de ninguna manera. Su mensaje terminaba diciendo que era mejor para ella que se mantuviera al margen, y que por ello no podían volver a verse nunca. Que la seguiría queriendo toda su vida.

Suspiró muy profundo sin saber de qué manera contactar con él para decirle que lo entendía, aunque fuese a medias. No había podido enviar ese mensaje. El contacto de la red social con la que Elena se había puesto en contacto con él ya no existía, había desaparecido, igual que el perfil que ella había borrado antes de tener en cuenta su mensaje. Ahora no sabía de qué manera iba a encontrarle para darle una respuesta.

Pensó en cómo hacerlo dando una vuelta tranquila por la zona de tiendas del aeropuerto, con un café bien cargado en la mano, buscando algo que pudiera gustarle a Elena. Le había prometido un regalo, y si llegaba sin él para celebrar su despedida de soltera la tendría de morros la noche entera. De todas formas, por mucho que buscase, ni por asomo iba a poder superar nunca el regalazo que Nina le había preparado con la actuación privada de Ed Sheeran.

La puñetera de Nina se negaba a decirles cómo lo había conseguido, pero no había dejado de recordarle a Elena que había perdido por completo el tira y afloja que tenían entre ambas desde hacía tantos meses como llevaban prometidas. Elena decía que antes de que a Nina se le ocurriese pedirle que se casara con ella como estaba mandado, siendo todo lo romántica que no era nunca, ella conocería en persona a Ed Sheeran. Y Nina se lo había currado de verdad para sorprenderla de una forma tan romántica como pocas en una noche que ya esperaba pasarse junto a Elena, consolándola por la reacción de su padre ante la noticia de la boda.

Nina había llegado a decir que no habría boda si su padre no estaba presente, pero ahora iban a seguir adelante con los planes para mañana. Tal y como le había dicho anoche a ella, El Jefazo se iba a perder el mejor día de la vida de su hija por una gilipollez. Por no saber hacer frente a sus propios problemas sin inmiscuir a los demás en su mierda. Igual que Bruno, como decía ella.

Según la opinión de Nina, algo con lo que ella no estaba de acuerdo, Bruno siempre había sido un cobarde y lo seguía siendo. Decía que, por más que quisiera lo mejor para ella, no tenía el valor suficiente para anteponerla a ella a sus problemas familiares. ¿Y Nina qué sabía sobre eso? Nada, igual que ella, así que no iba a seguir suponiendo cuando, en realidad, en ese mensaje ya le había dado la respuesta a la dolorosa pregunta que se llevaba haciendo toda la semana. La quería ahora y lo haría siempre, como le había dicho en la discoteca de mala muerte en la que le había tirado su copa a Pablo. Lo mismo que le había susurrado mientras bailaban descalzos. Mientras hacían el amor una y otra vez esa misma noche que jamás olvidaría...

Podía estar de acuerdo con Nina en algo: Bruno se había despedido de ella. En el fondo sabía que quizá no volverían a verse, y eso la obligaba a suspirar profundo por no saber realmente el motivo, aparte de que era algo familiar. Le había prometido decirle la verdad que no se había atrevido a contarle, y lo cierto era que necesitaba saberla. Necesitaba desesperadamente saber más de él para no sentirse tan apartada, aunque él dijese que era lo mejor para ella. Esa, en todo caso, era su decisión. No podía tomarla por ella. Despedirse así y quererla el resto de su vida si no volvían a verse nunca, y no le daba una explicación lógica de qué problemas familiares eran esos, todavía la tenía en ascuas de cierta manera.

Suspiró una vez más con los ojos cerrados antes de decidirse a coger un colgantito de plata con forma de corazón y una piedrecita azul para Elena, terminándose el café entretanto que la mujer de la joyería se lo envolvía para regalo.

Tenía tiempo de sobra antes de la cita. Al menos le quedaban cuatro horas para despejarse un poco de la sensación de resaca que aún le duraba., pero tomó el primer taxi que encontró cuando salió del aeropuerto, de camino al centro de la ciudad, dispuesta a encontrar una imprenta donde poder sacar una copia de sus últimos trabajos. No podía aparecer en la reunión con Luciano Giovani con las manos vacías. Dado que estaba de vacaciones, las primeras en muchos años, no había traído nada con ella. Ni un solo catálogo de muestras.

Aprovechó que estaba rodeada de tiendas para buscarse un conjunto apropiado para la reunión de negocios que tendría a las dos de la tarde. Llegó diez minutos antes de la cita al restaurante Caelis, dentro del hotel El Palace, donde había quedado con Luciano Giovani y donde él había reservado una mesa para dos a su nombre. Se alegró una barbaridad de haberse comprado el conjunto ejecutivo de falda y chaqueta, incluso de haber parado en un pequeño salón de belleza, el primero que había visto vacío de camino, a que la peinaran un poco para dar la mejor impresión.

El restaurante de alta gastronomía en el que se sentó a esperar a Giovani, así como la decoración interior que observó con detalle, daba una pista bastante grande del nivel de formalidad que exigía esa inesperada reunión. Algo que no incluía a sus ojeras y sus pintas de no haber dormido apenas en días. Tampoco a los vaqueros y las deportivas con las que había viajado en el avión hasta Barcelona y que ahora llevaba en una bolsa que dejó bajo la mesa. Junto a la carpeta que había conseguido para guardar las muestras de sus últimos trabajos y el bolso que acababa de comprarse en la misma tienda donde había conseguido sus nuevos e incómodos tacones. Ni siquiera llevaba con ellos una hora y ya le estaban doliendo los pies. Los tiraría en cuanto saliera de la reunión. Ahora tenía que centrarse en lo importante.

Repasó las fotos de las reformas que había realizado su empresa en los últimos meses y las elecciones de estilo de sus clientes más asiduos, incluyendo por supuesto las de la señora Giovani. Si Elena tenía razón en algo era en que ir recomendada por su madre la hacía ganar puntos, y no podía desaprovechar la oportunidad por nada del mundo. Eso se dijo y se repitió hasta que, después de casi media hora, alguien que no era Luciano Giovani se sentó ante ella.

—Espero no haberla hecho esperar demasiado, señorita Rodríguez —dijo en español el hombre de pelo castaño y ojos azules que no conocía—. Peter Becket, encantado de conocerla al fin.

—Igualmente —respondió, algo confundida, antes de coger la mano que le tendía—. ¿El señor Giovanni no va a venir?

—Siente no poder asistir personalmente, le ha surgido una emergencia —le explicó él, soltando su mano para coger una carta del menú—. ¿Ha pedido ya?

—No, aún no —respondió, algo decepcionada por el plantón.

Alcanzó otra carta que apenas la leyó para pedir una ensalada, planteándose por qué habría mandado a un ayudante. Creía que charlarían en persona. Se había hecho muchas ilusiones con esa reunión y ya estaba claro que, si no se había tomado la molestia de asistir, o bien le había pasado algo grave o no le interesaba. ¡Si la había llamado en persona para quedar! Tenía que ser lo primero.

—Supongo que no será nada grave, ¿no? —preguntó al hombre que ocupaba su lugar—. Podríamos trasladar esta cita a otro momento más apropiado si es una urgencia —murmuró cuando el camarero les retiró las cartas y les sirvió una copa de vino blanco a petición del sustituto de Giovanni.

—No lo es, no se preocupe. Además, estoy seguro de que seremos capaces de entendernos a la perfección —aseguró él esbozando una sonrisa un tanto extraña—. Si bien no es lo que habíamos planeado en un principio respecto a usted, creo que tenemos suficientes intereses comunes como para llegar a un buen acuerdo.

—Sí, claro —se apresuró a responder al ver que él le alcanzaba una carpeta negra de tapas de cuero.

—Si es tan amable, antes de nada me gustaría saber su opinión respecto a estos proyectos en los que la compañía ha estado trabajando últimamente —le pidió el señor Becket mientras ella le entregaba, de igual manera, la carpeta que había traído—. Eso no será necesario. Conocemos su trabajo, señorita Rodríguez, aunque quizá deberíamos haberle hecho un seguimiento desde hace mucho, dado sus últimos movimientos. Me intriga que haya llegado tan lejos.

—Gra... Gracias.

Eso dijo, pero lo cierto es que no se lo tomó como un halago a pesar de la amplia sonrisa que Peter Becket le mostraba. Había algo en su mirada que no le inspiraba confianza... Dejó de pensar tonterías y se centró en mirar las fotos de la carpeta de tapas de cuero.

—¿Esto lo ha construido el señor Giovanni? —preguntó al cabo de los minutos—. No tienen mucho que ver con su estilo, la verdad.

Estaba segura de que no eran de Giovanni en absoluto. Había visto de cerca muchas de sus construcciones y no había nada en esas fotos de espacios vacíos que tuviera que ver con su forma de usar la luz natural. Y tampoco eran estructuras hechas de materiales que respetasen un mínimo el medioambiente, que era el principal factor por el que le interesaba tanto trabajar con su compañía.

—¿Qué clase de proyectos son estos? —quiso saber, pues una de las imágenes de las que fue pasando le recordó, y mucho, al apartamento de Bruno.

—Es usted una mujer muy intuitiva, podrá descubrirlo sin mi ayuda —contestó él.

Levantó la vista de la carpeta hacia los ojos azules del hombre que la observaba, haciéndole un serio gesto para que continuara mirando las fotografías. Y, aunque lo hizo, llegó un momento en el que esa carpeta terminó convirtiéndose en tal quebradero de cabeza que se sintió peor que al despertar. Ya no eran siquiera fotografías de construcciones vacías, eran imágenes de lugares y personas que le resultaban familiares, sobre todo la mirada seria de un hombre calvo. Cerró la carpeta llevándose la mano derecha a la sien. Sentía que la cabeza le iba a estallar.

—Disculpe, necesito ir un momento al servicio —murmuró con los ojos cerrados levantándose de la mesa—. Vuelvo en seguida.

—Claro, tómese el tiempo que necesite —dijo él en respuesta, levantándose de igual manera—. Seguiré aquí cuando vuelva, señorita Rodríguez. Aún hay mucho de lo que hablar, por increíble que me parezca. Tenemos un trato pendiente, ¿no es así?

Asintió sin saber en absoluto qué quería que le dijese sobre las fotos sin sentido que acababa de ver, cogiendo su bolso nuevo y saliendo de la zona del restaurante directa a los servicios.

No podía lavarse la cara, sino se le iría al garete el maquillaje, pero no dudó en coger otra de las pastillas que se había tomado con el desayuno en el hotel y sentarse en uno de los cubículos de los baños a esperar un poquito a que le hiciera efecto. Se las había traído por si acaso, pero no creía que le fuese a doler la cabeza de esa manera tan brutal que la tenía un poco mareada, incluso. Dormir poco y beber mucho antes de volar es un craso error, se reprendió a sí misma. Ahora no podía ni mantener la concentración aun estando en mitad de una reunión tan importante como esa. Una que no entendía y que aún no había terminado, se recordó al oír a alguien más entrar en el baño, justo en el servicio de su izquierda.

Suspiró con los ojos cerrados centrándose en el dolor que poco a poco desaparecía, pensando en que tenía que volver a la mesa a pesar de que no le estuviera gustando nada la reunión. No sabía de qué iban las fotografías que acababa de ver, ni la actitud de ese hombre tampoco, pero tenía que volver. Se decidió a disfrutar de la comida, al menos, aunque antes de levantarse escuchó ruidos a su izquierda y vio aparecer una mano por debajo de la pared de su cubículo ofreciéndole un trocito de papel. En cuanto lo cogió, aun sin saber de qué iba eso tampoco, la mujer que tenía a su izquierda salió del servicio a paso rápido. Se intentó levantar para averiguar de quién se trataba y, al hacerlo tan deprisa, tuvo que apoyarse en la puerta para no caerse del mareo que tenía. Volvió a sentarse en la taza del váter despacio y, cuando pudo abrir los ojos, miró el trocito de papel doblado que todavía tenía en la mano. Había escrito:

*No te fíes de él, quiere borrarle.
Yo puedo ayudarte. Te espero fuera.*

¿Cómo que borrarla? ¿Quién narices era esa mujer? Miró el papel unos segundos, como si él fuese a darle una respuesta coherente a lo que estaba pasando. No tenía ni idea de qué hacer ahora mismo... Salió del baño y se encaminó hacia la mesa, viendo de lejos al hombre que la esperaba, con la nota en su mano. Dejó de andar hacia él. No sabía lo que significaba la nota, pero borrarla no sonaba nada bien en absoluto. Dio media vuelta siguiendo el impulso y la corazonada que sintió pues, a pesar de que no entendiese por qué, sabía que corría peligro y que, de alguna manera que no lograba comprender mientras salía del hotel a paso rápido, ni ese hombre ni esa reunión tenían nada que ver con el señor Giovanni.



Nada más salir del hotel, dejando atrás esa reunión tan extraña, la bolsa donde tenía la ropa que se había puesto por la mañana en Madrid y la carpeta con las imágenes de sus últimos proyectos, no tuvo que buscar mucho alguna pista de dónde podía estar la persona que le había pasado la nota que aún llevaba en la mano. La advertencia que la había impulsado a alejarse del tal Peter Becket y que necesitaba una explicación. Aceleró el paso pensando en quien la esperaba dentro de ese coche en la misma puerta del hotel. Uno de gama alta, color negro y ventanillas tintadas, exactamente igual que el de Bruno.

Las casualidades le pudieron y se apresuró a acercarse hasta la puerta del copiloto, deseando encontrarle dentro cuando bajase la ventanilla que golpeó ligeramente con el puño. No obstante, ninguna de las dos cosas sucedió. La puerta se abrió y una mujer de pelo rubio y ojos oscuros, una que no parecía mayor de veinticinco y le resultaba realmente familiar, le hizo gestos frenéticos para que entrara rápido al coche.

—Sube ya, no hay tiempo —le espetó esa chica rubia a la que reconoció y se quedó mirando pasmada.

—¡Si eres...!

—¡Muévete, joder! ¡Si me ven aquí contigo estoy muerta! —exclamó la recepcionista de su hotel.

Cerró la boca y se montó en el coche que la recepcionista más borde que jamás había conocido aceleró de inmediato, alejándose aprisa del hotel en el que se suponía que había quedado con Luciano Giovani.

—Era una trampa de los Becket —dijo ella, haciendo alusión a lo que le había escrito en la nota—. Y el capullo arrogante al que acabas de conocer ha recibido la orden de borrarte, así que de nada.

—¿Borrarme? —consiguió preguntar en cuanto pudo reaccionar, con la mente totalmente en blanco.

—No me jodas... ¿Te ha tocado en algún momento?

La pregunta le frunció el ceño hacia la mirada inquisitiva de esa mujer esperando una respuesta. Pensó en el apretón de manos que se había obligado a darle al hombre que había ido a la reunión en nombre del señor Giovani, y antes de poder darle una respuesta la chica reaccionó golpeando el volante con rabia. La miró atónita.

—Me la he jugado para nada —masculló frenando el coche en seco. Se asustó al verse impulsada hacia adelante por la inercia, pues no le había dado tiempo ni a ponerse el cinturón—. Venga, fuera.

—¿Qué? —preguntó perpleja.

—¡Que salgas de mi puto coche, Sapiens! —le gritó esa loca.

—¡Pero tú de qué vas! —chilló, abriendo la puerta del copiloto y saliendo a la calle—. ¡Que te den, Octava! —añadió antes de cerrar de un golpe.

Petrificada por su propia reacción, miró su reflejo en la ventanilla tintada del coche hasta que esta bajó, dejándole ver un segundo reflejo de su desconcierto en la cara de la chica que expresó lo mismo que ella estaba preguntándose sin entender por qué.

—¿Me has llamado Octava? —inquirió la estúpida a la que no supo ni qué responder—. Sube.

—¿Ahora quieres que suba? —preguntó incrédula a más no poder.

—Sí —dijo ella dando un suspiro—. Creía que ya te habría borrado. Sube.

—¿Y si no quiero subir qué, me gritarás incoherencias hasta que me monte?

—Como no subas ya te borro yo misma cada recuerdo que tengas hasta dejarte hecha un vegetal —le advirtió, paralizándola un instante.

—Mira, no sé quién eres, y no pienso subir al coche de una desconocida que me espía, me pasa notitas raras en un servicio, me jode una supuesta comida de negocios y me amenaza con sus paranoias para que me monte en su coche —respondió, dispuesta a irse de allí a la carrera.

—Puedes seguir llamándome Octava —dijo ella, como si eso fuese suficiente para confiarle su seguridad—. Entra de una vez. Te responderé a lo que quieras y te ayudaré a conseguir que los Becket no te encuentren. Y créeme cuando te digo que no nos conviene a ninguna de las dos, sobre todo a ti.

Lo pensó un instante mirando alrededor, a la callecita del centro de Barcelona en la que estaban, y tomó aire profundamente antes de decidirse a montar de nuevo en el coche. Se puso el cinturón lo primero, pero la rubia que tenía al lado no arrancó el coche, solo la miraba con fijación como esperando a que preguntara lo que se le estaba pasando por la mente.

—No soy yo a la que han borrado de una forma tan chapucera que ya ni siquiera entiende lo que recuerda, así que dispara —dijo la rubia—. Octava —le repitió una vez más.

—Explícame de qué demonios va todo esto, Octava —acabó por decir, ya harta.

—¿Sabes? Es curioso que os llamen Sapiens cuando, en realidad, no tenéis ni idea de una mierda —replicó ella con una sonrisa cargada de prepotencia antes de poner el coche en marcha—. ¿Prefieres la versión corta o tengo que remontarme al inicio de los clanes? Porque no tenemos tiempo y me muerdo de hambre.

—Lo que sea, dilo ya —masculló, pues ella también y no tenía ganas de seguir escuchando sus borderías.

—Entonces la versión corta, que a mí tampoco me caes excesivamente bien pero soy yo quien te acaba de salvar el culo y la que te va a dar las respuestas que quieres saber —le contestó, cayéndole un poco peor—. Es muy sencillo, en realidad. Ambas pertenecemos a la misma especie. Por un lado estás tú, que eres descendiente de la sexta evolución humana o Sapiens. Y luego estoy yo, descendiente de la octava evolución humana. Aunque no todos los nuestros piensan así, claro —continuó diciendo a la vez que ella alucinaba—. Algunos creen que vosotros sois algo así como el ganado y nosotros somos los carniceros, que no pertenecemos a la misma especie. Está claro que se equivocan. Es la primera vez que uno de los tuyos recupera su memoria borrada, lo que te convierte en la primera excepción de tu evolución y el objetivo de la mía. Fin.

—Ay mi madre... —musitó, llevándose las manos a la cabeza, pensando que era una...

—Una Octava del clan Cornell, así que ten cuidado con a quién llamas loca de remate, Sapiens. Más respeto —le advirtió ella, dejándola sin habla—. Mejor. No hace falta que digas una sola palabra, solo que escuches.

¡No era verdad! ¡Imposible! ¿Podía...?

—¿Escuchar lo que piensas? Alto y claro, así que deja de insultarme de una vez —dijo mirándola de reojo. Sintió que entraba en pánico—. No, ni se te ocurra. —La rubia volvió a frenar el coche y alcanzó su brazo con la mano derecha—. Te tranquilizas, eso lo primero, porque si no te borro nuestro encuentro y te llevo de vuelta con los Becket para que ellos hagan lo que quieran contigo —la amenazó—. Y ahora tira tu móvil, quédate calladita, piensa en lo que quieras preguntar con calma y respira, joder, que es lo único gratis en este planeta.

Siguiendo ese orden exacto sin que ella soltara su brazo, abrió el bolso, buscó su móvil y lo tiró por la ventanilla. Después, notó cómo su corazón se desaceleraba y su mente dejaba de pensar en todo a la vez para centrarse en una sola pregunta mientras su respiración se normalizaba. ¿Cómo?

—Fácil. Imagina tu mente como un libro en blanco en el que queda grabada cada parte de tu vida

—empezó a decir la... Octava, acelerando otra vez el coche e incorporándose al tráfico—. Los Sapiens os limitáis a escribir vuestras vivencias. Nosotros, por otro lado, podemos leer, borrar, reescribir, manipular y bloquear los pasajes que planteen algún problema para nuestra supervivencia. O para la vuestra, claro. Nunca dejamos de intervenir en vuestras mierdas para que no os matéis los unos a los otros. O para que no os aniquilen los clanes más radicales, como los Svarit, los Ushida, los Duhait, los Becket...

Sintió un escalofrío de solo pensarlo... Acababa de estar frente a uno de ellos. ¿Eso es lo que habría pasado de no haber intervenido? ¿La habría matado?

—Puede, solo que dudo que se hubieran atrevido a algo así con tal de seguir adelante con sus planes. Desde que volvieron a aparecer con ese medio Sapiens como futuro líder están bajo estrecha vigilancia —continuó ella, aunque su duda seguía siendo la misma—. Tranquilízate, ¿vale? —le repitió—. Mi clan es de fiar, estás conmigo, no va a pasarte nada. Céntrate en eso.

Lo hizo, llevada por una sensación de calma ajena por completo a lo que en realidad debería estar sintiendo. Solo cuando la Octava soltó su brazo, tuvo la sensación de que la estaba manipulando para que no entrase en pánico por lo que acababa de decirle. Algo que, por imposible que fuera, parecía verdad. Lo que no entendía en absoluto era por qué la estaba ayudando. A dónde la llevaba.

—Los Becket pretenden unirse a mi clan antes de que el nuevo líder tome el mando y tú, por lo visto, te has convertido en un molesto obstáculo para los Becket en más de una ocasión —le explicó como respuesta a sus pensamientos—. No sé cómo no te han matado aún, dado que no pueden borrarle como al resto de Sapiens, pero si esto me sirve para detener esta locura no voy a desperdiciar la oportunidad.

Eso seguía sin responder a dónde la llevaba ahora, saliendo de la zona céntrica de Barcelona en un coche que, al igual que el de Bruno, olía a nuevo.

—Mi clan tiene que saber lo que te han hecho los Becket —respondió ella, tomando la salida hacia la autopista—. Eres la prueba viviente de que se equivocan respecto a su teoría evolutiva y sobre ese medio Sapiens que se ha aprovechado de ti. Más respecto a su actual líder, Terrance Becket. Él ni siquiera debería seguir vivo por lo que hizo con la madre de su bastardo, tendrían que haberle condenado hace mucho por borrarla, como iban a hacer contigo de no ser por mí —añadió, furibunda, antes de darse cuenta de que se había movido para volver a llevarse la mano a la sien, pues tenía una terrible punzada atravesándole la cabeza de lado a lado—. Ha sido él, ¿verdad? Te ha intentado borrar lo que te ha hecho su bastardo medio Sapiens. Lo sabía. De tal palo, tal astilla.

—No lo sé... Yo... No sé de lo que hablas —musitó con los ojos cerrados, sintiendo que le retumbaba cada palabra que salía de su boca. No podía respirar bien—. Necesito aire, por favor, para el coche.

—Tranquila, estás bien —susurró ella volviendo a coger su brazo, y la sensación de presión que tenía en la cabeza y en el pecho desapareció—. Van a pagar por esto, te lo prometo. Bruno Becket tiene los minutos contados.

Abrió los ojos, estupefacta, mirando los iris oscuros de la chica de la que se alejó negando, notando cómo la presión que había dejado de sentir volvía a ella de golpe junto con miles de imágenes mentales a las que chilló histérica, cogiéndose la cabeza con ambas manos. Todas las imágenes que acababa de ver en la carpeta de tapas de cuero vistas de una manera muy diferente y dolorosa, como si las hubiera vivido y guardado en silencio durante años. Un restaurante, un parque, un helado de nueces, unas flores amarillas, sus pies descalzos sobre la hierba, el olor de su colonia, su pelo negro y rizado, su sonrisa, sus ojos verdes... Su voz resonó en su mente hasta que se quedó inconsciente, vencida por el dolor.

—*Lo siento, mi amor* —susurró Bruno desde algún lugar de su perdida memoria.



Con una palpitación insana concentrada en su cabeza, abrió los ojos poco a poco y se incorporó en el sofá en el que se había quedado dormida... ¿Cuándo? ¿Y dónde? Parpadeó un par de veces, con la molesta tirantez de su piel justo por encima de su ojo derecho. Palpó con la punta de los dedos lo que parecía una venda mientras intentaba pensar con claridad algo que la ayudase a concretar dónde estaba. Era una especie de biblioteca de estilo renacentista con muebles en colores tierra y sofás de cuero, como en el que se consiguió sentar, quedándose atenta a las voces que escuchaba al otro lado de unas puertas dobles de madera que tenía a su derecha.

Alcanzó su bolso nuevo de encima de una mesa baja frente a ella y, antes de levantarse, se calzó los incómodos zapatos de tacón que se acababa de comprar esa misma mañana antes de la reunión con Peter Becket. Como si fuese una mala pesadilla, recordó la falsa reunión, la nota, la Octava y lo que le había dicho acerca de Bruno y su familia con la mano sobre la venda en su cabeza, sintiéndose tan mareada que tuvo que sentarse otra vez.

Buscó el móvil en su bolso hasta que tuvo la vaga imagen de ella tirándolo por la ventanilla del coche, o más bien de la Octava obligándola a ello. Se decidió de inmediato a volver a levantarse para salir de ahí. No sabía dónde estaba ni qué le había pasado en la frente para tenerla vendada, pero sentía la imperiosa necesidad de alejarse de la puerta doble a su derecha tras la que ya no se escuchaba ninguna voz.

Puso todo su empeño en levantarse de nuevo e ir sigilosamente hacia otra puerta en sentido contrario a la que escuchó abrirse, petrificándola de pies a hombros. Giró la cabeza para ver a un hombre de pelo y barba canosa y traje beige junto a la chica rubia de ojos oscuros que la miraba ceñuda. La Octava del clan Cornell cuyo brazo en cabestrillo le frunció el ceño a ella, provocándole una ligera punzada en la frente, justo a la altura del vendaje.

—Es lo que pasa cuando tienes un accidente de coche —masculló la Octava, recordándole que no debía pensar en nada o ella lo sabría.

—Katia, basta, no seas maleducada —la reprendió ese hombre en inglés, dirigiéndose hacia ella con una afable sonrisa—. Me llamo Víctor Cornell. Encantado de conocerla, señorita Rodríguez. ¿Se encuentra mejor? —le preguntó entonces, pero ella observó la mano que le tendía sin atreverse a cogerla—. Nadie va a manipularla, se lo puedo asegurar, y está prohibido leer a los invitados en mi casa —dijo, ofreciéndole un asiento a su lado en uno de los sofás de la habitación, aunque lo hizo a más de un metro de él sin perder de vista sus manos—. Mi hija ha cometido un grave error de comportamiento que va en contra de nuestras leyes, y va a disculparse con usted de inmediato por las inconveniencias que le ha causado con su intromisión, si no quiere que este asunto pase a ser un problema oficial para los miembros del Consejo.

No supo qué respondió Katia, la Octava, a la clara amenaza de su padre, pues lo hizo en alemán y ella de ese idioma entendía lo básico. Estaba segura, por cómo empezaron a discutir entre ellos, de que no tenía intención alguna de disculparse. Y más lo estuvo cuando ella salió de la habitación visiblemente enfadada dando un portazo y haciendo suspirar muy profundo a ese hombre canoso que se pasó una mano por la barba antes de volver a centrarse en ella.

—Siento mucho lo que ha sucedido, señorita —se excusó el hombre—. Katia no debería haberse

tomado la libertad de intervenir en este problema, manipulándola e informándola de cosas que podrían ponerla en un riesgo mayor de lo que ya lo está.

—Dijo que... Que iban a borrarla —musitó en respuesta, pensando que quizá lo harían de todas formas por lo que ahora sabía.

—Esa es su opinión —dijo él—. Y lo cierto es que, a pesar de que Peter Becket no tuviera permiso alguno para intervenir directamente con usted, lo hizo en un lugar público. Si hubiera querido borrarla, señorita, algo que está tremendamente penado por las leyes de los clanes regentes del Consejo, lo habría hecho en privado —le explicó—. Dígame, ¿qué fue lo que le dijo concretamente el señor Becket?

—Pues... Dijo... —balbuceó, intentando recordarlo sin querer pensar en que Bruno estaba relacionado con él—. Dijo que venía en nombre del señor Giovanni con la intención de hacer un trato empresarial —murmuró—. Y luego...

—¡Papá!

Miró la puerta por la que se había ido Katia y vio a una niña rubia en pijama, de unos cinco años, entrar a la carrera. Se abrazó a él empezando a hablar en alemán con emoción sin reparar en ella, mostrándole a su padre una especie de peonza metálica que traía en la mano.

—Papá está con una invitada, Nadine —dijo él en inglés, y la niña fijó en ella sus enormes ojos azules y una sonrisita mellada—. Ya deberías estar en la cama. Es muy tarde.

Frunció el ceño a esa aclaración y miró alrededor, viendo que no había una sola ventana en la habitación y que su reloj de pulsera marcaba las ocho y cuarto de la tarde. ¡Mierda! ¡La fiesta de despedida de soltera de Elena! ¡Se la iba a perder y no tenía su móvil encima para avisarla!

—¡Lo he movido un poquito, te lo prometo! —exclamó en inglés la niña, quejumbrosa, cuando su padre le quitó la peonza de la mano—. ¡Lo puedo hacer de verdad, mira! —insistió.

Por más que el padre le repitió que debía irse a dormir, entretanto que ella intentaba pensar en cómo irse de allí o conseguir un teléfono para avisar a Elena de que no iba a llegar a tiempo para su despedida, la niña no se dio por vencida en llamar la atención de su padre. Cogió la peonza de nuevo entre sus manitas, centrándose en ella con un gesto serio hasta que esta se movió un poco y la niña volvió a respirar, sonriendo de oreja a oreja por el logro que a ella la dejó pasmada. ¿Acababa de hacer girar esa peonza con la mente? ¡Imposible!

—Eso está muy bien, cariño —dijo su padre cogiendo de nuevo la peonza metálica de su mano.

—Perdone, pero debería irme ya —se atrevió a decir, tan alucinada como conmovida al ver la sonrisa orgullosa que le dirigía ese hombre a su hija pequeña—. Mi amiga va a casarse mañana, y...

—Sí, lo sé, no tiene nada de lo que preocuparse. Estará en Madrid a primera hora de la mañana, yo mismo me encargaré de su traslado y su seguridad —dijo él antes de bajar a la niña de sus piernas—. Tu mente es muy fuerte para tu edad, Nadine. Dentro de poco podrás ser una iniciada como lo fueron tus hermanas, pero ahora tienes que irte a dormir. Una mente se mantiene fuerte si el cuerpo la acompaña, así que da las buenas y a la cama, jovencita.

—Buenas noches, papá —suspiró ella, dándole un beso a su padre y acercándose a ella—. Buenas noches, invitada.

Recibió un inesperado abrazo y un beso en la mejilla de esa niña que se fue por donde había venido con mucho menos entusiasmo y sin su peonza. Ella, sin embargo, observó la sonrisa que permanecía en el rostro de su padre mientras la veía alejarse. Por extraña que aún le pareciera la situación, no era muy diferente en realidad de una familia normal. A excepción del poder mental, claro. Pero viendo cómo se portaba con sus hijas, Víctor era un padre en toda regla. En cierta manera le recordaba a su propio padre, y eso la tranquilizaba mucho.

—Cada generación es más poderosa que la anterior, es increíble —dijo él, observando la peonza que se había quedado con la misma sonrisa orgullosa—. Yo a su edad estaba lejos de poder

concentrarme tanto como para expandir mis vibraciones mentales a este nivel. Supongo que intentar superar las expectativas y logros de dos hermanas mayores también influye. ¿Tiene usted hermanos o hermanas?

—No —respondió, aunque lo pensó mejor dando un profundo suspiro de solo pensar en ella—. Bueno... Tengo a mi mejor amiga, que es como mi hermana pequeña, y hoy es su despedida de soltera. Debe estar histérica porque se suponía que volvía hoy mismo a Madrid con ella y ni siquiera sé dónde estoy.

—Está usted en Ginebra, Suiza —le explicó él, paralizándola—. Tras el accidente, mi hija me llamó y yo me encargué de trasladarlas a ambas. Puede llamar a quien desee desde mi despacho —añadió señalando hacia la habitación contigua tras las puertas dobles—. Solo tenga en cuenta que no debe decir nada a sus conocidos acerca de lo que realmente le ha sucedido hoy y que, por su seguridad, deberá ir acompañada a esa boda. Además, quiero pensar que mi hija Katia tiene razón en algo de todo lo que la ha impulsado a actuar así, por lo que intentaré reunir al Consejo y valorar su situación lo antes posible. Hasta entonces, creo que podremos confiar en usted tanto como usted puede confiar en que velamos por su bienestar, a pesar de las evidencias.

Se llevó la mano al vendaje en su cabeza preguntándose cómo había pasado ese accidente de coche que no recordaba en absoluto. Visto que el señor Cornell no la estaba leyendo, y que se iba sin responder a las miles de dudas que todavía tenía, se decidió a preguntar por sí misma.

—¿Por qué me... me protegen de los Becket? —balbuceó antes de que él saliera por la puerta—. Dice que nadie va a manipularme ni a borrar me, que está penado por sus leyes, pero creo... Creo que ya lo han hecho en varias ocasiones, y no entiendo aún por qué —musitó, intentando no mirar a los ojos a ese hombre que volvió a tomar asiento a su lado con un profundo suspiro.

—Verá... Estoy seguro de que esto tiene una explicación. No por la que Katia ha actuado sin contar con nadie, en especial con el respaldo de su clan —respondió él—. La consigna de mi clan, el clan Cornell, es la unidad y el respeto. Toda mi familia debe regirse por estas bases en sus actos. Mi hija no entiende aún la importancia de estos pilares y cómo han cambiado las cosas desde el exterminio de los Séptimos, cuando los Cornell y otros clanes, cuyos líderes ahora forman el Consejo del que soy miembro desde hace casi veinte años, acabamos con la tiranía de los más radicales. Ella solo conoce la historia, no tiene la experiencia de haber presenciado los cambios que yo llevo viendo tantos años y no está a favor de los pasos que estoy dispuesto a dar para que la historia nunca vuelva a repetirse. La unión entre los clanes de Octavos es una prioridad, Katia ya debería entenderlo.

—Lo cierto es que no sé qué tiene que ver eso conmigo —se atrevió a decir.

—Yo tampoco —dijo él visiblemente perplejo—. Por lo que sé, no hay constancia de usted en ningún informe que haya llegado hasta el Consejo. Y no hay ningún precedente de alguien de su condición que haya recuperado sus recuerdos tras haber sido borrados, manipulados o bloqueados, algo que no pongo en duda dado que mi hija dice que usted la ha llamado Octava —acertó a decir él, mesándose la barba canosa antes de continuar—. Lo que quiero decir es que no la protegemos de los Becket, señorita, solo nos aseguramos de que su relación con ellos no pone en peligro la paz a la que aspiramos. La unión de los clanes es decisiva para un futuro próspero y, por algún motivo que aún no comprendo, los Becket han mantenido en secreto su situación hasta ahora. Así que si tiene alguna idea de por qué, confíe en poder decírmela sin miedo alguno, y yo expondré su caso ante el Consejo. Entienda que, por el bien de esta unidad con los clanes que en su día fueron marcados como radicales, y dado que mi hija mayor está comprometida con el sucesor del clan Becket, al que Katia culpa de algo realmente terrible sin pruebas que lo confirmen, toda la información que me confíe será tenida en alta consideración.

—¿Bru...Bruno? —inquirió, tan atónita que le resultó difícil pensar la pregunta completa, así como expresarla—. ¿Su hija se... se va a casar con... con Bruno?

—Si no hay motivos por los cuales no deba, y empiezo a pensar que hay más de los que yo imaginaba, así será dentro de dos semanas —concretó él—. Como le digo, puede confiar en que cualquier información que decida darme será muy útil para esclarecer si esta unión debe o no celebrarse.

—Emmm... —comenzó a decir, sin poder poner orden en su cabeza de ninguna manera por semejante noticia—. Emmm...

—No es necesario que sea ahora, querida —se apresuró a decir él al ver que era incapaz de pronunciar palabra ni de moverse mientras Víctor palmeaba su espalda con una sincera sonrisa—. Vamos, su amiga debe estar preocupada.

Sin ser capaz de reaccionar, se dejó llevar por Víctor hacia su despacho, donde le permitió estar a solas para hablar con Elena después de informarla de que la cena estaría servida a las nueve y de que esa noche podría dormir en una de las habitaciones de invitados. También le recordó que no debía decirle a Elena dónde estaba, con quién o qué había pasado en realidad. Algo que todavía no se creía y que, incluso antes de coger el teléfono de ese despacho para llamarla, la obligó a tomar asiento.

Se sentía la persona más estúpida y avergonzada del planeta. Estaba tan atónita aún, tan triste y desolada por la noticia, que ni siquiera pudo llegar a marcar los primeros cinco números del teléfono de Elena sin derrumbarse. No podía llamarla, y no lo hizo ni cuando consiguió tranquilizarse. En su lugar llamó a sus padres que, por lo que sabía desde que la habían llamado esa misma semana, debían estar en casa. O en la casa de las afueras de Lyon en la que llevaban viviendo los últimos ocho años, desde que su padre se había prejubilado. Ellos podían llamar a Elena sin que ella tuviera que sufrir el interrogatorio y la histeria que no podía soportar ahora mismo por no ir en su despedida de soltera. No sin llorar de solo preguntarse qué iba a decirle a Víctor Cornell sobre Bruno cuando consiguiese dejar de llorar y salir de su despacho.



Dio otra vuelta en esa cama intentando dormir de alguna manera, pero era imposible. Estaba en un cuarto de invitados de una mansión perteneciente a la familia Cornell, con la que había tenido la cena más incómoda y silenciosa de su vida. La mujer de Víctor Cornell, que por lo que parecía por su edad solo era la madre de la menor de sus hijas, apenas la había mirado. Y sus hijas mayores no se habían comportado de una manera diferente: Katia, a la que había conocido en un principio como Octava, y la mayor de las dos; Ivana Cornell. La mujer que, en dos semanas, se suponía que iba a casarse con Bruno.

Se negó a llorar otra vez por ello. Ya no estaba tan triste como al recibir la noticia. Ahora estaba realmente ofendida, se sentía utilizada y engañada por la persona que menos habría imaginado que llegaría a hacerle algo así. No después de su mensaje, aunque ahora tenía plena conciencia de por qué se había despedido y de sus motivos para hacerlo: se iba a casar con una chica preciosa, rubia y de ojos azules, cuya familia se dedicaba a manipular a otros humanos como ella con sus poderes mentales. Bueno, no como ella precisamente, sino a gente que estaba muy por encima en cuanto a poder, como militares, políticos, reyes... ¿Y si la había manipulado para acostarse con ella?

Se secó a prisa las lágrimas al escuchar que llamaban a la puerta, poniéndose la bata que el personal de servicio le había dejado a los pies de la cama. ¿Ya era la hora? No, eran las cuatro y media de la mañana, ni siquiera había amanecido todavía. Fue a abrir la puerta encontrándose con Ivana Cornell al otro lado, en bata igual que ella y un gesto afable que le bajó la mirada a sus pies descalzos.

—Perdona que te moleste a esta hora. Creo que tenemos que hablar. —Asintió de inmediato y abrió un poco más la puerta, dejándola entrar. Ella, sin embargo, no dio un solo paso al frente—. No me conoces. Podría tomarme la venganza por mi mano ahora mismo si quisiera. ¿Por qué confías en que no vengo a hacerte nada?

—No... No lo sé —musitó esquivando su mirada—. Supongo que estar despierta aún dice mucho de lo culpable que me siento por todo esto.

—Buena respuesta —susurró Ivana, entrando al fin en la habitación y dirigiéndose hacia el ventanal entretanto que ella cerraba la puerta—. Aunque no sea cierta.

—Lo es —se apresuró a responder—. De verdad que lo siento, no sabía que...

—No, me refiero a que no deberías sentirte culpable —la cortó ella, sentándose junto a la ventana en una butaca, señalándole la que tenía en frente—. A no ser que la culpa esté provocada porque crees que eres una víctima, que Bruno usó su poder contigo y que, como dice mi hermana, te manipuló.

Algo estupefacta por su discreta pregunta inscrita en esa directa afirmación, en sus ojos azules pendientes de sus gestos, tomó asiento frente a ella y permaneció en silencio sin saber qué decir. ¿Lo creía? No lo sabía, pero cada vez que pensaba en esa noche, en la de veces que Bruno había cogido su mano, se lo preguntaba.

—Sé que algo no va bien en mi mente —confesó—. Recuerdo cosas que no sé cuándo han sucedido, ni dónde. No quiero creerlo pero sé que, de alguna manera, me... Me intentó borrar lo que pasó.

—¿De verdad crees que ha sido él? Porque, si es así, creo que no le conoces en absoluto, y eso me lo pone realmente fácil para seguir adelante con la boda. Piénsalo mejor mientras escuchas lo que he venido a decirte —respondió Ivana, silenciándola—. Hace mucho tiempo, quizá más de diez años, los

Becket eran lo mismo para mí que lo que son ahora para mi hermana: enemigos de los ideales de mi familia, de la unidad y el respeto que los Cornell tanto nos afanamos en promulgar —comenzó a decir ella mirando por la ventana, sonriendo a nadie en particular—. Y cuando conocí a Bruno... Bueno, lo cierto es que me costó muy poco ver que, de nosotros dos, la única que actuaba en contra de esos ideales era yo.

La escuchó sin poder apartar la vista de la ligera sonrisa que tenía hablando de Bruno, de lo cruel que había sido muchas veces con él y de la única respuesta que había recibido siempre por su parte: una sonrisa. Decía que él jamás había hecho por acercarse a ella, que a pesar de los años que pasaban y de su propio cambio de actitud hacia él, nunca le había dirigido una sola palabra.

—Hasta hace tres años —dijo Ivana, fijando en ella otra vez sus ojos azules—. Me decidí a conseguir que me dijese algo, cualquier cosa. Un hola me bastaba. Me reconcomía la necesidad de saber qué había tras su sonrisa. Siempre tan silencioso, tan... Tan correcto y desquiciante. Me enfurecía cada vez que me sonreía, y no tenía ni idea de por qué lo hacía.

—Podrías haberle leído —musitó.

—No —respondió ella rotundamente—. Los Becket son famosos por su impenetrable escudo mental. Sobre todo él, que no solo tenía que protegerse de los clanes regentes en el Consejo. Nadie puede sacarle a un Becket una sola verdad si no se deciden por sí mismos a confesarla, pero Bruno lo hizo en cuanto le pregunté: ¿Por qué no me dices nunca una sola palabra? Él me miró, me sonrió, y me dijo: Porque nunca me has preguntado nada —dijo, provocándole una sonrisa a ella que borró de inmediato cuando Ivana la miró—. Esa noche no dormí pensando en qué podía preguntarle de todo lo que quería saber sobre él. Volví a verle al día siguiente y, sin embargo, no me atreví a hablarle. ¿Sabes por qué?

—Te gustaba —susurró, sintiéndose identificada con ella hasta el momento en el que Ivana volvió a negar.

—No le pregunté porque no se separó de su clan un solo instante que me diera la oportunidad de hacerlo —respondió ella sumamente seria—. Solo después de un año, puede que más, Bruno se acercó a mí y me susurró una sola palabra: sí —le confesó ella—. ¿Lo entiendes? —Negó sin entender nada—. Siempre he querido preguntarle muchas cosas, y ni siquiera sabía qué iba a preguntarle cuando pudiera hacerlo, aunque no hizo ninguna falta.

—Te leyó —dedujo. Ivana sonrió negando de nuevo.

—Me demostró lo que yo no había sido capaz de ver hasta ese momento: Su don es mucho mayor que el mío o el de cualquier miembro de los clanes aliados que he conocido nunca —admitió Ivana—. Él sabía la pregunta, parecía que la hubiera estado esperando toda su vida. Y me respondió sin necesidad de pronunciarla o pensarla —añadió, fijando sus ojos azules en ella con seriedad, quedándose en silencio unos largos y angustiosos segundos—. ¿Temes a tu padre?

El nudo que se le formó en la garganta ante la pregunta, sabiendo la respuesta que Bruno le había dado, la petrificó. Ivana también permaneció callada unos lapidarios minutos en los que ambas se miraron a los ojos. Y solo en el momento en el que Ivana apartó sus iris azules de ella para mirar por la ventana las primeras luces del amanecer, dando un suspiro, se decidió a formular la respuesta que tanto le estaba costando confesar.

—Sé que me leyó —musitó, pues durante la noche que habían pasado juntos había coincidencias, demasiadas por su parte que habían sido un claro reflejo de lo que ella había pensado—. Y no creo que me manipulase, pero estoy segura de que su padre me ha hecho algo, y su hermano...

—Hablas de su clan, no de Bruno, son dos cosas completamente diferentes. ¿Confías en él? —inquirió Ivana cortante—. Sí o no, ¿confías en Bruno?

Intentó responder rápido a esa pregunta tan directa pensando en por qué había ido a Madrid, lo que había sentido estando con él. Aunque también tuvo muy presente la semana que había pasado

llorando, creyendo que la había dejado tirada después de acostarse con ella. La peor semana de su vida, seguida de una despedida escrita en un mensaje de una red social con un perfil falso, sin darle los motivos concretos. Motivos que la habían encontrado igualmente, causándole más problemas de los que había tenido nunca y que la habían llevado hasta allí, frente a su prometida. ¿Confiaba en él, tras tantos secretos, sabiendo qué le había hecho su familia a ella sin que él interviniese para intentar protegerla?

—No —sollozó, tapándose la boca para contener el llanto.

—Entonces Terrance Becket ha vuelto a ganar —susurró Ivana con seriedad, levantándose de la butaca y encaminándose hacia la puerta—. Yo le confiaría mi vida solo por ser la mitad de importante que eres tú para él.

—Eso no es cierto, Ivana —dijo sin poder frenar las lágrimas—. Yo no le importo.

—Ha puesto en peligro todo por lo que lleva luchando y sufriendo su vida entera por pasar una sola noche contigo —espetó ella desde la puerta—. Eres estúpida si de verdad lo crees, pero ese es tu problema y tu respuesta será mi consuelo el resto de mi vida junto a él. Gracias a esto seré capaz de protegerle de su propio clan sin sentirme tan usada, pues en gran medida ahora sé que yo salgo ganando. Ha sido un placer conocerte, Sofía, buen viaje de vuelta.

Esperó a que cerrara la puerta para dejar de refrenar sus sollozos. No podía ni pensar en por qué lloraba ahora de esa manera. No era capaz de parar. Solo cuando se metió en el baño para darse una ducha pudo recapacitar un poco en lo que Ivana había venido a decirle a las cinco y pico de la mañana: había ido a interrogarla para saber sus intenciones con Bruno, si iba a convertirse en un problema para su matrimonio. Quiso contestarle en ese momento que no, que nunca haría nada por impedir su boda, pero cuando salió de la habitación a la hora a la que Víctor Cornell le había dicho que estaría listo el desayuno, no la vio. Ni a ella ni a nadie, en realidad, solo su desayuno esperando en una mesa demasiado grande para no sentirse tan vacía como se sentía por dentro.

Apenas probó el desayuno, no era capaz de ingerir nada del cansancio y lo mal que estaba ahora mismo en esa mansión tan bien conservada como solemne, recorriendo los pasillos hasta el despacho de Víctor Cornell, guiada por un hombre del servicio que la dejó a solas con él.

—Tome asiento, por favor —le pidió él con la misma afable sonrisa del día anterior—. Su vuelo y su acompañante estarán preparados para su viaje a Madrid en quince minutos, solo quería asegurarme de que no hay ningún comentario personal que añadir al comunicado que voy a hacer llegar al Consejo.

—¿Es necesario que lo haga? —preguntó en un murmullo sin mirarle.

—¿No quiere que haga el comunicado? —inquirió él confuso—. Señorita, no digo que no prefiera que esta falta de mi hija Katia con usted no llegue a oídos del Consejo, pero no veo qué gana usted si decido no hacerlo.

—De verdad, no importa, déjelo estar. No diré nada, nadie me creería de todas formas, y no volveré a verle —respondió, a punto de ponerse a llorar otra vez de solo decirlo en voz alta—. Su familia no tendrá que volver a preocuparse por mí, lo juro. No diga nada de esto a ese Consejo. No es necesario —musitó.

—Si es lo que desea...

Asintió sin respirar, tragando despacio el nudo que tenía en la garganta desde su conversación con Ivana. No quería decir ni una palabra en contra de esa boda a pesar de cómo pudiera sentirse al respecto. Con lo que habían hablado resultaba obvio que Ivana estaba bastante dolida con lo que había pasado y, aun así, quería seguir adelante con la boda. Si ella, que le conocía bastante mejor, no tenía nada que decir en contra de Bruno, ¿qué iba a decir ella? Nada, nada en absoluto. Seguía sintiéndose dolida y estúpida por sus secretos, pero más le dolería hacer algo en contra de su futuro con Ivana. Y no solo eso porque, si por lo que pudiera decir los Cornell no aceptaban a Bruno como parte de su clan, le estaría dejando a merced de su propio clan. No podía.

—Supongo que tampoco necesitará un acompañante para esa boda —dedujo Víctor al cabo de

unos segundos—. Solo me queda desearle buena suerte, señorita Rodríguez. Espero que su amiga sea muy feliz desde este día en adelante, como usted, y que no nos volvamos a ver en esta situación tan embarazosa.

—Igualmente, señor Cornell. Gracias por todo —dijo, levantándose y haciendo el amago de darle la mano para poder irse de allí, pues el trato había concluido.

—A usted —respondió él con una amplia sonrisa, dándole la mano.

Salió de su despacho a paso rápido, tanto que tuvo que refrenarse un poco para que los hombres que la esperaban en la puerta la guiaran hacia la salida. Se montó en un coche que la llevó hasta el avión privado que Víctor Cornell le había prometido para poder volver a Madrid a tiempo para la boda de Elena. Estaba haciendo lo que debía, se dijo una y otra vez, pero aun así no pudo frenar la sensación de que había perdido algo realmente importante con ese trato no escrito que acababa de hacer con los Cornell. Sentía que había perdido a Bruno.



Lejos de tener cuerpo y ánimo para una boda ahora mismo, se preparó para salir del hotel ya vestida y maquillada. Le faltaba hacerse un peinado con el que cubrir el tremendo chichón amoratado que aún tenía en la frente, sobre el ojo derecho. Se hizo la raya al otro lado e intentó cubrir el golpe lo mejor posible. No quería tener que dar excusas por ese chichón ni por nada. Solo esperaba que Elena se hubiera tragado la excusa que le había hecho llegar a través de sus padres para no haber ido a su despedida de soltera: que la reunión con Giovanni se había alargado más de la cuenta y que había perdido su móvil.

Salió del hotel mirando hacia recepción, por si veía a Katia entre las mujeres de uniforme del mostrador. No estaba. Ya no tenía por qué vigilarla, se dijo. Cogió el primer taxi que pasó por la calle del hotel y le dijo al taxista la dirección de Nina y Nena. Sabía que Laura empezaría a vestir y preparar a Elena a las doce, así que llegaba muy temprano a su piso. Casi dos horas antes, pero si esperaba en el hotel hasta entonces se quedaría dormida de pie de lo cansada que se sentía. Incluso para ser un día tan feliz porque su mejor amiga se casaba, no sabía cómo iba a ser capaz de sonreír ni una sola vez. Estaba tan abatida por lo que había pasado que se había dejado el bolso azul de la boda en el hotel y, en su lugar, había cogido el verde que había llevado a la cena de exalumnos, donde solo tenía las nueces caramelizadas que Bruno le había pedido a Mei, la cocinera del restaurante coreano, para ella. A punto de llorar por el detalle que había dejado olvidado en ese bolso, salió del taxi con la promesa de regresar en un momento. Cuando tuviera con qué pagarle al taxista que esperó en el portal de Elena hasta que Sara bajó y le pagó la carrera.

—Perdona, te lo devuelvo en cuanto pueda —musitó una vez en el ascensor.

—No te molestes, diez euros no me van a sacar de pobre y habría pagado mucho más por ver a alguien con ese trajecito tan ridículo que yo no pensaba llevar ni muerta —contestó Sara, mirando de reojo su vestido con mala cara y una sonrisa burlona—. A mí me preocuparía un poco entrar en casa de Elena ahora mismo estando vestida de pastel pitufo para celebrar una boda cancelada.

—¿Cancelada por qué, Nina se ha vuelto a cabrear? —preguntó atónita.

—Elena —dijo Sara contra todo pronóstico—. Se niega a poner un pie en el ayuntamiento si su padre no la lleva del brazo.

—Mierda...

¡Sabía que se le olvidaba algo, joder, lo sabía! ¡Le había prometido hablar con su padre esa misma mañana para darle un ultimátum y con lo sucedido no se había acordado en absoluto!

—Dame tu cartera —dijo al llegar al quinto, decidida a ir por él—. Dile a Elena que he regresado al hotel a coger mi bolso y llama a quien tengas que llamar para volver a poner en marcha la boda.

—Eso ya lo ha hecho Nina. Acaba de salir —respondió Sara—. Ha ido directa a por El Jefazo en cuanto se ha enterado de que Elena quiere suspender la boda.

—¡Mierda! —exclamó, quitándole la cartera a Sara de las manos y empujándola fuera del ascensor—. ¡Dile a Laura que empiece a peinarla ya! —gritó mientras le daba al botón del bajo—. ¡Y tú ponte tu vestido, Sara, por lo que más quieras!

Llegó al portal y, aunque le dolía cada músculo, sobre todo los pies por los incómodos tacones que había llevado el día anterior y que ya estaban en la basura, corrió calle abajo en busca del primer

taxi disponible. Tenía muchísima prisa, como le dijo al taxista al que le dio la dirección del padre de Elena, pues si Nina conseguía encontrar al Jefazo antes que ella, con lo enfadada que iba a estar ahora mismo, la boda se cancelaba seguro. Y no podía permitirlo, esto no. Suficiente había perdido ya para que Elena echase a perder el día más especial de su vida. Sabía de sobra que si Nina no se controlaba, acabaría a guantazos con El Jefazo con tal de llevarle a rastras a la boda si era necesario.

Se pegó a la ventanilla al entrar en la calle y la vio en el portal desde lejos, vestida con un esmoquin azul claro, rodeada de gente y gritando improperios al aire. Suspiró aliviada. Menos mal...

—Siga recto —le pidió al taxista, pasando de largo a Nina y su monumental cabreo—. A la izquierda, pare al final de la calle.

Sacó el dinero de la cartera de Sara y no esperó ni la vuelta para bajarse del taxi, viendo de lejos la oronda figura del Jefazo sentado en la barra del bar de siempre. Era sábado, sabía que le encontraría ahí, ese hombre era de costumbres fijas. Se levantaba temprano, iba a misa, pasaba el resto de la mañana en el bar y las tardes en su antiguo taller, no fallaba. Pero hoy iba a saltarse su rutina sí o sí. Iba a llevarle a la boda como que se llamaba Sofía.

En cuanto entró en el bar se quedó cruzada de brazos tras él, mirándole fijamente hasta que el resto de habituales del bar y los camareros le avisaron. No dijo nada, visiblemente perplejo por verla ahí, vestida para la ocasión y sin pizca de duda en lo que él iba a hacer ahora mismo.

—Su hija se casa en cuatro horas —dijo en primer lugar, y El Jefazo dejó de mirarla y le dio la espalda—. No me pienso mover de aquí, Don Hugo, hasta que no salga por esta puerta y nos vayamos de boda.

—Siéntate, hija, y bebe conmigo —respondió él con su arraigado acento ecuatoriano, ofreciéndole un taburete a su lado en el que se negó a sentarse—. La nena ha hecho mal, ella sabe que no está bien lo que hizo.

—Claro que lo sabe, por eso está llorando a mares esperando que su padre la perdone —argumentó, como si pudiera verla ahora mismo—. Y lo va a hacer como el buen hombre que es. Como el padrazo que ha sido siempre para ella y para todas, y la llevará del brazo el día más importante de su vida o no se lo perdonará a sí mismo nunca —le advirtió—. A no ser que quiera que sea una infeliz, pero podría jurar que lleva demasiados años luchando para que no lo sea, a pesar de lo que han vivido, como para abandonarla ahora. Elena le necesita, no se casará sin usted —dijo, usando su arma definitiva para conseguir convencerle—. Lo ha jurado por su madre.

Esperó, de brazos cruzados aún, a que sus palabras hicieran el efecto que buscaba cuando vio que El Jefazo se levantaba con su pasmosidad de siempre. Solo entonces la abrió la puerta del bar aguardando pacientemente a que El Jefazo pagase la cuenta y saliera a la calle, cogiéndose a su brazo con una sonrisa en respuesta a su gesto de resignación.

Dejó de sonreír con la mala conciencia pesándole por la mentira que acababa de decirle para hacerle reaccionar, pensando en la de veces que Bruno podría haberle mentido y, en realidad, no lo había hecho. No le había dicho la verdad por temor a que se asustara, eso había dicho, y lo cierto es que se habría asustado y mucho si Bruno hubiera empezado a hablar sobre Octavos, clanes y sus poderes mentales.

La noche que habían pasado juntos habría sido muy diferente si le hubiera dicho que se casaba en dos semanas con Ivana Cornell. Aunque fuese, como había insinuado Ivana, por protegerle de su padre y de su clan. Había hablado de ello como si fuese un trato comercial en el que ella saldría ganando, no como una mujer enamorada. Ahora que lo pensaba, cualquier indicio de que Ivana pudiera sentir algo por Bruno había recibido una rotunda negación por su parte. ¿Y él, la querría a ella?

Dejó de pensarlo al notar que El Jefazo frenaba el paso, fijándose en lo que se le había pasado por alto: la desquiciada de Nina seguía en su puerta esperando a que El Jefazo abriera. Ya no había gente, pues ella ya no estaba gritándole de todo. Él, sin embargo, parecía dispuesto a dar media vuelta y a

regresar al bar del que había conseguido sacarle con su mentira. De todas formas, le había dicho muchas verdades que no podía pasar por alto.

—Ella también hace lo imposible por hacer feliz a Elena, Don Hugo —le advirtió con severidad, sin soltar su brazo, volviendo a encararle hacia Nina—. Dele una oportunidad, solo una, y ganará una hija más en lugar de perder a su princesita.

El profundo suspiro del Jefazo se le contagió al ver que daba el primer paso al frente, y solo cuando Nina les vio llegar a ambos se soltó de su brazo y le dejó avanzar, dándoles unos minutos para que hablasen pero sin perderles de vista por si la charla no acababa bien.

Con solo ver la cara de Nina, que ni siquiera miraba al Jefazo a los ojos y no levantaba la voz para pedirle disculpas, tuvo la esperanza de que acabarían por llegar al entendimiento que no habían llegado el jueves en la cena. El Jefazo tenía derecho a estar enfadado, eso no se lo podía negar nadie, y además era la primera vez que veía a Nina tan desesperada como para suplicarle al Jefazo que fuese a la boda, que sin él Elena jamás se casaría con ella, y la quería. La amaba más que a nadie en el mundo, y ya era suficientemente duro saber que su propia familia no asistiría como para que el padrino tampoco hiciera acto de presencia por su culpa. Por no haber tenido el valor de pedirle la mano de Elena como debería haberlo hecho, siguiendo las costumbres de su país de origen, como El Jefazo habría esperado que pasara algún día de una manera mucho más convencional y hetero. De eso Nina no mencionó nada, aun sabiendo que Elena era la primera que debería haberle comentado algo sobre la relación que había entre ellas desde hacía años.

—Si no quiere hablarme después de esto, si quiere negarse a aceptarme en su casa, lo entenderé y me apartaré —prometió Nina—. Cúlpeme a mí, ódieme si quiere, está en su derecho. Pero, por favor, no pague mi error con su hija.

El silencio que le siguió a la última súplica de Nina por parte del Jefazo la obligó a intervenir, poniéndose a su lado y mirando a Don Hugo de brazos cruzados. No había ido hasta allí y había conseguido sacarle del bar para presenciar su rechazo hacia Nina, que incluso le había traído un esmoquin azul como el suyo por si daba la casualidad de que El Jefazo aceptaba ir a la boda. Menos después de ver hasta dónde estaba dispuesta a ceder con tal de convencerle.

—Sí, ya sé. Os queréis, y qué voy a decir yo si ella es feliz contigo —dijo él, haciendo un gesto con la mano como si no tuviera ninguna importancia, pasándolas de largo para entrar en su casa—. Ya vámonos a la boda, mijas.

A punto estuvo de llorar de la emoción cuando Nina se abrazó a él por la espalda, aunque apenas pudiera abarcarle por lo grandote que era. Se sumó a ese abrazo que solo duró unos segundos. Nina se despidió de ellos aprisa porque aún tenía que reorganizar al catering y a los invitados a los que se le había dicho que la boda se cancelaba. Mientras Nina se alejaba, vio cómo El Jefazo intentaba disimular una lagrimita con una tos falsa de la que se tuvo que reír con disimulo, siguiéndole hasta su casa y asegurándose de que se ponía el traje que Nina había traído para él. Desde luego...

Tardó un poco en prepararse, y ella tuvo que plantearse ir a comprarle unos zapatos adecuados antes de ir a casa de Elena, pero cuando al fin aparecieron ambos en la puerta de su piso listos para la boda, y vieron a Elena sin peinar y en bata, hasta El Jefazo le llamó la atención porque sus invitados iban a esperarla más de cuenta. Era un hombre tan aferrado a las costumbres como Elena a él. Siempre había sido un padre muy apegado a su princesita, además de todo un señor hasta en los momentos críticos, pero en ese momento le pudo el protocolo. El Jefazo parecía ser el único dispuesto a soltarse para que Elena no llegase tarde a su propia boda, pues eso no estaba bien visto.



Tomó asiento en la mesa principal junto al Jefazo sin perder de vista la sonrisa de Elena, sentándose al otro lado de su padre con ayuda de Nina para acomodar la cola del vestido. Estaba más que preciosa. Estaba feliz, igual que Nina, a pesar del vacío que había al otro lado de la mesa junto a ella. Nadie de su familia, absolutamente nadie, había acudido a la boda que habían celebrado en el ayuntamiento. Y sabía por Elena que Nina hablaba poco de ellos, pues Nina se había ido de casa muy joven y que mantenía contacto con una o dos personas de su familia. Personas que, por esas sillas vacías, habían decidido no acudir a un día tan importante para ella, así que no se las podía considerar familia. No como la gente que se sentaba ante ellos en el grandísimo comedor que habían reservado para el convite en un hotel de las afueras. Tal y como Nina decía, sus amigos eran su verdadera familia.

Sonrió cuando un detalle le dio aún más la razón: Nina fue directa a por Laura y Sara a su mesa y las llevó hasta los asientos vacíos en la mesa principal a su lado. Laura parecía conforme, siempre le había encantado el protagonismo. Sara, sin embargo, no perdía el careto largo por tener que ir, como ella definía, de pastel pitufo. Laura le había hecho un peinado increíble, igual que a Elena, incluso la había maquillado para que pareciera que, en lugar de ir de funeral como ella decía, iba a una boda. Pero el maquillaje de Laura no servía para ocultar lo poco que le gustaba a Sara tener que seguir los clichés de que las mujeres debían arreglarse hasta sufrir para parecer hermosas. Tenía razón en gran medida, pues cualquier mujer era bella sin necesidad de extras, solo que hoy no podía saltarse ese protocolo de elegancia y comportamiento social básico. Era la boda de su amiga, estaba en la mesa principal, y como no levantara la copa para el brindis de ‘vivan las novias’, con tal de seguir en su plan antisocial de siempre, iba a llevarse un santo collejón... Bostezó con disimulo de solo pensarlo. Ella estaba sin dormir después del día más jodido de su vida y sonriendo, así que no iba a permitir que Sara tuviera ese careto de asco constante durante el convite.

—Si me disculpa, Don Hugo, voy a cambiarme de sitio con Laura —le dijo al padre de Elena, el padrino de la boda—. Es lo correcto. La madrina debe estar a un lado de las novias y el padrino en el otro.

—Dale, hija —respondió él sonriente.

Aprovechando que todo el mundo se estaba sentando tras el primer brindis, tiró de Laura hasta ponerla en su sitio y se sentó junto a Sara, a la que atravesó con la mirada nada más poner el culo en el asiento.

—¿Qué?

—Que sonrías —masculló por lo bajo, y ella hizo una mueca extraña que ni de lejos era una sonrisa—. Sara.

—Que sí, mamá... —murmuró ella poniendo los ojos en blanco.

A punto estuvo de darle el collejón ahora, pero se le ocurrió una idea mucho mejor viendo que cogía su copa para beber. Le dio tal pellizco en el culo que Sara se levantó de su asiento como un resorte con su copa en la mano.

—¡Vivan las novias! —gritó a pleno pulmón, tapándose la boca con disimulo mientras los invitados imitaban a Sara y respondían a ese segundo brindis poniéndose en pie.

Ignoró la mirada rencorosa de Sara y brindó con el resto de invitados, así como con Nina, que reía

a carcajada limpia a su lado consciente de lo que acababa de hacer. Chocó la copita de champán con ella y le dio un sorbo antes de volver a sentarse, ignorando el ligero mareo de cansancio que tenía. Y, aunque no era la primera vez que se veía obligada a sentarse y a esperar a que se le pasara un poco el mareo, no dijo nada. Se tapó un bostezo, pensando en ir al baño a despejarse con agua fría si era necesario. Aguantaría todo lo posible, era la boda de Elena y Nina, era la madrina y sabía que, en algún momento, su brindis llegaría y no podía ser un simple ‘vivan las novias’.

Primero iba a ir al servicio a intentar despejarse, a asegurarse de que el maquillaje disimulaba su cara de muerta viviente y que el peinado que se había hecho en el hotel aún tapaba el tremendo chichón que le palpitaba encima del ojo derecho.

—Voy al baño —dijo poniendo sobre aviso a Sara, que dejó de inmediato su papel de familiar feliz con un resoplido de puro alivio.

—¿Te acompaño? —le preguntó Nina cuando se puso en pie.

—No. No tardo. Tú vigila a esta, que parece que le vaya a salir un tumor si sonrío —respondió, pendiente de la actitud seria y recelosa de Sara hasta perderla de vista.

Se encaminó hacia el baño más cercano y lo encontró a escasos cincuenta metros del salón principal, del que se alejó con un profundo suspiro. El ruido de la multitud no ayudaba mucho a su terrible dolor de cabeza, y lo único que tenía en el bolso era el paquetito de nueces caramelizadas junto con los restos de las bolsitas de arroz que les habían echado encima a Nina y Nena al salir del Ayuntamiento. Ella tenía aún buena parte de esa tradición entre los rizos del peinado que Laura se había empeñado en arreglarle, y que ella se había negado a que tocara con tal de que no viese el moratón que le marcaba media frente.

Se puso ante el espejo, asegurándose de que no había nadie en el baño, y levantó los mechones de pelo que lo cubrían con cuidado de no rozarse. Observó la hinchazón y el moretón sobre el que aplicó unas pocas toallitas empapadas en agua fría, siseando hacia dentro con los ojos cerrados por el dolor en el momento en el que la puerta del baño se abrió. No le dio tiempo a reaccionar a tiempo para volver a tapárselo con el pelo.

—¿Qué cojones es eso, Sofi? —inquirió Nina desde la puerta, yendo directa hacia ella y levantándole la barbilla para ponerla de cara a los focos.

—No es nada, Nina, es solo...

—Un golpe de la hostia —masculló ella mirándola a los ojos—. ¿Ha sido él?

—¿Quién? —preguntó perpleja hasta caer en la cuenta de que Nina se refería al señor Giovanni—. ¡No! Por Dios, no —dijo, apartándose de ella—. Tu... Tuve un pequeño traspie antes de venir.

—Me estás mintiendo, Sofía —declaró ella cruzándose de brazos.

—¿Y por qué iba a mentirte? —preguntó, volviendo a abrir el grifo para no tener que mirarla a la cara—. Estoy bien, en serio.

—Ya... Por eso bostezas cada cinco minutos y estás que no te aguantas de pie, claro —le recriminó ella, a la que quiso responder hasta que un bostezo le impidió hacerlo—. ¿Ves?

—Lo que veo es que lo de meterse en la vida de los demás es contagioso —le espetó de mala gana mientras se colocaba el pelo con cuidado—. Estoy cansada, ¿y qué? Ha sido una semana de lo más estresante para todas, no solo para mí. Pero estoy aquí, y hasta El Jefazo ha venido y está feliz de veros casadas, como todos los invitados. Eso es lo que importa.

—No todos —respondió Nina—. Bruno no ha venido.

Frenó su paso hacia la puerta en seco ante su mención, volvió a cerrar la puerta del baño y miró atrás, a Nina y sus ojos oscuros que la observaban con fijación. ¿Bruno iba a ir a la boda? Se empezó a poner nerviosa por momentos sin tener idea de qué decirle ahora.

—Dijo que vendría y esta mañana recibo un mensaje diciendo que lo siente, que por tu bien no debía venir —añadió Nina robándole el aliento—. Dime qué mierda te ha pasado, Sofi, no estás bien.

No hagas como que sí.

—No puedo —sollozó, tapándose la boca para intentar contenerlo todo.

—Sofi, dímelo —insistió Nina—. No puedo leerte, pero puedo sentir lo mal que estás, lo que estás sufriendo, así que no mientas.

La miró sin dar crédito a lo que estaba diciendo. ¿ELLA...?

—Bruno es mi primo por parte de padre, Elena ya te lo ha dicho —aseguró. Negó petrificada—. Te lo dije delante de mí, Sofi. Te dije que yo contacté con Bruno, que soy su prima. Te lo dije.

—¡Primero dije que habías hablado con su prima, no que fueses su prima! —exclamó petrificada—. ¡Y luego dije que alguien había contactado con Bruno por internet y que no sabía quién era el de la red social!

—Era yo —suspiró ella—. Fui yo la que te mandó ese mensaje en su nombre, la que averiguó quién era el tío del que Elena no dejaba de hablar, el italiano, y quien consiguió hacerte venir hasta aquí por primera vez en doce años para que tuvierais la oportunidad de volver a veros. ¿Qué cojones os ha pasado, Sofía?

—Tú... —sollozó, apoyándose en la puerta—. Tú lo sabías...

—¿Saber qué? —preguntó Nina, acercándose a ella hasta que negó.

—¡Que se casa en dos semanas! —le chilló colérica—. ¡Sois...!

—Es un compromiso de fidelidad, no una boda. No tiene por qué ser lo mismo, en realidad —dijo ella.

No quiso escucharla. No quiso oír nada más.

—¡Sois unos egoístas, unos mentirosos, unos...!

—¡Sofi! —gritó Nina cuando tuvo que apoyar la espalda en la puerta del mareo, sujetándose a la pared—. Mierda, estás fatal...

—Ya basta, por favor —le suplicó, falta de fuerzas.

Nina la ayudó a no caerse, pero no esperó el abrazo con el que la sustentó. No intentó apartarla. Se sentía tan rota por dentro que no pudo hacer otra cosa que llorar abrazada a ella.

—Lo siento —susurró Nina—. Si hubiera sabido que iba a ser la peor idea que he tenido, nunca habría movido un dedo. Como mi Nena te necesitaba aquí, y creía que él... Perdona, Sofi, de verdad que lo siento.

—Bórralo —le pidió entre sollozos. Nina la separó de ella y la miró con lástima sin decir nada—. Por favor, bórrale de mi mente. Por favor... —suplicó de nuevo.

—No puedo hacerlo, Sofía, yo no tengo su mismo don —respondió Nina, secándole las lágrimas con las manos—. Y aunque pudiese jamás lo haría. Es muy peligroso, podría hacerte un daño mental irreparable.

—Ya lo han hecho —confesó—. Su padre...

—¿Te contó lo de su madre? —inquirió Nina perpleja. Negó.

—Su padre me ha hecho algo —dijo—. Su hermano lo ha intentado, y...

—¿James? —inquirió Nina. No—. ¿Patrick, David, George, Bob...?

—¿Cuántos hermanos tiene? —preguntó ella atónita.

—Doce —respondió Nina con una ligera sonrisa—. Nueve chicos y tres chicas, la mayoría de madres distintas, pero solo la suya es Sapiens. Bruno es el mayor, y no estaríamos hablando de él si te hubieran borrado, Sofi, créeme.

—Víctor dijo que a mí no me pueden borrar, no saben por qué.

—¿Cornell? ¿Has conocido a Víctor Cornell y a sus hijas? —preguntó Nina ojiplática. Asintió—. Ya sé por qué no has dormido, entonces. Pobrecilla...

Se dejó abrazar por ella, que la llevó a uno de los servicios y la ayudó a sentarse, esperando a que se le pasara un poco el berrinche y el mareo para escuchar, de principio a fin, lo que le había pasado el

día anterior con Peter Becket y los Cornell. Y solo cuando Laura llamó a Nina para avisarla de que iban a servir los entrantes, ella abrió la boca para soltar lo que tanto necesitaba contarle a alguien que pudiera entenderla, y más creerla. Nina lo entendía tan bien que, por increíble que le pareciera todavía, que fuese una Octava era un tremendo alivio, tal y como le dijo.

—Séptima —la corrigió ella—. No quedan muchos de los míos, y nuestro poder no es como el de ellos, así que si me permites voy a darte un chute antes de que te caigas al suelo y te hagas otro chichón que no puedas tapar con tu pelo.

—¿Qué... Qué vas a...? —balbuceó al ver que Nina cogía su mano entre las suyas.

—Tranquila, solo es energía —aclaró Nina cerrando los ojos.

Por un momento no sintió nada raro aparte de lo nerviosa que Nina la estaba poniendo, pero esos nervios que sentía en la boca del estómago se convirtieron en una sensación expansiva de calor que, al ritmo de sus aceleradas palpitations, llegó a cada extremidad de su cuerpo. Abrió los ojos que había cerrado, sin ser consciente siquiera de ello, y vio la amplia sonrisa de Nina cuando le apartó el pelo de la cara.

—Mucho mejor, vamos. A comer —dijo, tirando de su mano hacia adelante.

En cuanto se puso de pie, se dio cuenta de que la pesadez que llevaba arrastrando todo el día había desaparecido por completo. No pudo evitar acercarse al espejo y mirar el golpe en su frente que ya no notaba palpitar. Seguía ahí, solo que no era ni una sombra de lo que era hacía dos minutos. No había inflamación apenas y el morado que antes le cubría casi media frente ahora no era mayor que una moneda. Miró a Nina atónita y ella sonrió ampliamente, abriendo la puerta del baño para cederle el paso.

—Gra... gracias —musitó, aún perpleja, mirándose los rastros de lágrimas en el espejo—. Necesito un minuto.

—Más bien cinco —se carcajeó Nina saliendo por la puerta.

—Capulla... —respondió antes de que cerrase sin poder evitar la sonrisa.

Dejó de sonreír en el silencio de ese baño, mirándose en el espejo un instante antes de usar las toallitas de papel y el agua para intentar arreglar un poco su maquillaje. Tomó aire y se decidió a salir sintiéndose mucho más ligera. Y no solo por lo que Nina le había hecho. Poder contar con ella para deshacerse del pesado secreto, el gran lastre que llevaba auestas desde el día anterior, había sido un alivio tremendo. Y lo que más la había aliviado, aparte del ‘chute de energía’, como Nina lo había llamado, era la aclaración que le había hecho sobre lo que Bruno iba a hacer en dos semanas: comprometer su fidelidad y la de su clan a la sucesora del clan Cornell, que era diferente a casarse con ella. Nina tampoco le había dado mucha información, pero ahora sabía por qué se estaba sentando en la silla libre a su lado: Bruno, su primo por parte de padre, y la familia de la que había huido siendo una adolescente apenas, como Elena siempre le había dicho, eran los Becket.



Tras el primer baile de las novias para abrir la pista, y de ver al Jefazo bailar con Elena una ranchera que la había hecho reír hasta llorar, se retiró un poco de la pista de baile junto a él. Al menos ahora podía estar segura de que no tendría que vigilar que Sara no se quedase en un rincón con cara de amargada. Nina le había encontrado algo de lo que ocuparse un par de horas: la música. Sabía que estar aislada bajo unos cascos siempre había sido su punto fuerte, en el instituto casi era imposible quitarle los cascos de las orejas para que se relacionara con el resto del grupo, pero de ahí a que hubiera convertido esa manía en una profesión rentable había un trecho. A veces, Elena le había mostrado fotos y contado que había ido a algunas de sus sesiones y que Sara ya era bastante conocida como DJ LadyBlack. Ella nunca había escuchado en persona una de sus sesiones. Y el Jefazo tampoco, por su cara de desconcierto ante los gritos, las luces y el ritmo desenfrenado que empezó a adquirir la fiesta. Cuando Don Hugo la miró con una ceja levantada, sonrió y se encogió de hombros. A ella tampoco le emocionaba mucho la música tecno, pero ver a Sara mezclando como una profesional mientras el resto disfrutaba de su música merecía su mejor sonrisa.

Aprovechó que ahora estaba todo el mundo bailando para ir a la barra libre, apenas sin gente, y pedirle al Jefazo un cóctel que Elena se había preocupado en incluir: chicha de piña. Aunque al verla venir con la copa negó con la cabeza y con la mano en alto, dispuesto a no beber un sorbo más de alcohol del que ya había bebido tras la misa de por la mañana y durante la comida, y se lo ofreció a ella con otro gesto de la mano. Estaba tan dulce como ella pensaba, demasiado, así que lo dejó sobre la mesa e hizo lo mismo que El Jefazo: observar a Elena sin perder la sonrisa.

Estaba tan feliz y tan guapa con ese traje de novia algo cambiado, ahora que se había desprendido de la larga cola que antes le tapaba la falda de baile azul, que suspiró tranquila.

La boda estaba siendo lo que Nena había planeado con extras, pues Nina se había guardado una sorpresa final con la tarta encargando la que Elena se moría por tener en su boda, aun siendo cinco veces más cara. Azul, cómo no, y hecha por un repostero mundialmente famoso: Jordi Roca. Una auténtica obra de arte que a ella, personalmente, le habría dado una pena tremenda cortar con una espada. Un detalle increíble que había sido algo para grabarse en la memoria para siempre. Y la mayoría de la sala lo había hecho. No habían dejado de saltar los flashes de los móviles ni un instante. Uno incluso la dejó medio ciega, pues a Nina no se le ocurrió otra cosa que hacerle una foto a un metro de distancia antes de sentarse a su lado, en el sitio que El Jefazo dejó libre cuando Nena vino a buscarle.

—¿No bailas? —le preguntó Nina a voz en grito para hacerse oír por encima de la frenética locura que Sara llamaba música.

—¡No sabría cómo! —exclamó.

—¡Creo que eso no es problema para algunos! —le dijo al oído, pues El Jefazo fue el siguiente en salir a bailar con los brazos en el aire como un loco, haciéndolas reír a carcajadas—. ¡Aguanta!

Cogió el móvil que Nina le tendió, pero ella aferró su mano con fuerza y pudo sentir un ligero calambre que la hizo levantarse del asiento acelerándole el pulso. Como un pellizco inmenso de energía vivaz. Y rio, aun sin saber por qué en un principio, contagiada de su felicidad y del descaro de Nina por usar su poder sin que nadie más que ella tuviera la sensación que acababa de llenarla de la misma alegría que ella rebosaba. Eso era, lo supo sin que le tuviera que explicar nada, aunque siguiera sin saber

cómo. Asintió a su gesto para que le hiciera alguna foto al Jefazo bailando en mitad de la pista con Elena, incluso grabó un vídeo sin poder dejar de reír por el baile de locos que se traían entre Nina, Elena y El Jefazo, al que el resto intentaba imitar. Era imposible, sencillamente no había hombres como él, pensó por un momento. Y dio un suspiro de solo pensarlo antes de que el vídeo que estaba grabando se cortara por una llamada entrante.

Intentó avisar a Nina, pero ella estaba ocupada ahora mismo y había demasiado ruido en la sala de baile de la que se alejó a la carrera con el móvil vibrando en su mano. Se fijó en el nombre que había en la pantalla, petrificada por esa sencilla letra que abarcaba tanto: B.

¿Y si lo cogía? No, no debía. ¿O sí? Ay, Dios... Deslizó el dedo tembloroso de los nervios por la pantalla y colgó. Solo entonces pudo volver a coger aire, pero el móvil sonó de nuevo ni bien hubo dado un paso de vuelta hacia la sala de baile, y la misma letra apareció en la pantalla. ¡Por qué había colgado! ¡Ahora ya no podría cogerlo! ¿Qué le iba a decir, de todas formas? ¿Hola? ¿Felicidades por tu compromiso? ¿Tu hermano casi me mata o algo peor? ¡Cuándo pensabas decirme que tienes poderes mentales! No, era incapaz de hacerlo. Y no podía soportar más el soniquete presionándola para decidirse antes de que dejara de sonar, así que apagó el móvil y volvió a la sala de baile a sentarse junto al Jefazo, que parecía a punto de ahogarse de calor. Ella también, se dijo de camino a la barra libre, que ya empezaba a estar bastante llena, pidiendo una botella de agua fría para El Jefazo y un Martini doble para ella.

Se lo bebió antes de que El Jefazo le diera el segundo buche a la botellita que le había traído, mirando de reojo el móvil de Nina apagado sobre la mesa. No, ahora ya era tarde, se repitió con un obligado suspiro de calma. Aunque le dio vueltas en su copa vacía a las aceitunas sin poder dejar de pensar en ello. Quizá ni siquiera era él, había muchas personas cuyo nombre empezaban por B, incluso algunas empresas. Donde trabajaba Nina, por ejemplo, pero en el fondo sabía que eso sería bastante imposible. Tenía a la mayoría de empleados de la empresa delante, además de al jefe, y nadie la llamaría para algo de trabajo el día de su boda. Era la B de Bruno y punto, como diría Nina, y ahora no podía dejar de pensar en él, preguntándose para qué estaría llamando. Solo cuando Nina miró hacia ella y le hizo un gesto con el móvil para que se acercara, para decirle que se le había apagado o que se le había ido la batería, sintió que el móvil vibraba en su mano con el ceño fruncido. ¿No lo había apagado? Observó la única letra de la pantalla y negó. No, otra vez no. Corrió hacia Nina y se lo intentó devolver, mostrándole la pantalla sin que ella le hiciera el menor caso.

—¡Cógelo tú, estoy ocupada! —gritó ella, bailando con Elena e ignorándola.

—¡Pero...!

Bufó a carrillos llenos, intentando no gritar a pleno pulmón que era Bruno quien llamaba para que Nina se diese cuenta del problema. No lo hizo porque, desde su punto de vista, ya habría tenido suficiente con no haber visto a Bruno aparecer el día de su boda por culpa de... Ella, se dijo de camino a la sala vacía del convite. ¿Tan egoísta había sido que hasta ahora ni se había preocupado por eso? Bruno era su única familia, de la manera en la que el término estaba definido en el diccionario, y había decidido no ir por no incomodarla a ella. Suspiró muy profundo volviendo a escuchar la melodía del móvil, que la instaba a decidirse con un tiempo límite. Pensó a toda prisa qué iba a decirle, descolgó la llamada, se acercó el móvil al oído y no pudo decir una sola palabra al escucharle gritar:

—¡Por fin lo coges! ¡Te he llamado trescientas veces, Nina, y no me digas ahora que tendría que haber ido y punto, no tienes idea de lo que...! Mierda, ya... Ya sé que estoy gritando, lo siento... Nina, vamos, entiéndelo. Habría sido mucho peor si llego a aparecer en tu boda. Y sé que es muy egoísta por mi parte perderme algo así por lo que ha pasado, ya lo sé, y si me dejas que te lo explique, por favor, te juro que jamás le haría algo así a Sofi. No sé qué recuerda de la noche de la cena, mi padre se interpuso y la bloqueó otra vez. Debí haberle parado, eso también lo sé, debí hacer algo, pero no pasó lo que ella cree. No fue así, Nina, yo ni la toqué esa noche. Está muy confusa, Peter ha...

—¿Confusa? —preguntó atónita sin poder contenerse, dándose cuenta en ese mismo instante de que acababa de hablar y, sin embargo, ya no pudo callarse—. ¿Tú... Llamas a dejarme tirada, a lo que en realidad eres, a tus secretos y a lo que me ha hecho tu familia... Confusión? ¡Porque yo lo llamo cabronada!

—Sofi...

—Ni Sofi ni leches fritas, Octavo —espetó antes de colgar.

¡Confusa! Gritó mentalmente mirando el móvil con odio. ¡Cómo se atreve a mentir tan descaradamente! ¡A decir que ni me tocó! Vio el parpadeo de las luces del salón y salió de allí apagando el móvil sin dejar de pulsar el botón con fuerza. Cruzó la sala de baile en la que la música había parado, apartando gente hasta devolverle el móvil a Nina.

—Diga lo que diga, miente —masculló antes de volver a su sitio junto al Jefazo.

No tardó mucho en levantarse cuando Laura se acercó a ella mientras intentaban solucionar el problema que tenían con las luces del hotel, que no dejaban de parpadear cada dos por tres, fastidiando la sesión de música de Sara para el resto de invitados. Asintió a su ofrecimiento de ir a la suite de arriba a preparar lo que habían planeado entre ellas como sorpresa para Nina y Nena, aunque tuvieran que subir por las escaleras hasta la décima planta. Centrarse en hacer un ramo de flores de papel con los billetes que había en los sobres que los invitados habían dado a las novias, incluyendo el suyo, era justo lo que necesitaba para mantenerse ocupada y no pensar.



La cantidad de regalos que había encima de la cama iban a tener a Elena brincando de alegría una semana entera, se dijo mientras doblaba billete tras billete de cien y cincuenta en forma de flor y los intentaba colocar en el inmenso ramo que ya triplicaba el tamaño que se había planteado en un principio. Y todavía quedaban un par de veinte, los billetes azules que Laura estaba doblando en forma de mariposa para hacerlo aún más bonito a ojos de Elena.

—¿De verdad que no te pasa nada? —preguntó ella por cuarta vez.

—Suponiendo que la palabra verdad signifique lo mismo que siempre, de verdad no me pasa nada —reiteró sin perder de vista lo que estaba haciendo.

—No sé... Es que estás muy seria, Sofi.

—¿Y qué? ¿Significa eso que, por narices, me pasa algo malo?

—Pues yo diría que sí, pero como quieras —susurró Laura, a la que miró un instante antes de suspirar y doblar otra esquinita del billete—. Vaya, debe ser algo muy gordo si no dejas de suspirar así. Hay una clienta que, siempre que viene a hacerse las uñas...

—¿Puedes, por favor, dejar de intentar sonsacarme algo con tus anécdotas de peluquera de barrio? —inquirió.

El silencio por su parte le levantó la mirada al gesto dolido de Laura y la hizo suspirar con calma para no pagarle con ella.

—Perdona, no quería...

—No pasa nada, sé que no lo has dicho con mala intención —la cortó ella de inmediato, sonriendo un poco—. A mí me gusta ser peluquera de barrio, es el mejor trabajo que he tenido jamás. Y al menos ahora te desahogas un poco, no como en el insti. Siempre que suspirabas así teníamos que mandar a Elena para poder sacártelo antes de que estallaras.

No dijo nada, pues sentía que era justo eso lo que le iba a pasar ahora mismo y Elena no iba a solucionarle nada. Nadie lo haría.

—A veces parecía que ibas a explotar como una olla a presión con tanto suspirar —se carcajeó, y dejó de hacerlo al instante con solo verle la cara—. Llevas todo el día pinchando a Sara para que sonría y si bajas así... A ver, sé que te pasa algo seguro, y si no me lo quieres decir a mí no importa. Llevamos muchos años sin hablar apenas si no es a través de Elena, así que como quieras, pero no puedes negar algo gordo te pasa.

—Ya... —musitó, cortando el siguiente suspiro en cuanto se dio cuenta de que volvía a suspirar—. Es que es... Complicado. Es... Es... Por un gilipollas —dijo al final, sin pensar en cómo definirle delicadamente—. Me ha tomado por una imbécil a la que puede mangonear y mentir como le dé la gana por ser... por ser... un cabrón sin escrúpulos, como su maldita familia. ¡Confusa! Es que no me lo puedo creer... Confusa. No tenía otra cosa que decir que estoy confusa después de... de todo lo que me ha pasado por su culpa, de haber pasado una noche con él... ¡Que ni me tocó! ¡Será falso, joder! ¡Cómo puede decir que ni me tocó si lo hicimos tres veces esa noche! ¡TRES! —chilló, más cabreada que nunca.

—Eh... Esto... —balbuceó Laura frente a ella, pasmada al verla reventar de esa manera por primera vez en su vida hasta que la luz de la habitación se apagó de repente—. Emmm... Voy a por

velas, no tardo.

Laura intentó llegar hasta el baño a oscuras y ella aprovechó el momento a solas para soltar el sollozo que estaba conteniendo. Consiguió calmarse rápido, antes de que la luz volviera junto a Laura, con pañuelos y un estuche de maquillaje enorme.

Impulsada a sonreír por su manera de consolarla, se dejó hacer sin dejar de escucharla hablar de las historias que ella consideraba que debía contarle sobre sus clientas y sus líos amorosos para conseguir hacerla sentir mejor. Y lo cierto es que lo lograba bastante aun sin parar de mover las manos para peinarla, como no se había dejado esa misma mañana, y para retocar su maquillaje entretanto que ella continuaba doblando billetes.

—Uy, ¿y esto? —le preguntó cuando le quitó el pelo de la cara, recordándole por qué no la había dejado peinarla por la mañana—. ¿Un granito de los nervios?

—Eh... —musitó, mirándose en el espejo de mano que le dio Laura, perpleja al ver que eso era exactamente lo que su chichón parecía ahora—. Sí, algo así.

—No se va a notar nada —dijo ella con ánimo, buscando entre sus potingues—. Ya decía yo que era raro que llevases el pelo a un lado. Siempre te ha gustado la raya en medio, cual libro abierto. Si te digo la verdad me estoy muriendo de gusto de poder quitarte al fin el pelo de la cara, porque desde pequeña me han encantado tus rizos. Te tenía una envidia insana en el insti.

—¿En serio? —preguntó, riendo de pura incredulidad.

—Ya ves, tía. Me moría de envidia por tener esta melena y no los cuatro pelillos de rata que siempre he tenido yo —dijo ella, dejándola sin habla—. Y para colmo eras la chica más mona y alta de la clase. Hasta Nina estaba coladita por ti, ¿nunca te lo ha dicho? Pues le gustabas, solo que luego conoció a Elena porque tú no decías ni pio nunca —añadió—. En fin, cosas del destino. Encima ahora estás guapísima, tienes una vida de ensueño, una empresa y una casita propia en una isla tan tranquila...

—Y tan lejos... —comentó mientras ella empezaba a definirle los rizos con la plancha—. Lo cierto es que a veces me siento algo sola con tanto trabajo y tantos viajes... Ahora que me he asentado por fin, si queréis visitarme, sois bienvenidas.

—Ya que lo dices, pensaba ahorrar un poco para darme un caprichito y viajar —respondió Laura—. Eso o cojo el ramo cuando Elena lo tire y me busco alguien con quien casarme, porque estas dos se lo han montado de lujo con el regalo que les han hecho, ¿sabes? Un viaje por el mundo en un jet privado, ¿lo imaginas?

—¿Un viaje? —preguntó, y Laura dejó el rizador encima de la mesa para correr hacia los regalos, trayéndole un avioncito de juguete azul con un sobre colgando—. Elena ya ha estado cotilleando, ¿no?

—De lo lindo —se carcajeó Laura—. ¿Quién es B? —preguntó entonces con el sobre en la mano, y a ella se le cortó todo—. ¡Ah! ¡La empresa de Nina! Creía que ellos eran los que habían conseguido lo del concierto privado. Qué majos...

—Sí... Majísimos —murmuró para sí misma, retomando su tarea con los billetes.

Ni lo quiso pensar, se centró en lo que estaba haciendo e intentó no suspirar. Solo dejó que Laura siguiera a su ritmo de peinar y charlar acerca de sus clientas. Algo que duró casi una hora entre la sesión de peluquería y los últimos retoques al inmenso ramo que dejaron encima la mesa de la suite.

Volvieron a unirse a la fiesta y se encontraron con que la gente había trasladado el salón de baile a los jardines, pues aún no conseguían arreglar el problema de electricidad del hotel.

Incluso se habían encargado de ponerles músicos por las inconveniencias, como les contó Elena, que ya se estaba preparando para tirar el ramo antes de que se marcharan más invitadas solteras. ¿En serio tenía que hacer como que le interesaba el ramo? Porque si fuese por ella, le daba de patadas ahora mismo a esa tradición, y seguro que Sara se le unía. No iba a quedar flor entera.

—¡Va, Sofi, con lo guapísima que estás! —exclamó Elena.

—¿A que sí? —preguntó Laura, henchida de orgullo por haber conseguido al fin peinarla y

maquillarla a su manera—. Hemos hecho una sesión de peluquería de barrio la mar de interesante las dos solitas —añadió, guiñándole un ojo.

—Genial, ¿nos vamos ya? —inquirió Sara de mal humor, para variar.

—Ni caso, está de morros porque le han fastidiado el show —dijo Elena cogiéndola del brazo—. El que se ha ido ya es mi padre. Me ha dicho que te diga que muchas gracias por todo y que no se te ocurra irte otra vez a tu isla antes de verle. Que te va a preparar ají de maní muy picante solo para ti.

—Es decir, que nos vamos a pasar la tarde sudando a chorros, ¿eh? —dedujo, aunque Elena puso una sonrisa un tanto extraña—. ¿Cómo que solo para mí?

—Pues... que yo me voy mañana de... de luna de miel —musitó en respuesta. Se soltó de su brazo y la observó con seriedad—. ¡Te prometo que esta vez no lo había planeado! Pero resulta que Nina ha conseguido que le den vacaciones con la excusa de la boda y eso, y si no es ahora sé que al final lo empezaremos a posponer y... Perdona, Sofi —suspiró—. Te prometo que pasaremos a visitarte a la vuelta —añadió, cogiendo su brazo otra vez con una amplia sonrisa—. Nos vamos a recorrer el mundo en un avión azul con todo incluido. ¿Te lo ha dicho?

—Sí, ya lo sé —murmuró entre dientes.

—Ah, ya lo sabes... ¿Y...? ¿Y sabes que Nina y él...? —empezó a preguntar Elena, a la que miró antes de darse cuenta de que se habían alejado un poco del gentío—. Bueno, hemos estado hablando y no estaba segura de que tú...

—Lo sé —susurró sin dejar de mirarla a los ojos, pero ella no perdió el gesto de preocupación que tenía por no decirle que eran familia antes.

—¿Y... estás enfadada? —preguntó Elena, algo que se tuvo que pensar unos segundos antes de contestar.

Lo cierto era que ahora mismo ya no lo estaba tanto. No después de haberse desahogado un poco con Laura. Y, de todas formas, era algo en lo que Elena no tenía nada que ver.

—Contigo no, y entiendo que no me pudieras decir nada por teléfono o por carta. Todavía estoy esperando a que te dignes a darme una explicación coherente de por qué no me lo dijiste en persona —respondió—. No tienen culpa de haber nacido así, eso lo tengo claro. Al menos Nina hace algo útil con lo que tiene y se gana la vida de forma honrada, no como otros —añadió entre dientes—. El regalo del avioncito no es nada barato, Elena, y no sabes de dónde ha podido salir tanto dinero. Además, créeme cuando te digo que habéis recuperado el precio de la boda con creces, así que yo que tú devolvía lo del viaje.

—¿Por qué? —inquirió ella exaltada ante la sola idea.

—Mira, si quieres yo misma te pago el avioncito a donde elijas y, por encima de todo, con dinero legal. Sin líos raros con gente que no es de fiar —le aclaró.

—Es que es su primo —musitó Elena.

—Ya, pero lo mejor que puedes hacer es no inmiscuirte donde él tenga algo que ver —concluyó.

—Em... Sofi, ya... ya es un poco tarde para... A ver, que no digo que no te falten motivos, pero no... no me refería a eso —balbuceó Elena, señalando hacia un lado con disimulo y mordiéndose el labio sin mirarla a los ojos—. Sino a eso.

Dejó de observar a Elena y su gesto de pura culpa para girarse hacia donde señalaba: a Nina y a Bruno mirándolas desde lejos. ¡Mier...! ¡No, no pienses, que te oye! ¡Corre!

Se soltó de Elena y se alejó a toda prisa, cruzándose con Laura y Sara de camino al salón donde habían tomado el almuerzo. Alejándose de él, que la perseguía y la llamaba, aun sin saber hacia dónde ir hasta que sintió que la cogía por el brazo.

—¡Ni se te ocurra! —chilló encarándole, y él puso las manos en alto dando un paso atrás, igual que ella—. No. Me. Toques —le advirtió con rabia.

—De acuerdo, tranquila —susurró Bruno, dando un suspiro con los ojos cerrados por un instante,

con las manos aún en alto—. No confías en mí, vale, lo entiendo.

—No, no lo entiendes —masculló, pues si lo entendiera no estaría ahí.

—¿Quieres que me vaya sin que hablemos?

—¡No me leas! —gritó mirando alrededor al instante.

Las luces del salón parpadearon mientras miraba a los camareros que retiraban las mesas y les observaban desde lejos, igual que Nina, Nena, Sara y Laura tras él.

—No puedo evitarlo —susurró Bruno, mirando alrededor de igual manera—. Nunca he podido —dijo, centrando en ella sus ojos verdes otra vez—. Eres la única persona a la que no puedo dejar de leer aunque quiera, Sofía, eso es lo que no entiendes.

—Será que estoy confusa —farfulló antes de dar media vuelta, encontrándole al instante ante ella con las manos en alto—. Aparta.

—No. Tenemos que hablar —le aseguró él—. No me iré sin hablar contigo.

—¿Me vas a obligar? —inquirió cruzándose de brazos.

—Sofi, venga... No me lo pongas tan difícil, por favor —musitó él. Se obligó a tomar aire muy, muy profundo.

—Di lo que hayas venido a decirme y vete —concluyó sin mirarle.

Esperó de brazos cruzados a que él se dignase a empezar a mentir, a intentar convencerla de cualquier cosa para excusarse y, sin embargo, Bruno no dijo una sola palabra. En su lugar, se acercó a la mesa donde aún estaba la tarta nupcial, arrancándole un pedazo de nata del interior con el dedo que se metió en la boca. A punto estuvo de decirle algo, igual que Elena se quejó a distancia, pero Bruno no frenó el paso. Se plantó ante ella de pocas zancadas, sin dejar de mirarla fijamente con esos ojos verdes tan intensos como el beso que le dio, acercándola a él por la cintura, casi levantándola del suelo por su ímpetu y sonriendo a la frase que pensó con el ceño fruncido.

—El mejor desayuno de mi vida —susurró Bruno, repitiéndola tan atónito como ella—. Te... Te acuerdas...

Se alejó dos pasos de él sin saber qué acababa de... ¿de recordar? Lo pensó un instante: la cena en el restaurante, el postre, el parque, el hotel, las nueces, el helado, el baile, ellos juntos en...

—París —musitó Bruno—. ¿Cómo puedes recordarlo? Es... Es imposible. Yo vi... Te bloqueó, y yo te... No... No puedes...

Las cosas empezaron a bullir en su mente como en una olla exprés a punto de estallar al pensar en París. Un desayuno, un piso vacío y gris, la voz de Bruno a lo lejos, los gritos de Elena... Las luces apagándose con una punzada de dolor que restalló en su mente al ver el rostro de quien la sostenía para que no cayese al suelo.

Los ojos verdes de Bruno, enrojecidos. Su rostro, surcado de lágrimas y... sangre. Mucha sangre.

—Adiós, mi amor —sollozó—. Te querré siempre.



—Buenas noches, Bruno —susurró cuando supuso que estaba dormido, pues sus dedos habían dejado de moverse.

Los mismos que volvieron a masajear su nuca, levantándole la mirada hacia donde debían estar los ojos de Bruno. La sonrisa que intuía en la oscuridad y que se moría por besar de una forma muy, muy francesa, aunque su vergüenza se lo impidiese a duras penas.

—Te lo advertí —musitó su voz.

El primer contacto con sus labios fue una ligera caricia y, aun así, se estremeció por completo y se dejó llevar por su propio impulso, besándole con una pasión que ni podía ni quería frenar. Mandó a freír espárragos a su vergüenza.

Las caricias de Bruno eran tan cuidadosas, y sus besos tan suaves, que se sintió flotar con la calidez que derrochaba su boca como único anclaje al mundo durante la corta eternidad que duraron sus besos. Fue él quien paró y la volvió a abrazar, dando un largo suspiro en su coronilla que le sonó a buenas noches. ¿Por qué había dejado de besarla? Si por ella fuese...

—No podemos —dijo Bruno en un quedo susurro—. Ahora mismo no sabes apenas nada sobre mí. Nunca podría perdonarme que volviese a pasarnos lo mismo otra vez por dejarnos llevar esta noche, Sofía, perdóname.

—¿Otra... vez? —preguntó confusa, provocándole otro suspiro.

—Sé que tienes preguntas, que por ahora no lo entiendes, pero si te lo digo esta noche no podremos disfrutar ni un solo minuto de las tres noches de normalidad que nos hemos prometido —le explicó Bruno con ese tono tan triste sin dejar de abrazarla contra él—. Sé muy bien cómo vas a reaccionar y no quiero asustarte así hasta que haya más que una sola noche de prueba para que entiendas que, de entre todas las cosas que podría hacer con lo que soy, a ti jamás te haría ningún daño, Sofía. Nunca —le aseguró, empezando a asustarla de igual manera ahora.

¿Y qué eres? Le preguntó mentalmente, incapaz de frenar sus dudas a pesar de saber que esa era, seguro, la pregunta clave cuya respuesta Bruno quería guardarse tres noches. ¿Iba a aguantar tanto sin saberlo, vista la importancia que tenía? Decía que se iba a asustar seguro... ¿Por decirle quién era? Y que a ella nunca le haría daño... ¿Y a quién sí? Se preguntó, empezando a enervarse por segundos.

—Para, por favor —le suplicó Bruno sin saber a qué se refería, pues ahora mismo era incapaz de moverse—. Deja de darle vueltas y respira hondo, Sofía. Olvida lo que he dicho, piensa en lo que hemos compartido esta noche.

Lo hizo, al menos lo primero. Lo segundo, aun siendo algo reciente, le costó un poco porque esa pregunta no dejaba de aparecer cada vez que pensaba en las veces que había tocado un tema delicado. Cuando el gesto taciturno de Bruno aparecía y le borraba la sonrisa, apagando el brillo de sus ojos verdes.

—¿Por eso estás tan triste? —preguntó en un murmullo, insegura de que le fuese a contestar por cómo suspiró otra vez, por lo que tardó en decir algo.

—Sí —respondió él sin más.

—¿Y yo... puedo hacer algo para que no lo estés? —se obligó a preguntar sin saber qué hacer contra tanta tristeza.

—Quédate conmigo —musitó Bruno, abrazándola estrechamente entre sus brazos—. Aunque solo sea una noche, dame la oportunidad de demostrarte quién soy realmente y prometo que te diré la verdad en cuanto amanezca.

Muy a pesar de sus miedos, había algo en su tono de voz que la impulsaba a darle el beneficio de la duda. Y ya ni siquiera le pedía que fuesen tres noches, sino una.

—Vale —susurró.

Se quedó abrazada estrechamente a Bruno hasta que se durmió, obligándose a no dar tanta importancia a sus dudas como a las palabras y sonrisas que habían compartido toda la noche.

Sintió un roce en el cuello, y un ligero estremecimiento al volver a sentirlo cerca de su oreja. Encogió un poco el cuerpo al escuchar su nombre, con un murmullo de queja por el sueño que aún tenía, abriendo los ojos con un lento parpadeo y frunciendo el ceño a lo primero que vio: una bandeja de desayuno con tostadas, fruta, zumo, flores... El olor del café recién hecho y la visión de los bollitos suizos le ensalivaron la boca. Dejó de mirar hacia adelante al notar el abrazo que Bruno le daba por la espalda, besando su sien.

—Buenos días —susurró a su oído antes de que se girase a mirarle.

—Buenos días —le dijo a esa sonrisa que se le contagió de forma instantánea.

—No es helado de nueces, pero... —dijo él, adelantando una mano hacia la bandeja y levantando la tapa metálica de un plato de tortitas con nata y nueces por encima—. Que aproveche.

—¿Y tú? —preguntó, pues solo había una taza en la bandeja.

La sonrisa de Bruno se dirigió, al igual que su mano, al plato que había descubierto, en el que metió un dedo saboreando la nata antes de darle un beso tan intenso como el brillo de sus ojos verdes, que observaron su parálisis a escasa distancia.

—Mmm... El mejor desayuno de mi vida.

Se quedó pendiente de su mirada notando que las mejillas le palpitaban al mismo ritmo que su enloquecido corazón, viendo a Bruno con la camisa desabrochada, con los pantalones del traje de la noche anterior ya puestos y saliendo por la puerta de la habitación con una sonrisa de pícaro absoluto en la cara.

Chilló para sus adentros de pura felicidad sin creer aún que fuese tan divertido y atento. Tan cariñoso, tan guapo, tan... Tan perfecto, como el desayuno que se dispuso a devorar. Tenía un secreto, uno que parecía bastante importante... ¿Y quién no? Desde luego no podía intentar imaginar por su cuenta qué le pasaba en el fondo para estar tan triste. Tenía bastantes pistas como para no sacar el tema otra vez. Ese desayuno, que no consiguió acabarse de lo llena que estaba ya, bien merecía la oportunidad que le había suplicado la noche anterior y mucho más. Estaba dispuesta a saberlo todo de él y a darle el tiempo que necesitase para ello, aunque supusiera dedicar los diez días que tenía de vacaciones. Si iba bien, podrían intentar compaginar sus estresantes vidas laborales de alguna manera.

Cuando terminó de desayunar y se vistió en el baño de la habitación, haciendo lo posible por peinar su loca melena de rizos. Esperó a que Bruno entrase en algún momento en la habitación, pero después de un buen rato empezó a preguntarse dónde se había metido. Escuchó su voz al otro lado de la puerta, y eso le dio pie a asomar la cabeza al pasillo. ¿Y si estaba hablando por teléfono? A lo mejor interrumpía alguna conversación importante. Volvió a meterse en el baño en el que se había arreglado un poco a intentar hacer algo de tiempo aplacando sus rizos con las horquillas que Laura le había colocado en el peinado de la noche anterior. Empezó a dudar que siguiera allí, pues por más minutos que pasaban Bruno no volvía, y ya ni siquiera escuchaba su voz al otro lado de la puerta.

Salió con los tacones en la mano para no hacer ningún ruido, atravesando el pasillo hasta llegar al salón. Y, para su sorpresa, Bruno no estaba solo. Había otro hombre con él, de unos cincuenta y largos y algo más bajito que Bruno, mirándole en silencio hasta que se fijó en ella. Fue entonces cuando Bruno se giró hacia ella y la miró con cara de pánico, negando.

—Disculpad, no pretendía interrumpir —dijo antes de dar media vuelta.

—No se preocupe, señorita Rodríguez —le dijo el hombre al que estaba segura de no conocer, acercándose a ella con el semblante serio—. Es mi hijo quien debe disculparse, en todo caso, por ponerla en esta situación tan comprometida una vez más.

¿Una vez más? No le conocía, estaba segura de que se acordaría de haberle conocido, pero él la conocía a ella. Frunció el ceño mirando a ese hombre que no se parecía a Bruno en nada, ni en el color de los ojos, pues él los tenía azules. Puede que el pelo fuese negro cuando aún tenía, pero ni la sonrisa era la misma.

—Vaya, la última vez no se fijó tanto en mi calvicie —se carcajeó antes de tenderle la mano, dejándola petrificada—. Veo que todavía no ha sido informada, por suerte. Así se ahorrará el ataque de pánico que sufrió en París hace ocho años, querida.

—Por favor, no lo hagas —le suplicó Bruno a su padre, descolocándola por completo y girándole la cara al susodicho, que le miró furibundo un instante—. Por favor.

—Me temo que no me dejas otra opción, Bruno —contentó él, con la mano tendida hacia ella, observándola con fijación—. Mi nombre es Terrance Becket —dijo, cogiéndole la mano que tenía libre—. Y siento mucho tener que intervenir de nuevo en tu vida, Sofía. Sé que es lo mejor para ambos.

Miró a Bruno sin entender nada, sin saber de qué conocía a su padre o de qué estaba hablando sobre París, pero entonces sintió un terrible escalofrío. Sus tacones cayeron al suelo, no podía moverse, y lo último que pudo ver fueron sus ojos verdes con ese gesto triste que a punto estaba de sacarle las lágrimas.

Como si acabasen de cerrar un telón en su mente, se sintió rodeada por una oscuridad que iba cercando cada vez más su espacio, obligándola a tomar una única salida hacia la imagen que acababa de dejar muy atrás, perdida en alguna parte tras ella en el negro infinito que bloqueaba sus recuerdos.

—Lo siento, mi amor —musitó la voz de Bruno una y otra vez desde alguna parte.



Sintió las caricias en su rostro mucho antes de despertar junto al calor que la envolvía. Abrió los ojos con bastante dificultad, pues los párpados le pesaban, y pestañeó molesta por la luz antes de poder ver a Nina a su lado con los ojos cerrados, con las manos a ambos lados de su cabeza. ¿Estaban en la suite?

—No te muevas, Sofi —musitó en cuanto lo intentó, bajando la mirada hasta el ramo de billetes que Laura y ella habían dejado en la mesa.

Se encontró con la mirada de Bruno y Elena, ambos observándola con atención, sentados a los pies de la cama en silencio. Elena tenía cara de haber llorado y Bruno estaba sin aliento.

Nina, en cambio, ni se movía centrada en lo que le estuviera haciendo y que, de alguna manera extraña, notaba por todo el cuerpo. Y sudaba, las gotas ya le caían por la sien hacia la barbilla, pero no le permitió moverse hasta un par de minutos después. Nina abrió los ojos y dejó de sostenerle la cabeza con ambas manos, suspirando de alivio.

—Despacio —le aconsejó Nina, ayudándola a incorporarse un poco—. Has sufrido un pequeño aneurisma. Tranquila —dijo de inmediato cuando la miró pasmada—. Ya está arreglado. Ahora quédate tumbada. No te vas a levantar de aquí por hoy bajo ningún concepto —le advirtió antes de que se le ocurriese decir nada.

—Sofi... —sollozó Elena acercándose a ella con cuidado, abrazándola fuerte.

—Nena, está bien, solo necesita descansar —le dijo Nina—. Ve a frenar a Laura y a Sara antes de que llamen a una ambulancia, corre.

—Pero...

—Ella no se va a mover de aquí —la cortó Nina, seria—. Ve y diles que ya está bien, que ha sido solo un mareo. Todavía tenemos invitados abajo, Elena, venga.

Elena asintió, mirándola aún con lástima y los ojos empañados de lágrimas, y se levantó de la cama para salir de la habitación por la puerta que daba al pequeño salón donde vio a Sara y Laura esperando, observándola desde lejos hasta que Elena cerró la puerta. Volvió a Bruno, a su gesto de nerviosismo con un puño sobre la boca, a su falta de aliento y sus ojos verdes pendientes de ella mientras Nina volvía a tumbarla.

Lo que acababa de recordar era...

—¡No lo pienses! —le escuchó exclamar a él, viendo la luz parpadear sobre ella, frenándole el pensamiento—. ¡Nina!

Nina volvió a ponerle ambas manos a los lados de la cabeza, cerrando los ojos en los que pudo ver el mismo gesto de preocupación que en todos. Notó un calor suave expandirse por su cuerpo y, al cabo de un minuto, Nina negó.

—Está como una rosa —dijo, levantándose y acercándose a Bruno, poniéndole una mano en el hombro que Bruno cogió con fuerza—. Si necesitas algo, estaré justo aquí al lado.

—Gracias —musitó él sin dejar de mirarla.

—Ts... No lo digo por ti, cabeza hueca —respondió Nina, guiñándole un ojo antes de señalarla con una última advertencia—. No te muevas de ahí. Va en serio.

Negó con la cabeza y...

—Por favor, no te muevas —repitió Bruno acercándose a ella.

Se quedó quieta y no se atrevió a echar un solo vistazo al oír que la puerta se cerraba. Tampoco a mirarle al sentir que ocupaba el lugar en el que había estado Nina hasta ahora, a su lado. Aunque ahora él estaba de espaldas a ella, le miró de soslayo la camisa oscura que tenía marcada al cuerpo por el sudor. ¿Qué acababa de pasar?

—Te desmayaste abajo, y te he subido hasta aquí a la carrera con ayuda de Nina y las demás —musitó él en respuesta. Apartó la mirada de...—. Da igual que no me mires, que yo no te mire o que intente por todos los medios no oír lo que piensas. Lo oigo tan dentro de mí que no... No puedo pararlo. Y me he entrenado a conciencia para ello, Sofía. Ningún otro Octavo, menos un Sapiens, ha podido pasar jamás la barrera que tú traspasas sin proponértelo siquiera. Antes creía que era por mí, porque te... Te amo desde que te conocí —susurró.

Bruno se giró hacia ella un instante con sus ojos verdes a punto de soltar las lágrimas que retenían, como en...

—No, no lo pienses —le suplicó con un contenido sollozo, acercándole la mano para retirar un rizo de la cara con una cuidadosa caricia—. Por favor, no lo hagas. No vuelvas a darme un susto así en tu vida.

No dijo nada, no pensó en nada, solo observó la lágrima que se le escurría por la mejilla hasta que él la frenó, quedándose en silencio tanto tiempo que pudo escuchar los murmullos al otro lado de la puerta. Elena seguía preocupada, seguro, pero ahora sí que tenían que hablar.

—No, ahora no me arriesgaré a que vuelva a pasarte lo mismo —respondió Bruno poniéndose en pie—. Deberías dormir. Hablaremos cuando te encuentres mejor.

—Estoy bien —musitó a su espalda—. No es la primera vez que me pasa.

—¿Qué? —preguntó él atónito, dándose la vuelta—. ¿Te ha pasado esto antes?

—Llevo días recordando cosas que no sé cuándo pasaron —murmuró sin mirarle, ahora que él la observaba tan atento—. Creo que... que hace tiempo, tú...

—París —musitó Bruno, y su corazón dio un vuelco—. Nos vimos en París hace ocho años, y no... No quería ocultártelo, Sofi, lo prometo. Quería decírtelo, pero... Ni siquiera deberías poder recordar lo que pasó este mismo lunes.

—Sé que... Que tu padre me...

—Ni le nombres —espetó Bruno furioso—. ¿Entonces es cierto lo que decía Katia? ¿Peter te tendió una trampa y provocó vuestro accidente de coche?

—S... N... No lo sé —balbuceó, intentando no pensarlo.

—Perdona, no hago más que... Ya me marchó —declaró él, cogiendo su chaqueta de los pies de la cama, esquivando los regalos que había por el suelo.

—Bruno —le llamó antes de que saliera por la puerta, con el pulso acelerado y el llanto cogido a la garganta de pensar en que se marchaba otra vez—. No... No te vayas, por favor... Dímelo. Dime qué me ha hecho. Qué me pasa...

La reacción de Bruno, dando media vuelta de inmediato y soltando su chaqueta de camino hacia ella, le sacó las mismas lágrimas que a él, que fue aprisa hasta tumbarse a su lado, abrazándola con fuerza.

—Tranquila. Estás a salvo —susurró a su oído—. Y te diré todo lo que sé, aunque no esta noche. Descansa.

—No podría dormir ahora —respondió, enervada aún.

—Sofi. No me iré sin decirte lo que quieras saber, te lo prometo. Pero ahora el que no sabe apenas nada de ti soy yo, así que esta vez tendrás que ser tú la que diga la verdad —dijo, acariciándole la cabeza—. ¿Hace cuánto lo sabes?

—¿Saber qué, lo tuyo? —preguntó confusa, mirando sus ojos verdes con atención.

—No, mi amor. Lo tuyo —dijo él acariciándole la mejilla, pendiente de su parálisis y de su silencio, pues no sabía a qué se refería—. Sofi... Han saltado todas las luces del hotel y ha estallado un foco sobre ti en el salón justo en el momento en el que te has desmayado. Mi móvil ha reventado cuando me has colgado antes, Nina dice que las luces han empezado a fallar desde ese instante, y no puedo creer que sea una simple casualidad. Menos ahora, que veo hasta dónde eres capaz de recordar a pesar de... —Bruno se calló y se acercó a ella mientras la luz de la habitación parpadeaba de nuevo—. No, no lo pienses, eso ahora no importa. Tranquila. Estoy aquí, no voy a irme a ninguna parte, Sofi. Duerme, mi amor.

Al principio no pudo cerrar los ojos a pesar de que Bruno le acariciara la nuca, besándole la sien, chistando suavemente a su oído en cuanto un pensamiento, cualquiera, le cruzaba la mente. Incluso riendo pues, por un momento, cayó en la cuenta de que estaban abrazados en la suite nupcial de Nina y Nena, y eso era mucho más serio que coger el ramo.

—Shhh... —susurró él, levantándole la barbilla con cuidado y besándola varias veces de igual manera sin dejar de sonreír—. Buenas noches, Sofía.

Cerró los ojos y Bruno besó su frente durante unos segundos, acariciándole la nuca despacio con la punta de los dedos, como esa noche que no había acabado como ella creía, en realidad.

Abrió los ojos al escuchar un ruido a sus pies al cabo de un largo rato de chistidos suaves, viendo a Elena con su traje de baile asomada a la puerta con Nina tras ella, todavía de esmoquin. Ambas se adelantaron cuando les hizo un gesto. Elena corrió y se tumbó a su espalda, abrazándola tan fuerte por la cintura que la dejó sin respiración.

—Ey... Elena, estoy bien —le dijo a sus silenciosos sollozos contra su espalda.

—Eso lo diré yo —declaró Nina, tumbándose tras Elena y poniendo una mano sobre su sien—. Sí, sigues siendo Sofía la pecas, lo siento —susurró al cabo de unos segundos haciendo reír a Elena y a Bruno ante ella, a quien miró con rencor un instante.

—Esto es un poco raro, ¿no? —dijo intentando incorporarse, pero Elena no la soltó—. Estoy bien, puedo...

—No —declaró Elena con contundencia tras ella—. Esta es mi noche de bodas, y si quiero pasarla con mi familia, la paso con mi familia. Y tú eres mi familia, Sofi, los dos lo sois ahora, así que a callar y a dormir.

—Y punto —concluyó Nina, riendo de tal manera que su risa se le contagió.

Igual que a Bruno, cuya sonrisa se acercó a ella para besar su frente, quedándose a escasa distancia sin que sus ojos verdes, con un brillo de pura felicidad, dejaran de mirarla. Y suspiró, esta vez muy despacio y sin perder de vista el brillo insano de sus...

—Eh, vosotros dos, dejad de irradiar pasión por cada poro, ¿queréis? —se quejó Nina—. También es mi noche de bodas, y si vais por ahí... Eso sí que sería raro.

—Le dijo una Séptima a un Octavo —murmuró para sí misma, y las carcajadas frente a ella y a su espalda hicieron coro a las de Elena.

—Calla, Novena —espetó Nina a su espalda y la risa se le cortó, la luz parpadeó.

—Shhh...



Frunció el entrecejo a la claridad del día dándole en la cara, con Elena aún a su espalda, abrazada a su cintura. ¿Y Bruno? Miró tras Elena. Nina tampoco estaba, pero escuchaba voces al otro lado de la puerta, y no solo de ellos dos. Se levantó con cuidado de no despertar a Elena, aunque no se atrevió a acercarse a la puerta.

¿Y si volvía a ser él? Observó a Elena de reojo con un pálpito de temor por lo que pudiera hacerles ahora a ambas, y la luz de la mesilla que Nina había dejado encendida la noche anterior parpadeó un instante. Las voces cesaron, y ella se apartó de la puerta por la que entró Bruno seguido de Nina y la mujer rubia de ojos claros y semblante serio que, custodiada por otros cuatro hombres, se quedaron observándola desde la puerta.

—Ivana —musitó perpleja.

—Debe acompañarme, señorita Rodríguez —anunció antes de que Bruno o Nina le dijese que estaba haciendo ella ahí—. El Consejo se ha reunido de inmediato para valorar su caso. Prepárese para salir —Miró atrás de nuevo, a Elena, y no tuvo que hacer ninguna pregunta al respecto—. Ella también viene —añadió Ivana—. Cinco minutos, Becket.

La advertencia que les hizo a Nina y a Bruno, y el gesto de rabia contenida de ambos cuando Ivana se marchó, no le pasó desapercibida. Tomó asiento en la silla que Bruno retiró para ella en silencio, viendo cómo Nina se acercaba a la cama para despertar a Elena con el mismo semblante con el que Bruno se sentó ante ella mostrándole lo que llevaba en la mano: dos puntos negros, como botones, junto a una pulsera igual de oscura.

—Inhibidores —murmuró sin mirarla, cogiendo uno de esos botones pequeños y negros—. Y esto es un marcador de hondas mentales. Si llega al límite, pitará.

—¿Y entonces? —preguntó al ver que apretaba los botones y algo pitaba.

—Tendré que dormirte —respondió él, acercándose un poco más a la vez que ella se alejó—. Sofi, por favor. Es solo como precaución durante el trayecto, no te harán ningún daño y yo menos. Te lo prometo.

—¿Y ella? —inquirió mirando hacia la puerta tras la que estaba Ivana y luego hacia Elena, empezando a despertar—. ¿Y el Consejo? ¿Cómo han sabido...?

—Me vigilaban, igual que a ti —la cortó él—. No tenemos mucho tiempo, pero te aseguro que Ivana jamás perjudicaría a Elena de ninguna manera.

—Ya... Eso está por ver —masculló Nina.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena soñolienta, fijándose en ella—. ¿Estás bien?

Observó a Bruno un instante, con esas cosas negras en la mano, esquivándole la mirada y tan serio que lo dudó por un instante. ¿Por qué estaba así? ¿Qué le estaba ocultando ahora?

Bruno levantó la vista hacia ella y suspiró, negando.

—Eso espero —respondió a Elena, traduciendo su contagioso suspiro.

Cogió la pulsera negra de su mano y se la puso en el brazo derecho a la altura de la muñeca mientras Nina le contaba lo mismo que sabía ella: que el Consejo se había reunido y ellas tenían que ir, aunque ninguno de ellos les dijo a dónde.

—No muy lejos —se limitó a responder Bruno a su duda mental.

La ayudó a ponerse los botones negros justo tras las orejas, ocultándolos con sus rizos y observándola con atención unos segundos de silencio. ¿En serio tenía que llevar esas cosas puestas? Bruno no contestó esta vez.

—La propiedad más cercana y neutral del Consejo es en Francia —dijo Nina, y su mirada de reojo hacia ella le dijo el resto.

—París —musitó a la vez que la luz de la mesilla parpadeaba.

—¿Nos vamos a París? —preguntó Elena emocionada hasta darse cuenta del pitido de la pulsera que a ella le aceleró el corazón, pendiente de Bruno—. ¿Y eso qué es?

—Para protegeros, Nena —dijo Nina, ayudándola a ponerse los botones tras las orejas.

—Es una estupidez —declaró Bruno de improviso, volviendo a quitárselos y poniéndoselos él en su lugar, haciéndole un gesto de silencio apretando su mano—. Tranquila, no voy a separarme de ti un solo instante. Estaréis bien.

Asintió y Bruno tomó aire antes de levantarse, tirando un poco de su mano hasta que se puso en pie. Ni siquiera tenían tiempo para cambiarse o para desayunar, a pesar de las quejas de Elena porque la noche anterior apenas había podido probar bocado. La pobre se había pasado su boda saludando y atendiendo a sus invitados. Y tampoco habían cenado, se recordó, aunque eso importaba poco ahora mismo.

Dos de los hombres que habían escoltado a Ivana hasta allí les esperaban en el salón de la suite para guiarles hasta los dos coches que aguardaban en la entrada. Para llevarles a... Bruno apretó su mano un instante, haciendo una ligera negación de cabeza sin dejar de caminar con Nina y Nena por delante y los hombres de Ivana por detrás. Asintió a su silencioso consejo.

Bruno no soltó su mano en ningún momento, incluso cuando se montaron en un coche diferente al de Nina y Nena, en el que les esperaba Ivana. Intentó no mirarla. No obstante, ella no dejaba de hacerlo, así que se centró en mirar por la ventana obligándose a pensar en... en...

—Cualquier cosa que no haga que nos estrellemos —dijo Ivana, a la que esta vez sí miró detenidamente.

—Creía que no os estaba permitido leer...

—No estamos en mi casa —la cortó ella—. Y tampoco debería poder si llevases puestos los inhibidores —añadió mirando a Bruno—. Demasiado riesgo.

—Ninguno en absoluto, Cornell —respondió él, besándole los nudillos sin dejar de observar a Ivana con fijación.

—Eso espero, por su bien y el nuestro —contestó Ivana.

Empezó a ponerse algo nerviosa por todo lo que no podía pensar ahora mismo, a pesar de ser lo único en lo que... Un momento. ¿Con esos inhibidores no podrían leerla? ¿Y por qué se los había quedado él, entonces? Bruno no la miró, no le dio una respuesta, pues no la estaba escuchando ahora mismo. Sin embargo, la risa de Ivana le dijo que ella sí.

—Buen punto —coincidió Ivana con su incontrolable pensamiento—. Dáselos y tengamos el vuelo en paz, Becket.

—No pienso dormirla contra su voluntad —le advirtió a Ivana mientras se los quitaba, retirándole el pelo para ponerle el primero tras la oreja.

—Pues empieza a tranquilizarla desde ya —adjudicó ella—. Quiero llegar viva para ver qué tiene que decir el resto de tu clan sobre todo esto.

La pulsera comenzó a pitar en su muñeca antes de que el nombre y el rostro de los que había conocido hasta ahora se cruzaran por su mente. Hasta que Bruno le giró la cara, la besó un instante y suspiró cuando el pitido dejó de sonar, poniéndole el otro inhibidor tras la oreja.

—Tranquila, mi amor —susurró a su oído—. Piensa en la boda, no dejes de pensar en cada detalle. En tus padres, en tu casa, en tu trabajo... Lo que sea.

Asintió y esquivó los ojos de Ivana, pendiente de ella, y avergonzándola tanto con su inquisitoria mirada que le desvió la cara hacia la ventanilla durante un buen rato de incómodo silencio.

—Precioso vestido, por cierto —comentó Ivana con una sonrisita de ironía pintada en la cara—. Muy... azul.

—Gracias —respondió cortante, pues lo que menos necesitaba ahora es que se burlara de ella por cómo iba vestida.

El ligero apretón en su mano por parte de Bruno, y la negación inscrita en sus gestos para que no entrara en el trapo, se lo dejó muy claro; Ivana quería provocarla, a saber por qué motivo, y no debía caer.

—Parece que has cambiado de opinión respecto a lo que hablamos de un día para otro —añadió Ivana, verificándole que Bruno tenía razón—. Espero que no te arrepientas de nuevo. Creo que ya es tarde para pensar en una perspectiva tan distinta respecto al futuro, visto lo visto —dijo, dirigiendo su mirada hacia Bruno e impulsándola a intervenir.

—¿Y la pequeña? —inquirió.

Ivana volvió a centrarse en ella con el ceño fruncido y Bruno apretó su mano de nuevo, pero esta vez le tocó negar a ella.

—Nadine se llamaba, ¿no? ¿Cómo está?

—Bien, gracias —contestó Ivana algo descolocada—. No sabía que la conocías.

—Sí, tuve el placer de conocerla en tu casa —contestó—. Tenía un juguete de lo más curioso cuando la conocí —recordó—. Como una peonza que dio vueltas en su mano en cuanto se centró en ella. Según tu padre, algo impresionante para sus... ¿Seis años?

—Siete —dijo Bruno a su lado al mismo tiempo que Ivana, y ambos se miraron.

—Vaya... Y ya habla dos idiomas —murmuró pensativa—. Además es encantadora, por lo que pude comprobar en los cinco minutos que pasé con Nadine. Gracias a ella me quedó claro que, a pesar de lo que pueda hacer el resto de la familia, como secuestrarme e intentar usarme de excusa para romper una alianza, o hacer lo posible por apabullarme con historias pasadas y preguntas para las que no tenía respuesta, hay una inocente criatura con un talento increíble que me dio un abrazo y un beso de buenas noches sin pensarlo dos veces. Una niña que, con solo siete años, sigue mejor que sus hermanas los preceptos de su familia. Pensaré en eso, si no te importa. En ese futuro que se merece toda mi atención, dado que es sincero y no tiene las malas intenciones ocultas que puedes encontrarte en una hora de conversación con una adulta que no diferencia amigo de enemigo ni boda de juramento de lealtad.

Y no lo decía solo por ella misma pues, como Bruno había dicho el día anterior, había estado confusa por no saber realmente qué significaba esa unión entre clanes o qué le había pasado. Todavía no lo sabía. Lo que sí comprendía era lo que no había pasado y lo que no iba a pasar entre Ivana y él, aunque ella le hubiera colado esa mentira para hacerla sentir más insegura aún sobre Bruno.

—Buena respuesta —se limitó a decir Ivana, silenciándose.

Bruno tampoco dijo nada, pero su sonrisa y el gesto que tenía haciendo lo imposible por no reírse a carcajada limpia, besando su mano repetidas veces, la impulsó a dar el suspiro definitivo. Y pensó en ello, en la sonrisa ilusionada y mellada de Nadine por su logro con esa peonza. La orgullosa de Víctor Cornell, la de su propio padre, la de su madre, la del Jefazo viendo a Elena feliz el día de su boda, la de Nina, incluso la de Laura y Sara. No dejó de pensar en sus sonrisas sin perder de vista la de Bruno mientras montaban en el avión junto a Nina y Nena, que parecía mucho más preocupada ahora que antes por el viaje, y no solo por no haber tenido tiempo de desayunar ni cambiarse de ropa.



Pensó lo mismo que vio escrito en la cara de Elena en cuanto bajaron de los coches y se internaron en el edificio al que habían ido a parar en la parte noreste de París. Gente a mansalva, demasiados desconocidos por todas partes que las observaban pasar en silencio. Clanes de Octavos que no perdían de vista la comitiva encabezada por Ivana y custodiada por sus cuatro guardaespaldas, rodeándoles. No la escuchaban pensar, no podían leerla con los inhibidores puestos y, por lo tanto, Bruno tampoco. De todas formas, él estaba pendiente de ella en todo momento, pero tan en silencio como cada pasillo por el que Ivana les estaba llevando hasta llegar a una sala en la que sus guardaespaldas se dividieron. Dos se quedaron junto a las puertas de entrada y los otros dos se adelantaron con ella hacia las que había justo al lado contrario de la sala.

—Esperad aquí —les dijo a ellos antes de dejarles a solas.

O casi, pues los guardaespaldas cerraron las puertas y les observaron desde ambos lados de la sala donde se sentaban a esperar. Habían tomado un café durante el vuelo, pero Elena seguía con una carita... Desde que Nina les había dicho que lo que iban a presenciar era algo parecido a un juicio, y que ambas tendrían que testificar sin los inhibidores delante de cada persona que había acudido... Hasta ella tenía el estómago encogido de pensar en la cantidad de gente que habían visto hasta ahora. Octavos que podría leerlas mientras les hacían preguntas, y no solo adultos. Había visto algunos adolescentes por los pasillos de ese edificio tan solemne y silencioso, lo que le resultaba realmente extraño siendo tantos como eran. ¿Y para qué iban a hablar si se escuchaban mentalmente unos a otros? Inquirió su voz interna con tanta tensión como incredulidad. Empezó a ponerse realmente nerviosa de solo pensar en que no debía enervarse o la pulsera pitaría de nuevo. Por suerte, y solo por ahora, no la escuchaban pensar a ella también.

—¿Qué van a preguntarme? —quiso saber Elena, dándole vueltas a lo mismo que ella: el interrogatorio que Nina les había anunciado.

—A saber —respondió Nina—. Pregunten lo que te pregunten, límitate a pensar en una respuesta breve y no se te ocurra darles información de más. Sobre todo cosas personales, como cualquier tipo de dirección, los planes que tengamos o los nombres de nuestros amigos. Nada que no sea referente a lo que te preguntan.

—¿Y eso cómo lo hacemos? —inquirió ella, pues estaba segura de que no podría controlar su mente de esa manera si, por ejemplo, le preguntaban por algo personal directamente—. ¿No nos podemos negar a que nos lean y ya está?

—Puede que con Elena... —musitó Bruno cogiendo de nuevo su mano, pensativo—. Lo dudo, la verdad. Dado el caso, creo que ninguna de las dos podéis negaros.

—Que los clanes se hayan reunido tan rápido en un lugar neutral, y no solo los miembros del Consejo, significa que no van a dejar pasar un solo detalle de lo que le pasa y los porqués —concretó Nina cabeceando hacia ella. Tragó despacio—. Aquí hay algunos clanes que ni siquiera se rigen por las normas del Consejo, Bruno, y lo sabes. Solo estar aquí es peligroso, sobre todo para Elena. Sus padres llevan años bajo la vigilancia de los Becket. Yo dejé de interesarles hace mucho... ¿Y ahora aparezco recién casada con una Sapiens para testificar contra ellos? Esto no acabará bien...

—¿Tanto me odian? —preguntó Elena entonces.

—No, Nena, no es por ti —respondió Nina—. Me odian a mí por negarme a parir más Becket a los que poder controlar.

—¿Cómo que...? —preguntó cuando consiguió reaccionar a todo lo que acababa de decirles—. ¿Vigilan a mis padres?

—Sí, aunque si no están aquí es que no tienen nada que ver con lo tuyo, seguro. Puedes estar tranquila —declaró ella, volviéndose otra vez hacia Nena—. Lo que los Becket detestan es que no haya seguido los pasos de cada mujer Becket y convertirme en una yegua de cría —dijo mirándola a ella—. Son capaces de cualquier cosa por conseguir poder, así que supongo que ahora que no pareces ser una simple Sapiens les caerás mejor. Puede que te propongan como candidata en su lista para un juramento de lealtad.

—Nina, ahora no —dijo Bruno muy serio en cuanto su pulsera empezó a pitar.

—¿Ivana...? —musitó mirando a Bruno con pasmo—. ¿...está en esa lista?

—No —respondió él, tajante.

—Aún —concretó Nina.

—Ya basta —masculló Bruno enfurecido, levantándose y apartándose de ellas.

—Mejor que lo sepas antes de que pase, ¿no crees? —le preguntó Nina, a la que observó de soslayo con incredulidad—. No estoy diciendo que sea lo que vaya a pasar, Sofi, pero es una posibilidad. Quedan muy pocos Cornell, es por interés mutuo. Y ambos tienen demasiados motivos para no rechazar la puta tradición Becket.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar mirando a Bruno, y él a ella cuando la puerta por la que había salido Ivana se abrió.

—Porque Bruno será el siguiente líder de clan y así conseguirá cambiar las cosas y salir de toda la mierda Becket. Y no lo hará solo como hasta ahora —le susurró Nina aprisa poniéndose en pie, igual que ella y Elena—. Ahí están.

Dejó de mirar a Ivana, acercándose a Bruno, y observó a la gente que había tras ella caminando por el pasillo, mirándoles en silencio. La mayoría eran hombres de pelo castaño, ojos claros y... Apartó la vista en cuanto reconoció a Peter Becket, tapando la pulsera que pitaba mientras Nina la alejaba de la puerta, tanto a ella como a Elena. Después de unos segundos, volvió a echar un vistazo y solo vio mujeres. Incluso a una chica que no parecía pasar de los doce o trece años y que sonrió al ver a Bruno. Aunque, cuando quiso entrar en la sala, una mujer dio un brusco tirón de su brazo y las miró a ellas de una forma que para nada podía considerarse afable.

—Su hermana Lianee es la más joven —la informó Nina.

Observó a esa niña que se alejaba hasta el fondo del pasillo sin dejar de volver la vista atrás para mirar a Bruno. Él seguía hablando con Ivana, y no pudo evitar pensar en lo que ella misma había dicho en el coche, antes de coger el avión, sobre la hija pequeña de Víctor Cornell. Tenía el presentimiento, casi la certeza, de que lo que Nina le acababa de decir tenía mucho que ver con su juramento con Ivana.

—Lo hace por ella, ¿no? —le preguntó a Nina en voz baja.

—Bueno... —murmuró Nina—. También tiene siete sobrinas y tres sobrinos, aparte de infinidad de primos y primas. Por mí se iban todos los adultos a la mierda. Los niños son otro asunto. Por eso tiene que aceptar el juramento, porque si no cumple su deber como Becket y empieza a tener hijos, su padre no le cederá el liderazgo del clan, ¿lo entiendes? Y si los Cornell no aceptan, su clan acabará desapareciendo.

—Si tienen pasta para aburrir —comentó Elena.

—La tienen, pero para ellos es muy fácil de conseguir —respondió Nina

—Ya... —musitó pensando en el regalo de bodas de Bruno.

—Lo que les importa ahora es tener una superioridad numérica en el clan de miembros herederos de los dones de visión y manipulación propios de los Octavos —les explicó Nina en voz muy baja—.

Las mujeres Becket tienen un mínimo de siete u ocho críos, no menos, y los Becket apuestan siempre por alguien con suficiente poder e influencias. Así se aseguran una descendencia heredera de sus dones. Además, Víctor Cornell solo ha tenido tres hijas y ninguna ha tenido hijos aún. Necesita a Bruno si no quiere que el Consejo decida que, al no tener un futuro sucesor, debe abandonar su puesto como líder de su clan y miembro del Consejo.

—¿Y qué pasa con Ivana, no puede sucederle ella? —quiso saber, mirándola de soslayo.

—Ivana no pasó las debidas pruebas hace años. No suelen dar segundas oportunidades, son muy estrictos con este tema. Bruno sí las pasó —la informó Nina en voz baja—. Ahora no aceptarán a otro que no sea Bruno como portavoz de los Becket en el Consejo si consigue convertirse en líder de su clan. Es... Complicado.

—Es de locos —opinó, impactada por toda esa información.

—Es lo que pasa cuando los clanes luchan entre sí, que ahora son demasiado débiles y están a expensas de los clanes que se han dedicado a... ¡Mierda, es mi padre! —exclamó Nina, girándose de forma brusca para ponerse de espaldas a la puerta.

—¿Quién, quién? —preguntó Elena con curiosidad, a la que Nina dio media vuelta, poniéndose tras ella para cubrirla.

—Limítate a practicar lo de no pensar y punto, hazme el favor —masculló Nina.

Miró con disimulo por encima del hombro de Nina al grupo que se acababa de frenar en la puerta. No reconoció cuál de los cuatro era el padre de Nina, pues todos se parecían bastante en cuanto a rasgos y edad. Sin embargo, apartó la mirada de inmediato al ver llegar a un quinto hombre, tapando la pulsera que empezó a pitar. ¡Estaba ahí, Terrance Becket estaba ahí!

—Porras, me hago pis —susurró Elena.

—Voy contigo —dijeron Nina y ella a la vez

Ambas cogieron a Elena, una de cada brazo, y dieron zancadas hacia la puerta custodiada por los guardaespaldas de Ivana que no las dejaron salir. Y, para colmo, la maldita pulserita no dejaba de pitar en su muñeca... Dejó de pitar en ese instante, aunque aún sintiera el corazón acelerado de saber quién la estaría mirando desde lejos, escuchando los pasos que se acercaban justo a tiempo.

Se apartó aprisa al sentir que alguien le cogía la muñeca, pero cuando vio a Bruno a su lado, con Ivana mirándola desde lejos y a nadie en el pasillo al otro lado de la sala, respiró profundo de puro alivio. Aun así quería salir de ahí ya.

—Lo siento, mi amor, no puedes. Van a empezar, tenemos que ir —susurró Bruno acariciándole la cara, quitándole los... Espera.

—Me oyes —dijo en un hilo de voz entretanto que él le quitaba los inhibidores y asentía, haciéndole un gesto a Nina.

—¿Ya los has roto? —preguntó Nina a su espalda, acercándose a ponerle ambas manos sobre las sienes—. Está bien, tranquilo.

—¿No podemos pasar por el baño primero? —preguntó Elena.

—Id, todavía hay tiempo —respondió Bruno abriendo la puerta que, esta vez, los guardaespaldas de Ivana les dejaron cruzar—. Los miembros del Consejo van a ver a Sofía en privado. La vista será después.

—¿Y tengo que estar delante de todos cuando me pregunten por lo que ha pasado con él? —le preguntó en un murmullo.

—Depende de qué decidan respecto a tu caso, Sofi —respondió él, levantándole la barbilla hacia su mirada—. Cálmate, ¿de acuerdo? Por el momento estáis bajo la protección de los clanes regentes del Consejo.

—Becket —llamó Ivana desde la otra puerta de la sala—. Es el momento.

—Vamos —le dijo Bruno cogiendo su mano—. Nos veremos después.

—No la pierdas de vista, ¿vale? —le pidió Elena, abrazándose a ella un segundo.

—Descuida —le aseguró Bruno sonriente, besando sus nudillos.

Suspiró profundo antes de dar media vuelta con Bruno, dirigiéndose hacia Ivana mientras Nina y Nena salían por la otra puerta. Caminó por el pasillo en el que ya no había nadie, de la mano de Bruno y seguidos por los guardaespaldas de Ivana hasta que Bruno frenó el paso.

—Te recuerdo que es una sesión privada del Consejo, Becket —dijo Ivana.

—Y ella es una protegida de mi clan, Cornell, por lo que no entrará a esa sesión sin mi supervisión —declaró él.

—A no ser que ella quiera —puntualizó Ivana dedicándole una mirada desafiante—. Con o sin ti cogido a su mano, va a hacer las pruebas ahora.

—¿Qué es lo que quieres, Sofi? —le preguntó Bruno sin soltar su mano, pendiente de Ivana.

—Que dejéis la batallita del ego y los clanes por un momento y me expliquéis un poco lo que tengo que saber para no estar tan acojonada como para hacer saltar los fusibles de todo el edificio —musitó sin mirar a ninguno de los dos. Solo levantó la vista de nuevo cuando les escuchó reír.

—Tranquila, mi amor, no tienes de qué preocuparte —le aseguró Bruno abrazándola contra él.

—Vas a hacer una pequeña prueba de aptitud por ahora —concretó Ivana empezando a caminar por un pasillo a su derecha, igual que ellos tras ella, aunque sus guardaespaldas se quedaron atrás—. Dependiendo del resultado, tendrás una posición u otra durante la vista contra el clan Becket por excederse en su papel de protección hacia ti en más de una ocasión.

La mirada de Bruno, caminando a su lado por los pasillos, se centró en ella. Y, a pesar de que lo intentó, no pensar en nada para practicar como le había aconsejado Nina, sus dudas la acorralaron en el momento en el que Ivana le indicó que el Consejo la esperaba tras las puertas hacia las que iban directos. ¿Eso significaba que, pasara lo que pasase tras esa prueba, el juicio iba contra su clan? Bruno asintió y ella dejó de mirar sus ojos verdes con una sensación de angustia que... Bruno frenó antes de que Ivana abriese la puerta, poniéndose por delante de ella.

—Danos cinco minutos —le pidió a Ivana.

—El Consejo espera —respondió ella, negándose.

—Solo cinco, Ivana. Cinco —reiteró él.

—Tenéis tres —concedió ella señalando a su derecha.

Bruno volvió a alcanzar su mano y tiró de ella a toda prisa hacia la puerta a la que Ivana había señalado, pendiente de ellos mientras se metían en un pasillo desierto antes de que Bruno cerrase la puerta tras él. Permaneció atenta a su gesto pensativo, y se quedó en silencio esperando que le diera alguna pista de lo que tendría que hacer en esa prueba.

—Sofi, eso no lo sé. Pero tienes que pasarla —musitó—. Escúchame bien. Ahí dentro están los trece líderes de los clanes que representan al Consejo y, aunque ni siquiera sepas cómo, haz lo posible por pasar la prueba que te pongan para demostrarles que puede que tengan delante a una nueva evolución.

—¿Qué? —preguntó atónita—. Si yo... Yo no...

—Lo que Nina te dijo anoche no era ninguna broma —declaró él suspirando, acercándose hasta ella—. Y ser la primera Novena podría posicionarte muy por encima de cualquier otro clan. Si es así, lo que él te hizo será aún más grave, pues si el Consejo considera una falta terrible cualquier acto contra los Sapiens, lo que podrían hacerle si te consideran una de nosotros...

—¿Y tú qué? —preguntó con angustia de pensar en que, si era así, el juicio contra su clan también sería contra él.

—Shhh... —chistó Bruno abrazándola con fuerza—. No pienses en... No, piensa en ello —se contradijo al instante, levantándole la mirada hacia sus intensos ojos verdes—. Y cuando lo hagas centra lo que sientas en pasar la prueba. Yo haré lo que tenga que hacer para que él pague por sus errores, a

pesar de que eso me perjudique de alguna manera por no haberle detenido o denunciado cuando debí hacerlo. Lo tengo merecido.

Sabía por qué creía merecerlo, ahora sí lo sabía. Pero... ¿Y Lianee y sus sobrinos, sus primos? ¿No saldrían perjudicados ellos más que nadie? Se preguntó sin remedio. Bruno la miró con fijación, paralizado, antes de besarla con ímpetu. Dejó de respirar con el corazón desbocado, cerrando los ojos a la sensación que la estremeció. Bruno la besó una y otra vez, susurrándole entre besos que eso jamás lo permitiría. Se separó de ella en el momento en el que alguien tocó a la puerta tres veces.

—¿Preparada? —le preguntó mientras le quitaba la pulsera de la mano derecha.

—¿Me va a doler? —quiso saber antes de dar un solo paso.

—Tendrás alguien pendiente de eso durante la prueba —dijo él acariciándole la cara—. He pedido que Irena Dubiki, la líder de un clan de Séptimos sanadores, sea quien se encargue de que no vuelva a pasarte lo mismo de ayer. De todas formas, si te duele paras de inmediato, ¿de acuerdo?

Asintió. Ahora sí se sentía algo más confiada. Bruno volvió a besar su frente con fuerza antes de abrir la puerta tras la que Ivana esperaba cruzada de brazos. La siguió hasta la siguiente puerta sin decir nada, con la mano de Bruno acariciando su espalda, haciendo una respiración muy profunda cuando Ivana frenó.

—Te deseo suerte, Sofía —le dijo antes de llamar a la puerta.

—Gracias —musitó adelantándose, pues alguien la abrió desde el otro lado.



¡Es imposible! Se chilló desesperada, mirando las peonzas de diferentes tamaños y materiales que tenía delante. Trece en total, como los miembros del Consejo que se habían presentado en nombre de sus clanes y ahora la observaban con atención, en silencio. Solo tenía que mover una, la que quisiera. ¿Cómo lo había hecho Nadine con solo siete años? Porque ella era incapaz. Acabaría por darle otro aneurisma antes de mover cualquiera de esas peonzas, por muy centrada que estuviera en conseguirlo.

—Despacio, querida, no hay prisa —le aconsejó en francés la anciana que se había sentado a su lado, la señora Dubiki, a pesar de ser otro miembro del Consejo que la observaba como un jurado frente a ella—. La mente de los niños es más versátil que la de los adultos, se adaptan mejor a los cambios. Tan solo intente no pensar en moverlas, sino en los motivos que tiene para hacerlo.

Era como decirle que no pensara en un rinoceronte blanco... Asintió y suspiró mirando a Bruno un segundo, de pie a un lado de la sala, antes de intentarlo de nuevo siguiendo el primer consejo que la señora Dubiki le había dado.

Coger una de las peonzas, cualquiera de las trece con las que había probado una y otra vez, y acostumbrarse a su forma, a su peso, para hacer una imagen mental de ella con los ojos cerrados antes de volver a posarla sobre la mesa, centrando sus motivos en ella.

Tenía muchos motivos para declarar contra los Becket, como los que la señora Dubiki le había hecho saber con solo darle la mano para asegurarse de que su mente estaba preparada y libre de influencias. Y lo estaba solo que, según ella, tenía ‘trabas’. Dos en concreto: una de ellas apenas era un atisbo y la segunda, mucho más profunda y antigua, ya había empezado a desintegrarse.

—Esas trabas no están ahí por casualidad, señorita Rodríguez —susurró la señora Dubiki, recordándole que todos en esa sala estaban pendientes de cada uno de sus pensamientos—. Así es, aunque nadie en esta sala va a juzgar nada de lo que piense, querida. No nos hemos reunido para eso ahora mismo, sino para ser testigos de sus posibles dones.

Asintió de nuevo. Ni siquiera sabía si los tenía o si los quería tener. Lo único que la impulsaba a intentarlo una y otra vez era lo que podría pasar si no lo hacía, si no pasaba la prueba.

Y, aun así, el motivo que le impedía centrarse para mover cualquiera de esas peonzas eran las consecuencias que conllevaría que lo consiguiese, y no solo para Bruno y su clan. Para ella y su propia familia también habría consecuencias, seguro.

—Demasiada presión —observó la señora Dubiki, cogiendo su mano entre las suyas con suavidad y una ligera sonrisa—. El miedo es algo realmente terrible, pero no es eterno. Siempre tiene una solución, antes o después, si se descubre qué hay tras los motivos que lo causan. Quizá este no sea su momento, querida, pero todos los presentes estaremos dispuestos a ser testigos cuando usted decida que está preparada, no cuando se vea empujada a ello.

Antes de que la señora Dubiki se pusiera en pie, igual que el resto de miembros del Consejo, lo supo; la prueba había acabado.

Se levantó de su asiento y se encaminó hacia donde Bruno la esperaba, sin ser capaz de mirarle a los ojos, mientras el Consejo se acercaba a la mesa que dejó atrás para coger las peonzas que no había conseguido mover ni medio milímetro.

—Lo siento —susurró.

Bruno le levantó la barbilla y acarició su mejilla.

—No tengo nada que perdonarte —dijo él y, aun así, se sentía culpable—. Todo lo contrario. Perdóname tú a mí. Soy yo quien te he puesto en esta situación aun sabiendo que no estabas preparada.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó en un murmullo.

—Sofi, vamos, mírame. —Lo hizo, y Bruno la besó un instante, pero no se sintió mejor—. Lo siento, mi amor, no tendría que haberte presionado tanto. ¿Estás bien?

Asintió y suspiró profundo, empezando a enervarse igualmente de pensar en...

—Shhh... —chistó Bruno, abrazándose a ella muy despacio—. No, de eso ni hablar. Nada de lo que me pase ahora en la vista será culpa tuya, Sofi. Nada.

—¿No vale con que les des la pulsera que he roto de prueba?

—¿De verdad quieres que la primera prueba que vean de que tienes algún don es que has destruido algo o provocado apagones? —preguntó él a su vez, a lo que negó de inmediato—. No, claro que no quieres. Es algo que no puedes remediar ahora mismo. No lo controlas y, cuando algo sucede, es porque estás asustada o enfadada. Solucionaremos eso antes de que vuelvas a ponerte a prueba.

—¿Tengo que hacerlo?

—No —respondió él—. No tienes, pero sí debes. Al menos para asegurarte de que pueden ayudarte a controlarlo, así nadie saldrá herido. En especial tú. Si después no quieres saber nada de esto, incluso si no quieres tener nada que ver conmigo, puedes volver a tu vida sin mirar atrás. Haré lo imposible, si es lo que eliges, para que puedas hacerlo en paz.

No fue capaz de responder a eso, aunque tampoco pudo frenar su pensamiento. Y Bruno estalló en carcajadas que la avergonzaron hasta la mudez entre sus brazos.

—Mi amor... —susurró, agachándose un poco, acercándose a su oído—. Entre Ivana y yo no hay nada más que un trato, injusto y desesperado, que no pienso aceptar ahora que sé que no te he vuelto a perder.

—¿Me permitís un instante?

Se apartó de Bruno aprisa con el corazón palpitándole en las mejillas para ver a la señora Dubiki justo a su lado, sonriente, con ambas manos alzadas hacia cada uno de ellos.

Bruno fue el primero en coger su diestra, y ella cogió su izquierda sin saber qué clase de prueba les estaba haciendo ahora.

—Una que no había visto desde que era una niña, querida —le respondió sin dejar de sonreír—. Y ahora sé por qué hay ecos en él de ti, y en ti de él.

—¿Ecos? —preguntó confusa.

—No hay que tener una visión muy profunda para verlos —dijo ella, soltando su mano y cogiendo con ambas solo la de Bruno—. ¿Desde cuándo existe este lazo emocional, queridos?

—Desde el inicio —contestó Bruno sin dudarle un instante—. ¿Veinte años?

—Veintidós —le recordó, y él frunció el ceño—. Nos conocimos en tercero de primaria, con ocho años. Y desde entonces te sentaste detrás de mí y de Elena cada año.

—Es verdad —se carcajeó Bruno—. Me aprendí las pecas de tu espalda de memoria mucho antes que la tabla periódica.

—Calla, hombre —susurró muerta de vergüenza por la amplia sonrisa que les dirigía la señora Dubiki.

—Y ha perdurado veintidós años a pesar de las trabas, la distancia y los cambios —observó la anciana—. No hay poder más fuerte en este mundo que Dusze Razem —dijo en algo que le sonó a ruso como mínimo—. En realidad es polaco, querida, y significa almas unidas. Aunque no veía un caso así desde que perdí a mis padres en el holocausto —añadió, dejándola petrificada—. Me alegro por vosotros, jovencitos, ambos tenéis un espíritu fuerte y sincero. Podréis superar cualquier dificultad —les felicitó, palmeando la mano de Bruno antes de soltarla—. La vista comenzará dentro de poco. ¿Opositor

o partidario, querido?

—Partidario de momento —respondió Bruno completamente serio de nuevo.

—Entonces me temo que, de momento, yo acompañaré a la señorita —dijo ella.

Bruno asintió una sola vez, besó su sien y se dirigió hacia la puerta por la que habían entrado hacía ya más de una hora.

—¿Te apetece un té, querida? Aún tardarán un poco en organizarse con los cargos —dijo en español la señora Du...—. Llámame Irena, por favor. Señora Dubiki me hace sentir demasiado anciana.

—Claro, disculpe em... Irena —musitó, siguiéndola hacia otra de las puertas por las que se había ido el Consejo—. Esos cargos...

—Los que presentaremos hoy en tu nombre contra el clan Becket y Cornell por sus desmesuradas y terribles intromisiones secretas en tu vida —respondió Irena. Dejó de caminar—. ¿Puedo llamarte Sofía? —preguntó de improviso. Asintió, algo confusa todavía por esos cargos—. Sofía, ¿hay algún motivo por el que no debemos interceder en tu nombre? ¿Acaso nos hemos equivocado al pensar que han actuado en contra de tu seguridad y bienestar?

—No, no digo que... —musitó sin atreverse a contrariarla. Además, era la pura verdad, pero...—. ¿Pero los Cornell?

—La segunda hija de Víctor Cornell excedió su cometido como Octava con creces, igual que el tercer hijo de Terrance Becket —respondió ella, cogiendo su mano al instante.

—Y...

—Y el miedo que te desborda con solo pensar en el padre de Bruno Becket no es infundado en absoluto —la cortó, enervándola—. Esas trabas en tu mente llevan su firma, querida Sofía. Además, Víctor Cornell no ha escondido tu caso por altruismo. De alguna manera va a traerle consecuencias.

—Yo se lo pedí. Y él fue amable conmigo, no hizo nada que...

—Escondió tu situación al Consejo aun sabiendo que no era lo correcto —la cortó ella de nuevo—. Y no dudo de que fuese amable, pero también tenía motivos personales y mucho que perder. Algo que ningún miembro respetable del Consejo antepondría a la seguridad y bienestar de otro ser humano, sea Sapiens o no.

—¿Lo soy? —preguntó en un murmullo a pesar de haber suspendido la prueba.

—Dependerá de lo que tú misma decidas, querida Sofía —concluyó ella con un atisbo de ternura en la sonrisa—. Vayamos a por ese té. Hay dos señoritas muy impacientes por verte sana y salva. Y creo que, si no nos damos algo de prisa, una de ellas va a acabar con las existencias de pastas antes de que puedas probarlas.

Elena, pensó de inmediato sin poder ocultar la sonrisa. Siempre que estaba muy nerviosa comía por dos, y durante el convite no había probado apenas bocado saludando a sus invitados, igual que Nina. Tampoco habían cenado nada. Ni desayunado en condiciones después de la noche de bodas más rara que había visto en su vida, con Bruno y ella allí, en la misma suite y en la misma cama. Teniendo en cuenta que eran primos, era un poco...

Miró de reojo a Irena cuando la escuchó reír.

—Discúlpame, aún debo escuchar. Es parte de mi tarea ahora mismo: Encargarme de que sabemos cada detalle y de que dispones de todo lo que necesitas para obtener la justicia que te mereces —se excusó ella—. Así que una noche de bodas arruinada... vaya. Por eso lo de los trajes de fiesta que lleváis, supongo —observó—. ¿Fue una boda bonita?

—Preciosa —respondió, caminando junto a ella.

—Me alegro —dijo Irena—. Esa criatura despreciada por los Becket bien se merece un nuevo inicio —añadió, refiriéndose a Nina—. Debo hablar con ella para cerciorarme de que no quiere añadir sus propios cargos contra su clan.

—No querrá aunque los tenga —pensó en voz alta—. Ella también tiene mucho que perder.

—No si acepta mi oferta —objetó Irena—. Dejar en el olvido un don tan necesario como el suyo, aun siendo de grado menor, sería una irresponsabilidad por mi parte que, como sanadora, no podría perdonarme.

Sonrió un instante, y dejó de hacerlo al pensar en que Nina jamás querría tener nada que ver con ningún clan otra vez. Eso lo tenía muy claro.

—Como te dije antes, querida Sofía, el miedo es algo terrible —dijo Irena, indicándole por qué puerta entrar—. Tendré más que paciencia por saber qué motivos hay tras él para sanarlo. Después de todo es una Becket. Terca y orgullosa por naturaleza.

—Y tanto —coincidió sin dudar, solo que no abrió la puerta antes de darle algunos consejos en voz baja—. No la llame Becket o no conseguirá sacarle una sola palabra amable.

—Lo sé, querida, lo sé —susurró ella sonriente—. Su miedo ha generado odio. Solo espero que haya algún resquicio al que aferrarse. Todavía confía en su querido primo. ¿Cierto?

Sí, así era. Se llevaban bien, aunque aún recordaba las dos sillas vacías que Nina había incluido en la mesa principal del convite. No sabía a quién podía pertenecer la segunda, y seguro que era alguien importante para ella. Si conseguía averiguarlo y ella estaba dispuesta a proteger a Elena y a las personas que Nina consideraba familia, puede que tuviera una oportunidad.

—Lo tendré muy en cuenta, gracias —dijo Irena, cediéndole el paso cuando abrió la puerta.

Cruzó un pequeño pasillo y giró a la derecha, por donde Irena le indicó, hasta encontrar el salón donde Nina y Nena la esperaban. Nina de brazos cruzados hasta que entró por la puerta y Elena echando a correr hacia ella con la boca llena de pastas, abrazándola con fuerza. Negó a la pregunta inscrita en los ojos oscuros de Nina y ella suspiró al ponerse en pie, supuso que con alivio, mirando con recelo a quien la seguía y yendo a zancadas hacia ellas. Nina no se fiaba de Irena en absoluto, pues su primera reacción fue alejarlas de la puerta que Irena cerró tras de sí, dejando fuera a los guardias que hasta ahora las habían vigilado.

Si quería caerle bien a Nina tendría que asegurarle la seguridad de Elena por encima de todo, incluso de ella misma.

Irena sonrió.



Tozuda y desconfiada hasta decir basta, se dijo mientras Elena y ella observaban a Nina a distancia, hablando con Irena. En cuanto la mujer había intentado entablar conversación con Elena acerca de la boda, Nina se había puesto a la defensiva y la había intentado echar de la habitación donde esperaban a que empezase la vista. Aunque de eso hacía ya quince minutos, todavía podía ver a Nina en la puerta hablando con Irena. A ella no podía verla, solo escuchaba sus susurros.

—¿Tú oyes algo? —le preguntó Elena, tan atenta como ella a la conversación.

—Nada de nada —respondió. Era incapaz de entender qué decían a tanta distancia—. ¿Quieres dejar ya las pastas? Te vas a poner mala.

—Ya nunca lo estoy —respondió ella sonriente—. ¿Te acuerdas cómo me ponía antes con la alergia cada primavera? Pues pillé a Nina por eso. Porque cada vez que me veía moquear me besaba y se me pasaba todo. Ahora ya ni siquiera me resfrío.

—¿Nunca?

—Bueno... A veces finjo, ya sabes —murmuró ella—. Así no va a trabajar ese día y se queda conmigo en casa.

—Al menos una de las dos trabaja —comentó, dando un sorbo al té hasta acabarlo.

—No seas mala. Ya sabes que desde que mi padre se jubiló he tenido cuatro trabajos distintos. La cosa está mal por la crisis —se quejó ella, molesta.

—Has trabajado de dependienta en tiendas de ropa por el descuento que le hacen a las empleadas —le recordó—. Estudiaste educación infantil. ¿Qué tal si buscas algo de eso? No te hacen descuento pero suelen ser trabajos duraderos.

—Es que... Te quería dar la sorpresa a la vuelta de nuestra luna de miel. Supongo que ya has tenido bastantes sorpresas por ahora —se carcajeó Elena, volviendo a ponerse seria al ver su ceja levantada—. He estado haciendo un curso intensivo de italiano para... Bueno... Para buscar trabajo en...

—Estás de coña —musitó con pasmo—. ¿Vais a mudaros a Palermo?

—¡Sorpresa! —exclamó ella, sentándose a su lado—. ¿No te gusta la idea?

—¡Claro que sí! Pero creía que Nina adoraba su trabajo.

—Y le encanta, por eso pidió el traslado allí en cuanto se enteró de que ya no aguantaba tenerte tan lejos y verte solo una vez al año —confesó Elena, abrazándola—. Hasta mi padre está de acuerdo con que las cosas no van bien en España.

—¿El Jefazo se muda con vosotras? —preguntó atónita.

—No —respondió Elena, riendo—. ¿Te imaginas a mi padre montándose en un avión, viviendo en una isla lejos de su parroquia y su bar de siempre?

—No, la verdad es que no —coincidió—. ¿Y ya habéis encontrado casa?

—Aún no. Tu padre dice que hay varias por tu zona que tienen muy buena pinta y no son nada caras —añadió Elena en un susurro.

—Así que mis padres también están en el ajo —observó pensativa—. ¿Alguien más?

—Bueno, ahora que lo dices... —musitó Elena—. La idea fue de Bruno.

—¿De Bruno? —preguntó perpleja, y Elena cogió mucho aire. Demasiado.

—Es que estaba un poco triste por no poder decirte nada sobre la boda para que la familia de Bruno no lo supiera —dijo al fin, después de una semana sin darle un motivo en concreto—. Fue él quien le dijo a Nina que lo que me pasaba era que te echaba de menos, que podríamos mudarnos contigo y que si queríamos podía acelerar las cosas para que Nina pudiera conseguir el traslado antes de irnos de luna de miel —le confesó ella con esa rapidez con la que hablaba cuando estaba nerviosa—. Al principio pensé que no podría por más que quisiera, que entonces mi padre se quedaría solo. No lo consideré en serio hasta que Bruno me prometió que él nos pagaría un vuelo para ir a visitarle siempre que yo quisiera. Además... Estábamos hablando de... Pensábamos que una vez allí...

—Elena —murmuró con voz ronca para que lo dijese ya.

—A ver, es que los trámites de la adopción siempre cuestan mucho —dijo, abriéndole la boca de puro pasmo.

—¿A... Adopción? —preguntó pasmada.

—Sí... Hablé con tus padres y eso para informarme un poco.

—¿Y no les dijiste que te casabas? Porque me va a caer una...

—No podía, Sofi, se lo prometí a Bruno —musitó Elena—. Y no le podía decir nada ni a Nina. Ya sabes cómo es, que da igual lo mal que estemos de dinero que nunca acepta ayuda. Le costó mucho llegar a un acuerdo con Bruno. Él consiguió convencerla para ayudarnos con la mudanza y eso. A cambio él tenía que venir a la cena de exalumnos de este año para intentar... Ya sabes... Para verte.

—Ahá —consiguió decir, embarrullada por tanta información.

—¿Te has enfadado conmigo? —preguntó Elena, mirándola con una súplica escrita en los ojos. Negó—. ¿Y con Nina?

—No —suspiró—. ¿Estás de broma? Vais a vivir en Palermo conmigo y vais a formar una familia, me alegro una barbaridad. Pero estamos a punto de testificar en un juicio contra gente con poderes mentales, Elena —le recordó—. Esto nos supera por mucho, al menos a mí sí, y apenas conozco a Bruno en realidad, aunque sienta que él es... Aún no sé lo que siento, si es que estoy enamorada, si tengo miedo de lo rápido que va esto o todo a la vez. Estoy bastante... No lo sé. Estoy...

—¿Confusa? —preguntó Elena, a la que miró de soslayo un instante.

—Sí, confusa —dijo al fin, suspirando muy profundo—. Y él lo sabe.

—¿Tú le quieres, no?

—Creo que es más que eso —musitó, teniendo muy presente lo que acababa de decirles Irena—. Cuando está conmigo es como si... Como si nunca nos hubiéramos separado, como si le conociese desde siempre. Da igual que no nos dijésemos nada, que yo no pueda leerle a él. Es solo que cuando se va empiezo a pensar en lo demás: en lo que ha pasado y aún no sé. En...

—Su clan —acertó a decir Elena—. Ya, yo también. Dan un poco de miedo, ¿verdad? Son como la mafia. Están en todas partes.

—Menos en tu boda —objetó—. Oye... ¿Para quién era el segundo asiento en la mesa principal? ¿Nina te lo dijo?

—Era para su hermano pequeño, Lucas —susurró Elena en apenas un hilo de voz—. Bruno dijo que intentaría traerle, pero luego... Ya sabes.

—¿Su hermano no ha podido venir a vuestra boda por mí? ¿En serio? —inquirió.

—Bueno... Si lo dices así... —murmuró Elena mirándola de soslayo.

—O sea, que sí —concluyó—. ¿Dónde está ahora, lo sabes?

—Puede que con el resto del clan, aunque no sabría reconocerle —dijo Elena suspirando—. Ni siquiera yo le conozco aún. Sus padres no quieren que Nina se acerque a él.

—Qué majos —opinó con total ironía.

Miró atrás otra vez, a Nina hablando aún con Irena en la puerta. Ese era un motivo de peso para dejar sus propios temores y desconfianzas de lado. Sabía que Nina no era una persona con un carácter

fácil. Nunca lo había sido.

—Finge —le susurró a Elena, y ella no lo entendió—. Que finjas que te duele algo y entretengas a Nina mientras que yo voy a hablar con Irena. Estoy segura de que ella hará todo lo que pueda por ayudar a quien yo le pida, hazme caso.

—Vale —respondió Elena, dejando de sonreír y poniendo carita de pena, abrazándose el estómago—. Au...

—¿Te duele de verdad, no?

Elena no tuvo que responderle, su cara se lo dijo, así que aprovechó que su idea tenía un fondo de verdad para correr hacia Nina e informarla. Y ella no tardó ni cinco zancadas en llegar hasta Elena. Irena quiso seguirla pero la detuvo, sacándola por la puerta que cerró tras ella. Miró alrededor para asegurarse de que nadie más lo oía. Despejado.

Lucas Becket, pensó en ese momento para que ella la oyese, sin atreverse a decirlo en alto. Lianee Becket también, se recordó. Y no sabía el nombre de todos los niños que no tenían culpa alguna de lo que sus padres intentaban enseñarles. Los adultos podían irse a la mierda, como decía Nina, pero los niños... Si querían darle justicia de alguna manera, eso era lo que necesitaba.

—Entiendo —murmuró Irena, dando un profundo suspiro.

—¿Se pueden cambiar de clan o algo así? —quiso saber.

—¿Y qué clan aceptaría acoger a esas criaturas? —preguntó Irena.

—El mío —dijo sin dudarlo—. ¿Podría representar a los Sapiens en el Consejo?

—Depende, querida —objetó ella—. Nunca antes ha habido una Sapiens en el Consejo, dado que todos les representamos siempre de alguna manera, y todavía no estamos seguros de que lo seas. Y tampoco tendrías medios para poder ayudarles con el tipo de educación tan especial que necesitan esos niños, Sofía.

—¿Y si...? —musitó, pensando en la única opción restante.

—Ivana Cornell no es apta para ese privilegio, suspendió sus pruebas —le recordó Irena.

—¿Y una segunda oportunidad sería posible? —preguntó a la desesperada.

—Aunque se aprobase algo así, y ella consiguiera pasar las pruebas ahora, ¿la conoces lo suficiente para confiar en ella la educación de esas criaturas, su seguridad y bienestar? —inquirió Irena.

—No —murmuró—. Aun así, su hermana pequeña Nadine me demostró la clase de educación que su padre le ha dado. Puede que Víctor no lo haya hecho bien como miembro de vuestro Consejo, pero ha respetado mi decisión de no informaros y ha actuado como lo haría mi propio padre para proteger a sus hijas.

Incluso Ivana me mintió para proteger a Bruno, pensó. No se quieren, no hay nada entre ellos. Y hasta ella entendía ahora que Bruno había arriesgado demasiado solo para pasar una noche con ella, como Ivana le había dicho. No la conocía apenas, eso era verdad, pero tampoco conocía a Bruno y, aun así, confiaba plenamente en él. Además, sentía que eso era lo más importante para él y para Nina: alejar a los niños del clan de lo que ellos habían sufrido siempre. ¿No era esa una solución más sensata que esperar a que la tristeza que a veces veía escrita en la mirada de Bruno les pasara factura? ¿A que siguieran los errores de sus padres o les tuvieran tanto miedo que acabasen igual de acorralados que Bruno e Ivana por las tradiciones primitivas de los Becket? No era justo que unos niños, que no tenían culpa en absoluto ni medios para sobrellevarlo, tuvieran que sufrir algo así sin que nadie interviniese a su favor. Si el Consejo podía interceder por ella, que estaba perfectamente bien ahora mismo a pesar de todo, debería poder hacerlo por ellos, ¿no?

—Tu clan podría ayudarles. Cualquier clan del Consejo podría —dijo para sí misma—. Si no queréis no me dejáis otra que crear el mío e intentarlo.

Levantó la mirada al sentir que Irena le acariciaba la mejilla, encontrándose con una sonrisa amplia y afectiva.

—Parece que al final tendremos el honor de ver a una futura gran líder, querida Sofía —dijo la mujer, asintiendo a su perplejidad—. Haré lo que esté en mi mano. Voy a reunir al Consejo antes de que se celebre la vista y vendrán a buscaros cuando necesitemos vuestras declaraciones.

Asintió, dispuesta a volver al salón con...

—Tu clan —murmuró Irena sonriente—. Sí, querida. Felicidades. Has pasado las pruebas.

—Si no ha pasado nada... —dijo mirando las luces del techo, intactas.

—¿Estás segura? —se carcajeó Irena, hacia la que bajó la vista viendo la peonza blanca que había puesto ante ella en las pruebas flotando sobre su mano, girando como posesa—. Aún conserva tus vibraciones. Son muy fuertes.

—No sé ni cómo... —musitó atónita—. ¿Cómo?

—Lo descubriremos con el tiempo —le aseguró, guardándose esa peonza y acariciándole la mejilla una vez más—. Nunca creí que viviría para conocer otra evolución y mírate. Eres todo lo que hemos estado esperando, querida Sofía, pero ten esto muy claro —dijo, volviendo a ponerse seria—. No serás nada que no quieras ser. Será nuestro secreto por ahora hasta que tú decidas que estás preparada o que, por el contrario, no deseas implicarte siendo parte del Consejo. Una vez que lo sepan me temo que no habrá marcha atrás. Considéralo el tiempo que necesites porque, decidas lo que decidas, esto afectará a tu vida entera.

—Gracias, lo pensaré —suspiró algo más aliviada.

—No, Sofía. No lo pienses —le aconsejó ella—. Solo siéntelo con seguridad.

Asintió de forma automática, sin tener que pensarlo siquiera, y entró en el salón cuando Irena se marchó por el pasillo, cerrando la puerta tras ella. Su clan... pensó, mirando a Elena y Nina sentadas en el sofá, sonriendo ambas hasta que vieron su seriedad. No, no podía decirles ahora mismo que era una Novena, que Irena acababa de considerarla apta para tener su propio clan y un asiento en el Consejo, si así lo deseaba. No se lo podía creer ni ella.



No, no estaba preparada, ni mucho menos. Apenas podía entender qué la había llevado a decir que ella podría representar a los Sapiens en el Consejo. ¡Si era decoradora de interiores, por amor de Dios! Aunque bueno, tenía su propia empresa con doscientos empleados a su cargo, y ya eran lo bastante autosuficientes como para no tener que necesitarla a todas horas. No es que estuviera falta por completo de experiencia en cuanto a responsabilidad y trabajo en equipo, pero... ¿Cómo había hecho lo de la peonza? Es que no lo entendía por más vueltas que le daba, ahora que podía, mientras esperaban a que las llamasen para testificar.

Una Novena... ¿Y cómo podría esconder algo así? Porque intentar seguir el consejo de Nina para no pensar en otra cosa que en las respuestas que debían dar era algo prácticamente imposible, ante todo para Elena. Sí o no, y luego dejar la mente en blanco, en su caso ya era difícil. En el de Elena, inviable. ¿Cómo podía dejar la mente en blanco con todo lo que tenía ahora rondando su cabeza? Era de locos creer que alguien sería capaz de centrarse tanto como para no dejar pasar un solo pensamiento si le interrogaban.

Nina estaba segura de que podía, igual que cualquier Becket que hubiera sido instruido para ello. Y esos eran la mayoría, pues empezaban a fortalecer su mente a los cuatro años.

—¿Y Bruno también? —preguntó, anonadada por la crueldad de enseñar a un niño tan pequeño a estar siempre a la defensiva, a no pensar.

—Con nosotros fue distinto —respondió ella—. No nos consideraban parte del clan siquiera cuando éramos unos críos por no tener poder suficiente. A mí por no tener la visión y a Bruno por ser hijo de una Sapiens. No descubrieron que tenía un poder mayor al de ninguno de ellos hasta que tuvo diecisiete —dijo sonriente, orgullosa de él por eso—. Aprendió por su cuenta a controlarlo. Más si su padre iba a visitarle —añadió, y sintió un escalofrío de solo pensar en el miedo que habría tenido Bruno desde siempre hacia su padre para esconderle algo así.

Pensó entonces en Ivana, lo que le había confesado ella de madrugada sobre Bruno, y todo lo que Katia le había mencionado en su coche antes de tener el accidente. Hasta ella creía que Peter ya me había borrado hasta que la llamé Octava, se recordó. También dijo algo sobre que Bruno iba a pagarlo como tendría que haberlo hecho su padre... No, en él no quería pensar. Katia estaba muy segura de que Bruno era culpable porque le odiaba, sí, pero también porque no era la primera vez que los Becket borraban a alguien.

—Katia me dijo que su madre...

—No creo que pensar en eso te ayude mucho ahora mismo, Sofi —la cortó Nina—. Si quieres saberlo, pregúntale cuando acabe esta locura. Te lo dirá.

—Oye, tengo una idea —intervino Elena sonriente—. Ya que estamos en París nos quedaremos un par de días, ¿no?

—¿Eso es en lo que se te ocurre pensar, Elena? ¿Justo ahora? —farfulló Nina, pellizcándose el tabique nasal con los ojos cerrados—. Esto va a salir fatal...

—No seas así, va, que estamos en París. En la ciudad del amor —le suplicó Elena—. Nunca he estado...

—Mentira. Viniste a ver a Sofi infinidad de veces —contestó Nina, cortante.

—Me refiero a que nunca he estado contigo —le reprochó Elena.

—Y era por un buen motivo —respondió Nina haciendo un gesto con las manos que abarcaba todo el edificio y los clanes que contenía.

—Bueno, ahora ya da igual. Somos mujer y mujer, estamos en París y la abuelita ha dicho que podemos ser de su clan si tú quieres —le recordó Elena.

—La abuelita, Nena, es Irena Dubiki: la sanadora más poderosa del clan más antiguo del puto planeta —espetó Nina—. Y no me ha ofrecido ser de su clan por nada, tendría que renunciar a mi clan y aceptar cualquier trabajo que quisieran mandarme. Dejaría de hacer lo que yo quiero para hacer lo que ellos quieran. Otra vez.

—¿No dices que nunca os han considerado como parte del clan? —preguntó ella, viendo una esquinita abierta tras tanta coraza de mala leche.

—Una cosa es que me ignoren por no tener su visión y otra muy distinta es que les dé la espalda para irme a otro clan y hacer el mismo trabajo que me negué a hacer para ellos siempre —concretó Nina—. Y no, no es lo mismo trabajar para los Becket que para los Dubiki, eso está claro, pero son unos enemigos que no estoy dispuesta a ganarme y no es lo que quiero, ni para mí ni para Nena. Punto.

—¿Ni para Lucas, no? —preguntó, pasándose ese punto por la coma.

Nina miró a Elena de reojo apretando los dientes antes de observarla a ella con un gesto que no le había dedicado nunca.

—No voy a pensar en él, tranquila —le aseguró.

—Yo tampoco, lo juro —susurró Elena abrazándose a ella.

—Más os vale —masculló Nina—. Si le pasa algo al niño por...

—¿Cuántos años tiene? —preguntó, frenando su protesta.

—Diez —respondió ella secamente—. Y no, no está aquí, así que dejadlo ya.

—Vale, no hablemos de él —aceptó, pero no iba a parar ahora que les estaba diciendo lo importante—. ¿Tienes otros hermanos?

—Cinco hermanas menores y ninguna que merezca la pena mencionar —espetó.

—¿Y alguna ha venido hoy? —preguntó Elena.

—Todas están aquí. Y todas me desprecian y harán lo posible por joderme la existencia si te quitan los inhibidores y ven la mente blandita y desprotegida de Sapiens que tienes —le soltó a la pobre Elena—. Practicad. No es tan difícil. Es como estar callada mentalmente.

—Imposible, vamos —resumió ella—. Entonces puedes cambiar de clan si quieres, pero nadie se atreve nunca por miedo a las consecuencias, ¿no?

—Exacto —contestó Nina.

—Vale —murmuró, pensando en lo que más le concernía ahora—. ¿Y si alguien decide crear un nuevo clan, por ejemplo?

—No es tan fácil —dijo Nina—. Antes tendría que conseguir la aprobación del Consejo.

Al menos eso sí que lo tenía. Irena se la acababa de dar.

—O no, según sean los objetivos de ese clan —añadió Nina—. Si son aliados del Consejo deberán seguir sus normas, no las que les dé la gana, como los Becket. —Objetivos, vale, necesitaba unos buenos objetivos y saber las normas del Consejo—. En ambos casos, esa persona debe hacerse con aliados importante entre los demás líderes que puedan aportar nuevos miembros a su clan a condición de futuros juramentos. Sobre todo en caso de no tener una familia propia con poder suficiente para hacer frente a cualquier otro clan que pudiera...

Nina se calló, la observó dos segundos y abrió los ojos con pasmo, quitándose a Elena de encima

—No me jodas que...

—¿Qué? —preguntó a la vez que Nina se ponía en pie de un brinco.

—Sofía —le advirtió ella y, aunque sabía que podía mentirle, suspiró—. Mierda...

—¿Qué pasa? —preguntó Elena mientras Nina se tapaba la boca, negando y mirándola sin pestañear.

—Que nos vamos a quedar en París un par de días, me parece, hasta que esto se solucione —dijo dando otro suspiro, y Elena chilló entusiasmada abrazándose de nuevo a Nina cuando esta se dejó caer en su asiento de la impresión—. Así podemos ir a visitar a mis padres, como unas vacaciones en familia —añadió mirando a Nina en exclusiva—. Pero no vamos a decirles nada aún, ni de esto ni sobre Bruno, porque no sé si estoy preparada para decíselo. Es demasiado, así que por ahora es un secreto —le advirtió a ambas.

—Estás como una puta regadera, Sofía —musitó Nina sin dejar de observarla.

—No digas eso, tampoco es para tanto. Les va a caer genial, te lo digo yo, es tu pareja ideal —opinó Elena, que estaba en su propio mundo entretanto que los demás hablaban de cosas serias, como siempre—. Y si no estás segura, siempre puedes llamar a ese chico tan majo que conociste aquí. Ese tal Gabriel.

Observó a Elena un instante con el ceño fruncido y volvió a cruzar una mirada con Nina que Elena no notó. Definitivamente tenían que hablar a solas de esto.

—Voy al baño —dijo de inmediato.

—Yo también, avisa cuando vengán —le dijo Nina a Elena—. Y no comas más pastas o paso de sanarte.

—Vale —murmuró Elena, dejando la pasta que había cogido en el plato—. ¡Ya!

Ambas se giraron hacia donde Elena miraba ahora, a la puerta que se abría y por donde entraron cuatro guardaespaldas custodiando a Irena Dubiki.

—Es la hora, queridas —dijo en francés—. Seguidme.

Miró a Nina de soslayo y tradujo sus palabras, dado que Elena chapurreaba francés, pero Nina negó en rotundo.

—¿Y los inhibidores? —exigió saber antes de dar un solo paso.

—Ah, puede conservarlos, no hay problema —dijo Irena, dedicándole una sonrisa a Elena—. También me he encargado de conseguir algunas prendas, si queréis cambiaros.

—Yo no, gracias —respondió Elena, haciendo un esfuerzo con el francés por su cuenta.

—Nosotras sí —le dijo más a Nina que a Irena—. Necesitamos cinco minutos.

—Concedidos —respondió Irena en español haciéndoles un gesto—. Adelante.

Fue la primera en ir tras ella, seguida por Elena y Nina, que no dejó de observarla ni cuando Irena las llevó a una habitación cercana y les dio esos cinco minutos para cambiarse. Cada una eligió al azar qué ponerse de los percheros que había allí, pero ninguna se cambió al ver que había unos baños justo al lado donde poder hacerlo. Donde poder hablar un momento, solo que eso significaba dejar a Elena sola mientras tanto. Entretenida estaría seguro, pues ahí había mucha ropa.

—Si alguien se acerca a ti a menos de diez metros, chilla —le advirtió Nina, y ella asintió con entusiasmo sin perder de vista toda esa ropa nueva—. Elena.

—Diez metros. Chillar. Entendido —murmuró ella pasando percha tras percha.

No disimuló la sonrisa por la desconfianza de Nina en Irena, la que Elena no tenía de ninguna manera aunque Nina se empeñara. Entró en el baño con el vestido sencillo que había elegido, igual que Nina con los vaqueros y la camisa que se puso sin dejar de vigilar a Elena a través de la puerta entreabierta.

—¿Tienes idea de lo peligroso que es esto o eres igual que la cabeza de chorlito, que ve la ropa, la pasta y cree que todo es de color rosa? —inquirió Nina en un quedo susurro—. ¿Novena? Joder, vaya putada... ¿Y qué, es un don electrónico?

—No lo sé y no, no lo veo todo de rosa —dijo, a pesar de que ese era el color del sencillo vestido que había elegido—. Estoy confusa, tengo trabas, un juicio por delante y un don que no entiendo ni

controló. Pero también un clan y un puesto en el Consejo si quiero. He pasado las pruebas.

—Pruebas que ni siquiera sabías que existían hasta esta misma mañana —le advirtió Nina, dejando de mirar por la rendija de la puerta para centrar su cabreo en ella en exclusiva—. Estás como una chota y lo sabes. No entiendes cómo funcionan las cosas aquí, Sofía, ¿cómo vas a llevar un clan?

—¿Con tu ayuda? —preguntó con sarcasmo, visto el poco apoyo y la negatividad que derrochaba—. No estoy diciendo que vaya a hacerlo, Irena no va a decir nada si yo no quiero. Es solo que me gustaría poder contar contigo y con Elena en cualquier caso, decida lo que decida.

—Eso es una gilipollez —opinó Nina, mirando por la puerta un instante al escuchar un chillidito por parte de Elena, seguro que de emoción por alguna de las prendas que seguía cotilleando—. ¿De qué te íbamos a servir nosotras? ¿Una Sapiens que está en la luna y una sanadora sin apenas poder?

—Seáis lo que seáis, sois mi familia —le recordó.

—Eso no importa nada a la hora de formar un nuevo clan —espetó Nina—. Si no tienes aliados ni miembros con suficiente poder, puedes olvidarte. Ni siendo Novena respetarán tu clan.

—Díselo a los niños Becket a los que podríamos adoptar en nuestro clan, Lucas y Lianee incluidos —dijo, y Nina la miró pasmada, sin habla—. Sé que es una locura, y que no tengo ni puñetera idea de cómo voy a hacerlo porque esto no es algo que pueda esconder mucho tiempo. Yo no sé hacer eso de no pensar en nada, Nina, porque pienso más que hablo, y me niego a aprender a estar a la defensiva siempre o a volver a mi vida como si no pasara nada. No sé qué hacer aún, pero sé lo que está bien y lo que no, y hay algo aquí que está realmente mal. Tú lo sabes mejor que nadie, así que hazme un favor y ayúdame en lugar de llamarme loca, porque te aseguro que no lo veo de rosa. Lo veo muy, muy jodido.

—Porque lo es —declaró Nina—. Y ningún Becket, niño o adulto, va a cambiar de bando solo porque tú lo digas.

—Serás... ¡Me piensas apoyar o no! —exclamó, empezando a enfadarse con su cabezonería y negatividad sin fronteras.

Nina se quedó callada, pensativa y mirándola de tanto en tanto, hasta que escucharon la risa de Elena al otro lado de la puerta, viéndola hablar con Irena, a la que llevaba percha tras percha de ropa como si Irena fuese la dependienta de una tienda y ella una entusiasta de las compras. Y lo cierto es que lo era.

—¡Elena! —chilló Nina saliendo del baño como una exhalación—. ¡Suelta eso!

—¡La yaya Irena dice que puedo coger lo que quiera! —exclamó ella levantando una de las perchas—. ¡Mira qué monada de traje, Sofi!

No tiene remedio, se carcajeó mentalmente al ver que Nina le quitaba ese traje de la mano y lo dejaba en su perchero, riñéndola como a una niña por cabeza hueca. ¿Yaya Irena? Se preguntó, cogiendo de brazos de Irena lo que Nena había ido dejando.

—Me ha parecido adecuado —susurró Irena—. Elena es una jovencita encantadora. Bendita sea su inocencia mientras perdure.

—El suyo es un caso grave de infantilismo, así que estará bendecida eternamente —murmuró, haciéndola reír.

—Es una pareja muy compensada, entonces —comentó Irena.

Sí, realmente lo eran. Una por tener la mente en las nubes desde siempre y la otra por haberse estrellado contra el mundo demasiado pronto. Entre Nina y Nena no había término medio, y si seguían discutiendo así acabarían peleándose de verdad. Dejó cada cosa en su sitio escuchando la bronca que Nina le estaba soltando, pero al ver la carita de pena de Elena decidió poner punto y final a la discusión.

—Si ni siquiera se lo he pedido, lo juro —murmuró Elena a punto de llorar.

—Esto se queda aquí —le advirtió a Elena para callar a Nina antes de que volviera a saltar—. Ya tendremos tiempo de comprarnos lo que sea por París, porque mi maleta sigue en Madrid —dijo como

excusa para calmar un poco el gesto tristón de Elena, volviendo a centrarse en Nina—. Ahora vamos a lo que vamos. Y dadle las gracias a Irena. Ha sido todo un detalle que no nos haga comparecer en el juicio vestidas de azul pitufo y con Elena sin inhibidores.

—Gracias —masculló Nina cuando pasó por su lado, tirando de Elena.

—¡Gracias! —exclamó Elena sonriente, dejándose llevar por Nina hacia la puerta.

—Magnífico término medio, querida Sofía —observó Irena ofreciéndole su brazo—. ¿Tienes alguna duda respecto a lo que debes preguntar y exigir a los acusados?

—¿Preguntar y exigir? —musitó, caminando hacia la puerta cogida a ella.

—En esta clase de juicios es la víctima quien interroga y, dependiendo de los motivos que dé el culpable en sus respuestas, se impondrá un castigo acorde por parte del Consejo y podrás exigir una compensación propia por sus faltas hacia ti —dijo ella, petrificándola—. No hay nada que temer. El Consejo al completo te respaldará, cualquiera que sea tu exigencia, si es razonable —le aseguró ella.

Negó. No era por eso por lo que sentía que no podía dar un solo paso al frente.

—¿Tengo que interrogar a... su padre? —No iba a poder, ya estaba de los nervios y ni siquiera le tenía delante—. ¿Y no hay abogados que lo hagan por mí?

—Nosotros somos tus abogados, el juez y el jurado. El Consejo al completo intercederemos en el momento que creamos oportuno durante el interrogatorio para que puedas obtener la justicia que mereces. Escucharemos sus versiones de los hechos y valoraremos si hay verdad en lo que dicen y piensan. Luego podrás hacer tus preguntas. No tienes más que pensarlas —argumentó Irena, sonriendo con calma mientras palmeaba su mano—. Seremos nosotros quienes decidamos si son preguntas adecuadas para lo que concierne a la acusación y, entonces, ellos tendrán que responderte.

Irena la impulsó a dar el primer paso de nuevo. Ella se obligó a dar el segundo, el tercero, y todos los demás hasta ver a Nina y Nena volviendo aprisa por el pasillo hacia ella al darse cuenta de que se retrasaba. Esquivó a Nina en cuanto se adelantó para apartarla de Irena por pura desconfianza aún, pasando de largo junto a ella sin perderla de vista. Sin soltar el brazo de Irena en ningún momento. ¡Ya era hora de que cambiase de actitud! En lugar de haberle dicho que no pensara en nada o que estaba loca de remate, podría haberle explicado un poco lo de ese juicio tan raro, por ejemplo. ¿Y ahora qué iba a preguntarles?

—Lo harás muy bien, Sofía, estoy segura —susurró Irena, provocándole un profundo suspiro cargado de nerviosismo. Eso esperaba.



En cualquier momento se abrirían las puertas. Era en lo único que podía pensar ahora mismo, paseando de un lado a otro de la habitación en la que la habían dejado a solas. Irena había ido a ocupar su lugar entre los miembros del Consejo para iniciar la vista y Nina y Nena habían sido guiadas a otra parte por los guardaespaldas de Irena para esperar su turno de intervenir. Seguía sin saber qué le iban a preguntar. ¿Y a Elena? Ella no tenía mucho que ver con lo que le había pasado, pero si estaba ahí como testigo... ¿De qué, exactamente? No lo entendía, seguía sin entenderlo y, para colmo, ahora mismo le era imposible dejar de pensar porque estaba de los nervios esperando a que la puerta se abriese. Y se lo estaban tomando con calma, porque al menos llevaba quince minutos yendo de un lado para otro de la habitación sin poder quedarse quieta.

¿Y Bruno? ¿Estaría también tras la puerta? Le había dicho a Irena que era partidario de momento... ¿Partidario de los Becket? ¿Eso significaba que sería uno de los acusados o solo que no iba a oponerse a su clan para interceder en su favor? Sería de lógica que no lo hiciese y, aun así, no tenerle cerca... No. Como decía Ivana, fuese o no de su mano era ella quien tenía que cruzar esa puerta. Y no tenía nada claro lo que iba a pasar ahora, así que necesitaba frenar sus nervios ya, antes de que su recién verificado poder hiciese algo raro, visto que iba por libre.

Se acercó a la puerta por si escuchaba algo, y al no oír un solo murmullo se acercó a la primera ventana de las muchas que había a su derecha, quitándose los tacones de color azul de la boda. Plantó bien los pies en el suelo de mármol y se centró en el fresquito que notó con los ojos cerrados, en la ligera brisa que respiró con lentitud desde el estómago. Hizo varias respiraciones profundas, como había aprendido a hacer en sus clases de meditación, y empezó a ser consciente de la tensión de su cuerpo por los nervios. Aunque relajarse de pie... Miró de reojo una vez más hacia la puerta cerrada, esperó dos segundos y se decidió a tumbarse sobre el suelo para hacer una sesión de relajación rápida. La necesitaba con urgencia para despejar su mente y para dejar de estar tan tensa.

Cuando se acostumbró al frío del suelo a su espalda, empezó por relajar los párpados, las cejas, la mandíbula y la lengua, inspirando por la nariz hasta el estómago y soltando el aire muy despacio. Continuó por el cuello, los hombros, los brazos y las manos, asentando la espalda por completo contra el suelo para relajarse hasta la punta los pies. Se centró en el ritmo de sus latidos y el de su respiración tranquila hasta dejar de sentir el suelo bajo su cuerpo, imaginando el paisaje que podía ver desde su casa: el mar que tanto la relajaba... el sonido del oleaje a lo lejos... las gaviotas... el tacto de la arena... el olor del marisco a la plancha... una ensalada de quinoa con mango... un helado de

—Nueces... —susurró Bruno a su oído, devolviéndola a la realidad con un chillido al sentirse caer y a él sustentarla—. Te tengo.

Puso los pies en el suelo con el corazón a mil por hora escuchándole reír mientras la abrazaba. ¡Estaba...! Nonono... ¿Había flotado? ¡Pero qué coño...! ¡Si lo había hecho millones de veces! ¿Ese era su poder? ¿Volar? ¡IMPOSIBLE!

—Shhh... Tranquila, vamos, tranquila —musitó Bruno dándole la vuelta—. ¿Qué intentabas, irte volando?

—No... yo... —musitó, atónita aún—. Solo quería relajarme un poco.

—Bueno, creo que lo has conseguido —se carcajeó él a pesar de que no tuviera ninguna gracia—.

Claro que la tiene, Sofi. O la tendrá con el tiempo, supongo, cuando acabe todo esto y puedas volver a esa playa —dijo, acariciándole la mejilla con una ligera sonrisa, pero sus ojos expresaban lo contrario.

—¿Pasa algo? —preguntó sin dejar de mirar sus ojos verdes, su gesto cada vez más serio.

—Irena me ha puesto al tanto de tus intenciones y, aunque te pueda parecer que es lo justo, no quiero que esto te perjudique de ninguna manera, Sofía.

¿Y cómo se suponía que iba a esconder algo así? ¡Si acababa de flotar! Negó. No podría guardar un secreto así sin siquiera pensar en ello. ¡Cientos de personas estarían escuchando cada uno de sus pensamientos! Imposible, vamos. Y si se iba a saber de todas formas, podría hacer lo posible por esos niños. Por él.

—No te merezco ni de lejos —dijo Bruno abrazándola con fuerza—. No. No voy a permitir que sacrifiques nada por mí ni por nadie —añadió, separándose de ella, alejándose varios pasos—. Piensa en esa playa, lejos de aquí, y no dejes de pensar en ella hasta que termine el juicio. Es lo mejor que puedes hacer, Sofi.

—¿Te estás despidiendo? —preguntó incrédula—. ¿Va en serio? ¿Otra vez?

—Ojalá no tuviera que ser así...

—Mírame, Bruno —exigió, y él lo hizo de una manera que casi parecía que llevase puesta una careta—. ¿Por eso has venido? ¿Para decirme adiós?

—Venía a avisarte de que ya puedes entrar —dijo, serio y distante—. Y a decirte que no te metas. No es asunto tuyo, solo mío.

—Así es como eres con ellos, ¿verdad? —quiso saber, pero Bruno se dio la vuelta—. Vale, como quieras —masculló poniéndose los zapatos—. No me meteré en lo que no me llaman por ti, si tanto te preocupa que sepan cómo eres realmente. Espero que te vaya bien mintiendo el resto de tu vida. Adiós, Bruno.

Caminó hacia la puerta esperando escuchar algo que la detuviera, cualquier cosa. Dejó de plantárselo cuando Bruno se marchó de la habitación a paso rápido sin mirar atrás. No, no iba a llorar, no le daba la real gana. Y no iba a enfadarse porque sabía que lo estaba haciendo por protegerla, pero... No, no podía pensar en él y en su manera de apartarla de lo que él no consideraba asunto suyo ahora mismo. Respiró muy profundo una y otra vez, pensó en la playa y abrió la puerta.

El vacío sonoro de la inmensa sala la sobrecogió al ver la cantidad de gente que había agrupada en torno a la sala circular y abovedada hasta el techo en la que se adentró paso a paso. Dos pisos con grandes palcos desde los que gente de todas las nacionalidades la observaba en silencio. Silencio, se repitió, pensando en el mar.

Fue hacia la señora Dubiki, que la esperaba en mitad de la sala para indicarle dónde debía sentarse: en un estrado de tres escalones de altura donde había una silla frente a otra a escasos dos metros de distancia, separadas por una esfera oscura del tamaño de una pelota de fútbol sobre un atril. ¿Qué era eso?

—Nada que deba preocuparte por ahora, querida —le aseguró ella—. Toma asiento. Escucharemos la versión de los acusados uno por uno y luego, como te dije, podrás hacer tus preguntas antes del veredicto. ¿Estás preparada?

Asintió y, mientras lo hacía, miró a la derecha del Consejo sentado ante ella: a Nina y N... La playa. El mar. Las olas, se recordó cerrando los ojos un instante, respirando muy profundo. Lo único que la obligó a dejar de centrarse en ese paisaje fue el zumbido que escuchó procedente de la bola negra y opaca a la que se quedó mirando hasta que la señora Dubiki tomó asiento entre los miembros del Consejo.

—Primera acusada, Katia Cornell —anunció en francés otro miembro del Consejo, el que se había presentado como Vladimir Staroversky, y el Consejo al completo se giró para verla entrar en la sala por la izquierda—. Compadece por los cargos siguientes: suplantación de identidad en el entorno de la

víctima, espionaje, manipulación, secuestro y extorsión. ¿La acusada acepta los cargos?

—Los acepto —respondió Katia, alto y claro, sorprendiéndola un poco.

—¿Desea testificar para que quede constancia de su versión de los hechos?

—No —contestó ella frunciéndole el ceño.

—¿La víctima tiene alguna pregunta para la acusada? —le preguntó la señora Dubiki a ella, y Katia ni siquiera se giró para mirarla.

—No —dijo, aunque no entendiese por qué no decía nada para defenderse de tantos cargos como le habían caído por intentar avisarla del peligro que corría y proteger a su clan.

—¿A qué clase de peligro se refiere, señorita? —le preguntó Li Jinyuen, otro miembro del Consejo. Se mordió la lengua intentando no pensar en...

—Hable, querida, está en su derecho —la alentó Irena Dubiki, y ya no supo qué hacer salvo decir la verdad.

—Al peligro que corría por no saber nada sobre el clan Becket —respondió, y escuchó más de un murmullo a su alrededor que otra miembro del Consejo silenció de inmediato.

—Señorita Cornell —dijo Susan Jensen cuando la sala volvió a quedarse en silencio—. Según el informe preliminar proporcionado por su padre, Víctor Cornell, usted aseguró que la víctima corría el grave peligro de ser manipulada por un miembro del clan que la víctima ha mencionado. —Miró a Víctor Cornell, sentando a dos asientos de esa mujer—. Diga su nombre completo al Consejo.

—Peter Becket —respondió Katia, y los murmullos volvieron a rodearla.

—¿Que compadezca el segundo acusado, Víctor Cornell! —anunció Vladimir Staroversky, alzando la voz por encima de los murmullos que no hicieron más que subir de volumen, como su pasmo al ver al señor Cornell levantarse de su asiento y ponerse ante el Consejo, junto a Katia—. Se le acusa de encubrimiento y extorsión en beneficio propio a espaldas del Consejo y de su clan. ¿Acepta los cargos?

—Los acepto —contestó él dejándola boquiabierta.

¿Extorsión? ¡Si el pobre hombre no le había hecho nada!

—Dado que ya hemos obtenido su declaración previamente, el Consejo cede la palabra a la víctima —dijo el más joven del Consejo, un hombre japonés llamado... Mierda, no se acordaba... Era algo con K—. ¿Desea hacer alguna pregunta al segundo acusado, señorita?

—No —dijo, y ya no se lo pudo callar—. Pero no me hizo ningún chantaje. Me acogió en su casa y cené con su familia.

—Querida, me temo que los cargos del señor Cornell son definitivos —respondió la señora Dubiki—. Si lo que deseas es preguntar de qué clase de chantaje se valió el señor Cornell, puedes hacerlo —añadió, y ella asintió—. Adelante.

Víctor Cornell dio media vuelta y caminó hacia donde estaba ella: a la que no dejaban de llamar víctima por no decir su nombre, subida y sentada en esa tarima en la que él también se sentó, al otro lado de la bola negra. Y el japonés cuyo nombre empezaba por K se acercó tras él, aunque sin subir un solo escalón de la tarima, entretanto que Irena le decía a Katia que se sentara a esperar su veredicto. La siguió con la mirada cuando ella se sentó a la izquierda del Consejo sin mirar a nadie.

—Señorita, si es tan amable, ponga las manos sobre los sensores —le indicó el miembro más joven del Consejo—. Koichi Izuno, señorita —le recordó haciendo un gesto con ambas manos, como si estuviera a punto de empezar a bailar La Macarena—. Sobre los sensores, si es tan amable —repitió, riendo con disimulo.

Miró su asiento y se murió de vergüenza por lo que acababa de pensar sin control alguno al ver las dos semiesferas negras, pequeñas y a la altura que quedaban sus manos en los reposabrazos, que había tomado como parte de la decoración. Perdón, pensó por un instante, y el señor Izuno negó y se retiró de nuevo hacia su asiento sin perder la sonrisa.

No como Víctor Cornell que, sentado al otro lado de la bola negra, mantenía una seriedad que le supo realmente mal. ¿De verdad le iban a culpar de extorsionarla? ¿Por qué?

—El acusado puede proceder a responder las preguntas de la señorita —anunció el señor Izuno.

Frunció el ceño en cuanto empezó a escuchar la voz de Víctor Cornell saliendo de la bola negra entre ellos, pues él no estaba diciendo una sola palabra. ¿En alemán? No se le daba excesivamente bien el alemán, aunque no tardó en descubrir por qué no era necesario un traductor. Lo tenía justo delante.

Me aseguré de que la señorita, que fue herida en el accidente de coche en el que mi hija Katia se vio involucrada con ella, se sintiera lo suficientemente protegida y, a la vez, culpable y vulnerable, para no tener que informar al Consejo de los errores de mi hija Katia. Incluso pensé en chantajearla cuando me vi en posesión de datos sobre su familia para que su existencia no afectase al juramento de lealtad que mi hija Ivana había accedido a aceptar con el sucesor del clan Becket. No lo hice porque ella misma me pidió que no informara al Consejo y me aseguró que no volvería a ser un problema para mi hija Ivana y el futuro de mi clan. Cometí mis errores de forma consciente contra el Consejo, contra mis propios preceptos y los de mi clan.

—Y lo lamentaré siempre —dijo Víctor mirándola a los ojos.

—¿La señorita tiene alguna otra pregunta para el acusado? —preguntó alguien del Consejo.

No fue capaz de responder nada. Ni siquiera de moverse mirando incrédula a Víctor Cornell, que había vuelto a bajar la mirada a sus pies.

—Señorita —repitió la misma voz mientras ella se daba de bruces con la realidad—. ¿Necesita un receso, señorita?

Apartó la mirada de Víctor Cornell y asintió echando un vistazo a su derecha. A Elena, que se iba a enterar de un momento a otro de la mentira en la que había hecho partícipes a sus padres por haber faltado a su despedida de soltera y... ¡Mierda! ¡No pienses! El mar, el mar, el... ¿Ya para qué, si lo ha escuchado la sala entera? Al menos Nina no lo había oído, porque sino... ¡Para ya de pensar!

—El acusado puede retirarse —anunció la señora Dubiki—. El Consejo hará un pequeño receso para deliberar. Señorita, puede bajar del estrado.

Lo hizo a la vez que Víctor Cornell, que se dirigió hacia donde se había sentado Katia. Ella fue en sentido contrario, directa hacia Nina y Nena, preparándose mentalmente para... ¡Dios, pero qué difícil era no pensar en nada!

—Perdona, no era mi intención mentirte —dijo sin más en cuanto se sentó al lado de Elena—. Me habría encantado poder ir a tu despedida —susurró.

—No pasa nada —respondió ella, aunque su suspiro...

—Sí que pasa algo —observó—. ¿Qué es?

—Que no hizo nada —contestó Nina por ella mirando alrededor, a la gente que podían ver desde allí en los palcos, en silencio mientras el Consejo salía de la sala—. Se negó a hacerlo sin ti.

—Entonces te debo una fiesta de las inolvidables —dijo, abrazándola contra ella—. Llamaremos al resto cuando esto acabe.

—Laura trabaja, y Sara...

—¡Venga ya, joder! —exclamó Nina, callándola y encogiéndola a la vez—. ¿Qué te he dicho? ¡Ni un solo nombre!

—Lo siento —susurró Elena.

—Mi cagada ha sido peor, tú tranquila —musitó en su oído, teniendo la mejor de las ideas si no quería que Elena hablase y Nina estallara—. Vamos a hacer una meditación cortita, va. Cierra los ojos y piensa en el mar. En las olas acariciando la orilla, el tacto de la arena en los pies, las dos tomando el sol... Escuchando música, disfrutando del calor... De la paz y la tranquilidad... Tomándonos un helado

de...

Bruno, pensó. ¡Mierda! Shhh...



Diez minutos después el Consejo aún no había vuelto a la sala así que, durante la espera, Nina les intentó explicar quiénes eran las familias a las que podían ver desde sus asientos. Había doce palcos en el primer piso, al lado izquierdo de la sala, que podían observar desde allí. La mayoría de asientos en tres de ellos estaban vacíos. Esas eran las familias de algunos miembros del Consejo y, aunque estuvieran divididos en los distintos palcos, cualquier persona en la sala sabía que había toda clase de tratos y alianzas entre ellos, como si fuesen un solo clan.

En el segundo piso, en un palco libre de separaciones, estaba el mayor clan de todos: el de Irena Dubiki. Y por lo que Nina les dijo, había crecido muchísimo desde que ella era una niña, cuando lo había visto por última vez. Había miembros en ese clan que ni siquiera tenían un poder de sanación, como Nina o Irena, pues la mayoría eran acogidos por su clan hasta terminar su etapa de aprendizaje. Eran iniciados desde que mostraban algún tipo de poder y luego pasaban años, algunos hasta veinte, aprendiendo a controlar y usar su poder siguiendo las normas impuestas por el Consejo hasta que demostraban ser miembros de confianza y regresaban a sus propios clanes. Al menos así era en el lado izquierdo de la sala, donde pudo reconocer a Ivana en uno de los palcos del primer piso junto a siete personas en el lado de los aliados del Consejo. Pero esa era solo una tercera parte de la gente que había allí reunida.

—Frente al Consejo hay otros once clanes —musitó Nina, echándose atrás en el asiento y señalando con la mirada arriba, a su izquierda, durante medio segundo—. Ellos instruyen a sus propios miembros. La gran mayoría no lo hacen siguiendo las normas del Consejo casi nunca —dijo en un tono muy bajo—. Y justo encima nuestra están los Becket.

—¿Arriba? —preguntó, mirando el pequeño techito de madera que las cubría y luego justo frente a ellas con pasmo—. No... No ocupan todos los asientos, ¿no?

—Sí. Todos —declaró Nina, dedicándole una mirada de ‘telodije’ de lo más seria.

Tragó despacio a la cantidad de Becket que eso suponía, mirando al frente y contando filas de asientos entre los dos pisos.

Se perdió varias veces en la cuenta hasta que el Consejo entró de nuevo en la sala. Tomaron asiento mientras ella observaba a Katia y Víctor Cornell, que no se habían movido de sus asientos a la espera del veredicto del Consejo. Buscó de nuevo a Ivana en el tercer palco del primer piso frente a ellas, pero no la vio. Los treinta asientos de ese palco, con las siete personas que antes había visto junto a Ivana, ahora estaban vacíos.

—¿A dónde han ido los Cornell? —le preguntó a Nina.

—La siega —murmuró Nina—. Ya no hay ningún clan Cornell.

—¿En serio?

Nina volvió a ponerle esa mirada otra vez que ahora interpretó como un ‘ytanenserio’ silencioso y descorazonador. Vio al clan al completo, con sus ocho miembros incluyendo a Ivana, ponerse ante el Consejo. Igual que hicieron Katia y Víctor en primera fila cuando Omar Slimari, el único hombre de color del Consejo, pidió que los acusados se pusieran en pie.

—El Consejo ha deliberado y ha decidido por unanimidad que Katia Cornell, la primera acusada, sea inhibida de sus facultades durante un periodo no menor a un año y que, por consiguiente, vuelva a

ser puesta a prueba bajo la supervisión de este Consejo como iniciada —declaró Omar.

—Qué putada... Sapiens por un año —comentó Nina.

Dos guardaespaldas del Consejo se acercaron a Katia y le pusieron unas pulseras negras y algo que, supuso, eran los botones que ella había llevado durante el vuelo.

—¿Y qué tiene eso de malo? —inquirió Elena ofendida, cruzándose de brazos.

—Para ti, nada. Para quien no está acostumbrado a serlo, es una grandísima putada. Más incluso que volver a empezar su etapa de iniciada —respondió Nina mirándola a ella—. ¿Qué vas a exigirle?

—¿No es suficiente con eso? —preguntó.

Nina se encogió de hombros y el Consejo dio el siguiente veredicto:

—El segundo acusado, Víctor Cornell, queda expulsado como miembro del Consejo y será relevado como líder de su clan por su sucesora, Ivana Cornell.

—Ah, pues no, no es una siega —les dijo Nina entretanto que Víctor daba pasos atrás hasta situarse junto al resto de su clan.

—El Consejo llama de nuevo a la víctima para escuchar su deliberación —dijo Omar, y todo el Consejo la miró esperando a que se diera por aludida.

—Muévete —musitó Nina, dándole un codazo que la hizo reaccionar.

Caminó sin mirar atrás, hacia Irena, que se puso en pie para recibirla e indicarle dónde debía ponerse: frente a los acusados con el resto del Consejo tras ella. Justo delante de Katia y de Ivana, que había ocupado el lugar de su padre.

—Adelante, querida —le indicó la señora Dubiki.

—¿No puede ser en privado? —le preguntó antes de que se fuese a su asiento.

—Me temo que no —respondió ella, retirándose.

Volvió la vista hacia Katia, que ni la miraba esperando su veredicto con un gesto de pura rabia evidente. Con esas pulseras negras y los puños cerrados. ¿Y ahora qué le pido, si ya está cabreada por ser una Sapiens durante un año? Lo que había hecho no era tan grave como para merecer eso y, desde su punto de vista, seguro que era una putada tremenda por intentar salvarla, pero se le ocurrió qué pedirle en el instante en el que pensó en la pregunta que Elena acababa de formular: ¿Y qué tiene eso de malo?

—Vale, a ver —murmuró acercándose un paso hacia ella, susurrando su veredicto—. Tienes que organizar una fiesta de despedida de soltera para mi amiga Elena por todo lo alto.

Katia la miró como si acabara de volverse loca, igual que Ivana. Escuchó los murmullos y alguna risa lejana por su decisión. Se encogió de hombros a las opiniones ajenas. Eso era lo único que le debía, aparte de un móvil nuevo. Así no le costaría tanto darse cuenta de que ser Sapiens tampoco estaba tan mal, tenía sus ventajas. Y su padre... No le hizo falta ni pensarlo al fijarse en él. Ya era suficiente.

—Eso es todo —concluyó mirando a Irena, que asintió sonriente como más de uno en el Consejo tras ella.

—Bien, pueden retirarse —indicó Irena Dubiki—. Usted no, querida, aún falta algo —dijo, indicándole a Ivana que se acercara y haciéndole un gesto a ella para que regresara a su asiento.

Caminó hacia allí mirando atrás, a Ivana, que habló en susurros con la señora Dubiki un instante antes de mirarla a ella con pasmo un segundo y atender a lo que le estuviera diciendo Irena. ¿Sería lo de la prueba?

Miró el asiento vacío que su padre había dejado en la mesa del Consejo antes de volver la vista al frente, encontrándose con una visión que hasta ahora no había tenido en cuenta: el inmenso clan Becket, repartido en los dos pisos, ocupando cada asiento justo ante ella, con un centenar de pares de ojos observándola con atención.

—¡Sofía! —exclamó Nina, haciéndole gestos frenéticos para que se moviera, pues había dejado hasta de respirar.

—Mierda, son muchísimos —musitó cuando al fin estuvo a salvo de sus miradas, sentada junto a

Nina—. ¿No decías que no dijésemos nombres?

—No me jodas, el tuyo ya lo saben —espetó Nina bastante cabreada—. Y ahora también saben lo de la boda. Gracias.

—Dudo que no lo supieran ya —dijo en su defensa—. Además, ¿qué importa que sepan que te has casado?

—Los Becket no se casan —contestó Nina dejándola atónita.

—¿Nunca? —preguntó Elena, tan perpleja como ella.

—No sin el consentimiento del líder del clan, al que me he pasado por el forro, y ahora lo saben —masculló Nina en respuesta—. Me van a joder viva.

—Que se atrevan —declaró Elena con determinación.

—Por curiosidad. ¿Qué piensas hacerles si se atreven, Elena, mirarles mal? —preguntó Nina con total sarcasmo.

—No te burles. No es a mí a la que le importa tanto que lo sepan, ya no tengo nada que esconder —respondió ella de brazos cruzados—. Una buena patada en los cataplines le duele a todo el mundo por igual, ¿o no?

—Cataplines... —se carcajeó Nina, pellizcándose el tabique con los ojos cerrados sin poder dejar de reír, como ella—. No llegarías a tocarles.

—Oye, que soy bajita pero tengo fuerza —contestó Elena.

—No lo digo por la altura, cabeza hueca —dijo Nina, dándole un capirote en la frente.

—¡Ay! ¡Eso duele, Nina! —se quejó Elena a grito limpio.

Nina le tapó la boca y ella miró al frente, a la gente que las observaba a distancia desde los diferentes pisos y a Ivana, sentada en la silla que ella había ocupado antes en medio de la sala, sobre la tarima, frente a Irena. Ambas con las manos encima de la esfera negra, con los ojos cerrados.

¿Así era la prueba para ser parte del Consejo? No se atrevió a abrir la boca para preguntarle a Nina, que ya no le tapaba la boca a Elena pero la miraba de esa manera tan versátil, por no decir acongojante, que en ese instante significaba, clara y contundentemente: comodigasunasolapalabramástecuelgo.

Esperaron diez minutos en silencio a que alguna de las dos, Irena o Ivana, hiciera algún movimiento. Durante la espera, se dio cuenta de que el palco que los Cornell habían usado hasta ahora volvía a llenarse, aunque Katia no estaba entre sus ocupantes.

A ella la vio entrar en el palco del segundo piso, en el del clan de la señora Dubiki, que se levantó en ese momento de su asiento frente a Ivana y otro miembro del Consejo ocupó su lugar, posando las manos sobre la esfera negra.

No entendía lo que estaba pasando, y se lo hizo saber a Nina con una sola mirada. Ella le hizo un gesto de silencio, negando, indicándole que mirase con... No, no era que mirase con atención. Era ese otro gesto que le había hecho antes para recordarle que no debía pensar en nada si no quería que la gente de esa sala la oyese, lo que significaba que solo la gente con ese poder de visión podía saber lo que estaba pasando realmente durante la prueba. Y era una prueba realmente larga pues, cada vez que un miembro del Consejo se bajaba de la tarima, el siguiente ocupaba su lugar. Y así hasta que los doce miembros actuales del Consejo volvieron a sus asientos y empezaron, por el mismo orden por el que habían hecho la prueba a Ivana, a decir sí o no, comenzando por la señora Dubiki, que dijo que no.

—¿Eso significa que no ha pasado la prueba? —quiso saber, aunque lo preguntó en un quedo murmullo al oído de Nina.

—No —respondió Nina en el mismo tono—. Significa que no la considera preparada o dispuesta para ser líder de su clan. Con que le den dos más... Fin.

Permaneció pendiente de esas decisiones, escuchando el sí de Susan Jensen, el no del señor Izuno, y luego el sí de todos los miembros del Consejo restantes a excepción del último en hablar: Josef Aram.

—No —dijo ese hombre de unos cincuenta años, como la mayoría de miembros del Consejo a excepción de Irena y el japonés.

—¿Y ahora? —preguntó ella. Nina volvió a hacerle un gesto de silencio.

—Ivana Cornell, ¿está de acuerdo con la decisión del Consejo? —preguntó Irena.

—Sí —dijo ella, de pie sobre la tarima.

—Entonces este Consejo propone una solución temporal y declara a los miembros del clan Cornell como protegidos del Consejo bajo el liderazgo del clan Dubiki —declaró Jyuti Mittal, la mujer hindú vestida de verde—. Puede retirarse, joven.

—No me entero de nada —musitó Elena, sentada al otro lado de Nina, cuando Ivana se marchó de la sala.

—Ivana no quiere ser líder de su clan —contestó Nina—. Y no me extraña nada, porque con los pocos que son, y con Katia inhibida durante un año, serían un objetivo demasiado fácil para el resto de clanes que quieran chantajearles o eliminarles. Así que ahora los Cornell estarán sin líder hasta que a ella le dé la gana, si es que consigue fortalecer su clan para poder ir por su cuenta. Mientras tanto serán miembros activos del clan Dubiki —dijo, mirando igual que ella al segundo piso frente a ellas, donde todos los Cornell habían subido dejando su palco vacío—. Y así es como se lo monta la adorable abuelita —musitó con ironía—. Clan que se va a la mierda, clan que absorbe.

—Qué lista es la yaya Irena... —opinó Elena sonriente.

—¿Y solo los líderes de clan que pasen esta prueba pueden ser parte del Consejo? —preguntó.

Nina asintió, la miró de reojo medio segundo y se lo dijo con esa mirada suya de ‘niseteocorra’. No lo quiso pensar un solo instante, aunque tampoco pudo, pues el Consejo volvió a llamarla a ella para continuar con el juicio. Ahora para interrogar al tercer acusado: Peter Becket.



El Consejo ni siquiera había dicho qué cargos tenía Peter Becket, pero ya estaba ahí. Evitó mirarle por todos los medios cuando se sentó ante ella. No sabía hacia dónde dirigir la vista. Si miraba al frente, ahí estaba él. Si miraba a la derecha, hacia Nina y Nena, podía ver al clan Becket observándola desde arriba. Mejor miraba a la izquierda.

—¿Te sientes acorralada, Sapiens? —le preguntó, sonriendo y observándola de una manera que le tensó la mandíbula—. ¿Qué? ¿No te gusta mi clan, guapa?

—Aquí las preguntas las hace el Consejo —respondió antes de ignorarle.

—Pues que pregunten. No tengo nada que ocultar —dijo él—. Tú, en cambio, sí.

No le hizo ni puñetero caso. Se centró en mirar las tallas artesanales del atril de caoba sobre el que estaba la esfera negra.

—Esfera negra... —se carcajeó él—. *Communis Excogitatoris* o Pensador Común, Sapiens —dijo, pronunciándolo con un retintín de los más molesto, como si fuese retrasada—. No, no creo que lo seas, aunque ya veo que no te caigo bien. ¿Estás incómoda, eh? Pareces algo tensa. Piensa en el mar.

—Lo haré si quiero, Octavo —espetó, y él sonrió ampliamente.

—Ah... Así que ya sabes a lo que te enfrentas —murmuró él.

Volvió a ignorarle centrándose en las tallas.

—Te gustan los detalles, ¿eh? —Ni caso—. A mí no me resultan tan interesantes, pero me gusta mucho ver cómo intentas no pensar. Es muy divertido.

—Al final Katia tenía razón —farfulló sin dejar de mirar esa sonrisa de capullo prepotente, que se amplió por su insulto mental.

—Lástima que no puedas oír lo que pienso ahora mismo de ti, preciosa —dijo, volviendo a repararla con la mirada antes de sonreír hacia el palco en el que estaba su clan—. Hay muchos aquí que sí, en especial uno al que no le ha gustado nada que tengamos una cita.

¿Cita? ¿Qué cita? Eso no había sido una cita, sino un engaño para hacerla viajar a Barcelona creyendo que iba a una comida de negocios.

—Está bien, pongamos que era ambas cosas, porque si no recuerdo mal te desilusionó bastante que tu querido y admirado arquitecto no se presentara a la cita —respondió él—. Te gusta mucho, admítelo, y no precisamente por trabajo.

—No tengo nada que admitir o desmentir sobre ese tema, no soy yo quien tiene que ser interrogada, y menos por asuntos personales. Algo que está lejos de una comida de negocios con un impostor —respondió sin dudarle.

—No, bonita —dijo él sonriente—. Yo te dije quién era, no te lo oculté, y también te dije que quería hacer un trato contigo, y no era mentira —añadió y, aunque fuese verdad...—. Claro que es verdad. Ya deberías saber que un Becket nunca miente a sus amigos, y tú eres una protegida de nuestro clan. Supongo que invitarte a comer en un hotel con la excusa de saber hasta qué punto recuerdas lo amiga que fuiste de mi hermano Bruno hace ocho años, y cómo te manipuló para acostarse contigo otra vez esta misma semana, es algo a lo que no estás acostumbrada. Quizá hubieras preferido que te manipulara para conseguir respuestas, parece que es lo que te va —murmuró, satisfecho consigo mismo por ser tan arrogante como para creer que así iba a molestarla un mínimo—. ¿No, chica dura? Porque

hay alguien en el segundo piso, primera fila, justo en medio, que no parece temer a las consecuencias por manipularte.

Sin poder remediarlo, aunque lo intentó en un principio, miró a su derecha, al segundo piso, a la primera fila, cruzándose con la mirada seria de Bruno un instante antes de ver junto a quién estaba sentado: Terrance Becket, el calvo de ojos azules por el que tenía esas trabas en su mente de la noche que había pasado con Bruno en... Volvió la vista al frente cuando escuchó a su hijo reír a carcajada limpia. ¡Mierda! ¡Maldito capullo!

—Eres muy divertida, Sapiens, ya lo creo —dijo entre carcajadas—. Puedo llamarte Sofía, ¿no?

Nunca, respondió de inmediato sin mirarle, sin molestarse ni en decirlo. ¿Y cómo dejaba de escucharle? ¿Se tapaba los oídos? ¿A qué estaba esperando el Consejo para empezar el interrogatorio?

—Ya ha empezado, Sofía —declaró él. Si fuese por ella ya habrían acabado, porque no le soportaba—. Oh... ¿Y no quieres preguntarme nada más? Todavía te queda mucho que saber sobre tus protectores y la encomiable labor que hemos realizado por tu familia para que tú llames calvo a nuestro líder, me parece.

—No quiero saber nada que provenga de ti. Punto —concluyó poniéndose en pie.

—¿Punto? —preguntó él riéndose otra vez.

Y no fue el único, pues hubo risas por toda la sala. Sobre todo procedentes de su derecha, donde Nina se tapaba la cara con ambas manos, como si quisiera desaparecer.

—Hablas como una verdadera Becket. Qué lástima que seas Sapiens, ricura. No seré yo quien desperdicie mis genes contigo por buena que estés. Aunque podemos pasárnoslo muy bien juntos, si quieres una segunda cita —añadió guiñándole un ojo. No hizo ni caso a su provocación, a su risita prepotente—. Yo no te manipularía, en el sentido Octavo de la palabra, pero te haría de todo —dijo entonces, y le miró tan incrédula como asqueada.

¡Puto cerdo! ¡Antes muerta que...! No, ni caso, se dijo al ver que conseguía enfadarla cada vez más. Miró tras él, a los doce miembros del Consejo que les observaban en silencio, y buscó la mirada de Irena. ¿Es que nadie le iba a decir nada por acosarla así? ¡Eso sí que era un delito!

—Para los Sapiens puede, cosa bonita. En este juicio no tienes nada contra mí aparte de unos insultos que pueden salirte demasiado caros —le advirtió él, levantándose igualmente y bajando del estrado hasta plantarse delante del Consejo, cuyos miembros ni siquiera se pusieron en pie—. ¿No es así?

—Por desgracia, así es. Ya puede marcharse —dijo Irena, haciéndole un gesto a ella para que se acercara también.

Lo hizo cuando ese maldito... Lo hizo y punto sin mirar a nadie más que a la señora Dubiki, sin hacer caso a las risas que se escuchaban a su derecha y tras ella, entrando por la puerta que Irena abrió, dejándola pasar primero. El pasillo era bastante ancho, así que caminó de lado a lado para tranquilizarse sin conseguirlo.

—¿Cómo puede haberse ido de rositas, como si nada? —preguntó en cuanto ella cerró la puerta, tan furiosa que no podía quedarse quieta—. Fue culpa suya que estuviera donde no tenía que estar, que Katia y yo sufriéramos un accidente. Y es... Dios, es...

—Cálmate, querida, vamos —le aconsejó ella frenando su paso, cogiendo su mano entre las suyas—. Lo sé, estás furiosa, y no te faltan motivos para estarlo. Pero de haberle inculcado de algo ahora, aunque sea por cretino, no habríamos podido seguir adelante con lo planeado para el último acusado. Lo estás haciendo bien, Sofía, muy bien. Céntrate, querida, respira hondo.

—Creo... creo que he flotado —musitó, recordando cómo se había relajado antes del juicio—. Estaba haciendo una meditación corta para calmarme y he... Bueno, no sé muy bien cómo, pero creo que flotaba.

—Vaya, eso no es muy común —comentó ella extrañada—. Imagino que ha debido ser toda una sorpresa si aún no te lo crees ni tú —dijo sonriente, soltando su mano para hacerle un gesto de que se diese la vuelta. Frunció el ceño al sentir que le apartaba el pelo de la espalda—. Sí, justo lo que imaginaba. Está roto.

—¿El qué? —preguntó al notar cómo le sacaba algo del cuello del vestido, como un círculo blanco partido en dos, tan fino como un pendiente de nácar—. ¿Qué es eso?

—Esto es un pequeño truco que usamos con los pequeños para que no se hagan daño cuando empiezan a demostrar sus poderes. Lo consideré oportuno para que tus vibraciones no se expandieran más allá de ti misma en caso de emergencia —le explicó—. Ahora es inservible, y me temo que todavía no ha llegado la peor parte para ti, Sofía. Propondré un receso para comer. Eso nos dará tiempo para conseguirte otro, si es lo que quieres.

—Irena —musitó al verla ir hacia la puerta—. ¿Por qué se lo has dicho?

—Supongo que porque tenía que saberlo —respondió Irena, consciente de que se refería a Bruno—. Entre Dusze Razem no debe haber secretos, igual que entre los miembros del Consejo.

—Ya, pues ahora no hay nada. Se ha despedido —murmuró dando un suspiro.

Irena volvió a acercarse a ella, cogiendo su mano entre las suyas y mostrándole una sonrisa tranquila, cerrando los ojos. En cuanto lo hizo tuvo una sensación terrible en un principio, como si alguien estuviera presionando su pecho, y luego algo totalmente opuesto, como una sensación de liberación que le aceleró el corazón y la respiración. Algo que ya había sentido antes.

—No digas nada cuando hay tanto, querida Sofía —dijo Irena abriendo los ojos—. Su amor por ti es tan inmenso como su temor a perderte. Y si su decisión no te gusta, quizá es porque aún no has tomado la tuya —susurró—. Tendrás que ser tú quien decida si ha sido una despedida o si, por el contrario, estás dispuesta a quedarte y a mostrarles tu verdad como Novena.

Irena abrió su mano con una caricia, dejando en la palma de su diestra ambos pedazos del círculo nacarado partido en dos. Le cerró el puño y le dio un suave beso en los nudillos y dos palmaditas, sonriendo con cariño a su atisbo de lágrimas por lo que acababa de sentir y que no era la primera vez que sentía.

—Nadie puede escoger a su familia al nacer, ni dónde, cuándo o cómo va a ser su vida hasta que crece. Entonces llega el momento en el que sentimos que debemos elegir a la familia que queremos tener. La vida que queremos llevar —dijo sin soltar su mano—. Y este es tu momento, querida Sofía. Estaréis unidos pase lo que pase, de una forma u otra —le aseguró sin atisbo de dudas—. Sois Dusze Razem. Le sientes contigo aunque no esté aquí.

Su recordatorio la hizo sonreír y asentir mientras Irena le secaba las lágrimas. Ella soltó su mano y fue hacia la puerta de nuevo, dispuesta a darle excusas para esconder algo tan evidente como lo que no podía dejar de sentir y no deseaba ocultar.

—Gracias, pero no necesito más trucos ni tiempo —sollozó sonriente—. Le amo.

—Lo sé, querida, y ahora tú también —respondió Irena con la mano ya sobre el pomo de la puerta—. ¿Preparada?

Repasó la parte baja de sus ojos con la yema de los dedos, respirando profundo varias veces, y asintió. Caminó en línea recta en cuanto Irena abrió esa puerta, cediéndole el paso, y subió los tres escalones de la tarima con toda su decisión centrada en lo que tenía en su mano. En lo que sentía con tanta seguridad.

—Que compadezca el siguiente acusado —ordenó Irena—. Bruno Becket.



Estuvo pendiente de él en cuanto apareció por la puerta a la izquierda tras el Consejo, poniéndose ante ellos para escuchar los posibles cargos de los que pudieran inculparle. Y, como con el cretino de Peter, el Consejo no verificó ningún cargo sin antes escuchar lo que Bruno tenía que decir respecto a lo que se suponía, según el cretino, que había hecho: manipularla.

—Me declaro culpable —dijo él sin que nadie del Consejo se lo preguntara, pero no pensaba creerle—. Y aceptaré los veredictos del Consejo y de la víctima, cualesquiera que sean.

—Eso será después del interrogatorio —declaró Abigail Dorotec señalando hacia el asiento vacío frente al suyo—. Siéntese, señor Becket.

Bruno dio la vuelta, caminó hacia ella y tomó asiento sin dejar de mirarla con esos ojos verdes que no eran los suyos. Con un gesto serio de careta que echaba para atrás. Ese ni siquiera era él, pensó sin temor alguno a que la escucharan.

—Te dije que no me conocías y lo mantengo —respondió Bruno.

—Sí, lo sé —murmuró, sonriendo a esa verdad que tenía en la mano y suspirando por tantas como le faltaban por saber—. Han pasado mucho más de los tres días que te prometí, aunque no hayan sido precisamente normales, así que supongo que puedo preguntarte ya. ¿No?

—Pregunta —accedió él, así que se sentó recta en su asiento, preparándose.

—¿Me manipulaste en algún momento de esta semana? —quiso saber.

—No —contestó de inmediato.

—¿Y hace ocho años? —preguntó, empezando a ver por dónde iba la cosa.

—Sí —dijo él, verificándose por su forma de contestar a lo Becket.

—¿Por qué?

—Porque me deshice de ti después de acostarme contigo —respondió Bruno secamente.

—No mientes, pero estoy segura de que no fue así —declaró rotundamente, sin atisbo de duda a pesar de no recordarlo y con una pregunta en mente que le daría la razón.

—No, fue un error —contestó Bruno—. Igual que ahora.

—Para, por favor —le suplicó a esa careta que no tenía el valor de quitarse.

—Si no tienes otra pregunta...

—Sí, la tengo —le cortó antes de que se levantara—. ¿Qué le pasó a tu madre?

—No es relevante en este caso —contestó Bruno. Pudo verlo entonces; ese atisbo de vacío y tristeza en su mirada que ya había visto antes—. ¿Eso es todo?

—No, mi amor —dijo, sonriendo a la verdad que aún tenía en su mano—. Para nada.

Suspiró profundo con los ojos cerrados acariciando la superficie de ambas partes con el pulgar, cálidas y ligeras, y sintió esa verdad desde lo más profundo, como le había dicho y hecho sentir Irena, apresando su parte con la yema del dedo. Se centró en la otra mitad del círculo, libre sobre su mano, y esta se elevó poco a poco de su palma como una pluma en el aire, dirigiéndose hacia su propietario. Los asistentes a su alrededor, Consejo incluido, se pusieron en pie. Como Bruno, que la miraba atónito y sin careta alguna ahora. Sonrió y se levantó de igual manera entretanto que los susurros a su alrededor subían de volumen, silenciándolos con una sola pregunta.

—¿Me amas, Bruno? —le rogó una vez más.

Los intensos ojos verdes de Bruno la observaron en silencio durante unos segundos en los que pudo ver su brillo aparecer, rompiendo su careta por completo cuando Bruno reaccionó a su pregunta con una sonrisa, plantando ambas manos en la esfera oscura. El Pensador Común zumbó con fuerza y Bruno mantuvo la mirada fija en ella, respirando aprisa, empezando a quedarse pálido por momentos.

Escuchó más de un grito furioso a su espalda, a su derecha, y un silencio sepulcral a su izquierda y ante ella. Sin embargo, no dejó de mirar a Bruno hasta que se irguió, cogiendo la mitad de la verdad que todavía se mantenía en el aire, esperando una respuesta.

—Ahora y siempre, Sofía —declaró antes de dar un rápido rodeo al atril que les separaba hasta llegar a ella.

Bruno la abrazó con fuerza por la cintura, besándola con un ímpetu y una pasión que le cerraron los ojos. Una increíble sensación de pura dicha se expandió por todo su cuerpo y fuera de él. Aunque no fue consciente de ello hasta que Bruno dejó de besarla y miró hacia arriba, a esos dos medios círculos que se elevaban sobre sus cabezas y que ambos habían soltado mientras se besaban. No pudo más que reír estirando el brazo para alcanzarlos, igual que Bruno intentando auparla un poco por la cintura hasta que consiguió cogerlos.

Miró a su derecha, a Nina y Elena, con la boca abierta, haciéndoles un gesto para que se acercaran antes de buscarle. Encontró a Peter Becket en el segundo piso, segunda fila a la izquierda, de pie y con un gesto de incredulidad. Le hizo un corte de mangas mental pensando en lo que importaban los detalles, como por ejemplo que ella no era Sapiens. Lo que daba igual era el poder que tuviera él, pues seguiría siendo un capullo y un cretino, pensó sin dejar de reír cuando le vio marcharse furioso.

—¡Sabía que eras especial! —exclamó Elena—. ¡Lo sabía!

Elena corrió hacia ella tirando de Nina, subiendo al estrado de dos saltos y abrazándoles a ambos sin dejar de brincar de alegría.

—¡Baja de ahí, Elena! —exclamó Nina en un quedo susurro.

Se apartó de Bruno poco a poco, se despegó a Elena y bajó los tres escalones del estrado sin dejar de mirar su miedo, poniendo los brazos en jarras con un suspiro de impaciencia.

—Baja tú del burro, tozuda —le espetó—. Soy quien soy y tú eres quien eres, eso no lo vamos a cambiar nunca. Pero yo ya he decidido y este también es tu momento de hacerlo. ¿Me apoyas como parte de mi familia o no, Nina? Decídetes —exigió, y Nina miró tras ella un instante antes de cruzarse de brazos, sonriente.

—Eso parece —respondió, haciéndola reír a carcajadas, igual que a Bruno.

Fue entonces, al mirar hacia el Consejo, cuando se dio cuenta de las peonzas que flotaban y giraban en las manos de sus propietarios que, en pie, la miraban atónitos a excepción de Irena. Ella sonreía de oreja a oreja, asintiendo con una inclinación de cabeza que el Consejo al completo copió.

—¿Ya se ha acabado? —preguntó Elena, bajando del estrado con Bruno, cogiendo la mano de Nina—. Me muero de hambre.

—Si te has puesto tibia de pastas, ¿cómo puedes tener hambre otra vez? —se carcajeó Nina, y la cara de Elena se lo dijo todo.

—Quieres ir al restaurante de siempre a comer queso y foie gras hasta reventar y que Nina tenga que sanarte otra vez, ¿no? —observó, y Elena sonrió con la culpabilidad pintada en la cara—. Ahora vamos, un momento.

Cogió la mano de Bruno, que le besó los nudillos con fuerza, y se dirigió hacia el Consejo situándose ante ellos con Nina y Nena detrás. Todos ellos dejaron sus peonzas encima de la mesa, rodando aún, antes de que Chung-ho Hyun se decidiese a ser el primero en hablar.

—Hoy damos la bienvenida a la primera Novena de nuestra historia —dijo, inclinándose una vez más—. Este día será recordado y celebrado por siglos.

—Y también celebraremos la inclusión de la primera Sapiens en nuestra comunidad —dijo

Constanza Riviera la mujer de rasgos sudamericanos que no dejó de sonreír mirando a Elena desde el borde izquierdo de la mesa. La adelantó junto con Nina cogida a su mano—. Bienvenidas.

—Bienvenidas —dijo Alina Rinehart, inclinándose de la misma manera que los demás hasta llegar a Irena.

—Bienvenidas seréis ahora y siempre —dijo ella. Abrazó a Bruno sonriente y él le dio un beso en la sien—. Continuaremos el juicio contra los crímenes de los clanes Becket y aliados tras el almuerzo. Haré que os traigan lo que queráis comer durante el tiempo que tardemos en controlar la situación.

Siguiendo la mirada de Irena giró la cabeza hacia su derecha, al barullo al que había decidido no hacer caso alguno, igual que al de su espalda. Había guardias armados por todas partes, y todos ellos estaban custodiando a esos clanes que, como los Becket, serían juzgados por sus crímenes, fueran los que fuesen. Volvió la vista a su derecha, al segundo piso, primera fila, donde Terrance Becket estaba siendo escoltado fuera de su palco y lejos de su clan, igual que el resto de líderes de clan. Aunque solo él lo hacía en silencio, mirándola a ella en exclusiva mientras le ponían unas esposas negras.

—Vamos, mi amor, ve con ellas —susurró Bruno a su lado, frunciéndole el ceño cuando le soltó la mano cogiendo su medio círculo para ponerse delante del guardia que le estaba colocando las mismas esposas negras que a su padre.

—¡No! ¡Por qué! —exclamó, intentando apartar a ese guardia de él.

—Tranquila, no me hará daño, no te preocupes —dijo Bruno.

Negó en rotundo pero el guardia tiró de su brazo. ¡Si no había hecho nada malo!

—Hice muchas cosas de las que me arrepiento, Sofía, y soy tan culpable como el Consejo decida por la muerte de mi hermano Nico —declaró Bruno, robándole el aliento, pero se negó a creerse algo así—. Nina, por favor, díselo. Cálmala.

—Sofí, lo hizo manipulado y siguiendo órdenes, no por voluntad propia —dijo ella tirando de su brazo.

Hizo lo posible por soltarse de Nina y Elena se abrazó a su cintura para frenarla.

—Se solucionará muy pronto, vamos —añadió Nina, tratando por todos los medios de calmarla, pero no podía.

—¡Bruno! —chilló, y el guardia que se lo llevaba dio un salto largo hacia adelante en el aire.

A su vez, Bruno cayó al suelo y fue arrastrado por una fuerza invisible hacia ella. ¡No se lo van a llevar!

—Sofía, basta —le ordenó Irena, acercándose aprisa y cogiéndole la cara entre sus manos—. Céntrate, querida, puedes hacerlo. Contrólate.

—Llevas toda tu vida haciéndolo, mi amor, vamos —dijo Bruno, riendo desde el suelo cuando ella casi no podía contener el llanto—. Respira profundo, Sofí. Piensa en las toneladas de helado de nueces que nos comeremos juntos en la orilla del mar. Ahora y siempre, mi amor, repítelo.

—Ahora y siempre —sollozó, dejando de luchar contra Elena y Nina, frenando esa fuerza invisible que arrastraba a Bruno por el suelo—. Bruno...

—Dusze Razem —susurró Irena, sonriente pero derramando lágrimas como las que se llevó de sus mejillas con las manos—. Recuérdalo, Sofía. Cálmate.

Se repitió cada palabra mientras Nina ayudaba a Bruno a ponerse en pie. Unidos pase lo que pase, de una forma u otra. Conmigo aunque no esté, pensó sin dejar de mirar sus ojos verdes, su amplia sonrisa.

—Eso es, niñas, estará bien pase lo que pase. La yaya Irena le protegerá por vosotras —dijo Irena acariciando la cabeza de Elena.

Bajó la mirada y se centró en Elena, llorando a moco tendido contra ella. La abrazó con fuerza de igual manera viendo a Bruno caminar hacia el guardia sin dejar de mirarla, de sonreír con calma hasta que salió de la sala, seguido por el resto del Consejo. A excepción de Irena, que las llevó a las tres hasta

un salón y dejó dos guardias custodiando cada puerta de las dos que había. Irena esperó junto a ellas a dos personas de confianza de su clan, dejándolas en el interior de la habitación con Ivana y otro hombre antes de ir a reunirse de nuevo con el Consejo para decidir el justo castigo que merecía Bruno por haber obedecido al líder de su clan en contra de las normas del Consejo. Miró a Ivana cuando se sentó frente a ella y Elena, que no se había tranquilizado aún por más que Nina lo intentara. Y ella tampoco de pensar en lo que podría pasarle a Bruno.

—Hablemos de esa despedida de soltera que le has exigido a mi hermana, Novena —dijo Ivana, y Elena y Nina la miraron con desconfianza—. Hizo lo que hizo por mí, y ya que ahora sabemos que vuestro accidente fue por culpa de tu descontrol, seré yo quien organice esa fiesta por todo lo alto para tu amiga. ¿Alguna petición en especial o un show de strippers te vale, Sapiens?

—De strippers nada —le advirtió Nina.

Elena se empezó a quejar de inmediato porque una despedida sin strippers no era una despedida por todo lo alto, como se merecía por hacerla tarde. Ella, sin embargo, no dejó de mirar a Ivana y a ese chico que sonreía a su lado: Brandom Dubiki. Él hasta se ofreció a participar como stripper aun siendo una despedida homosexual. Les agradeció en silencio esa distracción tan necesaria e Ivana asintió con disimulo, continuando con su papel de organizadora de fiestas. Acarició su mitad del círculo nacarado, todavía en su mano, y respiró muy profundo. Bruno...



Casi tres horas después, y con el estómago hecho un nudo sin dejarle probar apenas nada de lo que les habían llevado a ese salón, Irena entró por la puerta y se quedó junto a los dos guardias que les custodiaban. No pudo refrenar su impulso para correr hacia ella, esperando que le dijese...

—Lo lamento mucho, querida. Todavía no podemos decretar ningún veredicto sin escuchar los interrogatorios —dijo nada más coger su mano, pero Bruno...—. Está bien, perfectamente bien. Solo un poco preocupado por ti y por lo que pueda afectarte el último acusado de este caso, así que mi hijo Brandom estará a tu lado durante este interrogatorio. Te supervisará y será tu sanador personal a partir de ahora como futura líder de clan. ¿Aceptas?

—Sí —contestó, sabiendo de sobra a quién tendría que interrogar ahora.

—Pues adelante, ya nos esperan —las informó Irena ofreciéndole su brazo—. Debo decirte algo antes de que empiece el juicio de nuevo, para que no te preocupes por nada más que por lo que a ti respecta, querida Sofía —añadió caminando junto a ella, con Nina y Nena siguiéndolas de cerca, igual que Ivana y Brandom Dubiki—. Me tomé la libertad de reunir a tus padres en un lugar seguro antes de que llegaseis aquí —le confesó, paralizándola—. Están completamente a salvo, querida. Podrás reunirte con ellos cuando acabemos y, si es tu decisión, te ayudaré a explicarles lo que ha sucedido.

—¿Y mi padre? —preguntó Elena.

—También he mandado a mis chicos que le vigilen a él y a vuestros conocidos de cerca las próximas semanas. No me cabe duda de que estarán bien —les aseguró Irena echando un leve vistazo hacia atrás, hacia Nina, igual que ella al ver su gesto serio y esa mirada de desconfianza que aún le dedicaba a Irena—. Todos los iniciados del clan Becket están bajo custodia y protección del Consejo, lejos de estas instalaciones. Podrán reunirse con ellos en cuanto lo consideremos seguro, aunque puede que pase algún tiempo para según qué criatura —dijo, dando un profundo suspiro—. Algunos de ellos tienen mucho que sanar antes de que estén preparados para iniciar su debida instrucción sin que nadie corra ningún peligro. Y todos lo harán juntos como parte de un solo clan.

Nina frenó en seco, dejó de caminar mirando a Irena con los ojos como platos y ella suspiró, yendo hacia Nina y cogiendo su mano sin que ella hiciese amago alguno de apartarse.

—No habrá lugar para las venganzas cuando sus juicios terminen —declaró Irena antes de volver a andar, como Nina tras ellas con el mismo gesto de pasmo.

Tras recorrer los pasillos sin poder dejar de observarla de tanto en tanto, y sin que Elena ni ella tuvieran idea de lo que le pasaba o de lo que acababa de asegurarle Irena a Nina para dejarla tan petrificada, entraron en silencio a la sala de audiencias por la puerta a la derecha de la mesa del Consejo

—Hostia puta... —musitó Nina mirando en la misma dirección que ella.

No había nadie a su izquierda, en ninguno de los dos pisos que habían ocupado los Becket hasta ahora, y ante ellas apenas había una doceava parte de la gente que había antes. Incluso los clanes de su derecha, los del Consejo, no parecían tener el mismo número de miembros. Volvió la vista hacia Nina y tuvo que chasquear los dedos delante de su cara para que la mirase, esbozando una ligera sonrisa incrédula que le dijo lo que necesitaba saber: eso era la siega.

—Van a ser unos días bastante agotadores para el Consejo, pero lo cierto es que me siento liberada de una carga tan inmensa —les confesó Irena—. Mis años no pasan en balde —dijo mientras

cogía el semicírculo que todavía tenía en la mano con una sonrisa, dándoselo a Elena y llevándola a ella hacia la tarima en la que, esta vez, había tres sillas; dos en el lado donde ella se sentó junto a Brandom y una frente a ellos, en la que Irena se sentó frunciéndole el ceño—. Me gustaría poder decir que no lo he hecho a propósito, pero lo cierto es que no es el caso —declaró sonriente—. Adelante, querida.

—¿Qué...? —consiguió decir, estupefacta.

—Bueno, Sofía. Resulta que me he acusado de encubrimiento por este asunto de tu condición de Novena que he mantenido en secreto por tu bien, y en contra del bien común, pues no parecías muy segura de estar preparada. Ahora voy a aceptar las consecuencias —le explicó Irena abriéndole la boca de puro pasmo.

—Yo te lo pedí —musitó, pero ella hizo un gesto como si eso diese igual.

—Como te dije, no hay secretos entre los miembros del Consejo. Es una norma indispensable entre los clanes aliados, lo entenderás con el tiempo, no te angusties —le aconsejó—. ¿Tienes alguna pregunta antes de escuchar el veredicto, querida Sofía?

—Pe... Pe... —musitó, incapaz de pensar siquiera.

—Madre, no juegues así, la acabarás poniendo nerviosa —se carcajeó Brandom.

—Está bien, está bien —aceptó Irena sin dejar de sonreír—. He decidido que ya es el momento de dejar mi lugar entre los miembros del Consejo, aunque antes hemos decidido por unanimidad que mi puesto no debe quedar vacío durante estos días tan cruciales —dijo, suspirando—. Brandom podrá encargarse de ello temporalmente hasta que estés preparada para representarnos a todos, Sofía.

—¡Pe...! —exclamó, sin saber qué decir por un momento. Buscó a Nina cuando la escuchó reír como una loca, viéndola sentada junto a Elena en unos asientos a su izquierda, cerca de la tarima—. ¡Solo los líderes de clan pueden ser miembros del Consejo, y yo no...!

—Ah, eso es cierto —coincidió Irena sonriente—. ¿Sabes ya qué exigirme?

—¿Tu clan? —preguntó por pura cuestión de obviedad, e Irena asintió—. ¿Me estás dando tu clan? —inquirió, y su voz sonó más a sorpresa que a pregunta—. Pe... pero... —balbuceó, mirando el asiento vacío entre los miembros del Consejo y volviendo a Nina, que apenas podía dejar de reírse de ella—. No puedo hacerlo. Tú misma lo has dicho. No estoy preparada.

—Lo estarás, querida, lo estarás —aseguró ella, levantándose de su asiento de acusada—. Brandom te ayudará. Te guiará y te enseñará lo que...

—No es justo —declaró cortándola y poniéndose en pie, pues para nada veía justo que ella dejase su clan en sus manos por una tontería así—. No lo es.

—Lo será cuando se presente el siguiente acusado, Sofía —contestó Irena dejando de sonreír por un instante—. Además, ya has aceptado mi oferta hace menos de cinco minutos. Hay testigos que pueden confirmarlo. ¿No es cierto, hijo?

—Así es, madre —dijo Brandom, riendo con disimulo.

Él, a quien había aceptado como supervisor y sanador personal como... ¡Como futura líder de clan, había dicho, no de SU clan! ¡Se la había colado pero bien!

—Irena... —musitó, y ella se acercó y le cogió ambas manos con las suyas, sonriendo con calma—. ¿Por qué yo? Si yo no...

—Lo harás muy bien, no me cabe duda alguna —dijo Irena, apretando sus manos con fuerza—. Serás la Novena que unió todos los clanes en uno solo, Sofía. Y eso es algo que solo tú podrás conseguir. Ni yo ni nadie, solo tú.

—No sin ti —exigió entonces—. Si me la vas a colar doblada, al menos quédate conmigo, sé tú mi supervisora y mi sanadora personal —le pidió, mirando a Brandom de reojo—. Si no te molesta, claro —musitó.

—En absoluto —contestó él levantándose de su asiento—. ¿Madre?

—Concedido —declaró Irena, sonriendo con emoción y besándole los nudillos antes de tomar

asiento a su lado—. Pensaba aceptar a una última alumna, de todas formas —le confesó en un susurro, cabeceando hacia Nina, que la miraba sonriente—. No me hago a la idea de sentarme en mi casa a ver novelas en la televisión por más años que pasen. Me siento demasiado joven para ser vieja.

Y yo me siento demasiado vieja para ser joven, con nueve evoluciones a cuestas que no entiendo y un futuro clan que no sé cómo se las va a apañar sin ti, así que estamos en paz. Eso pensó, haciéndola reír mientras ella miraba arriba a su izquierda, a la gente que las observaba sonriendo. Tenía que saberlo.

—¿No hacéis elecciones? ¿Simplemente el líder decide quién es su sucesor?

—En mi clan no, es una decisión demasiado importante para dejarla a cargo de una única persona o al azar de la línea sucesoria —la informó ella—. Y la decisión ha sido unánime, querida Sofía, como te he dicho.

—Ya...

De lo que le había dicho a lo que había pasado ahora mismo había un trecho tremendo, pensó con un suspiro nervioso que Irena atendió de inmediato. Cogió su mano otra vez entre las suyas y se la apretó un poco cuando su hijo Brandom, ya situado entre los miembros del Consejo, anunció al último acusado.

Terrance Becket entró en la sala de audiencias esposado y custodiado por cuatro guardias que no se separaron de él. Se situaron frente al Consejo, escuchando cada uno de los cargos que le impusieron: Manipulación, extorsión, encubrimiento e incumplimiento de leyes del Consejo al que su clan se debía, ante todo él como líder, junto a infinidad de delitos de corrupción, incitación a la violencia y asesinato incluidos. Ese manojo de cargos, que su propietario no aceptó, se dirigieron hacia ella y subieron las escaleras del estrado con paso firme, mirándola con sus ojos azules y ni un atisbo de arrepentimiento.

—No, pero usted se arrepentirá de la vida sencilla y satisfactoria que acaba de tirar a la basura, señorita Rodríguez —le respondió a su pensamiento sin que nadie le pidiera su maldita opinión—. Lo haré, se lo puedo asegurar.

—Cállese y espere las preguntas, Becket, o su declaración constará como amenaza hacia la futura líder del clan Dubiki —le advirtió Irena, más seria de lo que la había visto hasta ahora.

Observó la reacción de Terrance Becket, que entrecerró los ojos para encajar el golpe que pareció sufrir, mirándolas a ambas alternativamente antes de dedicarle a Irena una ligera sonrisa.

—Buena elección —dijo antes de mirar a su izquierda, a los palcos y pisos vacíos donde se había sentado su clan toda la mañana—. Mejor que la mía, debo decir.

—Para sus taimados actos, seguro —respondió Irena, girándose en su asiento hacia ella, apretando su mano—. Querida, es el momento de tus preguntas.

Asintió, aunque no sabía por dónde empezar. Había tenido demasiado en lo que pensar durante el día de hoy antes que en él y en las preguntas que tendría que hacerle. Podía empezar por la obvia, pero no quería ponérselo tan fácil.

—Entonces no coincidimos en eso, pues yo sí quise ponértelo lo más fácil posible, tal y como suplicaste hace ocho años en esta misma ciudad —contestó él, de nuevo sin esperar pregunta alguna.

—Inhibidle —ordenó Irena a sus guardias, que se habían mantenido a los pies de la tarima, y uno de ellos se acercó y le puso unos botones negros tras las orejas—. Responderá a las preguntas de la acusada de forma manual —le advirtió, señalando la esfera entre ellos sobre la que Irena puso sus manos mientras a él le quitaban las esposas.

—Las respuestas serán para la supuesta víctima o no responderé —exigió Terrance. Irena negó mirándola de soslayo—. Es la ley del Consejo, Dubiki. La víctima reclama la justicia, no su acompañante. Es una lástima que hayas decidido abdicar justo ahora y que no puedas ser tú una de las que juzgue a los Svarit, después de tantos años esperando justicia.

—¡Cállese! —gritó Irena, a quien miró perpleja cuando retiró las manos de la esfera, temblorosa

de pura rabia—. Vuelva a abrir la boca y no tendrá oportunidad de responder nada. Se le juzgará y se le condenará sin dilación por los cargos que el Consejo...

—Que lo hagan —la cortó él—. Así se hará la misma clase de justicia que los Svarit hicieron con sus padres y hermanos.

—Basta ya —masculló a ese grandísimo cretino al ver así a Irena, cogiendo sus manos temblorosas—. Te lo agradezco muchísimo, Irena, pero esto es cosa mía.

—Bien dicho, Sofía —intervino él, hacia el que se giró con toda la rabia contenida que Irena aún tenía.

—No se atreva a tutearme, Becket, y límitese a responder a mis preguntas —le exigió sin dudarle, poniendo las manos encima de esa esfera.

Las apartó de inmediato al notar un tremendo calambre recorrer sus brazos con la angustiosa certeza de sentir que, si las dejaba sobre su fría superficie, la esfera acabaría por absorberla entera.

—Cuando quieras, Sofía —se carcajeó el muy cretino de Terrance Becket, con las manos ya en la esfera, esperándola.

—No luches contra esa sensación. No te hará ningún daño, solo debes dejar que conecte con tu mente —le explicó Irena—. Si tienes que juzgar lo que veas, piensa que lo que vas a experimentar es solo su punto de vista. Y un Becket tan ladino como él siempre sabe exactamente cómo pensar y actuar para no parecer culpable de sus crímenes. Tenlo muy en cuenta, querida Sofía.

Asintió. Lo tendría muy en cuenta, aunque para ello tenía que volver a poner las manos encima de la esfera negra y dejar que la sensación de ser absorbida por ella no le resultara tan desagradable, si es que eso era posible. Más ahora, que tenía a Terrance Becket dispuesto a darle las respuestas que él mismo había bloqueado en su mente; Los recuerdos que le faltaban del tiempo que había pasado con Bruno en París hacía ocho años.



Tendría que haberlo previsto y ahora ya era tarde. No había rastro alguno de Bruno por ninguna parte desde hacía tres días. Estaba completamente desaparecido. Sabía que, a pesar del tiempo que hubiera empleado en instruirle a conciencia, era un cobarde. Lo que no se imaginaba era que lo sería tanto como para dejar a su familia atrás con tal de huir. Contactó de nuevo con Jeremy Becket, el hijo mayor de su hermano pequeño Samuel, y él le dio la misma respuesta que llevaba recibiendo tres días seguidos.

Por más que intentaban encontrar el paradero de su segundo hijo, este no aparecía por ninguna parte. Su último dato acerca de él era que había cogido un vuelo hacia París para hacer lo que le había ordenado: manipular al primer ministro Sapiens de Inglaterra para que se centrara en concretar un plan para solventar la crisis económica antes de la cumbre del G-20. Eso facilitaría un pacto con los líderes del Consejo en un futuro y, si Bruno lo había conseguido, estarían en el punto de mira del Consejo por hacerles un inmenso favor a los Sapiens a cargo de los Dubiki: el clan imperante del Consejo, liderado por la Séptima Irena Dubiki. Si ella no daba el visto bueno a Nico y a Bruno, nunca lo conseguirían.

No podía esperar sentado a que apareciese, tenía que saber dónde se había metido ese muchacho. Y hacia allí se dirigió junto a su primogénito, Nicholas, cuando no soportó las continuas negativas de su sobrino. Debía aparecer, tenía que hacerlo o nunca podrían quitarse el yugo de los Svarit y los Ushida, que les lastraban de nuevo hacia las masacres que habían vivido entre los miembros de su clan. No volvería a permitir, ahora que eran una aplastante mayoría, que su papel como líder del clan Becket fuese el mismo que el de sus antecesores.

Más le valía presentarse con él en Suiza para que conociese al fin a su única posibilidad de convertirse en alguien necesario para sus propósitos, y no en el segundo hijo bastardo de un Octavo que ahora era líder de su clan. Al fin, tras la muerte consecutiva de sus hermanos mayores a lo largo de los años, y con el coste personal de una Sapiens a la que... Shhh...

Escuchó los pasos de Nico, el único con el que viajaba en ese vuelo para encontrar al cobarde de Bruno, dondequiera que se hubiera escondido de sus responsabilidades esta vez. Jamás había estado tres días desaparecido, sin comunicarse con ellos de cualquier manera para informarles.

—No volverá a quedarse solo —le advirtió a Nico, su viva imagen en su juventud y, sin embargo, con un carácter tan diferente a él que parecía ridículo que pudiera hacerse llamar Becket—. Tú lo propusiste. Si no aparece es tu responsabilidad.

—Y tú aceptaste mi propuesta como líder de nuestro grandioso clan, padre, así que si no aparece será responsabilidad tuya, no mía —contestó él, pensando en que su medio hermano tenía demasiados motivos para huir.

—Cada vez se parece más a ti y menos a un Becket —espetó, y él sonrió—. ¿Te parece divertido, acaso? Su única posibilidad de sobrevivir por ser lo que es, y el futuro de nuestro clan, está muy lejos de ser algo gracioso.

—A él no le interesa la hija mayor de los Cornell tanto como a mí, no insistas y no volverá a intentar huir de nosotros —dijo su hijo, aunque su tono de advertencia y sus pensamientos no le pasaron desapercibidos.

—Ivana Cornell no es tu objetivo, aunque hayas tenido el tremendo descaro de dejarla preñada y la criatura que vaya a nacer sea presentada como la tercera hija de Víctor Cornell. Tú te debes a la segunda hija de Irena Dubiki, si es que algún día consigues impresionar a su madre con tu... —Se silenció al leer su clara respuesta sobre el tema: un no rotundo a olvidarse de su relación secreta con Ivana Cornell—. Harás lo que se te ordene, igual que Bruno. Y lo harás por el bien de tu familia, no por el tuyo propio, o no me molestaré en procuraros una segunda opción a acabar siendo los amantes eventuales de cualquier Svarit o Duhait que se precie. Ni a vosotros ni a tu bastardo —decretó—. Al parecer, es una de las normas principales del Consejo al que algún día podrías pertenecer y el objetivo de sus miembros: la unificación de todos los clanes.

—¿Desde cuándo te importan a ti esas normas? —preguntó Nico despectivo—. Mi hijo tendrá un padre, y no será otro que yo —declaró.

—La criatura que os habéis atrevido a engendrar, sin mi consentimiento ni el de los Cornell, mucho menos de los Svarit, se mantendrá en secreto y lejos del clan de tu madre si cumples tu objetivo como futuro líder del clan Becket. Punto —le amenazó, silenciándole por completo.

Si no seguía mostrando sus debilidades al resto de sus hermanos de una forma tan obvia, claro. Ahora era el primogénito y sucesor de su clan, debía cuidarse mucho las espaldas, y ser el hijo favorito de su poderosa madre por ser el menor no le aseguraba nada. Ella era una Octava del clan Svarit y tenía el respeto de su clan asegurado. Pero el resto de sus hijos crecían y pronto, muy pronto, tendrían que enfrentarse a la realidad que les esperaba si no conseguían convencer a los Cornell de que su lugar ya no estaba junto a los Svarit o los Duhait, siendo sus mercenarios o sus amantes. Las facilidades y alianzas con estos para aumentar en número ya no compensaban las pérdidas que su clan había sufrido en los últimos años, y este era el momento perfecto.

Tenían que expandirse, formar nuevas alianzas, y no en el sentido en el que lo habían hecho hasta ahora. No iban a llegar muy lejos matándose entre ellos para conseguir una mejor posición dentro del clan. Como pasaría con Bruno si no conseguía una audiencia para sus primeras pruebas de iniciado ante el Consejo en menos de un año. Tenía demasiados enemigos entre sus hermanos. Ambos los tenían.

—¿Crees que mis hermanos van a matarme, como hiciste tú con los tuyos desde la sombra para estar donde estás ahora? —se carcajeó Nico tensándole la mandíbula—. ¿Quién crees que me matará, James o Peter? No sé cuál se parece más a ti... ¿Peter? No es muy inteligente. Es solo tú con veinte años.

—Procura guardarme el respeto, muchacho, o seré yo mismo al final quien lo haga —masculló rabioso, y Nico rio a carcajada limpia de su amenaza.

—Nunca serías capaz, padre —dijo él riendo aún—. Tú no eres capaz de matar. Se te da muy bien planear, manipular y amenazar, eso sí. Solo que a veces se te escape algún cabo que otro —se atrevió a echarle en cara—. Todavía te duele lo de su madre Sapiens, sino no te habrías molestado en venir por él o en obligarle a tener un lugar privilegiado en esta familia. No le has permitido volver a verla. ¿Y de eso hace ya cuánto? ¿Cuatro? ¿Cinco años?

—No te atrevas a hablarme de ella —le advirtió.

—No podría aunque quisiera porque nunca te permites pensar en tu amante Sapiens, incluso menos que Bruno —contestó Nico—. Ni siquiera él sabe lo que pasó realmente. Cree que fuiste tú quien la borró, no mi madre al descubrir que preferías procrear con una maldita Sapiens antes que con ella —se mofó.

—Y lo seguirá creyendo —concluyó—. O el primero en caer serás tú, hijo mío, por lo que tu madre se atrevió a hacer con el permiso de mi difunto hermano Bastian. Él ya ha pagado su crimen —le recordó—. Y no podré ir contra ella por las consecuencias que nos traería, pero si no empiezas a centrarte en tus objetivos en esta familia haré que desaparezcas tan rápido como te creé.

—Si llegamos a encontrar al pobre desgraciado, y los Cornell se tragan esa gruesa fachada que

le has obligado a adquirir en estos cinco años a base de traumas y coacción, haciendo que se encariñe de los pequeños para tenerle bien atado, dejaré que lo haga él mismo como recompensa.

Por tener un padre que sería capaz de sacrificar a siete miembros de su familia y a su propia madre por obtener lo que ahora tiene, pensó Nico con seriedad, sin apartarle la mirada un solo instante.

—Si voy a morir a manos de mis hermanos, al menos que lo haga el mejor de todos nosotros.

—Como quieras.

La imagen que había visto hasta ahora, el hombre joven de ojos azules y pelo castaño llamado Nicholas sentado ante ella, se desvaneció entre la oscuridad y algo tiró de su cuerpo con fuerza hasta conseguir devolverla a la realidad. Abrió los ojos con la respiración agitada, con la visión algo borrosa por un momento, sin saber dónde estaba ahora hasta que vio la esfera negra y, tras ella, el rostro del hombre cuyos recuerdos acababa de revivir.

—¿Responde eso a su pregunta sobre la muerte mi hijo Nicholas, señorita Rodríguez? —preguntó Terrance, a quien dejó de mirar notando el dolor de su cuerpo junto a su rabia y enfado, como si aún estuviera sintiendo lo mismo que él.

—Ya está, Sofía, se te pasará en seguida —susurró Irena a su oído, abrazándola con fuerza contra ella.

Negó en rotundo a pesar de sentir cómo su dolor se esfumaba. No solo le había respondido a una cosa, le había respondido a muchas con esa vivencia que jamás podría quitarse de la cabeza. Ahora entendía que lo que acababa de ver y sentir, como si fuese Terrance Becket, era a lo que Irena se refería con que solo iba a obtener su punto de vista. Seguir con el interrogatorio le iba a costar más de lo que había supuesto en un principio, pero tenía que saberlo.

—¿Estaba conmigo? —preguntó sin mirarle, sin poner las manos encima de la esfera para saberlo. Solo esperó una respuesta a lo Becket. Un simple sí le bastaba.

—Así es —contestó él—. Mi sobrino vio la conexión en cuanto Nico ató cabos. Él conocía a Bruno mejor que ninguno de mis hijos o que yo mismo.

—¿Y qué...? —murmuró, insegura por un momento de querer saberlo por él.

—Tienes que saberlo, querida —susurró Irena—. Becket, ¿qué pasó luego?

—Bloqueé los recuerdos de tu mente por un motivo más que razonable, Sofía. Estabas sufriendo un...

—Silencio, Becket —le cortó Irena enderezando su cuerpo, alejándose de ella a pesar de su negativa a volver a poner las manos en la superficie de la esfera—. Sofía, así podría responderte cualquier cosa, fuese mentira o verdad. Y te mereces la verdad, aunque solo sea desde su punto de vista, por el momento.

—No quiero su punto de vista —musitó, segura de ello por completo—. Bruno.

—De acuerdo, querida, él te responderá —accedió Irena—. Lléváoslo, por favor.

—La suya no es la respuesta que deseas ver, Sofía, te lo garantizo —dijo Terrance antes de que los guardias le levantasen de su asiento a la señal de Irena.

—Que no vuelva a abrir la boca —ordenó ella a sus guardias.

Uno de ellos se adelantó hacia Terrance Becket para ponerle las esposas, posando una mano sobre su nuca durante un par de segundos. Vio el cambio en su mirada, que hasta ahora mantenía fija en ella, y se dio cuenta de inmediato de que ese guardia le estaba manipulando para que no volviera a hablar.

Terrance bajó del estrado en silencio escoltado por los cuatro guardias de Irena hasta situarse a su derecha, donde antes se había sentado con Nina y Nena, a las que miró de soslayo un instante. Elena estaba mirándola a ella con preocupación, con su semicírculo nacarado en las manos. Y Nina tenía ese gesto otra vez, pellizcándose el tabique de la nariz sin dejar de mover la pierna con un espasmo nervioso

y los ojos cerrados.

—Nina, ¿por qué no es la respuesta que quiero ver? —le preguntó entonces, y Nina levantó la vista hacia ella dejando de mover la pierna de esa manera que avecinaba un problema de los gordos.

—Sofi... no lo hagas —murmuró enervada, negando—. No le hagas recordarlo otra vez, por favor.

—No tiene que hacerlo, querida, ya lo ha hecho. Está todo aquí —declaró Irena, poniendo la mano en la esfera ante ellas—. Yo te guiaré, Sofía, vamos.

Tomó una bocanada de aire y la contuvo, como si fuese a sumergirse, antes de acercar las manos a las suyas y tocar la superficie de la esfera negra. Cerró los ojos cuando notó que su cuerpo se estremecía, dejándose llevar por la sensación que la absorbía. Pero se asustó, luchó en la oscuridad y se sintió rodeada de voces e imágenes hasta que algo la sustentó. No podía decir que era Irena, aunque no podía desmentirlo de todas formas, pues la presencia que la envolvió con cuidado la ayudó a avanzar y a dejar atrás la oscuridad hasta que una imagen de las muchas que la rodeaban empezó a ser tan nítida como la voz susurrada que pudo escuchar y reconocer al instante: la voz de Bruno.



No tendría que haberle dicho nada. Estaba tan asustada que ahora no quería ni salir del baño en el que se había encerrado con tal de no verle. Se lo intentó explicar otra vez y, a pesar de todo, lo único que consiguió con ello fue escuchar un sollozo al otro lado de la puerta. Sofía... Maldita sea, ¿por qué le había dicho eso? ¿Por qué? No tendría que haber abierto la boca para contarle nada acerca de sus poderes, de su clan o de lo que no quería seguir haciendo para ellos. Había cometido un tremendo error con tal de pasar con ella esas noches tan increíbles en la habitación de hotel en la que estaban, sincerándose hasta el punto de asustarla tanto que ahora ya no quería ni escucharle. Tendría que haber pasado de largo al verla... Aunque ahora estaban ahí y tenía que solucionarlo de cualquier manera. Había perdido la noción del tiempo junto a ella, ya había amanecido otra vez. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba encerrada en el baño con tal de esconderse de él. No podía soportarlo un segundo más.

—Sofía, por favor, yo nunca te haría ningún daño —susurró, apoyando la mano contra la puerta cerrada—. No soy un Octavo por elección propia, y te juro que no volverás a verme si es lo que quieres, pero por favor... Por favor sal de ahí, mi amor, te lo suplico.

—¿Me manipularás si lo hago? —preguntó ella, y cerró los ojos a esa terrible puñalada de desconfianza que se había ganado a pulso por no tener más cuidado.

—Nunca, lo prometo —juró de corazón, esperando en silencio unos tensos segundos en los que escuchó que abrían una puerta, y no la que tenía delante—. No...

Su padre, seguido de Nico, su primo Jeremy y su tío Samuel entraron por la puerta principal mirándole con... ¡Shhh! Se centró en su padre, y pudo ver la orden directa que le dio para que le siguiera fuera de esa habitación. Algo que se apresuró a hacer, incluso estando en bata sin nada debajo, antes de escuchar lo mismo que ellos.

—No puedo creerte —sollozó Sofía, y su padre dio media vuelta.

Entró en pánico, incapaz de controlar su pensamiento al ver cómo los cuatro miraban la puerta cerrada del baño tras la que Sofía lloraba.

—Me has mentado, Bruno, has manipulado a gente delante de mí, y me has... Me has escuchado pensar todo este tiempo sin decirme nada mientras... Dios, no me puedo creer que lo haya hecho contigo. Yo no soy así, y tú eres... ¿Me has manipulado o no, Bruno? Y no me mientas, por favor, es lo único que te pido. Dímelo —le suplicó—. Necesito saberlo.

Paralizado de pies a cabeza, vio el asombro en la mente de su padre, su hermano, su primo y su tío, volviendo hacia el primero de ellos. Su padre le dedicó una mirada tan furibunda como su pensamiento, gritándole lo inconsciente que era y lo que ahora tendría que hacer con ella. ¡No! ¡A ella no! ¡No podía borrarla igual que a su madre! ¡No iba a permitirlo! ¡Le mataría como se le ocurriese volver a pensar!

—¡No! —chilló desesperado cuando su padre les dio la orden mental de sujetarle y de abrir esa puerta—. ¡Sofía! ¡Huye! ¡Están...! —exclamó hasta que su hermano le tapó la boca, sujetándole contra la pared, advirtiéndole que se callara de una vez antes de que la situación fuese a peor—. ¡Mph!

—¿Bruno?

Usó todas sus fuerzas para luchar contra Nico cuando le destapó la boca y le puso una mano sobre la nuca, pero ya era tarde. Sintió la incapacidad de hablar y moverse ante la imposición de la que

no tuvo opción de librarse. Acababa de manipularle y, aunque era consciente de lo que pasaba a su alrededor, estaba inmovilizado.

—¡Si es un truco para que abra la puerta, no tiene gracia! —la escuchó chillar, viendo de reojo a su padre y a su tío preparándose en silencio para empujar esa puerta en cuanto ella la abriese—. ¡Bruno!

¡NO ABRAS! Intentó gritar. Ni un solo sonido salió de su garganta. Ella quitó el pestillo y abrió la puerta. La escuchó chillar y vio a su padre y a su tío entrar en el baño, directos a por ella. Miró a su primo, observando la escena que él no llegaba a ver si no era a través de sus pensamientos. La habían dormido, estaba en el suelo tapada únicamente, igual que él, con una de las batas del hotel. Y su padre estaba furioso, tanto que exigió que le dejaran a solas con ella en ese baño y que se fueran. Él se ocuparía de silenciarla. De borrarla.

Luchó desesperado contra su inmovilidad y, a pesar del tremendo dolor que ello le supuso, consiguió girar su cuerpo hacia el baño en el que su padre se había encerrado con Sofía, dispuesto a hacerle lo mismo que le había hecho a su madre. ¡Le mataría como se atreviese!

—Hazlo —susurró Nico volviendo a empujarle contra la pared, tocándole la cara y mostrándole la sangre que caía de su propia nariz.

Si tanto empeño tienes en salvarla, mátale y luego déjala marchar. Sálvala de él si tanto te importa, pero luego sálvala de ti mismo y de esta maldición que nos ha tocado vivir. Es tu culpa haberla metido en este problema, así que no seas egoísta, hermano. Que te olvide es lo mejor que puede pasarle a esa Sapiens.

—N...No...S... So... fi... —balbuceó, retorciéndose de dolor por dentro al no ser capaz de moverse apenas, suplicándole que interviniera antes de que fuese tarde—. Ni... co.

—Eres mucho más fuerte que yo, ya lo creo —admitió él, volviendo a ponerle la mano en la nuca para inmovilizarle y callarle con un ímpetu aún mayor—. Pero un imbécil si crees que él le hará algo a esa chica que pueda perjudicarla. Es un cobarde que no se merece ni el miedo que le tienes. Si no la borra él, te aseguro que lo haré yo, así que solo te queda una única opción —le aseguró, cogiendo su mano derecha y poniéndole una pistola con silenciador en ella.

Acaba con esto y huye con ella donde nunca puedan encontraros. Busca la ayuda de Irena Dubiki y su clan. Ellos os protegerán.

Y a nosotros...

—Mátanos —le impuso, y su propia mano levantó esa pistola apuntando directamente a la frente de Nico, que sonreía a su fútil intento de impedirlo.

Ha sido un placer conocerte, Bruno. Ojalá hubiera podido despedirme de Ivana. Si te pregunta algún día si fuiste tú quien nos mató, dile la verdad. No se merece menos. Sé feliz y cuida de ella, hermano, te quie...

Por más que luchó para no hacerlo, su dedo apretó el gatillo y Nico cayó fulminado antes de que su padre saliera a trompicones del baño, esquivando por poco la bala que le mataría y moviéndose aprisa hasta que llegó a él, liberándole de esa imposición contra la que ya ni siquiera luchaba. Ambos cayeron al suelo y su padre le arrebató la pistola.

—Qué has hecho... —sollozó Terrance, arrastrándose hasta abrazar el cuerpo inerte de Nico—. No, hijo mío... Por qué, Nicholas...

Temblando del shock, y sin ser capaz de pensar en nada al ver lo que Nico acababa de obligarle a hacer, miró a su hermano muerto e intentó llegar hasta él, pero su padre le apartó de un furioso empujón.

—¡Ya has hecho suficiente! —espetó—. Ahora saca a la chica de aquí, rápido.

Se alejó de ellos, llegando a la puerta del baño en el que Sofía seguía tumbada en el suelo. Intentó leerla y se sintió morir cuando descubrió que en su mente no había nada, absolutamente nada,

como en la de su madre. Lloró sin consuelo escuchando los lastimeros gemidos de su padre y gateó por el suelo hasta llegar a Sofía, haciendo acopio de todas sus fuerzas para levantarla y sacarla de esa habitación. Con Sofía muerta en vida en sus brazos, cambió de opinión al ver a su padre lamentarse, abrazado a Nico, meciendo su cadáver contra él. Su padre era el único culpable y solo él viviría para sufrir las consecuencias de lo que había ocasionado. Observó a Sofía una vez más y entonces lo supo: no podía dejar que viviera así.

—Lo siento, mi amor, lo siento mucho —sollozó, abrazándola con fuerza antes de dejarla sobre la cama—. Ojalá nunca hubiera cruzado la calle para saludarte.

Arrojó a Sofía con las sábanas entre las que habían reído, hablado y hecho el amor, acariciando su pelo antes de ir a por la pistola. No la dejaría vivir así, no soportaría esa carga el resto de su vida. Ambos se irían con él, con su hermano.

Su única opción ahora era morir y la de Sofía, por su culpa, también. Pero dudó a la hora de dispararle, con la mano temblorosa y el alma destruida por haberle causado tanto daño. Por ser un maldito egoísta y un insensato al creer que estarían a salvo si no salían de la habitación.

—¡Suelta eso, estúpido! —exclamó su padre, arrebatándole la pistola de la mano, apuntándole. Hazlo, pensó sin dudarlo, sentándose al lado de Sofía, cogiendo su mano. Mátanos a los dos. No dejes que viva como ella, no me obligues a verlo. Mátanos, repitió una y otra vez.

—Ya he perdido un hijo, no pienso perder otro —masculló él furioso—. Me pagarás por esto el resto de tu vida, Bruno. Lo harás o entonces sí que la borrarás tú mismo, como yo borré a tu madre, en lugar de dejar que viva su vida sin tener acceso a los recuerdos de tu maldito error.

Miró incrédulo a Sofía, poniendo todo su empeño en escuchar el ligero y profundo pensamiento que provenía de su mente acerca de sus estudios de arte, sus exámenes finales y la beca a la que iba a presentarse, como lo que había leído la primera vez que la había visto paseando por la calle. Lloró de puro alivio besándola por última vez, limpiando la sangre con la que acababa de manchar sus labios.

—Adiós, mi amor —sollozó, incapaz de frenar las lágrimas—. Te querré siempre. Tenía que alejarla de allí, y lo hizo manipulando su mente dormida como no lo había hecho hasta ahora en toda su vida. Con suavidad y con total determinación, enfocó su ser hacia esos pensamientos sobre su futuro y en que se vistiera sin dejar de pensar en ellos. Sin ver más que el camino de regreso a su universidad y obligándola a no volver a pensar nunca en él ni en lo que habían vivido juntos. Centraría todas sus emociones en el arte, en su vida y en su trabajo. Sería la maravillosa mujer, fuerte e independiente, en la que quería convertirse. Sería todo lo feliz que él no podría llegar a ser jamás sin ella.

—Huye muy lejos, Sofía —susurró—. Y nunca mires atrás. Ella obedeció su imposición con la mirada perdida, en silencio, vistiéndose y saliendo de la habitación de hotel en la que se quedó a solas con su padre y el cadáver de Nico. No pudo ni mirarlo, desconsolado por cómo le había obligado a matarle a pesar de ser el único de sus hermanos al que realmente apreciaba. Él le había enseñado mucho, le había apoyado siempre, y ahora...

—Si vuelves a desaparecer así, la mataré con mis propias manos como has hecho tú con mi primer hijo —dijo su padre mientras se vestía.

—¡Nico se ha suicidado! —chilló, roto de dolor por la pérdida de ambos—. ¡Tú le has presionado toda su vida hasta este punto, le has...!

—¡No te atrevas a culparme cuando tú has apretado el gatillo! —le cortó él, iracundo—. ¡Avisa a tu tío y no vuelvas a pensar en esto o ella lo pagará! ¡Y AHORA FUERA DE MI VISTA!

Dio media vuelta y caminó hacia la salida a paso rápido, intentando calmar su llanto y limpiarse la cara de sangre, encontrando a su tío y a su primo en el pasillo. Les dio la noticia sin frenar su paso. Nico había muerto, y ahora él era el primer hijo y sucesor del clan Becket. Esa sería su condena el resto de su vida junto con la terrible imagen y las últimas palabras de su hermano, al que lloraría en

silencio y por el que soportaría esa carga a la espera de que otro de sus hermanos le hiciera lo mismo a él. El único consuelo que tenía era saber que Sofía estaría a salvo. Estaría mejor sin él, y Nico... No. Nunca más pensaría en ellos. Shhh...



Sintió la fuerza que intentaba alejarla del tremendo dolor que todavía sentía. Escuchó que la llamaban una y otra vez, pero le buscó con desesperación en la oscuridad llena de voces y visiones borrosas hasta que volvió a sentir el mismo dolor, a escucharle y ver a través de sus recuerdos.

Tenía un aspecto que apenas coincidía con el que había dejado atrás hacía ocho años. Su rostro estaba pálido. Sus rizos negros, como los suyos, tenían tantas vetas grises que su extrema delgadez la hacía parecer aún más frágil. Y sus ojos verdes seguían perdidos en el vacío que había en su mente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Irena Dubiki, sentada al otro lado de la cama de hospital donde su madre yacía muerta en vida.

—Lucía, señora —susurró mientras ella posaba las manos sobre sus sienes, cerrando los ojos para intentar devolverle lo que ya creía imposible.

—Lucía... —repitió Irena, quedándose en silencio un par de segundos—. ¿Cruz?

—S... Sí —balbuceó con una mota de esperanza—. ¿Está...?

—Sí, querido, algo queda —respondió Irena, retirando las manos de la cabeza de su madre con una ligera sonrisa—. Resquicios inconexos que, como un puzle, habrá que ir recomponiendo poco a poco. Puede que tarde años en regresar. Aunque no te aseguro que, cuando lo haga, vaya a recordarlo todo. Hay un gran agujero en su alma, tan inmenso e importante para ella que no es capaz de volver a unir las partes en su mente. Y a lo mejor nunca podrá si no eres constante.

—Haré lo que sea necesario, señora Dubiki —le aseguró.

—Lo sé, querido, pero para que yo la sane deberás decirme quién le hizo esto y por qué —exigió Irena, sacando del bolsillo un pequeño Pensador Común, como una canica en comparación con las que había visto en los juicios del Consejo.

—¿Acaso importa a quién culpar más que una solución? —preguntó, negándose a pensar siquiera en las respuestas, dadas las consecuencias—. Mírela. Es un fantasma.

—Bruno, te recuerdo que no habrá trato alguno entre nosotros si no lo confiesas ahora. Es lo justo —le advirtió Irena, dejando el Pensador Común portátil sobre la colcha blanca que cubría a su madre—. Te daré unos minutos, jovencito.

—Yo no estuve presente, señora Dubiki —dijo antes de que se fuera—. Sé lo que me dijeron y el resultado.

—Hay una carga tan tremenda de culpa en ti, muchacho, que apenas sé cómo respiras cada día sin ahogarte en ella —respondió Irena, obligándole a esquivar su mirada—. Si te sirve de consuelo, piensa que lo que hagas será en su beneficio, aunque no lo sea en el tuyo o el de tu clan.

—Creía que la ley del Consejo era la opuesta —murmuró.

—A veces esa ley es bastante injusta y no contempla casos de excepción como el tuyo, Bruno —dijo ella, acercándole el Pensador Común y depositándolo en su mano sin dejar de mostrarle una sonrisa cargada de aprecio—. Algo que yo sí estoy dispuesta a comprobar sin miedo a las repercusiones.

En cuanto estuvo a solas, pensó con detenimiento en lo que recordaba de ese día en el que su padre había descubierto que él no era tan Sapiens como quería hacer ver. Que tanto su madre como él

le habían ocultado una verdad que les separaría y destruiría sus vidas. Por supuesto, nunca hubiera llegado a imaginar que hasta este punto. Perder a su madre de una manera tan cruel, quedándose muerta en vida, había sido su peor castigo.

Desde ese momento, había conocido las repercusiones que podría haber si ahora declaraba en su contra. No podía hacerlo de ninguna manera y, a pesar de lo que Irena Dubiki pudiera decir, la ley del Consejo de anteponer el bien común al propio era inamovible. Y confiaba en Irena, lo hacía por muchos motivos. Sobre todo ahora, que había impuesto a su padre que, si quería que su nuevo primogénito pudiera pasar las pruebas para ser miembro del Consejo, tendría que mostrarle cada verdad que escondía. Cada vivencia que hacía de él quien era, empezando por conocer la situación de su madre Sapiens.

Puso la esfera sobre su frente cuando tuvo claro lo que iba a dejar inscrito en ella. Pensó en las repercusiones que tendría su verdad y no en los motivos ni en los culpables, pues ninguno de ellos lo era. En todo el tiempo en el que no le habían permitido volver a verla, desde el aciago día en que había visto la venganza que su padre le tenía preparada por ocultarle su creciente poder como Octavo del clan Becket.

Hizo acopio de lo que había vivido esos años junto a los más pequeños empezando por el hijo de su prima, el menor del clan con solo unos meses, que aún no era consciente de lo que su familia le tenía reservado para su futuro.

Prosiguió por su propio pasado. Nina, pensó, recordándola. Y Nico, también recordó a su hermano a pesar del terrible dolor que se guardaba en silencio por él. Y por Sofía, sobre todo por ella.

Le sobró bastante espacio de la capacidad limitada en ese Pensador Común para la consecuencia que su clan ya se había cobrado. Rememoró a su madre tal y como era en su infancia, con la sonrisa que siempre le dedicaba, el amor que le daba cada día a pesar de sus diferencias y sus secretos, y la vida que había intentado darle lejos del sufrimiento del que no había sido capaz de mantenerle a salvo por su error; Por haber tenido el tremendo descuido de escucharla pensar algo acerca de Sofía ante su padre durante una de sus visitas. Y la ira desmesurada que se había adueñado de su padre, que había hecho lo posible por alejarle de ellas y de lo que había amado y conocido hasta ese momento. Por haberle guardado el secreto sobre su poder y la intención de su madre de ocultárselo.

Si hubiera sabido entonces las consecuencias, a las que ahora se sumaban todas esas vidas inocentes que iban camino de convertirse en seres tan ahogados de culpa como él, habría tomado la misma decisión que Nico en... No, pensó por primera vez en cuatro años. Él no habría sido capaz de ser tan egoísta, pues es lo que había que ser para suicidarse como lo había hecho Nico, dejando atrás a esas criaturas inocentes sin tener el valor de quedarse a luchar por ellas como el sucesor del clan Becket. Y a él le había dejado una carga de culpa inmensa por no haber podido imponerse a su manipulación. Por ser demasiado joven. Por delatar a ojos de su padre el único momento de felicidad que había vivido tras convertirse en Becket con ella, con Sofía, y hacer que le matase con sus propias manos.

Recordó sus palabras deseándole felicidad junto a ella, el sonido de la pistola matando el primer y último te quiero del que había sido mucho más que un maestro para él. Un hermano. ¿De verdad creía que podría ser feliz después de eso, ocupando su lugar como futuro líder del clan Becket? Nunca habría felicidad en su vida si no recuperaba al menos a su madre. Y para lograrlo, lo único que podía hacer ahora era luchar por no hundirse y mantener a flote a los que, como él, eran futuras víctimas de los clanes que el Consejo pretendía aceptar como aliados.

Un tremendo error que acabaría con lo que los actuales clanes regentes del Consejo habían construido en pos de la paz que nunca abarcaría a tantos como pretendían. Era un imposible. Una utopía que, si se empeñaban en alcanzar, volvería a llevar el poder a aquellos clanes que nunca

debieron tenerlo.

Apartó el Pensador Común de su mente con el corazón acelerado al ver en su mano una verdad tan oscura y pequeña como inmensa y clara. Y, aunque no dudó en dársela a Irena cuando volvió a entrar en la habitación, no pudo reprimir el impulso de levantarse de su asiento, pues ella empezó a visionar su verdad en ese mismo momento.

Esperó y vigiló cada rincón de la habitación de hospital en la que se habían recluso. ¿Sería suficiente para Irena? No le había dado lo que ella exigía... ¿Se negaría a intentar sanar a su madre? Lo creía imposible, pero su demanda había sido distinta de lo que él había decidido responder.

Se sentó junto a su madre y volvió a levantarse en el momento en el que Irena apartó la esfera de su frente, abriendo los ojos con lentitud y un rictus serio que no leyó por respeto, a pesar de su imperiosa necesidad de una respuesta. Entonces Irena le miró, asintió y se guardó esa oscura e inmensa verdad antes de poner las manos sobre las sienes de su madre.

Al cabo de unos largos minutos de tenso silencio, los ojos verdes de su madre se fijaron en él, impulsándole a coger su mano y a llorar las lágrimas que no se había permitido sacar hasta ahora por ella al oírla pensar en su propio nombre: Lucía. Fue solo un breve instante de lucidez y, aun así, mucho más de lo que esperaba como recompensa después de casi nueve años acallando una injusticia tan terrible como la que su madre había sufrido por protegerle.

—Encuentra tu felicidad, Bruno —murmuró Irena antes de apartarse de su madre—. O acabarás igual de desmoronado que ella antes de que podamos ser capaces de usar esta verdad contra quienes lo merecen.

—Ella es la única felicidad que... —Se calló al ver a Irena sonreír y negar con una mirada rebosante de ternura.

—Sofía —dijo Irena, simple y llanamente—. Encuentra a Sofía.

—Sofía...

Escuchó cómo la llamaba, y otras voces que conocía le hicieron eco, guiándola hacia otra imagen perdida en la oscuridad a la que se aferró con fuerza.

—No pienso arriesgar su vida otra vez por ser tan egoísta e insensato, Nina —le respondió al oír el mismo consejo que Irena Dubiki le había dado hacía cuatro años—. Si está cerca de vosotras y es feliz, me conformo.

—Sí, eso pensé yo cuando me di cuenta de lo que Elena sentía hacia mí —dijo ella encogiéndose de hombros—. Que estaría bien si se mantenía lejos, que no habría nada que pudiera hacerle daño. ¿Y sabes lo que le hacía daño de ese perfecto plan? Que yo no estaba en él.

—No es lo mismo —respondió—. Ella no recuerda nada, no he pensado en ella ni una sola vez y ella no ha pensado en mí desde entonces, la manipulé para...

—¡Ja! Y una mierda —le cortó Nina—. ¿Con cuántos tíos crees que ha salido desde vuestra aventurita de París, Gabriel?

No quiso pensar en las consecuencias de su último encuentro con Sofía, aunque Nina no pudiera leerle y supiera, en gran medida, lo sucedido.

—Ninguno, Bruno. Ni uno solo en ocho años —contestó ella, a la que miró sin creerlo—. Y no es por timidez o por falta de atractivo, porque ya te digo que ha crecido una barbaridad —añadió, mostrándole el móvil de Elena, del que apartó la mirada con el pulso acelerado al ver su sonrisa, haciéndola reír—. Sí, claro... No habrás pensado en ella una sola vez, eso lo controlas de puta madre, pero sigues siendo incapaz de ocultarme lo que sientes.

—Ya basta —masculló, levantándose de su sofá y yendo hacia la salida del apartamento delante de la que Nina se plantó de brazos cruzados—. Apártate, Nina.

—Eres un maldito cobarde pasen los años que pasen —se carcajeó—. Al menos en lo que a ella respecta —añadió en cuanto notó su rabia—. Y si quieres que Elena y yo seamos felices, tendrás que llevarte tu parte de felicidad en todo esto, ¿no? Por intentarlo una última vez...

—Es demasiado arriesgado —declaró.

—¿En público y después de que te diga lo que sé sobre un perfecto arquitecto que está a punto de aparecer en su vida? —preguntó ella frunciéndole el ceño—. No me leas y escucha, Octavo —le advirtió—. Elena siempre organiza una cena con el resto del grupo de amigas del instituto, la celebran cada año. Ven esta vez y la verás. No tienes que hablar con ella si no te atreves, solo tienes que venir y punto.

—¿Cuándo? —inquirió enervado.

—Antes de la boda, así cabe la posibilidad de que tengas pareja de baile —respondió ella, sonriente por sus nervios ante la idea de ver a Sofía en menos de una semana.

—No va a querer venir —le aseguró—. No pisa Madrid desde hace doce años, yo la obligué a no volver a mirar atrás ni a pensar en mí. No vendrá, Nina.

—¿Qué te apuestas, primo? —preguntó ella con una sonrisa socarrona, levantando la mano donde tenía el móvil de Elena hacia la puerta contraria a la de salida—. Nena, deja de espiarnos y ven aquí. Llámala y dile que Bruno viene.

Miró incrédulo a la puerta entornada tras la que Elena les espiaba, saliendo de su escondite con cara de culpable y saludándole con un pensamiento antes de alcanzar su móvil. No se movió, ni siquiera pestañeó mientras Elena se ponía en contacto con Sofía y le preguntaba si acudiría a la cena de exalumnos a la que ninguno de los dos había asistido nunca.

—Estoy demasiado ocupada para eso, Elena —respondió su voz a través del manos libres, acelerándole el pulso—. Tengo cinco reuniones antes de que acabe el día, me voy a Atenas el jueves y...

—Bruno va a venir, ha preguntado por ti —la cortó Elena provocando un silencio que tardó demasiado en llenarse, poniéndole aún más nervioso.

—¿Bru... Bruno Cruz? —preguntó Sofía en un susurro.

Apartó la mirada de ese teléfono y de ellas. No tuvo que decirle a Nina por qué era tan mala idea lo que estaban haciendo ahora mismo. Ya no era Bruno Cruz, había dejado de serlo desde el mismo momento en el que había abandonado Madrid para convertirse en un Becket. Más ahora, que su padre estaba dispuesto a cederle el liderazgo del clan en cuanto entrase a formar parte como miembro del Consejo. Como Irena y él habían ido planeando con los años y las constantes visitas a su madre, que ya era capaz de valerse por sí misma, aunque no recordase nada sobre él o su padre. Y ojalá nunca lo hiciera. Supondría demasiado dolor para ella ver a su hijo atrapado en...

—Dice que viene —les anunció Elena, tan atónita como él mismo.

—No puede ser —musitó sin creer que lo que sentía fuese tan fuerte como para obviar su imposición—. Yo la manipulé para que no... No puede ser —repitió petrificado.

—Te lo dije —se carcajeó Nina—. Una cosa es pensar y otra sentir, mentecato.

—¿Eso significa que nos mudamos a Italia? —preguntó Elena y Nina sonrió, asintiendo y haciéndola chillar. Elena se lanzó a abrazarles a ambos dando saltos de pura emoción—. ¡Voy a llamar a mi padre!

La declaración de Elena le pasó factura hasta que Nina le puso una mano sobre la mejilla, frenando el terrible miedo que se quedó para sí misma, absorbiéndolo y liberándolo. Calmándole y alejándole de cualquier duda y mal presentimiento que pudiera tener por lo que iba a hacer con un solo pensamiento: Sofía iría.



Entreabrió los ojos a la ligera luz que tenía frente a ella, sintiéndose agotada aún, y recordando lo sucedido como una terrible pesadilla que se hubiera llevado cada ápice de sus fuerzas. Aun así, con su última imagen de Elena dando brincos y el sentimiento de Bruno acelerando sus pulsaciones, intentó incorporarse hasta que se dio cuenta de que no estaba sola.

Echada sobre una cama, y con el brazo de Bruno rodeando su cintura, volvió a tumbarse mirando su rostro dormido sin poder contener las lágrimas por lo que ahora sabía. Por lo que había vivido en su misma piel, y el dolor y la tristeza que todavía sentía y había visto en él. Ahora lo entendía, y era tan terrible lo que se había visto obligado a hacer, lo que había hecho con tal de ponerla a salvo de su clan... Y lo que se había planteado para que no viviese como un fantasma, como le había pasado a su madre... No se lo planteó un solo instante. Le acarició el rostro y le besó una y otra vez incluso cuando Bruno despertó y vio sus lágrimas.

—Mi amor... —susurró él entre besos—. Sofía, no llores...

—Dejaré de hacerlo por ti cuando lo hagas tú —sollozó, abrazándose a él con todas sus fuerzas, por pocas que estas fueran.

—Yo ya no tengo motivos por los que llorar —confesó Bruno, correspondiendo a su abrazo—. Soy libre y estoy contigo. Es más de lo que nunca he llegado a esperar en mi vida, Sofía, y es gracias a ti.

—¿Libre? —preguntó, alejándose lo mínimo de él para ver su amplia sonrisa, el brillo de sus ojos verdes—. ¿Libre, libre? —repitió para asegurarse.

—O casi —respondió Bruno, mostrándole las pulseras negras que llevaba en ambas muñecas—. El Consejo ha retirado cualquier cargo que pudiera tener hacia mí excepto uno, por manipular gente sin su consentimiento ni el tuyo —dijo suspirando—. Las llevaré los próximos diez años, y hasta entonces...

—¡Diez años! —exclamó atónita.

—Estoy aquí contigo, mi amor, libre de cualquier otro cargo por intentar protegerte por encima de todo —le recordó—. Es la sentencia más justa que podrían haberme impuesto.

Suspiró resignada y él besó su frente con suavidad.

—¿Y lo que decida el Consejo es inamovible? —preguntó.

—Suele serlo. De todas formas habrá una revisión del caso en unos años. Aunque todavía queda el asunto de tus exigencias. Cumpliré cualquiera que tú desees... —La sonrisa de Bruno se reflejó en ella de solo pensarlo—. ¿Eso vas a pedirme delante del Consejo y los clanes? —se carcajeó, petrificándola y dándole a entender que no le habían inhibido esa parte de sus poderes—. Pues no. No lo han visto necesario gracias a Irena, que me acaba de nombrar tu guardaespaldas para los próximos cinco años. Eso dependerá de ti. Y no sabía que fueses tan exhibicionista, Sofi, pero si es lo que quieres...

—¡Creía que no me oías, Bruno! —chilló, muerta de vergüenza—. Olvídalo.

—Ni ahora ni nunca, mi amor, de esto me voy a acordar toda la vida —susurró a su oído cuando se dio media vuelta, abrazándose a ella, besando su cuello. Estremeciéndola por completo—. Y besaré cada peca de tu cuerpazo moreno de playa cada día que estemos juntos —dijo, cumpliendo su desvelada exigencia con deliberada lentitud y suavidad, produciéndole oleadas de escalofríos. Cerró los ojos con

un profundo suspiro de alivio—. Todo lo que quieras, lo cumpliré sin que me lo pidas, y ya no tendrás dudas sobre si te he manipulado o no mientras las lleve puestas.

—Ahora sé que nunca lo harías —repuso dando media vuelta de nuevo, segura de ello—. Diez años así es un poco exagerado por lo que hiciste para intentar protegerme.

—No lo hice bien, Sofía —objetó él—. Tú no fuiste la única persona que manipulé esos tres días, y no precisamente por su bien, sino por el mío —confesó con un suspiro—. Lo hice por impresionarte, como si manejar la voluntad de la gente a mi antojo para llevarte a cenar donde quisieras o conseguir gratis una suite de lujo no estuviera tan mal como yo sabía que lo estaba. Y en eso sí que estoy de acuerdo con el Consejo —dijo, acariciándole la mejilla—. Puede que el resto de veces que lo hice estuviera siguiendo órdenes y no pudiera negarme, pero es un justo castigo por hacerte llorar y tenerme tanto miedo —añadió en un quedo susurro cargado de culpabilidad—. Por no decirte la verdad como debía desde un principio, antes de que pasara nada entre nosotros, y no tener el cuidado y el respeto que debería haber tenido con mis poderes y contigo —declaró besándola con suavidad extrema—. Por ponerte en peligro de una forma tan estúpida y hacer que revivas mi peor recuerdo de ese día.

—No —respondió de inmediato—. Por eso no —dijo, negándose en rotundo a que se echara las culpas por eso también, a que pensara en ello—. Solo recuérdame todo lo bueno y estamos en paz.

—¿Todo? —preguntó él, riendo y mirándola de tal manera que notó arder las mejillas—. No tenemos tres días para todo, mi amor, apenas una hora hasta que amanezca. Solo te puedo dar una pequeña muestra por ahora si...

—¿Si... qué? —musitó, esperando que la besara de una vez por todas.

—Si no te molesta que te lea mientras tenemos una profunda e intensa charla nocturna, así podremos conocernos tantísimo como lo hicimos hace ocho años de una vez por todas —dijo él con picardía, cohibiéndola en extremo con su obvio doble sentido al repetir su pensamiento, dejándola sin habla—. Qué suerte que no me hayan inhibido completamente, Sofi, sino estaríamos aquí en silencio hasta por la mañana esperando tu respuesta —se carcajeó, haciéndola reír y empujarle un poco como queja a su burla—. ¿Me lo permites? —Sí, pensó a pesar de la vergüenza, y Bruno se tumbó de espaldas sobre la cama con las manos tras la nuca—. Tampoco habría podido evitarlo de todas maneras, ya lo sabes, pero en fin. Allá va. Nací una noche fría de un doce de noviembre...

—Bruno, no me seas —dijo en tono de reproche, y él rio a carcajada limpia volviendo a abrazarla.

—¿Que no sea qué, Sofía? —preguntó con cara de pillo.

No lo dijo, tampoco lo pensó. Le besó tirando de su camisa hacia ella, cerrando los ojos a la pasión que sintió palpar en cada rincón de su cuerpo cuando Bruno respondió a su beso de la misma manera. Chinche, pensó entonces, probando si la escuchaba y cerciorándose por su risa de que sí.

—No sabes cuánto, mi amor —admitió él sonriendo de oreja a oreja.

—No, no lo sé —musitó, suspirando por ese recuerdo que aún se le escapaba.

—Sofi, mírame, vamos —le pidió Bruno acariciando su mejilla, así que levantó la vista hacia sus ojos verdes—. Las mías no son las únicas exigencias que te faltan por pedir, pero el Consejo ha accedido a que no tengas que volver a comparecer en el juicio contra mi padre por lo que ha pasado hoy.

No tuvo que preguntar de qué estaba hablando, Bruno se lo contó en un quedo susurro.

—Te quedaste atrapada en el Pensador Común, mi amor, y ni siquiera Irena era capaz de sacar tu consciencia de él. Me buscabas con tanta desesperación que no han tenido más remedio que dejarme intentarlo, y bueno... Aquí estamos —concluyó sonriente.

Eso parece, respondió sin palabras, riendo junto a Bruno y recibiendo otro beso que esta vez le cerró los ojos, atraída por él y la imparable pasión por la que se dejó llevar. Con la respiración acelerada al sentir a Bruno lo más cerca posible de ella, besándola y acariciando su espalda y su cuello, por el que sus besos se deslizaron tan despacio... Raspaba un poco.

—Sí, tengo que afeitarme —coincidió él haciéndola reír.

Dejó de respirar cuando sintió un ligero mordisquito en la oreja y rio a la sensación que le entrecortó el aliento y el pensamiento al ver que Bruno hacía amago de rodar para quedar por encima de ella. Cogió una rápida bocanada de aire por la pasión con la que volvió a besar su cuello y se quedó atónita, paralizada, cuando su mano derecha se cernió sobre la parte alta de su muslo.

—¿Fin de la muestra? —preguntó Bruno riendo sin parar, y ella le miró intentando encontrar su voz en alguna parte—. Sofi, venga... Ni siquiera tienes que decir nada, pero al menos decídetelo. ¿Nos conocemos despacio o...?

Tragó, y lo hizo despacio, abochornada. Su mirada se centró en los colgantes que no había visto hasta ahora pendiendo del cuello de Bruno. Los semicírculos nacarados que giraban en el aire entre ellos con rapidez y por los que ella misma se decidió a desabrochar el primer botón de su camisa aprisa, haciéndole reír a carcajada limpia. ¡Si se reía así de cada cosa que pensara o hiciera iba a ser imposible seguir desnudándole! Sobre todo si lo hacía sin control, como ahora, dejándose caer a su lado con un ataque de risa que la empezó a afectar. Le miró de brazos cruzados, intentando aguantar las ganas de reír con solo ver cómo se tronchaba y la avergonzaba aún más, a cada carcajada.

—No te enfades, mi amor, es que... —dijo Bruno, incapaz de terminar la frase hasta que se calmó—. Es que tienes una forma de pensar y reaccionar que...

—¿Qué? —quiso saber, tan cohibida como impaciente.

—Que me pierdes, Sofía —musitó antes de impulsarse de nuevo para besarla, rodando sobre la cama hasta que ella se quedó por encima, de rodillas, a la vez que él se incorporaba—. Que me vuelves loco —añadió besando su cuello, recorriendo sus muslos con ambas manos, su cintura y su espalda.

Bruno subió su vestido hasta sacárselo por la cabeza, mirándola a los ojos con ese hipnotizante brillo en sus iris verdes.

—Que te amo —añadió, besándola una y otra vez.

Ahora y siempre, pensó sin dejar de sonreír con él, acariciando sus rizos oscuros, su cuello, y alcanzando los colgantes que le quitó antes de dejarlos volar libres.

Sintió los besos suaves y las caricias de Bruno por su cuerpo mientras le desabrochaba la camisa. La deslizó por sus hombros y recorrió su piel hasta toparse con algo que le frunció el ceño y paralizó a Bruno. Tenía una cicatriz bastante grande, aunque claramente antigua por la poca diferencia de color con su piel, desde el hombro hasta la mitad de la espalda. Y otra en el costado. Y otra reciente en el brazo. ¡Pero qué narices le había pasado!

—Los entrenamientos, mi amor —susurró él, dejándola pasmada.

—¿Entrenamientos para qué, exactamente? —consiguió preguntar al encontrarle otra en el brazo izquierdo—. ¡Bruno! —exclamó, asomándose a su espalda y viendo seis más—. ¡Quién te ha hecho esto!

—Sofi, así es como empezaste a preguntar la última vez que me viste —dijo en un quedo susurro, suspirando y abrazándola con fuerza por la cintura—. Y mi respuesta te asustó tanto...

Pensó en el recuerdo de Bruno, oyéndose a sí misma al otro lado de una puerta cerrada a cal y canto con un ataque de pánico, como le había dicho ese... No, esto ya era demasiado. Más que demasiado. Era imperdonable.

—Le voy a... —masculló, alcanzando su vestido.

—Ya lo has hecho, mi amor, vamos —dijo él, quitándole la prenda de la mano y volviendo a abrazarla, girándose hasta tumbarla—. Está a punto de ser juzgado. Todos ellos van a pagar gracias al grandísimo valor que has tenido de enfrentarles con la verdad por delante.

—No es suficiente —respondió furiosa de solo ver esas marcas en su piel.

—Cuando terminen sus juicios lo veremos, Sofía —susurró Bruno, besándola un instante—. Yo me doy por satisfecho ahora mismo con saber que los inocentes están a salvo. Mucho más que satisfecho —le dijo en tono socarrón, mirando hacia abajo con una sonrisita picarona y un gesto en la

cara de...—. ¿Pervertido? —se carcajeó—. No pretenderás que esté tan tranquilo si tú estás tan...

—¿Qué, desnuda? —preguntó, mirándose la ropa interior. Más desnuda se sentía cuando la escuchan pensar sin su permiso, la verdad—. Ya no lo harán, ¿no?

—Si no quieres, y no deben por motivos específicos como un interrogatorio o cualquier otra cosa por el estilo, no —respondió él—. Ahora eres la futura líder del clan Dubiki, mi amor. La única Novena de la historia de los clanes y, más importante que eso, una Dusze Razem. Nadie se atreverá a leerte, manipularte o bloquearte a partir de hoy —le aseguró—. Ahora tú eres mi única prioridad y te mantendré a salvo de cualquier peligro, Sofía. Eres mi Dusze Razem y futura líder.

—¿Ya te has cambiado de clan? —preguntó esperanzada.

—No, aún sigo siendo Becket. Estoy bajo la protección de tu clan y a la espera, eso sí, dado que al mío le queda poco para dejar de existir —dijo él sonriente.

—Entonces eso es lo que quiero —declaró sin dudar—. Quiero que dejes de ser Becket para el resto de tu vida, tú y todos esos niños. Ni un Becket más.

—Trato hecho —aceptó él sin tardanza, besándola—. Aunque me gustaba la exigencia anterior, la verdad, así que acepto ambas si me dejas cumplir ya la primera —murmuró con picardía, besando su mejilla una y otra vez, su sien y su frente—. Ocho, nueve, diez...

—Bruno —se rio, pero Bruno no dejó de contar y besar cada peca de su cara.

—Ya me he perdido, ahora tengo que volver a empezar —farfulló, como si realmente le molestara tener que hacerlo.

—Bruno, no me seas, ya no están —se quejó.

No tenía tantas por la cara como para no saber de sobra que se las estaba inventando. Una cosa es que en el instituto se burlaran de ella por sus pecas y otra que él las usara de excusa para besarla ahora, doce años después, que no quedaban ni un tercio de las que antes había. Por otra parte, ese gesto tan evidente en su sonrisa burlona le decía que daría igual que estuvieran o no.

—Si ya no están no importa, las recuerdo perfectamente, y hasta que no llegue a la seiscientos cuarenta y tres no paro —se carcajeó él, haciéndola reír por ese número al azar que...—. De azar nada. Son seiscientos cuarenta y tres, Sofi, te lo demuestro encantado. Así vuelvo a besar mis doce favoritas —añadió, deslizándose poco a poco hacia abajo, hasta su nariz—. Una... —dijo, frenándose en sus labios, besándolos con lentitud—. Dos...—contó, haciéndola reír cuando le besó la barbilla—. Tres... —Bruno recorrió su perfil con la nariz hacia la derecha, hasta llegar a su oreja—. Cuatro...

—Te las estás inventando —concluyó sin poder frenar su risita nerviosa.

—¿Qué va! —exclamó él con tono de culpable—. Nonono, te juro que no. Palabrita de Octavo —dijo con sorna, bajando por su garganta, acelerando su respiración con un suave beso entre sus pechos—. Cinco... Seis... Siete...

Creo que sé dónde está la número doce, pensó sin dejar de reír y sentir cómo la cuenta subía y Bruno bajaba por su estómago, el cual encogió. Besó su ombligo contando la octava, deslizando el roce de su ligera barba hacia su cadera, la novena. Perdió el aliento cuando Bruno siguió bajando, acariciando su tobillo con una mano y su cintura con la otra a la vez que besaba el interior de su muslo derecho muy, muy despacio, contando la décima. Ay, Dios...

—Once... —musitó, riéndose de su respiración acelerada con disimulo cuando besó un poco más arriba que antes—. No, no es por eso, Sofi —dijo, rozando con su aliento el interior de su muslo izquierdo con deliberada y extrema lentitud.

Tanta que suspiró, enervada al darse cuenta de que la observaba sin moverse de su posición entre sus piernas. Solo se reía por lo bajo de lo que provocaba y no satisfacía.

—Es que te pones un pelín impaciente cuando se trata de...

¡Venga ya, por favor, no hace falta que me lo expliques ahora!

—Dicho y hecho —respondió él a su queja mental a gritos.

Se incorporó sobre los codos sin aliento por la sensación que le produjo ese pasional beso en su ingle, pendiente de su mirada traviesa, de su increíble sonrisa.

—Vaya, me he vuelto a perder —dijo Bruno de pronto sacándola de quicio—. ¿Por dónde iba?

—¡Bruno! —chilló de pura excitación y desesperación mientras él sufría otro ataque de risa.

—¿Quieres saber dónde está la número doce, mi amor? —le preguntó. Asintió con la respiración más que acelerada, como se sentía toda ella—. Ven aquí.

Terminó de incorporarse de un rápido impulso y se lanzó a besar su sonrisa, abrazándose a su cuello y sintiendo sus manos en la parte alta de sus muslos. Cerró los ojos y se dejó llevar cuando Bruno la acercó de súbito a él levantando su cuerpo, quedándose de rodillas antes de darle la vuelta, poniéndola de espaldas a él. La abrazó por la cintura entretanto que, con la mano libre, le retiraba el pelo de la espalda.

—Aquí está —ronroneó Bruno, provocándole un tremendo impacto a todo su cuerpo al sentir su aliento acariciarle la nuca.

—Mmm... —gimió, sintiendo que se derretía con la sola expectación de su beso.

—¡Hostia! —exclamó alguien.

Nina estaba en la puerta de esa habitación a la que miró intentando recobrar el aliento, viendo a Elena paralizada ante ellos.

—Di... Disculpad, no pretendíamos... —balbuceó Nina con la cara girada—. ¡Nena, sal de ahí!

—Perdón —musitó ella echando a correr hacia Nina, que ni les miró antes de cerrar la puerta de un seco golpe.

—¡Te dije que llamasas primero, cabeza hueca! —escuchó gritar a Nina a lo lejos.

—¡Es que era urgente, jopé! —respondió Elena.

La risa de Bruno a su espalda empezó a ser realmente contagiosa tras un par de segundos de silencio, cuando ambos fueron conscientes de lo que acababa de pasar. Aunque Bruno no pudo dejar de reír de ninguna manera, corrió hacia la puerta a ver qué habían venido a decirles con tanta urgencia. Mientras volvía, se puso el vestido e intentó alcanzar los colgantes que Bruno había hecho con los semicírculos nacarados que todavía flotaban en el techo, poniéndose el suyo con una imparable sonrisa hasta que Bruno volvió a la habitación con el rictus serio por esa urgente noticia: el Consejo ya tenía su veredicto para Terrance Becket.



De ninguna manera iba a perderse el veredicto del Consejo para ese desgraciado. A pesar de que Bruno dijese que no era necesario, lo era tanto como aclarar a cada miembro de su nuevo clan que no quería que la leyeran sin su expreso consentimiento. Algo de lo que Irena ya se había encargado mucho antes de pedírselo, por lo que le dijo en cuanto se sentó a su lado en la primera fila de ese enorme palco de la sala de audiencias. En la segunda planta desde donde ahora podía ver la sala con una perspectiva muy diferente. Y, además, estaba lo suficientemente lejos del Pensador Común como para que Bruno estuviera tranquilo. Igualmente, seguía muy serio por su negativa a esperar en la habitación junto a él, Nina y Elena a que los juicios terminasen. Eso era una locura, serían meses de juicios, pensó sabiendo que la escuchaba. Había más de mil quinientos inculpados y el Consejo iba a juzgarles de uno en uno. Los primeros en ser juzgados iban a ser los líderes de cada clan, y Terrance Becket sería el primero de todos. Ese veredicto no se lo iba a perder.

—Si por mí fuese ya estaríamos en tu casa —murmuró Bruno en respuesta a su pensamiento.

—Estoy de vacaciones, me quedan... —pensó en voz alta, haciendo la cuenta desde el lunes que había llegado a Madrid hasta hoy, riéndose por el resultado—. Tres días.

—Pues ya estamos perdiendo el tiempo entonces, Sofi —contestó Bruno sin sonreír en absoluto—. De todas formas, habrá que pensar algo si quieres volver a trabajar en decoración de interiores. Y tendremos que buscarte otra casa.

—¿Otra casa? —preguntó pasmada—. ¿Y si no quiero otra?

—No puedes quedarte en Palermo, ellos saben exactamente dónde vives y dónde trabajas. No puedes arriesgarte así, mi amor, y yo no puedo permitirlo. Sería muy peligroso —argumentó Bruno.

—No pienso mudarme, no les tengo ningún miedo —declaró. No cambiaría de idea al respecto aunque Bruno estuviera cada vez más serio—. Tengo una empresa que dirigir y una casa a la que volver. Y tú también la tienes, si es lo que quieres, pero yo no me mudo.

—Y punto —agregó Nina sentada tras ellos, encogiéndose de hombros con una sonrisa.

Bruno la miró con rencor, igual que ella a Elena, que no dejaba de reírse con disimulo.

—No van a dejarles libres para que puedan ir a por nosotros cuando esto acabe. ¿Cierto? —preguntó Nina.

—Cierto, querida —respondió Irena sentada a su izquierda, hacia la que se giró mirando de reojo a Elena con fastidio—. Nuestro clan seguirá a su futura líder allá donde ella vaya y la protegerá. Nuestros chicos se encargarán de lo que necesitemos, Sofía, Bruno no es el único encargado de tu seguridad. Además, un arquitecto muy interesado en el trato que se le ha propuesto en nombre de tu empresa ya ha empezado a planificar las construcciones y pronto habrá una hermosa comunidad privada a pie de playa en Palermo que necesitará la atención personal de una decoradora de interiores con mucho talento —añadió, palmeando su mano.

—¿Giovani? —preguntó completamente atónita cuando Irena sonrió y asintió.

—Que Peter Becket no haya sido inculpado todavía por sus crímenes no significa que no te deba el trato comercial que pudo hacerse en ese restaurante de Barcelona —le dijo ella con total satisfacción—. Solo espero que no te importe tener algunos vecinos a partir de ahora, querida.

—No... Em... —musitó, algo perpleja aún—. ¿Cuántos?

—No más de los que necesites para estar segura en tu hogar —aclaró ella.

Vale, bueno... Lo cierto era que siempre se había sentido sola en esa casa tan alejada de todo. Y el terreno tenía muchas posibilidades para crear una comunidad privada, como Irena decía. Lo que la tenía tan pasmada era pensar en que pudieran hacerlo tan rápido y estuvieran tan dispuestos a mudarse a cualquier parte con tal de que ella pudiera seguir, de algún modo, con su vida. No como hasta ahora, eso seguro. ¿Y ellos, no tenían sus propias vidas?

—Tendrán la vida que siempre han querido tener, Dusze Razem —le aseguró Irena cogiendo su mano, besando sus nudillos. Escuchándola—. Yo tengo permiso, soy tu maestra, y estaré encantada de poder llamarte vecina muy pronto. Mientras tanto, espero ser una invitada en tu casa, si es posible.

—Claro que sí —respondió de inmediato, pues su casa tenía tres habitaciones. Una para Irena, otra para Nina y Nena... ¿Y sus padres?—. Tengo que ver a mis padres antes de regresar —recordó con un suspiro—. Recoger mi maleta en Madrid y comer con el padre de Elena en... ¡Elena, ya vale!

¡Era imposible hacer que parara! Desde que habían salido de la habitación para desayunar, en la quinta planta de ese mismo edificio, la puñetera no dejaba de reírse de una manera que no dejaba lugar a dudas sobre lo que estaba pensando. Al menos seguía teniendo los inhibidores, pero Elena no era la única en reír con disimulo en el palco, por lo que pudo ver al observar alrededor. Y Nina lo hacía sin disimulo alguno. Lo sabían seguro.

—A veces no es necesario saber nada si lo sientes todo, querida, estáis entre Séptimos —respondió Irena, riendo de igual manera cuando la miró sin respirar siquiera—. Es nuestra naturaleza, y no hay nada tan contagioso y digno de ser sentido como la felicidad de una pareja joven de Dusze Razem.

Miró a Bruno de soslayo sintiendo que le ardían las mejillas. Él, a pesar del cachondeo a su alrededor, seguía con el gesto serio por haberse empeñado en bajar. Negó. ¿No? ¿Entonces qué era? Porque él se estaría riendo de lo lindo, como el resto, y no parecía precisamente contento.

—Lo estoy —murmuró cogiendo su mano—. Es que me preocupa lo que vaya a pasar ahora y que estés aquí para presenciarlo, Sofi. No va a ser agradable.

—Mientras tenga lo que se merece, estaré bien —contestó sin duda alguna.

Sobre todo si le hacían pagar por cada marca que él tenía todavía inscrita en el torso y los brazos por sus entrenamientos. Por lo que le había hecho a él y a esos niños a los que Elena estaba loca por conocer. El hermano de Nina era uno de ellos, y como cualquier criatura tuviera una sola marca en el cuerpo... ¿Qué podría exigirle que sea justo para todos esos niños? Pensó al ver a Terrance Becket entrar en la sala de audiencias, custodiado y esposado aún, con la mirada fija en ambos. Le vio ponerse ante el Consejo para escuchar su veredicto sin saber qué podría exigirle a cambio de tantísimo sufrimiento hasta que Irena se levantó del asiento a su lado y se puso delante de Bruno de brazos cruzados, haciendo una señal hacia el Consejo con la mano levantada para que esperasen.

Ambos se miraron unos segundos en una conversación silenciosa y bastante seria, por lo que pudo notar en el rostro de Irena y en los gestos tensos de Bruno, hasta que Irena levantó la vista y le hizo un gesto a uno de los hombres que había sentados tras ellos.

—Julian Dubiki, ¿estás dispuesto a compartir el dolor de este inocente? —le preguntó Irena, y el hombre asintió con seriedad—. Adelante.

¿Compartir su dolor? Vio a Julian tenderle la mano a Bruno, y a él vacilar un instante antes de soltar la suya y estrecharle la mano a Julian Dubiki, cuyo rictus cambió por completo a uno entre sorpresa, horror y concentración.

—Suficiente —declaró Bruno intentando retirar la mano, pero Julian se la cogía con fuerza y negaba.

—Todo, Dusze Razem —dijo él con los ojos cerrados y la tez pálida.

No entendía lo que estaba pasando, y no lo hizo hasta que Nina se lo aclaró entretanto que Irena

pedía otro voluntario para soportar el dolor con el que Julian no pudo solo. Un hombre y una mujer, Trenton y Genma Dubiki, se ofrecieron al instante a ser portadores del dolor de Bruno. Y no el que desaparecería cuando Irena curase las marcas en su cuerpo, en las que nunca había pensado en su presencia, y que eran muchísimo más profundas de lo que se veía a simple vista. Sino esas otras heridas que permanecían por debajo de lo físico, como en cada uno de los niños Becket. Había heridas profundas que sanar y un inmenso dolor que devolver a los culpables, y esa era una ley no escrita del clan Dubiki: si alguien recibía cualquier clase de dolor, el culpable lo sufría de la misma manera.

A punto estuvo de preguntar cómo podían hacer algo así hasta que recordó a Irena mostrándole lo que Bruno sentía hacia ella de una forma muy parecida a como Nina le había sanado el chichón, cogiendo sus manos. Miró a Nina, pensando en otro momento en el que había hecho eso mismo por Bruno, absorbiendo su miedo para que no dudase en ir a la cena de exalumnos. Y por ella, por ella también lo había hecho, estaba segura. Incluso Irena ha usado sus dones de esa manera el día anterior cuando perdí el control porque se llevaban a Bruno esposado, se recordó.

Había muchísimo más dolor del que se veía a simple vista, y Bruno tenía tanto oculto tras sus marcas que Nina fue la cuarta en ofrecerse, aunque ni siquiera se acercó a Bruno. A ella no le hacía falta sentirlo ahora. Lo lleva sintiendo desde que eran unos niños, se dijo con rabia.

—Sofi, ¿a dónde vas? —preguntó Bruno cuando siguió a Nina y a los tres que se dirigían hacia la planta baja con total seguridad.

—Voy a exigirle lo que nos debe —dijo decidida, cogiéndose al brazo de Nina.

—¿En serio vas a perseguirla a todas partes? —inquirió Nina ya que, tanto Elena como Bruno, se levantaron—. Viene conmigo y punto.

No pudo aguantar la risa al verles sentarse de nuevo en sus asientos. Pero le duró poco pues, al bajar por las escaleras, vio las lágrimas de Genma Dubiki como reflejo de las que Bruno ya no lloraba, acostumbrado a guardar tanto dolor que había necesitado tres personas para soportarlo. Cuatro, contando a Nina.

—¿Estás bien? —preguntó en francés, incapaz de no preocuparse por ella, que se había ofrecido voluntaria para ser portavoz de tan pesada carga.

La chica asintió, secándose las lágrimas, y continuó bajando escaleras cuando Trenton Dubiki la abrazó contra él, besando su sien y dedicándole una ligera sonrisa junto a un respetuoso saludo con la cabeza. No lo estaban, ninguno de los tres. No lo estarían mientras ese desgraciado, al que se dirigió sin pensarlo dos veces, siguiera allí esperando su castigo. Y lo iba a tener ya, empezando por el veredicto del Consejo.

—Terrance Becket —dijo Josef Aram, en pie como el resto del Consejo—. Por sus múltiples incumplimientos de la normativa que debería haber seguido, y hecho seguir a su clan desde que aceptó los términos y las condiciones que se le impusieron como aliado de este Consejo, queda relevado de su cargo como líder del clan Becket de forma inmediata.

—Por sus innumerables crímenes contra Sapiens y sus propios congéneres —continuó Koichi Izuno—. El Consejo le impone la inhibición total de sus facultades como Octavo el resto de su vida y le condena al exilio.

—Los bienes que posee serán destinados a las víctimas de sus cargos —añadió Omar Slimari—. Se le proveerá de lo básico para su subsistencia, pero no habrá ninguna clase de contacto posible con otro ser humano, ya sea Sapiens, Séptimo, Octavo o Noveno. Los miembros de su clan conscientes de haber realizado los mismos cargos a espaldas de las normas de este Consejo quedarán bajo custodia a la espera de sus propios juicios.

—Además, este Consejo nombra a su sucesor, Bruno Becket, como líder de su clan y le ofrece un lugar en este Consejo —anunció Susan Jensen, y todo el Consejo miró a su derecha, hacia arriba, donde Bruno se puso en pie.

—Gracias por la oportunidad, pero declino la oferta a expensas de la exigencia de mi Dusze Razem —respondió Bruno desde ahí arriba, provocándole una sonrisa antes de volver a sentarse junto a Elena, que ya había ocupado su sitio al lado de Irena.

—Entonces solo nos queda escuchar la deliberación de la futura líder del clan Dubiki —anunció Bandom Dubiki, por lo que tomó aire con calma y decisión.

—Si el Consejo y su actual líder aceptan, lo primero que exijo es la disolución del clan Becket y la inclusión de sus miembros indultados en mi clan —declaró en cuanto el Consejo le cedió la palabra. Miró a Bruno que, como actual líder, asintió a su primera exigencia—. Después, exijo que su antiguo líder reciba el dolor que ha causado a cada miembro del clan que ya no existe ni volverá a existir, del primero al último, empezando por el de Bruno Dubiki —dijo sin mirarle a él, esperando una respuesta del Consejo.

—Sí —contestó el señor Izuno, y la votación fue unánime.

Sin tardanza, hizo un gesto a los miembros de su clan que aún sufrían esperando para ello. La primera en acercarse fue Genma, imponiendo sus manos sobre las esposadas de Terrance, cuyo gesto se endureció durante los segundos que ella tardó en hacerle sentir ese dolor. El siguiente chute de Trenton le hizo tambalearse un poco y le dejó pálido. Al ver que había uno más, Terrance negó y se intentó apartar. Los guardias que le custodiaban tuvieron que sujetarle para que Julian Dubiki le dejase muy claro hasta qué punto había sufrido Bruno lo que él había planeado y hecho con su vida. En cuanto terminó, Terrance no cayó de rodillas porque los guardias le sostuvieron por los brazos como a un muñeco lacio. Le pareció ver que hacía lo imposible por controlar las lágrimas, pero todavía faltaba Nina.

—Más vale que le sujetéis bien, esto le va a doler de verdad —masculló Nina, y los guardias volvieron a ponerle en pie a la fuerza—. ¿Recuerdas lo que le aconsejaste hacer a mi padre para fortalecer mis dones como Séptima, tío?

—No... —sollozó él negando como un poseso—. Basta...

—Eso decía yo, y nunca paró —respondió ella—. Por desgracia para vosotros, lo recuerdo demasiado bien.

Nina no tuvo piedad alguna con el maldito desgraciado que se debatió entre sus manos, retorciéndose con espasmos como si le estuvieran dando una tremenda paliza. Dejó de respirar y se le formó un nudo en el estómago al pensar en la cantidad de veces que había visto a Nina en el instituto con heridas de lo que, entonces, creía peleas con otros alumnos. No pudo seguir mirando, aunque se mantuvo en su sitio esperando a que Nina terminase de devolverle cada golpe que había sufrido en su infancia y en su juventud, oyendo los gritos y gemidos de uno de los culpables del dolor que Nina se había guardado hasta ahora. Solo cuando se hizo el silencio volvió a mirar de nuevo hacia adelante y vio el resultado de esas palizas concentradas en él, medio inconsciente. Se acercó mientras sus guardias le dejaban caer en el suelo hecho un amasijo de dolor. Aún le faltaba mucho más que sufrir, pero necesitaba algo que solo él podría darle antes de desaparecer para siempre.

—Devuélveme París —exigió, en último lugar, para compensarse a sí misma.

Epílogo

Con Elena callada a su lado, y aún nerviosa por lo que había visto y se había atrevido a exigir en el juicio contra Terrance, permaneció pendiente de Bruno, Nina e Irena. Ellos discutían en voz baja a un lado de la habitación de la madre de Bruno. Ella seguía dormía y vigilada por los hijos de Irena que habían intervenido en el juicio de Terrance; Julian, Trenton y Genma. Por lo que Bruno le había dicho, su madre había recuperado sus recuerdos, pero ahora necesitaba tiempo para reasentarlos. Su mente estaba tan confusa que Bruno ni siquiera sabía si iba a poder presentársela antes de tener que ir a Irlanda, Dublín, donde estaba la comunidad principal de los Dubiki. Allí habían trasladado a sus padres junto a los niños que ya no volverían a ser Becket.

El clan se había disuelto al completo, ya no existía, y pronto se llevarían a Terrance a un lugar apartado de cualquier civilización. No volvería a verle y, antes de que se marchara, tenía que desbloquearla. Esa había sido su exigencia y debía cumplirla, aunque solo tenía que mirar a la madre de Bruno para darse cuenta de que quizá no era tan buena idea como ella pensaba. ¿Y si recuperar sus recuerdos de París le afectaba tanto como a su madre?

Justo en ese momento, Bruno se giró hacia ella y la miró con lástima, dándole a entender que la había escuchado pensar. Avergonzada por la comparación que había acudido a su mente sin filtro alguno, esquivó sus ojos verdes al ver que iba directo hacia ella. No llegó, pues Irena le retuvo y le dijo algo en voz baja antes de hacerle un gesto a ellas para que salieran de la habitación.

Bruno asintió y se dirigió hacia donde descansaba su madre sobre la cama, sentándose a su lado con cuidado y besándole la mejilla antes de ponerse de nuevo en pie, caminando hacia Julian, Trenton y Genma. Salió de la habitación con Elena tras ella cuando Bruno comenzó a quitarse la camisa intentando no pensar en nada, alejándose por el pasillo lo suficiente, o eso esperaba, para que Bruno no pudiera escucharla pensar.

Estaba a punto de llorar de ver a su madre así de mal y de ser la razón por la que Bruno iba a separarse de ella ahora que la había recuperado. Irena le había dicho que Lucía debía descansar un poco más antes de viajar.

Ellos debían ir a ver a sus padres y a los pequeños del clan Becket, al que ella misma había segado. Tenían que explicarles lo sucedido, como había dicho Irena cuando se habían reencontrado tras el juicio, pues serían Dubiki y ella su futura líder. Así debía presentarse ante los antiguos y nuevos miembros del clan Dubiki que aún no la conocían, pero no quería pensar un instante en ello sabiendo que Julian, Trenton y Genma estaban sanando las heridas superficiales de Bruno.

Ahora que podía imaginarse lo que habría sido para Bruno estar tan cerca y tan lejos de su madre al mismo tiempo, la presión que había sufrido por parte de su padre, las injusticias continuas y desproporcionadas... La rabia que sentía de solo saber el maltrato al que les habían sometido los Becket apenas le permitía quedarse quieta. Daba igual que Terrance hubiera pagado, él era solo uno de cientos. ¿Y ahora iban a irse sin más con Nina y...?

—¿Y a ti que te pasa? —le preguntó a Elena, que seguía demasiado seria y callada. Incluso ahora, que se había dado cuenta de su actitud, le esquivaba la mirada—. Eh, Elena. ¿Qué pasa?

—Es que es tan triste... —sollozó abrazándose a ella—. No quiero que te pase lo mismo que a su madre, Sofi.

No supo qué decirle esta vez para consolarla. Acababa de pensar lo mismo en silencio. Bruno lo

había escuchado y, por descontado, era el motivo por el que se había negado toda la mañana a que presenciase el juicio de Terrance o a que le exigiese nada en persona. Seguro que sabía lo que iba a pedirle mucho antes que ella misma y había visto en su madre cómo podía afectarle recuperar todos sus recuerdos de París de golpe. Ahora entendía el porqué de su seriedad y actitud durante el juicio de su padre. Si Terrance la desbloqueaba, tal y como le había exigido, le acabaría pasando lo mismo que el día anterior como mínimo.

—Eso no pasará, querida Sofía —dijo Irena observándolas y avanzando hacia ellas con una sonrisa tranquila—. No necesitas que Terrance te devuelva nada, ya tienes lo necesario para recuperar tus recuerdos —añadió, pero ella no lo entendió en absoluto—. Bruno podrá explicártelo durante el viaje. Nos veremos en Dublín. Yo acompañaré a Lucía cuando despierte, así tendréis tiempo para...

—No —la cortó sin siquiera pensarlo—. No vamos a irnos de aquí si ella no está bien, y no voy a correr el riesgo de que me desbloqueen si eso significa que mi mente va a desorientarse tanto como para sufrir otro aneurisma o algo peor —le aseguró a Elena para tranquilizarla—. Nos iremos si Lucía pueda venir con nosotros. No tenemos tanta prisa.

—De acuerdo —respondió Irena con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya podéis pasar a conocerla. Suspiró un instante y se lo dijo sin necesidad de hablar. Sabía que Bruno quería que la conociera, y ella también estaba deseándolo. Lo que dudaba era que Lucía quisiera ver a la mujer por la que su hijo se había arriesgado tantísimo en más de una ocasión, poniendo en riesgo su vida. Ella era la causa, en realidad, por la que Terrance había descubierto que Bruno tenía el poder de un Octavo. El motivo por el que les habían separado. Ella, en su lugar, no querría saber nada de la causante de la mayor parte de sus desdichas.

—Todo lo contrario, querida —se carcajeó Irena—. Está deseando conocer a la chica a la que su hijo ama desde que te conoció, su Dusze Razem, y a la preciosa señorita que se ha casado con su Nina Dinamita —les aseguró dejándolas pasmadas.

—¿Nina Dinaqué? —preguntó Elena por ambas. Irena hizo un gesto de que eso era lo de menos, acercándose a cogerles la mano.

—Conoceros la ayudará a centrarse en el ahora, estoy segura.

Respiró profundo y, entonces, se dio cuenta de que Irena acababa de calmar un miedo que no sabía por qué tenía, pues no solo eran los nervios lógicos por la situación. ¿Miedo de conocer a la madre de Bruno? ¿Por qué? No se entendía ni a sí misma, pero lo peor era la sensación de que estaba a punto de saberlo y no estaba preparada.

—Adelántate, querida, ahora vamos nosotras —le pidió Irena a Elena, cediéndole el paso hacia el interior de la habitación donde Bruno ya la estaría escuchando—. ¿Prefieres que inhiba sus facultades para no hacerlo, Dusze Razem?

La pregunta de Irena, junto con ese nuevo título que no terminaba de entender en su totalidad, la obligó a pensarlo un instante. No, no era eso. Solo sentía que estaba más nerviosa que de costumbre y no conseguía comprender el motivo. Deseaba conocer a Lucía, por supuesto, y también quería ir a ver a sus padres con Bruno, a los niños y al resto del clan Dubiki, pero... Había algo que necesitaba hacer aparte de todo lo que debía, esa era la sensación, aunque no sabía qué era. Necesitaba un minuto para aclararse.

—Comprendo... —respondió Irena con lentitud—. Bueno, hoy has hecho cambios drásticos que van a afectar a tu vida por completo, Sofía. Si quieres tomarte un momento a solas para pensar en ello sin que nadie pueda escucharte, ni siquiera Bruno, adelante —la alentó Irena—. Vuelve cuando estés preparada y sepas cuál es esa necesidad que tanto te inquieta. Estaremos aquí para ayudarte en lo posible a resolver tus dudas.

Observó el gesto afable de Irena desaparecer tras la puerta de la habitación de la madre de Bruno antes de encontrarse sola en el pasillo de la tercera planta donde Nina y ella se habían reunido con

Bruno y Elena al término del juicio.

Vale, ¿y ahora qué? Comenzó a moverse y caminó por el pasillo, alejándose paso a paso en dirección a ninguna parte hasta encontrar unas escaleras. Las bajó intentando aclararse consigo misma, sobre todo para saber a dónde quería ir y qué necesidad sentía bullendo en su interior, hasta llegar a la primera planta donde se encontró con Paula Cornell y Daniel Dubicki. Ambos la saludaron con respeto y sin mirarla siguiendo su camino. Ella permaneció justo delante de la puerta que daba al palco del clan Dubiki, al que había llegado sin pensarlo. ¿En serio quería seguir viendo los juicios de los antiguos miembros clan Becket? No, ya había visto suficiente. Además, no sería capaz de estar en ese palco rodeada de gente que no conocía y que... ¿Que no conocía? Se preguntó por un momento, echando un leve vistazo a la pareja que había reconocido al instante. ¿Cómo sabía sus nombres?

Dio media vuelta de regreso a las escaleras pensando que era cosa de su imaginación, que habría escuchado sus nombres en algún momento, y subió más allá de la tercera planta hasta la quinta, donde estaba la habitación en la que había dormido. No obstante no fue hacia allí, sino hacia la terraza en la que había charlado con Bruno tras el desayuno, justo antes de bajar a presenciar el juicio de su padre.

Cogió el respiro de aire fresco que necesitaba, con profundidad y los ojos cerrados, antes de contemplar las vistas de París desde ese edificio de las afueras en el que se encontraba. Pudo relajarse durante un rato sin nadie a su alrededor pendiente de ella, tal y como había dicho Irena.

Se dio cuenta de que tenía la impresión de haber estado mil veces en esa misma terraza observando la ciudad a distancia. La seguridad, más bien, de haber pasado horas sentada en el banco en el que tomó asiento sin perder de vista su muñeca. El colgante en el que Elena había convertido la mitad de su bloqueador ahora no flotaba, solo pendía inerte a modo de pulsera y, aun así, había algo diferente.

Cuanto más tiempo lo observaba en silencio, más se daba cuenta de que, de alguna manera, ahora comprendía su función. Y no por lo que Irena o Bruno le habían explicado hasta el momento, sino sobre su proveniencia. Sabía que no estaba hecho de un mineral común, así como el Pensador Común de la sala de audiencias del Consejo regente en el que se había quedado atrapada. Eran rocas cargadas de una vibración bastante particular, sacadas de puntos clave del planeta donde las corrientes magnéticas concurrían y... ¿Por qué sabía eso?

—Porque tu poder ha absorbido las vibraciones del Pensador Común y de la mente de Bruno y estás empezando a procesar la información —contestó una voz femenina tras ella. La de Ivana, que la observaba cruzada de brazos desde la puerta de entrada al edificio—. Si no deseas que te lea, no lo haré a partir de ahora, por divertido que resulte —dijo antes de que pudiera quejarse por ello—. Creía que podría encontrar un lugar donde estar tranquila, ahora que Bruno ya no va a venir a meditar sobre los problemas que tú has solventado en un solo día. Por cierto, felici...

—Ahórrate el sarcasmo, por favor —la cortó de inmediato.

Cada vez que Ivana decía ‘por cierto’, lo siguiente era una cuchillada verbal en forma de cortesía. No tenía ganas, sinceramente.

—Solo explícame qué es eso de que mi poder ha absorbido no sé qué —le pidió.

—Dudo que necesites que te expliquen nada a partir de ahora. Solo debes tomarte el tiempo suficiente para pensar en ello con la tranquilidad que podrás tener cuando nos larguemos de aquí de una vez —respondió Ivana tomando asiento a su lado—. Y no creas que van a darte la privacidad a la que estás acostumbrada ni aunque seas Dusze Razem. Ahora eres una iniciada del clan Dubiki y, como tal, tu maestra se asegurará de que ser lo que eres no te vuelve loca.

—¿Y si ya lo estoy? —se obligó a preguntar pues, no entendía cómo ni por qué, lo que Ivana acababa de decirle tenía toda la lógica del mundo—. No digo que no me asuste un poco lo que se me viene encima. Creo que estaría loca si no me afectara y, aun así, me parece que estoy justo donde debo y quiero estar. Sinceramente, no me veo en ninguna otra parte.

—Por eso quería felicitarte —argumentó ella, cuya sonrisa miró de soslayo—. Ahora sé por qué

yo no era suficiente.

Cohibida por su declaración permaneció en silencio y, entonces, un claro pensamiento y una tremenda sensación de culpa se adueñaron de ella. Pensó en Nicholas. En Nadine, la hija de ambos, y lo que ahora sabía con una certeza apabullante. No quiso decirle que lo sentía, a pesar de que era precisamente lo que esa sensación la impulsaba a hacer, pero no pudo callar a la voz interna que insistía en sacar la verdad que necesitaba confesarle.

—Eras mucho más que suficiente para Bruno, Ivana. Eras inalcanzable —murmuró, cogiendo aire para decir lo que rondaba por su mente—. Tú has sido la promesa que ha mantenido lo mejor que ha podido en memoria de su hermano Nicholas. Y lo ha hecho por el amor de un hermano que le convirtió en alguien muy diferente. Fue un gran maestro para Bruno gracias a ti.

—Y un cobarde que nos abandonó cuando más le necesitábamos —respondió Ivana de inmediato en tono cortante—. Su amor por Bruno y el resto de sus hermanos no fue suficiente. Ni siquiera tuvo el valor de decirme lo que pasaba antes de... —El forzado silencio de Ivana y la tensión de sus gestos la obligó a expresar lo que pensó en ese instante.

—No le estoy defendiendo y no le conocí en persona, eso es cierto —dijo antes de nada—, pero estoy segura de que no habría soportado estar con otras mujeres por obligación. Te quería a ti hasta el punto de decírselo a su padre a la cara y exigirle estar contigo o... —No se atrevió a decirlo. Tampoco era necesario—. Fue... Fue culpa nuestra en gran medida —balbuceó algo insegura de continuar. Ivana ahora no la miraba, solo escuchaba—. Él sabía que Bruno no tendría ninguna oportunidad a partir de nuestro encuentro hace ocho años si Terrance sobrevivía y él no conseguía huir conmigo. Creo que se sacrificó por Bruno, sobre todo, porque de seguir vivo como líder del clan Becket no habría soportado tener que llevar a cabo el papel de su padre sabiendo que su propia madre había borrado a la de Bruno. Si le hubiera dado la espalda a su clan por estar contigo, Bruno habría muerto primero, él después y puede que incluso tu clan hubiera sufrido las consecuencias, empezando por Nadine y por ti.

—Puede —musitó Ivana quedándose en completo silencio.

En un principio casi no pudo controlar sus ganas de pedirle perdón por lo que Bruno y ella habían provocado, pero Ivana se levantó de su asiento y se fue.

—Por cierto —dijo desde la puerta—. Ya que ahora entiendes bastante mejor cómo han sido los últimos doce años para Bruno, podrías tener el detalle de ir a conocer a la mujer que le parió y a los críos que has incluido en tu clan, al que todavía no te has tomado la molestia de presentarte como futura líder, ¿no crees? Ya tendrás tiempo de pensar en las complicaciones con las que te has comprometido cuando hayáis salido de aquí vivos, que es más de lo que esperabais hace menos de veinticuatro horas.

Por un momento se quedó tan paralizada que no fue capaz de responder. Antes de que Ivana diera el cuarto paso para alejarse de ella se puso en pie y la siguió al interior del edificio.

—Te has olvidado un poco de la cortesía, ¿no? —inquirió molesta, a pesar de que tuviera mucha razón en todo lo que le había soltado de golpe sin cortarse.

—Muy cierto —se carcajeó Ivana, refrenando su paso para que llegara a su altura—. Gracias, Sofía.

Aún perpleja, y casi tentada de preguntarle si le daba las gracias por recordarle su falta de cortesía o por haber hecho posible que la situación de Bruno y los niños Becket dejase de ser tan injusta como su desesperado juramento con él, sonrió y caminó junto a ella de vuelta al tercer piso. Daba igual por qué le estuviera dando las gracias, pues que lo hubiera hecho ya era motivo suficiente para estar mucho más tranquila y deshacerse del sentimiento de culpa que la había desbordado desde que había ordenado el castigo de Terrance.

Ahora entendía que era eso lo que le pasaba, que en su vida se había sentido tan furiosa y decidida a exigir justicia como hoy. No eran los cambios, como Irena decía, ni su nueva situación como futura líder del clan Dubiki. Lo que la tenía tan intranquila era la culpa de haber ordenado el castigo de un

desgraciado que, aunque que se lo mereciese, tenía la impresión de que se había quedado tan atrapado en el clan Becket como Bruno. Solo que con la diferencia de que él había perdido al amor de su vida y había cometido el error de pagarlo con Bruno y el resto de sus hijos hasta provocar una situación irreversible.

Por otro lado, la situación de la madre de Bruno había mejorado muchísimo. Tanto que, cuando llegaron a la habitación de la tercera planta donde esperaba encontrarla dormida, ni se creyó que la mujer echara a correr nada más verla, abrazándose a Ivana y a ella a la vez. Miró a Bruno sentado tan tranquilo, riendo junto a Irena, Nina y Elena de la cara que se le acabaría de quedar. Ambas recibieron el inesperado abrazo de Lucía, mil halagos sobre su belleza y su gratitud eterna por haber salvado a su hijo y a su Nina Dinamita del clan Becket.



Todo lo bien que se podía estar en su caso, y con un ánimo que levantaría estadios, Lucía se quedó junto a Irena para descansar cuando Elena sugirió salir a comer por París. No se irían hasta el día siguiente, así que podían disfrutar un poco, según Irena, del merecido tiempo libre que se habían ganado.

Lo único que necesitaba antes que nada era darse una ducha, cambiarse y hablar con Bruno de la imperiosa necesidad que se había adueñado de ella desde que habían decidido darle un día de descanso a su madre antes de viajar a Dublín. Al menos esta vez nadie tenía por qué interrumpirles. Podrían hablar tranquilos, salir del edificio y recorrer París una vez más.

No sabía ni por dónde empezar a decírselo, pero Bruno se adelantó a su intención de pedirle a Nina que se adelantaran, provocando en Elena la risita estúpida que le dijo claramente en lo que estaba pensando.

—Ignórala —le sugirió Bruno mientras se metían en su habitación—. Y no te preocupes por lo que te está pasando, Sofi, solo necesitas tiempo.

—Lo sé, y no me preocupa, pero no... no puedo ignorar a Elena porque ti... tiene razón. —Notó que el corazón se le aceleraba al ver la sonrisa de Bruno aparecer como acto reflejo a su estrepitosa vergüenza—. Si Irena cree que volver sobre nuestros pasos en París me ayudará a recordar sin necesidad de que nadie me desbloquee... ¿Crees que es buena idea si... si nos saltamos algunas cosas? Es que no tenemos tres días y... Bueno, no digo que...

—Sofi.

Dejó de balbucear como si no supiera hablar cuando Bruno se acercó paso a paso hasta alcanzar su cintura, atrayéndola hacia él y el brillo insano de sus ojos verdes.

—Tenemos más de tres días, mi amor. Tenemos una vida entera como Dusze Razem para revivir y crear nuevos recuerdos, pero esa no es la cuestión —dijo, apartándole los rizos y observándole los labios con una sonrisa demasiado picarona como para no saber en lo que pensaba—. ¿Quieres que...?

—Sí —respondió sin necesidad de pregunta alguna, tirando de Bruno hacia el baño—. Quiero. Ya lo creo que quiero —declaró antes de cerrar la puerta.

Con el corazón acelerado, e incapaz de mirar su amplia sonrisa sin cohibirse, llevó sus manos algo temblorosas a los botones de la camisa de Bruno, cuya risa la descentraba de algo tan sencillo como era sacar ocho botones de su ojal. ¡Deja de reírte, que esto es serio! Gritó mentalmente, pues Bruno no estaba por la labor de ponérselo fácil, así que dio un seco tirón que hizo saltar los dos últimos botones, haciéndole reír a carcajada limpia.

Le dio igual todo hasta que descubrió el lateral de su torso, el cual investigó sin encontrar una sola marca. Sonrió con incredulidad y le dio la vuelta, tirando del cuello de la camisa hacia abajo, descubriendo sus hombros, sus brazos y su espalda. Sus músculos, su piel clara sin rastro alguno del

inmenso dolor que Bruno había sufrido en sus entrenamientos.

—Sofi...

Bruno se dio la vuelta sin un solo atisbo de la risa floja que le había dado y ella dejó de taparse la boca, embargada por la emoción y las lágrimas que la desbordaban. ¡Ya no tenía una sola marca! Se impulsó a abrazarle con brazos y piernas y a besarle de tal manera que Bruno dio un paso hacia atrás para no perder el equilibrio. Sintió sus manos sustentarla, aunque no hiciera falta, y su cuerpo guiarla a alguna parte. No miró ni a dónde. Todo su ser estaba inmerso en el profundo beso que les unía. En sus manos recorriendo su cuerpo hacia arriba a la vez que una suave lluvia de agua cálida lo surcaba en dirección opuesta. Abrió los ojos cuando Bruno separó sus labios de los suyos y miró sus ojos verdes, su amplia sonrisa y su pelo negro y rizado goteando sobre sus hombros desnudos. Sus brazos, sin un solo rasguño, y sus manos levantándole la barbilla hacia sus labios, los cuales besó una y otra vez.

—Esto no lo pudimos hacer antes, pero ahora no voy a quedarme con las ganas —confesó Bruno en un quedo murmullo a su oído—. Date la vuelta.

Lo hizo aun sin saber muy bien lo que se proponía. Sintió que le apartaba el pelo mojado de la espalda, pero no le desabrochó el sujetador, como era de esperar. En su lugar notó los labios de Bruno rozarle la base del cuello, robándole el aliento cuando besó su nuca, abrazándola estrechamente contra su pecho.

—Y doce —le escuchó decir con los ojos cerrados por el escalofrío que le recorrió el cuerpo hasta que Bruno la soltó—. Bueno, ya podemos irnos a comer —propuso, haciendo el amago de salir de la ducha.

—De eso nada —respondió de inmediato, dándose media vuelta para ver su sonrisa más amplia de chinche absoluto—. Bésame, Bruno.

Cada peca. Todas. Las seiscientas cuarenta y tres.

—Ahora y siempre, Sofía.



Echó un vistazo por la ventanilla del avión que a punto estaba de aterrizar en Dublín. No sabía qué la tenía más nerviosa; si la conversación pendiente que tenía con sus padres, conocer a los niños que había incluido en el clan Dubiki o presentarse como futura líder del mismo. Bruno no se separaba de su lado, y en cuanto escuchaba su enervado pensamiento dar vueltas a lo mismo dejaba de hablar con su madre, sonreía y besaba sus nudillos, acariciándole la mano. Y, cada vez que lo hacía, su madre se emocionaba.

—Eres de lo que no hay —se carcajeó Bruno—. Pues claro que soy feliz, mamá.

—No llores mujer...

Soltó la mano de Bruno para atender a Lucía, que no dejaba de llorar de alegría por su hijo, o al menos eso esperaba. A veces tenía la impresión de que no era tanto de alegría como de tristeza por lo que se había perdido en los años que había estado ausente, y la tremenda carga emocional de la que Irena había hablado con ellos. Lucía pasaba de la risa al llanto en cuestión de segundos, aunque Irena siempre estaba tan pendiente de ella como Bruno para que su mente no se desviase del ahora. Ella no tenía idea de cómo usar su poder para ayudarla, como hacía Irena, pero sabía que recordarle dónde estaba y lo que iban a hacer la tranquilizaba tanto como a ella la enervaba.

—¿Y tú estás segura de querer ser la líder de un clan tan importante? —le preguntó Lucía cuando le repitió el mismo plan que Irena les había propuesto para ese viaje—. ¿Y tus padres, cómo crees que se lo van a tomar?

—No lo sé —suspiró—. Supongo que les va a costar un poco creerme. Ni siquiera yo misma entiendo muy bien aún cómo hago lo que hago.

—No, cariño, eso no —respondió Lucía, sonriendo y olvidando sus lágrimas al instante—. Por fuerza tienen que saber que eres tan especial como mi Bruno. Los padres saben esa clase de cosas. Puede que no quieran admitirlo, pero lo saben.

—Lo dudo mucho, la verdad —opinó, pues sus padres eran las personas más normales que había en el planeta—. Me lo habrían dicho, ¿no?

—Uy, no estoy yo tan segura, tesoro —dijo ella, apartándole los rizos de la cara con una ligera sonrisa en contrapunto a su mirada entristecida—. A veces callarse lo que uno considera perjudicial es parte del papel de ser padres, a pesar de que resulte ser un terrible error —murmuró antes de volver a echarse a llorar.

—Mamá, por favor —le suplicó Bruno cogiendo su mano entre las suyas—. No fue tu culpa.

—Ojalá fuese así, mi niño. Ojalá —sollozó Lucía.

—¿Un té antes de aterrizar? —le propuso Irena, sentada al otro lado del pasillo junto a sus hijos hasta ahora—. Vamos, no llore.

Regresó a su propio asiento para cedérselo a Irena, que cogió la mano libre de Lucía entre las suyas para tranquilizarla. No tardó ni medio segundo en calmarla mientras le susurraba una y otra vez el maravilloso lugar al que se dirigían. La cantidad de criaturitas que, como Bruno, tenían unos dones sensibles a su ánimo y pensamientos que no controlaban. Todavía no, como ella no controlaba la culpa que sentía por algo que ya había pagado en demasía. No podía enturbiar un reencuentro tan feliz. Los niños adoraban a Bruno y estaban deseando verle, sobre todo los más mayores que comprendían lo que Bruno hecho por ellos. No habría uno solo de esos niños que no deseara conocer a su futura líder cuando supiesen lo sucedido.

—Irena, yo... —musitó enervada de solo pensarlo—. No voy a saber ni qué decirles —confesó en un murmullo.

—Tranquila, mi amor —dijo Bruno sonriente volviendo a sentarse a su lado y besándole la mejilla—. Les caes bien, te lo aseguro.

—¿Les has hablado de mí? —preguntó extrañada.

—Yo no, pero mi hermano Patrick seguro que sí —dijo Bruno—. Él te ha estado observando en el juicio, y Lia... —La sonrisa cargada de afecto que le mostró fue contagiosa—. Lia ya te adora, mi amor, y ni siquiera te conoce.

—Lo hará muy pronto —intervino Irena—. En cuanto al jovencito...

—No —dijo Bruno al cabo de unos segundos de silencio, por seguro que manteniendo una conversación mental con Irena—. Yo se lo ordené.

—¿Le ordenaste dejar inconscientes a dos guardias para conseguir escapar, Bruno? —inquirió ella, dejándola atónita—. Entonces permitirás que reciba una severa charla sobre lo que no le estará permitido hacer de ahora en adelante.

—Lo sabe —respondió Bruno—. Bueno, nunca está de más recordarle que ni un Dusze Razem se puede librar de las consecuencias por sus actos —añadió observando los bloqueadores en sus muñecas—. No volverá a suceder. Yo hablaré con él.

—Es solo un niño... —sollozó su madre de repente—. Por favor, no te lo lloves...

Antes de que Bruno reaccionase a la pérdida de noción de tiempo de su madre, Irena la calmó con su don y sus susurros ayudándola a volver al ahora. Ella, por su parte, recurrió a lo mismo que había funcionado para levantarle el ánimo antes, aunque Nina se hubiera cabreado y se hubiera ido con Elena a la otra punta del avión. No sabía si repetir un recuerdo feliz podía ser de ayuda para centrarla, pero desde luego la hacía sonreír.

—Cuéntame otra vez lo de Nina Dinamita, Lucía —le pidió, y ella empezó a reírse al instante.

—Al final estalla —se carcajeó mientras se asomaba al pasillo por el que Irena se adelantó para llamar a Elena y ofrecerle otro té con pastitas de las que a ella tanto le gustaban: las que hacía Lucía

desde antes de que Bruno naciera.

—Sofi... —la llamó Bruno, dándose dos toquitos en la sien—. Eso es mío, amor.

Volvió a repasar lo que acababa de pensar con el pulso acelerado al darse cuenta. ¡Desde cuándo sabía ella que su madre hacía pastas para el té! Bruno empezó a reír, pero ella no le veía ninguna gracia a la cantidad de detalles e información que de tanto en tanto afloraban en su mente como si fuesen pensamientos propios y no robados. ¡Ya no era consciente ni de lo que sabía!

—No tiene gracia, Bruno —se quejó.

—Ni lo intentes, cariño —le aconsejó Lucía—. Si le da por reírse de algo ya puedes decir lo que quieras que se seguirá riendo hasta que se canse. Con tres años me cogió un tanga del cajón, se lo puso de sombrero y, cada vez que se veía en un espejo, se partía de risa solito.

Incapaz de contener las carcajadas al escucharlo, y viendo la cara que Bruno había puesto aun sin dejar de reír, se fijó en Elena y Nina. En especial en esta última, que se sentó junto a Lucía y sonrió de una forma malévola antes de acercarse a su oído para susurrar algo que puso muy nervioso a Bruno.

—No —dijo él, tan alterado como ella intrigada—. Mamá, no lo digas.

—¿Qué, qué? —quiso saber, puesto que Lucía empezó a reír de manera descontrolada y Bruno estaba cada vez más sonrojado.

—Sofi, ¿te acuerdas cuando salíamos de marcha?

—Nina, te lo advierto —reiteró Bruno cuando Nina le dedicó una cara de satisfacción absoluta—. Dilo y te juro que te tumbo.

—Inténtalo, tirillas —espetó ella burlándose de lo enclenque que Bruno había sido de crío, pues nunca había ganado a Nina en un combate cuerpo a cuerpo.

—Hasta ahora —respondió él haciendo el mismo gesto, dos toques en la sien, y dándole la clave para saber de qué hablaban sin necesidad de que Nina lo desvelara. Solo tenía que pensarlo con traquili...—. Sofi, ni se te ocurra.

—Ahora ya no te ríes, ¿eh, primo? —se carcajeó Nina—. Digamos que cada vez que salíamos de fiesta, él...

—¡Nina! —chilló Bruno antes de intentar taparle los oídos.

Su madre se desternilló de risa y, aunque no la pudiera escuchar apenas, obtuvo una respuesta muy clara. Como si su propia voz interna le estuviera susurrando ese secreto.

—Él nos seguía para verme bailar —musitó.

Se quedó tan petrificada por la información que acababa de tomar forma en su mente que miró a Bruno con la boca abierta un par de segundos cuando se apartó de ella, enrojecido de pura vergüenza.

—¡Me seguías a todas partes! —exclamó.

—Como un acosador nato —añadió su madre sin dejar de reírse de tal manera que se le saltaron las lágrimas—. Una vez volvió a las dos de la mañana, calado hasta los huesos, porque no le habían dejado entrar en la discoteca a la que fuiste con tus amigas y se quedó en la puerta a esperar a que salieras.

—¡Sara tenía razón! —chilló Elena, igual de pasmada que ella—. ¡Qué fuerte!

—¿Es en serio? —preguntó atónita cuando Bruno se puso a mirar por la ventanilla para ignorarlas—. ¿Solo para verme bailar?

La mirada de soslayo que Bruno le dedicó, avergonzado por las risas de su madre, Nina y Nena, la impulsaron a sonreír y a girar hacia ella la mirada de Bruno. Cogió su cara con ambas manos para agradecerle ese detalle tan encantador, aunque bastante inquietante, que le parecía una forma insana de declararle su amor desde la adolescencia.

—Te amo, bicho raro —susurró a su oído.

—Y yo a ti, pecosa —contestó Bruno aún más bajo.

Se alejó para mirarle con reproche por recordarle su mote, pero la sonrisa picarona de Bruno le

dijo que no quería recordarle precisamente eso. Su corazón dio un vuelco de solo pensar en la ducha. En el dormitorio de París que no habían abandonado para salir a ninguna parte, tan enredados el uno en el otro que habían perdido la noción del tiempo. Solo la risita de Elena la sacó del trance en el que se había quedado observando el brillo de los ojos verdes de Bruno, su sonrisa, sus labios... Se sentó derecha en su asiento ignorando la risita de Bruno sumándose a la de Elena. Su madre estaba pendiente de ellos y no podían hacer como si no estuviera, era una falta de... ¡Bruno! ¡Deja de reírte!

—Vaya dos... —se quejó Nina poniéndose en pie y tendiéndole una mano a la madre de Bruno—. Venga, vámonos. Aquí sobramos.

—De eso ni hablar —declaró Lucía—. No he pasado las noches en vela esperando a que mi niño se atreva por fin a decirle a su chica lo que siente, y años en el limbo, como para perderme nada más. Si se quieren morrear en público que lo hagan, están en su total derecho, pero yo de aquí no me muevo.

—No tienes por qué, mamá, pero ya que estamos sacando los trapos sucios cuéntale a Elena lo que hacía tu querida Nina Dinamita durante las vacaciones de verano y estamos en paz —le pidió Bruno, y Nina cruzó con él una mirada cargada de tanto rencor que rozaba el odio—. Ya no te ríes, ¿eh, prima?

Nina no, en absoluto, pero tanto Bruno como su madre estaban llorando de la risa. Sobre todo ella, que no era capaz de hablar siquiera. Menos aún cuando Nina intentó escapar sin conseguirlo. Incluso trató de taponarle la boca a Lucía para que no contase lo que les acabó diciendo entre carcajadas, aferrando a Nina del brazo para que no huyese.

Su Nina Dinamita, cuyo apodo se había ganado por su carácter explosivo, guardaba tantas fotos de Elena en bañador de las veces que habían ido a la piscina municipal que había llenado una caja de zapatos entera. Una colección que guardaba con recelo de cualquiera y que Lucía había descubierto en el peor momento posible de su despertar sexual.

Ni Elena ni ella supieron qué decir de la vergüenza que les entró, paralizadas por tal declaración hasta que Nina consiguió librarse de Lucía. Pero no huyó. En su lugar se plantó delante de Elena y se acuclilló ante ella antes de coger su mano y quedarse inmóvil un par de segundos, en silencio. No supo qué le hizo sentir, pero ver a Elena echándose a llorar antes de lanzarse a besar a Nina la hizo sonreír y mirar a Bruno tal y como él la observaba a ella.

—Vaya cuatro... —comentó Lucía provocando las carcajadas de todos mientras aterrizaban.



Prevenida por lo que iba a encontrar a su llegada, no se imaginó de ninguna manera la inmensidad del complejo del clan Dubiki que abrió sus puertas para acogerles. La cantidad de niños que había jugando por los jardines era desorbitada, parecía un colegio más que una comunidad de casas que se perdían de vista en el amplísimo terreno por el que les llevaban en coche.

Estuvo tan pendiente de cada criatura que veía a lo lejos, de sus carreras y sonrisas, que solo cuando Bruno le rozó la mejilla se dio cuenta de que estaba con la boca abierta y sin respirar apenas.

¿Así de gigantesca iba a ser la comunidad que iban a construir en Palermo en torno a su solitaria casa de playa? Bruno sonrió y negó, pero no perdió de vista la ventanilla del coche que se dirigía a la casa más grande del impresionante terreno campestre al que habían ido a parar. Igual que las bandadas de niños que, en cuanto se dieron cuenta de su llegada, corrieron hacia ellos en masa y los rodearon por doquier. ¡Dios santo, si son cientos!

—¡Bruno! —gritaban unos y otros, con churretes de barro por la ropa y la cara en su gran mayoría.

Sus rostros le eran tan familiares como los miles de nombres que empezaron a agolparse en su mente. Freddy, el hijo de George y Lorna, fue el primero en abrazarse a Bruno junto a sus tres

hermanas; Rachel, Susan y Jen. Se sumaron Diane, su prima mayor, con sus cuatro hijos; el último de ellos un bebé que llevaba en la cintura, Conrad, y que lloraba por tantísimo tumulto como se formó a su alrededor al grito de 'Bruno ha vuelto'. Y más niños corrían hacia ellos desde todas direcciones: Vincent, Lily, Dean, Samuel, Jack, Richard, Rebeca...

—¡Sofía! —la llamó Irena, cogiendo su mano derecha y tirando de ella para alejarla de ese descontrol que empezó a ser demasiado, así como su dolor de cabeza al escuchar el barullo de nombres y rostros reconocibles que surgían en su mente—. Tranquila, querida, calma —le aconsejó—. Cierra los...

—Lia... —susurró nada más verla salir por la puerta principal del edificio.

Liane se abrió paso como pudo entre los críos hasta llegar a Bruno, saltando a sus brazos y llorando de tal manera abrazada a él que no pudo contener las lágrimas. Bruno aferraba con tanta fuerza a Lia, con la cara hundida en su largo pelo negro, que tardó varios minutos en ver los ojos enrojecidos y la exultante sonrisa que le dirigió a ella antes de que Lia se diese cuenta de su presencia. Soltó a Bruno y, haciendo un esfuerzo por apartar a los niños que la rodeaban, la chiquilla llegó hasta ella y se abrazó a su cintura.

—Gracias... —sollozó una y otra vez—. Gracias...

Acarició su cabeza, su largo pelo oscuro, y sintió el impulso de abrazarla con todas sus ganas, incapaz de dejar de sonreír. Atenta mirada de ojos verdes de Bruno, que tenía a su primito Sam de seis años en los brazos y se reía a carcajadas, dándose dos toques en la sien. Sabía de sobra que no era su recuerdo el que estaba dándole información sobre cada rostros que veía a su alrededor, y que la sensación de felicidad tan desbordante que sentía al verles a salvo, al tener a Lia abrazada a ella, era más de Bruno que suya, pero ahora mismo le daba igual.

Entender de una manera tan verídica cuánto quería Bruno a esos niños, y saber que estaban bien y que lo estarían gracias en parte a lo que se había atrevido a hacer proclamándose Novena, era la mejor recompensa que podría haber tenido. Y no era la única que estaba tan feliz que no podía contener la emoción, pues pudo ver a Nina a lo lejos abrazada a un niño de melenita castaña con Elena a su lado, llorando de entusiasmo por el reencuentro de Nina con su hermanito Lucas.

Si no hubiera sido por Irena, jamás habrían conseguido moverse de la misma puerta en la que ochenta y siete niños, y tantos otros primos mayores de Bruno, sobrinos, sobrinas y miembros del clan Dubiki les habían recibido. Ni siquiera se había dado cuenta de que Lucía se había emocionado tanto como ellos al ver la calurosa acogida de su hijo entre tantos como eran.

Ahora, tal y como Irena les dijo cuando puso un poco de orden entre tantísima criatura deseosa de saludar al que ya creían líder de su clan, era el momento de contarles lo sucedido con calma. Y no solo a ellos, ya que sus padres la esperaban en alguna parte del grandísimo complejo en el que se internaron junto a Lia y Sam, que no soltaba a Bruno de ninguna manera. Nina y Elena se habían quedado atrás junto a Lucas, que era el niño de diez años más guapo que había visto en su vida. Aunque Lia no se quedaba corta. Con sus catorce años poseía una belleza exterior que, sumada al orgullo que sentía hacia ella de una manera casi maternal, no tenía parangón.

—¿Eso es un halago, no? —le preguntó Lia a Bruno, al que no dejaba de mirar y, por tanto, de escuchar en él sus pensamientos.

—En esta casa no está prohibido leer mentes ajenas, querida, pero sí hacerlo sin el permiso explícito de la persona en cuestión —le recordó Irena.

—Lo siento, señora Dubiki —respondió Lia de inmediato, avergonzada—. Estaba leyendo a mi hermano mayor. He debido escuchar un eco por error. Disculpe, señorita —le dijo a ella, apurada y con la vista baja, mientras Bruno reía a carcajada limpia—. No volverá a suceder, se lo aseguro.

—Serás... —murmuró antes de abrazar a Lia contra él por los hombros—. Ahórrate el paripé, hermanita. Ya no tienes que simular ser quien no eres.

—Pues entonces aclárame algo, porque siempre he podido leerte sin problemas, incluso delante de padre —le espetó a Bruno en un tono y actitud muy diferentes, con un desparpajo tan obvio que casi le parecía mentira—. ¿Y ahora que tienes novia no puedo?

—No deberías. Sofía es Dusze Razem, primera Novena y futura líder de...

—Da igual —le cortó ella antes de que siguiera—. Casi prefiero que dejéis de hacer catálogo de mis nuevos títulos cada dos por tres a que una o dos personas puedan escucharme pensar. Son cientos los que podrían hacerlo a través de ti o de Irena.

—Bueno, míralo así —intervino Lucía, que caminaba cogida a su brazo por el pasillo por el que Irena les guiaba—. Eso que te ahorras en saliva, cariño.

—¡Bruno! —gritó alguien a su espalda y, cuando se dio la vuelta, vio correr hacia ellos a un muchacho sonriente... Patrick, pensó en el mismo instante en el que él cambió el gesto en rotundo, así como la dirección.

—No huya, jovencito —le advirtió Irena al ver que daba media vuelta antes de llegar hasta Bruno—. Las dos personas a las que ha dejado inconscientes y medio desnudas esperan una disculpa antes de que acabe el día.

—Sí, señora —murmuró Patrick sin levantar la vista del suelo—. Pero es que...

—Sin peros, Patrick, no te la juegues —le advirtió Bruno antes de acercarse a darle un fuerte abrazo con Sam a cuestas—. Gracias por ponerles a salvo. Te debo un gran favor, hermano, aparte de una pequeña charla —murmuró sonriente. No así como Patrick.

—¿Terrance ha...? —empezó a preguntar, y a ella se le encogió el corazón de solo pensar en lo que le había pasado a su padre.

—No —respondió Bruno mirándola de reojo un instante—. Reúne a todos, en un rato estaré con vosotros para explicaros lo sucedido. Sam, ¿te vas con él?

—¡No! —exclamó el niño, aferrándose aún más al cuello de Bruno.

—Ay... Es que es tan pequeñito... —musitó la madre de Bruno con ternura, acercándose a acariciarle la cabeza—. Ven conmigo, tesoro.

El niño, poco convencido del cambio, negó de nuevo y no soltó a Bruno hasta que él le dijo en un susurro que Lucía era su madre y que le llevaría a comer espaguetis con bacon si se portaba bien. No hizo falta insistir mucho para que Sam cambiase a Bruno por la promesa de esos espaguetis y Lucía, que en cuanto le tuvo en brazos le colmó de besos y se alejó de ellos siguiendo a Patrick. A Lia, sin embargo, le costó un poco más alejarse de Bruno, que le pidió que vigilara a su madre por él.

Aprovechó la oportunidad para recordarle que Elena y Nina seguían en la entrada rodeadas de niños con poderes mentales. Ahora que iban a hablar con sus padres, Elena seguro que querría estar presente para ver la cara desencajada de ambos cuando les explicasen la situación.

—Bueno, voy a por ella, pero yo también quiero ver la cara de Santiago cuando le digáis que su hija tiene poderes mágicos como nosotros —se carcajeó Lia de camino a la entrada, dejándola paralizada de pies a cabeza.

—¿Conoce a mi padre? —inquirió al conseguir reaccionar, pues lo de ‘poderes mágicos’ sonaba a algo que diría su padre sin lugar a dudas—. ¿Y ya saben que ella y el resto de niños...?

—Oh, sí querida —respondió Irena, impulsándola a avanzar de nuevo por unas escaleras con un ligero gesto de cabeza—. Lianee ha sido una gran anfitriona y guía de tus padres estos dos días. Mis hijos me han dicho que ella se ha encargado de ponerles al día poco a poco con un tacto algo cuestionable aunque muy certero, debo decir, al presentarles a los niños pequeños del clan como a sus nietos.

—¡Nietos! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza—. Mi madre tiene que estar flipando...

—Quizá les cueste asimilarlo, Sofía, pero él está muy contento. Puedes verlo tú misma —dijo ella señalando al interior de un gran salón en el que su padre gateaba con dos niños pequeños a la espalda.

—¿Tus padres son...? —empezó a preguntar Bruno, perplejo.

—De lo que no hay —respondió de brazos cruzados sin necesidad de que Bruno terminase la pregunta.

No había nadie como su padre, y seguro que estaba entusiasmado por convertirse en abuelo sin preguntarse el cómo o el porqué. La que se entrometía cada dos por tres en su vida para inquietarla sobre cuándo pensaba darles un nieto, en lugar de hacer nada, era su madre. Según ella, irse a vivir lo más lejos posible de ellos no iba a librarla de tener unos padres que se preocupaban por su única hija.

Él siempre decía que lo mucho que había trabajado para llegar a donde estaba no era nada, y que ya llegaría el momento de tener hijos cuando ella decidiese. Aunque su madre siempre le daba la última puntilla a ella por lo bajo para opinar que, al final, se le iba a pasar el arroz. Que no estaba haciendo nada productivo con su vida aparte de envejecer y trabajar como una burra, que iban a tener que adoptar otra vez con tal de ser abuelos y mil cosas como esa que lo único que conseguían era ponerla de los nervios.

—¡Eres adoptada! —musitó Bruno anonadado, como si fuese la primera noticia que tenía al respecto—. Lo es. Tú nunca has pensado que... No tenía idea de que fuesen... —Suspiró y sonrió, esperando que lo dedujese solo—. ¿Africanos?

—No —contestó entre risas al ver que su padre se encabritaba, bordando el papel de caballo desbocado—. Canadienses.

—Ah...

Al menos su padre estaba de buen humor con tantos niños alrededor. Además, verle jugar así, como jugaba con ella de pequeña, no tenía precio.

—Pase lo que pase, ya me caen bien—opinó Bruno sonriente.

—Mi padre le cae bien a todo el mundo, lo difícil es que te caiga mal —respondió—. Mi madre es otra cosa. Ya veremos cuando te interrogue si te cae taaan bien —le aseguró a Bruno, dando un par de pasos adelante para llamar a la puerta—. Eh, indomable corcel —saludó a su padre, cuya blanca sonrisa en contraste con su oscura piel se amplió aún más al ver quién era—. ¿Y mamá?

Mientras conseguía bajar a los niños de su espalda y ponerse en pie de nuevo con su ayuda, su padre cabeceó hacia la habitación contigua donde su madre se mecía en un butacón con un bebé en los brazos. Y sabía que ya se había dado cuenta de su llegada, pues tenía un rictus serio poco acorde a la cara que se le ponía cerca de un bebé.

—¡Qué alegría, Fifí! —exclamó su padre sin aliento.

La abrazó y avergonzó con la misma intensidad por ese mote tan ridículo por el que seguía llamándola aun teniendo treinta años.

—¿Se puede saber cuándo pensabas decirnos que éramos abuelos? ¿Cuándo fuesen a la universidad? —inquirió su padre antes de coger a los mellizos que le tiraban del pantalón para que volviera a hacer de caballito, uno en cada brazo—. ¡Un colegio entero lleno de niños y tú dándonos largas! Tu madre tiene un cabreo...

Tomó aire, consciente de que le iba a costar mucha paciencia contarles lo sucedido. En especial a ella, que en cuanto se enfadaba no había manera de decirle nada sin terminar discutiendo.

—No te preocupes, se le acabará pasando si le dices en qué narices estabas pensando para ocultarnos algo así —dijo él a su manera discreta de hacerla sentir culpable por algo que, en realidad, no era culpa suya—. ¡Cora, Fifí está aquí! —la llamó su padre a voz en grito.

—Ya la veo —respondió su madre sin mirarla, muy seria, haciéndola suspirar muy profundo—. Y no grites, que por fin he conseguido dormir a la nena.

Miró atrás, a Bruno e Irena esperando el momento oportuno para las presentaciones. De aquí a que su madre quisiera hablar con ella pasaría un rato. Ahora ni siquiera la quería ver a ella. Hablaba con ese tono tan característico que quería decir que no estaba de humor para nadie, ya fuese Novena, Dusze

Razem o su única hija. Cuando se ponía así era mejor darle un rato de incómodos silencios y reproches al aire hasta que ella misma decidiese iniciar una conversación, así que...

Bruno asintió, se retiró con Irena, y ella hizo una respiración muy, muy profunda, yendo a sentarse junto a su madre. Su semblante de tez oscura hizo un imperceptible movimiento de cejas que la obligó a suspirar una vez más. ¿Tan difícil iba a ponérselo después del calvario que acababa de pasar? Por supuesto que sí, se respondió en el primer incómodo silencio roto solo por el crepitar del fuego ante ellas. Y por su padre, que se desentendió del tema y volvió a su juego con los mellizos de Jhoss, el primo de Bruno.

—No hay derecho —dijo su madre a nadie en particular.

El segundo silencio duró muy poco, pues su padre había vuelto a hacer de corcel y los niños se reían, intentando mantenerse sobre su espalda. Su madre, sin embargo, seguía con el mismo rictus serio e impertérrito de enfado absoluto y se mecía adelante y atrás con la niña más pequeña de Elia, la sobrina de Bruno: Silvia.

—Tantos años... —farfulló ella—. Tantos sacrificios...

Puso los ojos en blanco al tercer silencio cargado de reproches de su madre. A lo que no había derecho era a que estuviera enfadada antes de saber los motivos, a que le echase en cara que les hubiera mentado. No lo había hecho en su vida, y no podía enfadarse por no haberle dicho cosas que ni ella sabía hasta ahora. ¡Era ridículo!

—¿Qué? ¿Es que no vas a decir nada? —inquirió entonces, mirándola a los ojos.

—Cuando no me hagas sentir una traidora por no ponerlos al tanto de mi vida a cada minuto —respondió sin alterar el tono de voz, pendiente de su reacción.

—Oh, qué bien, muy bonito —espetó su madre, meciéndose con ímpetu en el butacón—. No hay derecho —repitió, volviendo a empezar como un disco rayado.

¿De qué manera quería que le explicase nada, tal y como se lo iba a tomar ahora mismo? En cuanto empezase a hablar de lo sucedido durante la semana anterior, su madre se iba a creer que se estaba burlando de ella, que se lo estaba inventando para no afrontar el hecho de que, según su parecer, había ocultado a sus padres algo tan importante como la boda de Elena. Y si le decía lo de Bruno, los clanes, los poderes y demás, la mandaba a la mierda por creer que le estaba mintiendo a la cara.

No llegaría a decirle nada de sus poderes antes de que su madre le echase en cara los supuestos hijos adoptivos que había en esa casa por todas partes de los que no sabía nada. De que decidiese que no iba a escucharla. No conseguiría hablar con ella de algo así aunque le diese la oportunidad si no creía en lo que decía. Y que la creyese era muy difícil de por sí, pensó mientras se miraba las manos sobre el regazo, escuchándola farfullar por lo bajo.

—Años esperando a que te dignes a tener una vida normal, lejos de nosotros...

La ignoró y frunció el entrecejo cuando miró la mitad del bloqueador en su muñeca y abrió los ojos ante la idea que se le ocurrió en ese momento. Si no la creía así, al menos conseguiría hacer desaparecer su enfado y centrarla en escuchar su versión de los hechos. Ver cosas flotando delante de tus narices tenía ese efecto. No obstante, para conseguirlo tenía que centrarse mucho y su madre no lo estaba poniendo nada fácil con sus continuos reproches. ¡Que crispante era!

—Un minuto, mamá, dame solo un minuto sin quejarte hasta que sepas los porqués, por favor —le pidió, y ella la miró incrédula.

—Tienes una cara que te la pisas —espetó, más cabreada aún que antes—. No tienes ni idea de lo que hemos sufrido tu padre y yo para que nos pagues así. —Ni tú idea de lo que cuesta hablar contigo, pensó—. Guardar en secreto la boda de Nena, que es como una hija para nosotros... No hay derecho.

¡Como si hubiera sido idea mía esconderlo! Le contestó mentalmente, intentando centrarse en hacer volar el medio bloqueador hacia ella para callarla de una vez.

—¡Ay!

El grito de su madre la paralizó tanto como la visión del medio bloqueador en el que intentaba centrar sus emociones yendo directo a su boca y golpeándole el labio que ella se tapó, dolorida.

Solo se dio cuenta del terrible desastre que acababa de provocar cuando su madre se miró la palma de la mano y una gota de sangre salpicó la mantita blanca que envolvía a la pequeña que empezó a llorar en su regazo. Su madre la observó con los ojos muy abiertos antes de levantarse de su asiento, corriendo hacia su padre con Silvia berreando en sus brazos.

—¡Santi! ¡La niña ha...! ¡La niña, Santi, lo ha vuelto a hacer!



Aunque se lo intentasen explicar una y otra vez, ahora era ella la que no quería oír nada. ¡Que lo sabían! ¡Tanto su padre como su madre sabían de sobra que si se enfadaba de verdad pasaban cosas y se lo habían callado toda su vida! ¡Pero cómo se podía ser tan...! ¡DIOS!

—Tranquila, querida, tranquila —le repitió Irena palmeando su mano, impulsándola a tomar una profunda bocanada de aire por la nariz—. Ya está, ya está...

—No está nada —masculló, cabreada aún por semejante secreto y asustada, en gran parte, por lo que acababa de hacer con el medio bloqueador que Bruno tenía en la mano.

—Fifi... —musitó su padre, al que no quiso ni mirar—. De verdad que lo sentimos.

—Lo hicieron por tu bien, Sofi —intervino Bruno, cuya opinión no tenía ni pies ni cabeza a pesar de que fuese la misma que la de su padre, que al contrario que su madre no se había alejado de ella ni un momento después del incidente con el bloqueador—. Venga, mi amor, no ha sido a propósito.

—¿Está bien? —preguntó pues, a pesar de que siguiera enfadada con ella, el corte que le había hecho en el labio la preocupaba todavía más.

—Completamente curada —repuso Irena de inmediato.

Lia, sentada al lado de Bruno, asintió para verificarlo. Ella era la última que había cruzado la puerta tras la que estaba su madre para ver cómo se encontraba.

—Vamos, tenéis que hablar de muchas cosas, Sofía— la alentó Irena—. Para eso debes estar tranquila.

—¡Es ella la que me enerva cuando se pone así! —exclamó y, al instante, sintió cómo Irena la calmaba con sus dones. De otra manera no habría conseguido hacer una respiración profunda con los ojos cerrados—. Si se va a seguir quejando sin saber, yo paso de intentar explicarle nada.

—Dudo que tu madre vaya a abrir la boca de aquí al mes que viene, cariño —se carcajeó su padre junto a Bruno y Lia. Atravesó a ambos con la mirada—. Vale, no tiene gracia —dijo, y al menos él dejó de reírse—. Podría haber salido bien, que era lo que pretendías, ¿no, Fifi? Bueno, ya está, tu intento de demostrarle a tu madre que eres una... una...

—Novena —le recordó Lianee en un susurro.

—Eso. Bueno... Pues ha salido rana, qué le vamos a hacer, ¿no? Ahora hay que solucionarlo, ¿eh? Venga, hazlo por mí, no seas tozuda —le pidió—. Sabes que si se enfada tanto es porque le duele que nos hayas estado mintiendo.

—¡Y vosotros qué! —chilló, sintiendo cómo los dones de Irena la tranquilizaban tanto como la enervaba su padre—. Sois vosotros los mentirosos, no yo —dijo en un tono más calmado.

—¿No? ¿Y el que te acaba de llamar ‘mi amor’ qué? ¿Es un espejismo? Porque a mí me da que es un novio del que no nos has dicho ni media palabra —se cachondeó su padre antes de girarse hacia Bruno—. Santiago, un placer —se presentó.

—Es Bruno, papá —murmuró con un profundo suspiro.

—¿Bruno, Bruno? ¿El de Madrid? —preguntó su padre con los ojos como platos—. ¡Vaya, qué te parece! Al fin te conozco en persona —dijo, estrechándole la mano con una amplia sonrisa—. Es

verdad que es él, sí. Se parece mucho a...

—¡Papá! —le llamó la atención antes de que se le ocurriera pensar en todos los dibujos que aún tenía en casa de sus... ¡Mierda, se acababa de delatar sola!

—Mira por dónde... —dijo Bruno, riendo a carcajada limpia junto con Lia—. Así que me dibujabas...

—¡No dejaba de hacerlo! Estaba obsesionada —confesó su padre por ella.

Se tapó la cara con ambas manos soltando la de Irena, pues ella también se sumó a las risas. ¡Vaya dos se habían ido a juntar! ¿Y su madre? Al menos ya había dejado de gritar, Nina y Nena estaban con ella en la sala contigua. Seguro que seguía histérica, en el fondo, y motivos tenía de sobra. Tantos como ella.

—Si quieres saber cómo está solo tienes que cruzar esa puerta, querida —le propuso Irena.

—Llevamos cuatro meses sin verle el pelo, ¿sabes? —le reprochó su padre de forma indirecta, hablando con Bruno como si no la tuviera justo delante—. Y porque nos da de vez en cuando por ir a visitarla, porque ella no pisa Francia nunca. Nos acabamos de enterar de que ha estado en París justo cuando nosotros estábamos de viaje —explicó, volviéndose hacia ella—. Tu madre estaba enfadada porque creía que nos estabas evitando a propósito por algo. Y luego llegamos aquí y se encuentra con que, de repente, tienes una familia de la que no sabemos nada. Además, ya estaba enfadada desde el viernes por lo de la boda de Elena, cuando llamaste llorando para decirnos que no ibas a ir a su despedida. Para que la avisáramos nosotros, que no sabíamos que se casaba. Le ha dolido mucho, la verdad. Y para colmo descubre de la peor manera posible que lo que ella creía casualidades y accidentes son tus poderes mágicos, hija. Es normal que esté enfadada.

Bufó, harta de intentar explicarle que la magia no tenía nada que ver y que no había tenido tiempo de decirles nada, que ella se había enterado de la boda de Elena en el último momento por pura cuestión de seguridad y que no era culpa suya tener poderes que no controlaba. ¡Acababa de hacerle un corte a su madre en el labio, por amor de Dios! Seguro que ya no estaba tan enfadada como acojonada. Ya de por sí iba a ser difícil conseguir hablar con ella como para además encargarse de hacerle entender a su padre lo sucedido.

—Yo lo haré —propuso Bruno cogiendo su mano—. Yo hablo con él de tus poderes mágicos mientras tú e Irena habláis con tu madre, ¿de acuerdo?

Tomó aire y asintió, aunque lo del cachondeo por sus ‘poderes mágicos’ podía ir ahorrandoselo. Lo que le faltaba era que su padre se tomara a cachondeo todo el asunto, pues ya de por sí era difícil que se pusiera serio como para que él hiciera bromas al respecto. No era el momento.

—Al revés, querida. Es el momento perfecto para quienes pueden tener el humor necesario de reírse en estas circunstancias. Eso también es un don —opinó Irena—. Tú primero —añadió, cediéndole el paso.

Estaba casi segura de lo que se iba a encontrar tras la puerta; la mirada que le iba a dedicar, la cantidad de reproches por el cabreo que aún tendría a pesar de todo y, aun sabiendo que ya la habían sanado, no podía sino seguir viendo el corte en el labio de su madre.

Pero detrás de la puerta no había nadie, ni su madre ni Elena con Nina y los niños que habían dejado a su cuidado. ¿Dónde se habían metido?

—Vamos a buscarles —propuso Irena. Ella lo dudó. Si su madre no estaba en esa habitación era porque no quería estar allí cuando ella fuese a pedirle disculpas—. Es cierto que se merece una disculpa, pero no por lo que ha pasado con el bloqueador. No era tu intención hacerle ningún mal. —Ya, pero lo había hecho. Se había enfadado aun sabiendo que no debía—. No te sientas culpable por algo que todavía no controlas, Sofía. Nada de lo que ha pasado es culpa tuya, lo sabes muy bien, así que deja de sentir lástima por aquellos que no te lo han puesto fácil y da otra oportunidad a los que realmente lo merecen.

Lo pensó mientras caminaban en busca de su madre, pues estaba claro que Irena no se estaba refiriendo a ella. Miró a Irena de reojo al darse cuenta de por quién iba ese consejo.

—Estás mal desde el juicio y lo entiendo, Sofía, no esperabas que tus decisiones tomaran el rumbo que te ha llevado a exigir una justicia tan implacable —acertó a decir Irena, cogida a su brazo—. Ha sido tu decisión, ¿cierto?

—Sí, lo ha sido —musitó—. Y sé que no merece que me arrepienta en absoluto ni que sienta lástima por él, pero...

—Oh, claro que lo merece —la contradijo ella—. Es de lógica sentir lástima por aquellos que sufren, sin importar cómo sean y lo que hayan hecho. Tener lástima por el destino de Terrance Becket y todos aquellos que recibirán la justicia merecida te honra, querida Sofía, mas la lástima y la culpabilidad son cosas muy diferentes; La lástima es pasajera, la culpabilidad es un ancla, y no debes permitir que una se transforme en la otra. Arrepentirse es sinónimo de culpa, tenlo muy presente y deséchalo en seguida antes de que te ahogue.

Caminó pensando en ello del brazo de Irena por las escaleras de la casa y luego por el jardín, donde los niños seguían jugando en grandes grupos vigilados por adultos. Al menos anduvieron diez minutos viendo sus juegos por equipos hasta divisar a Nina y a su madre paseando junto a Lucía, que aún llevaba a Sam en brazos.

—Vaya, se nos han adelantado —se carcajeó Irena—. Vamos a darles un rato. Parece que se entienden muy bien y tenemos asuntos que requieren nuestra presencia. Luego podrás charlar tranquilamente con tu madre, Sofía, tenéis mucho tiempo para hacerlo.

Buscó a Elena y la halló no muy lejos, rodeada de niños pequeños que la perseguían y con una sonrisa tan amplia que se le contagió. Ella ya no se acordaba de su luna de miel ni de nada. Ahora mismo estaba en su salsa.

—Será una magnífica profesora para ellos si quiere —comentó Irena—. Aún no he podido proponérselo, como tampoco he podido comentar con Nina la idea de celebrar su unión con Elena siguiendo la tradición Dubiki. Sería maravilloso iniciar esta etapa del clan con una unión tan especial, y ya que va a haber una despedida de soltera a la más pura tradición Sapiens, no veo por qué no incluir un poco de ceremonia al asunto.

—¿Cómo es una boda Dubiki? —quiso saber.

—Boda no, unión. Es algo distinto —respondió ella tranquilamente, paseando ambas bajo el sol del mediodía—. No hay dioses de por medio que bendigan el matrimonio. Solo dos personas, una frente a la otra, que se confiesan y transmiten sus sentimientos. La unión queda sellada cuando ambos, o ambas en este caso, pronuncian las palabras adecuadas siguiendo la tradición del clan. En lo demás es igual a una boda; Se come, se brinda y se baila, colmando a las novias con regalos y deseos de buena ventura.

—¿Y si no hay Séptimos en la pareja? —preguntó, pues eso de transmitir los sentimientos solo podían hacerlo los Séptimos.

—Puede haber un intermediario que lo haga —dijo ella sonriente.

Sinceramente, dudaba que Elena no quisiera celebrar otra vez su boda si eso significaba que recibiría más regalos. Y puede que ni siquiera Nina se negara a ello ahora que Lucas y Bruno podían estar presentes. Además, sus padres seguro que agradecían el gesto por no haber podido invitarles y... Un momento.

—¿Qué palabras son esas? —inquirió con sospecha, y la risa floja de Irena le respondió mucho antes que su recién adquirida información mental.

—Así es, querida Sofía —contestó Irena—. Ahora y siempre —verificó ella, paralizándola de pies a cabeza.

—¡Nos habéis casado a la manera Dubiki sin mediar palabra! —barbulló atónita.

Irena estuvo a punto de contestarle cuando, sin verla venir, su madre se abrazó a ella de improviso con tal fuerza que casi la ahogaba. Fue un gran alivio saber que al menos, ahora que estaba informada de lo sucedido gracias a Lucía, su madre estaba muy orgullosa de lo que había hecho. Pero solo la negación sonriente y tranquila de Irena le devolvió la respiración.

Su unión, le dijo más tarde, después de que ella y su madre terminaran de pedirse disculpas mutuamente y de hablar de lo sucedido, sería cuando comprendiese el significado de *Dusze Razem*. Cuando ambos estuvieran preparados para declarar que iban a compartir su vida ahora y siempre. Algo que Elena y Nina estaban dispuestas a volver a hacer como parte del clan Dubiki.

Aunque, antes de que eso sucediera, entre Bruno y ella tenían que explicar lo que había sucedido con el clan Becket a cada criatura implicada que pudiera entender la nueva situación en la que se encontraba y lo que iba a pasar ahora. Así harían tiempo para esperar la llegada de los miembros restantes ante los que debía ser presentada de forma oficial como futura líder del clan Dubiki.

Entonces, organizarían la despedida de soltera de Elena, la de Nina si así lo quería, la ceremonia de unión de ambas y el viaje de regreso a Palermo. A lo que tenía que añadir la visita al padre de Elena, que iba a prepararle ají de maní solo para ella. Y debía coger su maleta del hotel donde la había dejado, como Nena tenía que recoger sus regalos de boda y hacer su equipaje de luna de miel, para lo que necesitaría ayuda seguro.

¿Todo eso en dos días?, se preguntó. Imposible, se respondió.

—Qué locura de planes —opinó su madre.

Ahora la seguía a todas partes deseosa de conocer a Bruno. Tenía que hablar con él de ciertas cosas que la tenían un poco descolocada, la verdad, pero ya no estaba donde le había dejado con su padre y Lia.

—Estará reuniendo a los niños —respondió Irena, enervándola un poco por la charla tan seria que tenía pendiente con todos ellos sobre lo sucedido—. Bruno se lo explicará, y entonces podrás comunicarles que ellos serán el inicio de tu nueva comunidad, Sofía. Deben conocer cuál será su futuro contigo como líder.

—¿No decías que no te gustaba el estrés? —inquirió su madre al ver que suspiraba muy profundo—. Por eso te fuiste a Sicilia a vivir como una náufraga en tu isla, ¿no? Para ir a tu bola.

—Sí, mamá, eso dije —musitó sin hacer caso a su último reproche en forma de lapidaria verdad.

Apabullada por tantísimos deberes y ninguno sencillo a excepción de volver a su casa, se dejó llevar por los pasillos llenos de niños y gente que la miraban pasar en silencio. Tenía tantas ganas de volver ahora mismo y tumbarse en su hamaca a descansar...

—Por suerte, tienes a tu disposición a una maestra sanadora centenaria, con experiencia en liderar su clan, que va a cuidar de ti y de esos niños como se merecen —se vanaglorió Irena palmeando su mano—. Todo irá bien, Sofía.

—Supongo... —dijo, pero lo cierto era que no lo estaba y no lo conseguiría sin darse un respiro—. ¿Me dais un minuto?

—Claro —respondió Irena cogiendo a su madre por el brazo en cuanto se soltó de ella—. Tómate todo el tiempo que quieras, querida. Estaremos en el salón principal esperándote.

Asintió como una autómatas y se retiró de nuevo hacia el jardín, acelerando el paso cada vez más en dirección a las zonas despejadas donde ya no hubiera niños jugando. Estaban entrando en la gran casa que miró a distancia suficiente antes de dejarse caer sobre la hierba cual saco de arena.

Dios... No había empezado y ya estaba agotada mentalmente de solo pensar en lo que le quedaba por delante. Sabía que su vida iba a cambiar desde el momento en el que había visto el verificador de Irena dando vueltas en el aire. Tenía muy presente que, habiéndose delatado como Novena, había dado un paso al frente con la verdad por delante para dejar su vida, tal y como la había vivido hasta ahora, atrás. De no ser por el tremendo apoyo de Bruno... Y la guía de Irena, se dijo. El aliciente que suponía

no tener que esconder esa verdad a sus padres ni a Elena como Bruno había tenido que esconderle a ella hasta ahora.

Suspiró muy profundo e intentó simplificar lo que se acumulaba en su mente. En realidad, lo que tenía por delante era una charla muy seria con los niños que acababa de salvar junto a Bruno, una presentación ante los miembros de su nueva e inmensa familia, una despedida de soltera y otra boda. Sus planes de ají de maní, maletas y viajes no encajaban en tan poco tiempo, la verdad, y aun así era lo que más le apetecía de todo. Igualmente, eran muchos planes para solo dos días.

Quizá Irena le había insinuado otra cosa con su último consejo, pensó entonces. Podía tomarse el tiempo que quisiera, era la jefa de su empresa, y si quería cogerse una semana más de vacaciones después de años sin un solo día de descanso estaba en su total derecho de poder hacerlo. Así tendría tiempo para todo, incluso para disfrutar un poco de un merecido descanso junto a Bruno. Se moría por tener unos días de verdadero relax y de disfrutarlos con él. Su Dusze Razem, pensó en ese momento de silencio, y su voz interna le chivó algo que hasta ahora no sabía.

Mucho más tranquila, sacó de su cabeza cada pensamiento cerrando los ojos, respirando de forma pausada, oliendo el césped a su alrededor y viendo las nubes pasar. Después de un buen rato sintiendo el sol sobre la piel, escuchando los pájaros y la brisa que movía las hojas de los árboles más cercanos, esperó a que alguien viniera a interrumpir su momento de paz, pero nadie lo hizo.

¿Y Bruno? Le encontró esperándola en la puerta de entrada al edificio principal cuando se decidió a volver y empezar con la lista de obligaciones que había aceptado al declararse Novena. Algo que no tendría el ánimo de afrontar de la misma manera si no fuese por el brillo de sus ojos verdes. Por la sonrisa que le dedicaba mientras le ofrecía un cucurucho de helado de nueces y su mano, besándole los nudillos cuando aceptó ambas cosas con un relajado suspiro.

—El próximo será en la playa —le aseguró Bruno.

Puede que no, que fuese en Madrid. O en París. O en ese mismo lugar. En realidad, daba igual dónde si él estaba acompañándola en cada paso hacia adelante. Como había descubierto recientemente gracias a su nueva chivata mental, ser Dusze Razem era mucho más de lo que Irena había llegado a explicarle sobre el término o la tradición del clan Dubiki que se basaba en esa leyenda para celebrar una unión entre dos personas.

Dusze Razem significaba que, en un inicio remoto en el tiempo, dos seres se habían amado más allá de los límites de la muerte. Ellos formaban parte de una promesa eterna. Eran dos almas unidas que volverían a reencontrarse una y otra vez a lo largo de sus diferentes vidas, en este mundo o en cualquier otro lugar. Ahora y siempre.

Agradecimientos

Por la ayuda prestada en la edición y corrección a los miembros activos
en esta convocatoria del grupo de Lectores Beta de Sildhara:

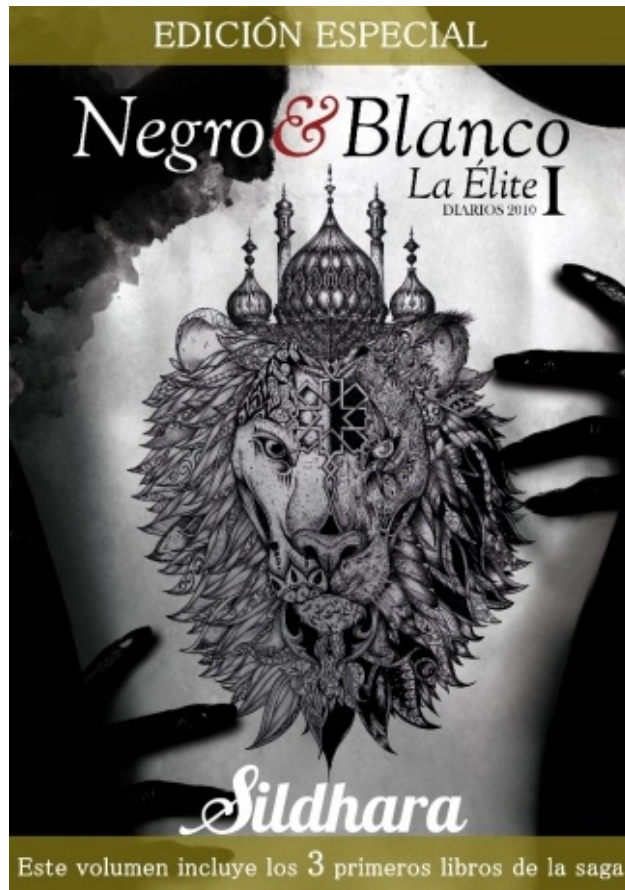
Rocío Castellón Guerado (España)
Dulce María Hernández Estrada (México)
Marcela Núñez Reyes (Chile)

¿Quieres ser Lector/a Beta de Sildhara?

Infórmate en

www.sildhara.com

Ya a la venta



kindleunlimited

[Negro&Blanco, La Élite \(Diarios 2010\) volumen I](#)

Valeria, la creadora del PRE, ha regresado a Francia tras 15 largos años desaparecida, pero no para quedarse. Su muerte es inminente y, aun así, tiene una última orden que dar a sus antiguos alumnos.

Ámala, no la requieras. Hazla reír, no llorar. Ayúdala.

Esta cruda y embaucadora novela esclarece, se mete de lleno y se revela contra lo que la sociedad de hoy en día tiene que luchar a diario. Es una reivindicación extrema contra la terrible oscuridad que inunda al ser humano, donde las pasiones y esperanzas de sus personajes son las únicas herramientas para sobrevivir dentro de un mundo ya de por sí corroído. Vive la historia a través de sus protagonistas, métete en la piel de los Amos y alumnas, las culturas, las situaciones y emociones de La Élite. Sus problemas personales, su pasado y disciplinas sexuales son el punto de inicio en esta envolvente novela.

En la oscuridad también hay caminos, y no son otros que los que damos por imposibles.

Más información en

www.sildhara.com

Próximamente publicaciones

Lo que
No
te dije
~Bruno~

A punto de convertirse en el próximo líder del clan Becket, herederos de la Octava evolución humana capaz de leer y manipular los pensamientos, Bruno regresa a Madrid para reencontrarse por última vez con Sofía; su primer amor. La mujer con la que vivió una de las experiencias más hermosas de su vida, y la más terrible, pero que no recuerda todas las confesiones que le hizo en París sobre su verdadera naturaleza. Su padre, actual líder de su clan, bloqueó todos los recuerdos de Sofía hace ocho años. Ahora tiene una sola oportunidad de volver a verla. Una noche para estar con ella y no cometer el mismo error que ya se cobró una vida.

¿Se atreverá a confesarle de nuevo quién es y qué pasó en París?

Más información en

www.sildhara.com

Próximas publicaciones

Negro & Blanco La Élite II DIARIOS 2010

Ha llegado el momento de iniciar el proyecto que Valeria dejó en manos de su última alumna, cuyo paradero se desconoce. La Élite va a comenzar, y en ella podrás conocer a todos los huérfanos que Valeria salvó convirtiéndoles en personas independientes, fuertes, libres... Y en Amos sexuales con unos talentos muy particulares. Como profesores de este nuevo proyecto, los antiguos alumnos de Valeria deberán dejar a un lado a sus propios demonios internos por el bien de las alumnas que forman parte en La Élite.

Una más está a punto de llegar para romper con la oscuridad...

Más información en

www.sildhara.com

¡Suscríbete!



Sildhara
Cambiapieles Literaria

Página web de la autora:

www.sildhara.com

Haz click en la imagen de la red social que prefieras



Índice de contenido

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[**Epílogo**](#)

[Agradecimientos](#)

[Ya a la venta](#)

[Próximas publicaciones](#)

[Próximas publicaciones](#)

[¡Suscríbete!](#)

[Índice de contenido](#)